

Géraldine Pflieger

De la ciudad a las redes

Diálogos con Manuel Castells



OLACCHI
Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Quito
DISTRITO
METROPOLITANO

Entidades gestoras

Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI)
Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ)

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial

Jordi Borja

Fernando Carrión

Marco Córdova

Manuel Dammert G.

Carlos de Mattos

Alicia Ziccardi

Autora

Géraldinet Pflieger

Corrección de estilo

Andrés Landázuri

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Impresión

Crearimagen

Publicado originalmente en francés con el título *De la ville aux réseaux. Dialogues avec Manuel Castells*. © 2006 Presses polytechniques et universitaires romandes, Lausanne. Todos los derechos reservados

ISBN: 978-9978-370-19-3

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Telf: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: mayo 2011



Indice

Presentación	9
Agradecimientos	11
La entrevista de investigación	13
Instrucciones de lectura	25
 Capítulo 1	
De España a <i>La cuestión urbana</i>:	
Un joven sociólogo en la lucha (1957-1972)	
Introducción	29
1 Las primeras luchas: la España franquista	31
2 El exilio en Francia y la entrada en la sociología parisina	37
3 De Nanterre a las barricadas: en el corazón del Movimiento de Mayo de 1968	47
4 El exilio en Chile: del estudio de los movimientos de barrios a la tentación revolucionaria	59
Bibliografía	67

Capítulo 2

La ciudad en sistema. *La cuestión urbana* (1972)

Introducción	71
1 La politización de la investigación urbana ante la creciente contradicción de las ciudades capitalistas	79
2 El sistema urbano	87
3 Politizar la escuela de Chicago y contrarrestar a Henri Lefebvre	93
4 ¿Sistema económico o sistema urbano?	99
5 Retorno sobre una obra radical	105
Críticas y discusiones	111
Bibliografía	115

Capítulo 3

La ciudad del capital. *Monopolville* (1974)

Introducción	119
1 Un entorno de investigación formateado por el Estado central	125
2 Del sistema urbano al modelo urbano	133
3 Dunkerque: ¿ejemplo o arquetipo?	139
4 Más allá del capital y del Estado: ¿qué poder local?	143
5 <i>Monopolville</i> , del extremo a la ruptura	149
Críticas y discusiones	153
Bibliografía	155

Capítulo 4

La ciudad de los movimientos sociales

La ciudad y las masas (1983)

Introducción	159
1 De Francia a los Estados Unidos, un cambio de dirección metodológica	165
2 Movimientos sociales de base y producción de la ciudad.	173
3 La construcción de una teoría de los movimientos sociales urbanos.	183
4 Los movimientos sociales urbanos corriendo el riesgo de la acción política.	187
Críticas y discusiones	199
Bibliografía	203

Capítulo 5

Ciudades innovadora, ciudades duales

La ciudad informacional (1989)

Introducción	207
1 La irrupción de las tecnologías en el mundo de Manuel Castells.	213
2 La sociedad frente a una doble transformación: la reestructuración del capitalismo y el surgimiento del modo de desarrollo informacional.	225
3 De la ciudad informacional al espacio de flujos	233
4 Hacia la trilogía.	247
Críticas y discusiones	249
Bibliografía	253

Capítulo 6

La sociedad red, sus identidades, sus espacios

La era de la información (1996)

Introducción	257
1 Un investigador en red.	267
2 Sociedad red e identidades: dos movimientos y tres volúmenes	277
3 El surgimiento de la sociedad red	285
4 Las identidades y los movimiento sociales	295
5 Los poderes, los Estados, las naciones.	307
6 Espacio de los lugares, espacio de los flujos	321
Críticas y discusiones	333
Bibliografía	335
Epílogo	337
Post-scriptum	341
Biografía seleccionada.	343
Bibliografía completa de Manuel Castells (1967-2011)	351
Glosario	377

Presentación

Lo urbano, entendido como una forma específica de organización socio-territorial, adquiere en la sociedad contemporánea una especial relevancia en tanto, a inicios del presente siglo, más de la mitad de la población mundial habita en las ciudades. Por su parte, las tendencias en las que actualmente se enmarca el proceso urbano, en donde las lógicas de la globalización condicionadas, entre otros factores, por la consolidación de una nueva fase de acumulación territorial del capital, de una realidad mediatizada a través de cada vez más sofisticadas tecnologías de la comunicación, y de un paradigma cultural de impronta posmoderna estructurado alrededor de la dicotomía global-local, ha determinado que el sentido de lo urbano se redefina desde una noción de concentración, tanto demográfica como de urbanización, hacia la idea de estructuras socioespaciales dispersas y fragmentadas.

Esta nueva concepción implica entender que, si bien la dinámica de las ciudades se genera a partir de un conjunto de interrelaciones de carácter endógeno entre los diferentes sistemas que la conforman, no es menos cierto que los flujos informacionales a los que es inherente la denominada sociedad de la información determinan una serie de articulaciones externas que van configurando la emergencia de una organización supra-física, sobre la cual se redefinen los procesos sociales, políticos, económicos y culturales donde converge y se reproduce lo urbano.

En esta perspectiva, se vuelve necesario identificar desde el debate académico las distintas entradas teóricas del campo disciplinar de los estudios de la ciudad, con el objeto de precisamente entender esta suerte

de reescalamiento conceptual de la condición urbana, incorporando además una lectura transversal de carácter interdisciplinario que más allá del hecho espacial *per se* permita dar cuenta de la complejidad de estos procesos. El análisis de la problemática urbana, en otrora enmarcado en el aspecto morfológico-funcional de las ciudades, ha incorporado tanto teórica como metodológicamente temáticas relacionadas por ejemplo a la interacción Estado sociedad en los procesos de democratización y sus consecuencias en el gobierno de la ciudad, la dialéctica cultural del espacio a través de la comprensión de los imaginarios urbanos, las implicaciones socio-políticas de la seguridad ciudadana frente a la violencia urbana, la movilidad sustentable y la gestión del riesgo como respuesta a los impactos ambientales en las estructuras urbanas, entre otros temas, cuya interpelación permiten sobre todo construir una visión de conjunto del fenómeno urbano.

Es en este contexto que la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI) y el Ilustre Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ), presentan la colección *Textos Urbanos*, programa editorial cuyo objetivo es constituirse en un acervo bibliográfico que contribuya al conocimiento y debate de la problemática urbana a nivel mundial, de América Latina y El Caribe, y contextos locales más específicos. Es importante señalar, además, el valioso aporte de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador) en la realización de este proyecto.

Los doce tomos que conforman la presente colección compilan a manera de antología los trabajos de distintos autores y autoras internacionales de reconocida trayectoria en la investigación urbana. Se pretende que la colección en su conjunto permita, a partir de las distintas entradas de los autores seleccionados, ensayar una lectura interdisciplinar de los procesos urbanos contemporáneos, constituyéndose en una herramienta de consulta para la investigación académica, así como también en material de referencia para el desarrollo de políticas públicas en el contexto de las ciudades.

Augusto Barrera

Alcalde

I. Municipio del Distrito
Metropolitano de Quito

Fernando Carrión M.

Presidente

Organización Latinoamericana y
del Caribe de Centros Históricos

Agradecimientos

Mis primeros agradecimientos son para Manuel Castells, a quien dedico este trabajo, así como a su familia. Él me acogió cálidamente en Barcelona durante mis visitas y favoreció intercambios amigables. Le agradezco por su apoyo y por la confianza que me dio durante este proyecto. Es importante para mí agradecer a su asistente, Anna Sánchez-Pradal, por su disponibilidad y ayuda. Una sonrisa, un café y una pizca de acento catalán bastaban para hacerme olvidar el estrés de la entrevista.

En Lausanne, este proyecto no podría haber sido realizado sin el precioso trabajo de Sophie Von Büren y Yannick Bersier, estudiantes en el EPFL y la Universidad de Lausanne, quienes asumieron la pesada tarea de transcribir las entrevistas. Estuve encantada de asociarlos a esta aventura y de beneficiarme de su ayuda.

Desearía subrayar que este proyecto representa ante todo el fruto de una obra colectiva elaborada durante tres años en el Laboratorio de Sociología Urbana. Agradezco a su director Vincent Kaufmann, así como a Christophe Jemelin, que releyó una primera versión del manuscrito y me acompañó en su finalización, e Yves Pedrazzini, que me ayudó a preparar la entrevista sobre *La ciudad y las masas* y los movimientos sociales urbanos. Agradezco también a Jérôme Chenal, investigador en la Unidad de la Planificación para el Desarrollo de la Universidad de Londres, por haber elaborado un importante ensayo sintético en torno a la Arquitectura postmoderna en el sexto capítulo.

En el plano logístico, este trabajo se benefició del apoyo financiero del Instituto del Desarrollo Territorial (INTER) del EPFL. Agradezco, por lo

tanto, al INTER y al profesor François Golay por esta indispensable ayuda. Que también me sea permitido saludar a Chantal Blanc, documentalista, que me acompañó en las investigaciones bibliográficas durante más de dos años, y a Christiane Roy por la organización de mis misiones en España. También quisiera agradecer a Catherine Quetier, documentalista en el Laboratorio de Técnicas, Territorios y Sociedades de la Escuela Nacional de Puentes y Calzadas, por su ayuda en la reproducción de antiguos trabajos franceses de sociología urbana.

Es importante para mí expresar toda mi gratitud a Dominique Lorrain, quien jugó un rol determinante en el origen de este proyecto, proponiéndome la idea de un libro de entrevistas, poniéndome en contacto con Manuel Castells y dándome consejos metodológicos. También agradezco a Sylvie Fol por nuestras fructuosas discusiones acerca del método y la producción de una sociología de los estudios urbanos.

Con respecto a la traducción de este libro en español, mis agradecimientos más vivos para Carlos de Mattos de la Universidad Católica de Santiago de Chile, y para Fernando Carrión, de la FLACSO-Ecuador, quienes invirtieron mucho tiempo en la ejecución de este proyecto. De igual manera, agradezco al editor suizo de la versión francesa de este libro (las Presses Polytechniques et Universitaires Romandes) por haber concedido los derechos de traducción, permitiendo así un acceso más amplio a este libro. Presento también mis sinceros agradecimientos a la traductora por el excelente trabajo que ha llevado a cabo.

No sabría agradecer lo suficiente a mi esposo, nuestra familia y nuestros amigos por la ayuda, la alegría y las risas, esos instantes de relajamiento entre lagos y montañas.

La entrevista de investigación

Tenía la mesa del *living-room* llena de novedades editoriales: *La estructura de la realidad*, de David Deutsch, *Sara et Simón*, de Erich Hackl, *El orden político en las sociedades en cambio*, de Samuel P. Huntington, *La era de la información*, de Manuel Castells, la revista *Realitat*, del Partit dels Comunistes de Catalunya, publicaciones y folletos de Sal Terrae y *En el mismo barco* de un tal Sloterdijk, librito de proporciones humanas que Carvalho tomó por su reducido tamaño y abrió para leer: “La postmodernidad es el tiempo de ‘después de Dios’ y después de los imperios clásicos y de todas sus sucursales locales”.

Manuel Vázquez Montalbán:
El hombre de mi vida (Planeta, 2000)

Era investigadora invitada en la universidad de California en Berkeley cuando quise entrevistar a Manuel Castells por primera vez. Era la primavera del año 2002, y estaba leyendo el segundo volumen de su trilogía *La era de la información*, titulado *El poder de la identidad* (1998). El eclecticismo de Castells seguía sorprendiéndome: ese libro no se parecía a ninguno de sus otros trabajos. Volví a pensar en ese recorrido improbable del cual había captado varias fotografías a lo largo de mi carrera: el enfoque estructuralista de *La cuestión urbana* (1974), la monografía total, y a veces caricatural, de Dunkerque, en *Monopolville* (1974), el primer volumen de la trilogía –*La sociedad red* (1997)–, y su concepto de espacio de flujos que dibujaba una relación de dominación de las redes sobre los lugares. Y ahora

era este análisis multicultural de los movimientos sociales a la hora de la globalización: de los zapatistas a las milicias patrióticas americanas¹. Además, esta antigua figura emblemática de la sociología urbana marxista se había instalado en Berkeley y enseñaba allí desde hacía veinte años... ¿Cómo un universitario marxista, formado en Francia, había podido integrarse en la universidad americana? Aun cuando UC Berkeley era de las más progresistas, ¡tampoco era Nanterre! La imagen impresionista que refleja la bibliografía francófona de Manuel Castells debía enmascarar una evolución de su pensamiento. De *La cuestión urbana* a *La era de la información* habían pasado más de treinta años, y yo quería juntar las piezas, reconstituir esta vida de investigación.

Fue entonces que contacté a Manuel Castells. Le propuse una entrevista para la revista francesa *Flux*, pero él acababa de dejar California para regresar a Barcelona, su ciudad. Necesité varios desvíos y las recomendaciones de Dominique Lorrain, investigador en el Centro de Estudios de los Movimientos Sociales (CEMS), donde Castells colaboró hasta 1979, para suscitar el interés del sociólogo. Le propuse entonces el proyecto de un libro de entrevistas que permita reconstituir su recorrido científico desde los años sesenta hasta el año 2005. Seducido por la voluntad de volver a visitar sus trabajos, y no su vida (“mi carrera no está terminada”, me decía), aceptó, y empezamos esta serie de conversaciones en enero del año 2004, en Barcelona, en su oficina de la Universitat Oberta de Catalunya.

Una biografía de la obra

Esta obra de conversaciones con Manuel Castells se asemeja a un proyecto de investigación, con una problemática, una metodología y dos temas principales: el autor y su obra. El resultado buscado se focalizó en seguida en una biografía de la obra, teniendo que desmenuzar con cada entrevista una de las cinco obras que han marcado el recorrido del sociólogo. Por tanto,

¹ En francés, se usa comúnmente la palabra “americana” para referirse a la nacionalidad estadounidense. Este uso se encuentra en todo el texto original, por lo que se ha mantenido dicho uso en la traducción. *Nota de la traductora.*

la ambición no es trazar la vida de Castells, si no estudiar la génesis y la evolución de su producción científica.

Para ello, el método fue inspirado por la sociología de las ciencias, con el fin de comprender la obra de Castells “tal como ella se hizo”, así como Callon y Latour se dedicaron a estudiar “la ciencia tal como ella se hace”. Los trabajos realizados en sociología de las ciencias se ubican en general en tres vías:

- La primera consiste en aplicar a los laboratorios científicos el método antropológico, como lo hicieron Latour y Woolgar en *La vida en el laboratorio* (1995): estudios de las prácticas, los métodos, las técnicas, los protocolos.
- La segunda consiste en analizar detalladamente las controversias científicas que permiten comprender cómo una teoría se ha impuesto sobre otra, o cómo han sido recibidos los trabajos al ser publicados. Ampliamente aplicado a las ciencias duras por la sociología de las ciencias americana, el estudio de las controversias y de los debates es todavía marginal en ciencias sociales. Sin embargo, debates ideológicos y luchas teóricas nacen de conceptos, nociones y objetivaciones de la realidad cuya construcción debe ser finamente estudiada.
- Una tercera vía, finalmente, acercándose a la segunda, fue empleada por Christian Topalov en *La ville des sciences sociales* (2001) y en el seminario del mismo nombre que él dirige en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. En este caso, la idea es situar la obra en las múltiples conversaciones de las cuales ha sido objeto cuando fue producida, tanto en el mundo académico como entre los actores sociales.

Allegándonos al último método, cada capítulo se focaliza en un libro y busca asociar la discusión de la obra con una descripción del mundo de Castells y del contexto en el cual su trabajo fue realizado. Así, los diálogos tienden a evitar el obstáculo del anacronismo. Es fácil observar desde lejos y desde arriba una producción antigua, subrayar con veinte años transcurridos su carácter obsoleto, sus debilidades o su inutilidad. A la inversa, al situar las obras en sus contextos de producción y de recepción, este trabajo se sitúa en un “historicismo reflexivo” a la manera de Topalov

(2001: 308). El objetivo es volver a dar frescura a los trabajos de Castells, anclándolos en su historia y en sus corrientes de investigación. La distancia temporal debe permitir una mayor reflexividad del sociólogo y no una crítica gratuita y fácil del investigador.

A la vez, este método, anclado en el contexto de producción, me autoriza a salir de una discusión puramente científica del contenido de la obra y me permite hablar del medio académico y profesional en el cual Castells evolucionó. Las entrevistas se inspiran en este aspecto de las narraciones de Robert Heilbroner (1964), quien restituye los mundos de Keynes, de Marx o de Smith y ofrece descripciones ecológicas del medio intelectual de los grandes economistas, proponiendo así una aproximación inédita a sus trabajos. Finalmente, abordando los libros del sociólogo, el objetivo de las entrevistas no es sólo discutir las ideas, sino también posicionarse en un proceso comprensivo y epistemológico. En este sentido, esta obra se distingue de las conversaciones entre Martin Ince y Manuel Castells, publicadas en inglés (2003), que trataban de manera sintética los principales temas de investigación del sociólogo en el período actual.

Estas entrevistas de investigación se inscriben en un *doble cuestionamiento*. En primer lugar, este trabajo pretende comprender cómo el contexto personal, las condiciones de producción de las investigaciones y las conversaciones de las cuales las obras han sido objeto han estructurado la evolución del recorrido científico del sociólogo. Después, la ambición de esta obra es comprender las trayectorias y las rupturas de este recorrido en los planos temático, teórico y metodológico. ¿Se observan “senderos de dependencia” en la obra de Manuel Castells, de una publicación a otra? ¿De la ciudad a la sociedad red, cuál es la evolución y cuáles son los cambios de direcciones por los cuales pasó el autor?

Del contexto al contenido

Fuera de este doble cuestionamiento, los diálogos se apoyan en *cuatro perspectivas complementarias*. El análisis del contexto, primero, implica el estudio de los lugares y de los círculos de investigación en cada etapa de la evolución del autor. Recorrido sinuoso, hecho de iteraciones, de desvíos,

de azares, de encuentros, el contexto personal influencia más o menos directamente el tenor de los trabajos, los centros de interés, los posicionamientos teóricos. Ser comunista o anarquista evidentemente no tiene el mismo impacto sobre la manera en que se aprehende la estructura social, la relación con el Estado, las prácticas sociales. El estudio del contexto personal se focaliza en la descripción del medio profesional, de los combates intelectuales llevados a cabo como académico o político, de los lugares y de los momentos de la acción pública del autor.

Luego, volviéndonos a centrar en la obra, la investigación se esmera en comprender las condiciones de producción, analizando el trabajo del sociólogo. Este proceso se une a una descripción de las modalidades concretas de realización de los trabajos: financiamientos, apoyos institucionales, equipos, logros y fracasos intelectuales, efectos de aprendizaje, etc.

Por fin, la tercera perspectiva intenta ubicar la obra en los debates y en las discusiones de las cuales ha sido objeto al ser publicada, tanto en el mundo académico como entre los actores sociales: ¿A quién se dirigía, a quién respondía o a quién se oponía? En este caso es conveniente tomar en serio las preguntas a las cuales el autor deseaba responder. En fin, cada entrevista se consagra por un lado al desmenuzamiento del esquema teoría-problemática-metodología-terreno. Para esta vertiente de la investigación, el proceso se asemeja a un perfil de la obra, pues pretende aclarar los principales aportes, entender la coherencia interna, encontrar las contradicciones y las fallas. En este marco, las técnicas de entrevista pasan por reformulaciones, validaciones de vocablos, contrapiés, etc.: buscan el debate, la contradicción y el desacuerdo.

A diferencia de los trabajos de Topalov sobre los estudios urbanos o los de Latour sobre la química o la medicina, este trabajo se apoya en discusiones emprendidas con el objeto del estudio: el autor. Esta particularidad presenta ventajas y límites. La ventaja es poder cuestionar al sociólogo acerca de sus sentimientos sobre su propio trabajo: sus dudas, sus remordimientos, sus certezas, las ideas que le parecen discutibles, las que no lo son, teniendo como principio fomentar, a través de la discusión, la reflexividad y la toma de distancia. Los límites están evidentemente ligados al importante lugar de la subjetividad en las entrevistas. ¿Cómo producir entonces un análisis distanciado de la obra? Este límite puede difícilmente ser sobrepasado, sobre

todo en el tipo de ejercicio que se propone aquí. La ventaja de un trabajo como éste es precisamente el ser subjetivo. No obstante, para tomar distancia, las conversaciones han sido completadas por tres tipos de materiales: los escritos sobre la época, en particular los trabajos que tratan de la historia reciente de las ciencias sociales y de la investigación urbana, las principales referencias bibliográficas citadas en cada uno de los libros, y las críticas y reseñas de los libros de Castells en revistas científicas. Estos diferentes materiales han permitido diversificar las fuentes y comprender cuáles han sido las discusiones que han circulado alrededor de la publicación de estos trabajos.

El desarrollo de las entrevistas

Antes de presentar la técnica de la entrevista, desearía hablar brevemente de mi relación con el objeto de la investigación, es decir, con los trabajos de Castells. La selección de las temáticas, el ángulo de los cuestionamientos, el tenor de las críticas son personales y de hecho subjetivos. Una manera de objetivar la discusión puede ser describir los lentes con los cuales este trabajo fue abordado. Conocer la medida de la vista debería permitir al lector percibir las deformaciones provenientes de la mirada personal.

Urbanista y economista de formación, estudié *La cuestión urbana y Monopolville* en el Instituto de Urbanismo de Grenoble, en el marco del curso de sociología urbana. Fue en ese momento que tuve la ocasión de interesarme por la sociología política marxista, que nos era enseñada de la misma manera que la escuela de Chicago. La lectura de esos textos me pareció fastidiosa y alejada de los temas que podían preocupar a una estudiante de urbanismo a mediados de los años noventa. Un año más tarde, trabajando en mi maestría, me familiaricé con la economía regional y urbana, los medios innovadores, los distritos industriales y el desarrollo local. Me había forjado una sólida cultura de economía urbana apoyándome en los trabajos de los economistas de Grenoble Courlet y Pecqueur, así como en Philippe Ayadot, de quien Manuel Castells y Peter Hall se inspiraron ampliamente durante los años ochenta. Léi *La ciudad informacional* (1995) con gran interés, seducida por las relaciones entre una aproximación economista de lo urbano y el estudio de las dinámicas sociales, de la innovación tecnológica a la segregación.

Ya en París, para mi máster en la Escuela Nacional Francesa de Puentes y Calzadas (ENPC), estudié las técnicas más consolidadas de la nueva geografía económica, siguiendo las enseñanzas de Pierre Veltz y de Michael Storper, una de las figuras de esa nueva generación de urbanistas formada por Berkeley en el análisis de las relaciones entre economía, tecnologías y territorios. En 1999, me lancé en un trabajo de doctorado en el Laboratorio de Técnicas, Territorios y Sociedades (LATTs), todavía en el ENPC, y pertencí a un equipo de investigación que se interesaba específicamente en las relaciones entre redes y territorios. *La sociedad red* acababa de ser publicada en francés y se veía beneficiada por un importante eco en los medios de comunicación, en la época de la explosión del Internet. Entonces volví a encontrar los trabajos más recientes de Castells, quien figuraba entre las principales referencias de nuestro equipo. Discutimos esos trabajos colectivamente en repetidas ocasiones, y en el LATTs pude aprovechar los análisis de investigadores más experimentados.

En Berkeley, en el 2002, pasé seis meses en un instituto de investigación en políticas públicas, el Institute of Governmental Studies, cuyos trabajos estaban muy alejados de los estudios urbanos. Sin embargo, ahí aprendí a conocer esta ciencia política liberal tan desprestigiada en los primeros trabajos de Castells. Todas las tardes, los tés de las tres de la tarde eran animados por Nelson Polsby, famoso politólogo que hacía brillantes análisis de la actualidad gubernamental americana después del 11 de septiembre. Sin embargo, pasé la mayor parte de mi tiempo yendo a las conferencias en el Instituto de Urbanismo y navegando por las estanterías de la biblioteca del Departamento de Planificación Urbana. Revisé los archivos y recolecté la literatura gris producida por Castells en el transcurso de sus veinte años en Berkeley. En el 2003, y luego en el 2004, después de mi doctorado, me lancé en una investigación acerca del tema de las redes y de la fragmentación urbana en Santiago de Chile. Fui acogida por el Instituto de Investigación Urbana y Territorial de la Universidad Católica como investigadora y profesora invitada. En aquella ocasión, volví a encontrar, con gran sorpresa, al fondo de la biblioteca, los informes empolvados fechados en 1972 de un tal “Manuel Castells, docente de la Universidad Católica de Santiago de Chile”, cosa que yo ignoraba por completo. Enseñé junto a colegas chilenos que recordaban las clases de Castells, ese profesor que parecía tener veinte años y les proponía una sociología militante de las luchas urbanas.

En múltiples ocasiones, me crucé así con los trabajos y campos de Manuel Castells en mi recorrido como estudiante y luego como joven investigadora. Más recientemente, en el Laboratorio de Sociología Urbana de la Escuela Politécnica Federal de Lausana (LASUR-EPFL), pude beneficiarme de los últimos avances científicos sobre los movimientos sociales, la marginalidad, la movilidad, la arquitectura y las dinámicas territoriales en diferentes contextos internacionales. Me apoyé ampliamente en este laboratorio para analizar los escritos sobre los movimientos sociales, una temática que siempre me fue más extranjera. *La ciudad y las masas* (1986) y *El poder de la identidad* (1998) siguen siendo los dos libros que más me apasionaron. Descubrí con placer esas investigaciones conducidas desde los años setenta hasta nuestros días, en las cuales el sociólogo demuestra, en mi opinión, la más grande originalidad.

Después de haber explicitado mi relación con los trabajos de investigación de Manuel Castells, quisiera hablar del clima en el cual se desarrolló esta larga serie de entrevistas. Las discusiones de pasillo me llevaron muchas veces a contestar a la pregunta "¿Es Castells simpático?" Esta interrogación me asombraba y me parecía fuera de lugar. No iba a Barcelona para tomar té con el autor de *La sociedad red*. Sin embargo, el grado de simpatía, de escucha y de apertura de un investigador sigue siendo indispensable para el éxito de un proyecto como éste. Manuel Castells fue, a lo largo de todas las conversaciones, sereno, cálido y comprensivo. Expuso su metodología, sus objetivos, sus errores, los límites de su propio trabajo, sin temer por su imagen o por su reputación. Esta disposición para la crítica y la revelación no son evidentes. Muchos intelectuales habrían cortado rápidamente con los reproches, negándose a contestar ciertas preguntas o pidiendo la supresión de ciertas partes al momento de releer. Castells nunca renunció a una pregunta, ni subió el tono, conservando permanentemente un clima de confianza y una atmósfera amigable. Veremos en los diálogos que siguen que el sociólogo no se define como un intelectual, sino como un investigador. Una distinción que permite explicar el grado de apertura de la discusión: un intelectual pone en primer lugar su ego y sus avances teóricos personales, mientras que un investigador discute sus trabajos, los cuales se disocian al menos parcialmente de su persona. Encontré en Manuel Castells a un investigador abierto al diálogo y no un gran maestro o intelectual.

Un segundo testimonio del clima agradable que acompañó el conjunto de las conversaciones es la total libertad de la cual dispuse para realizar este trabajo. En una preocupación por tener rigor científico, Manuel Castells se negó desde nuestra primera discusión a orientar mi trabajo y a dar consejos: “Soy el objeto de su trabajo, y no tengo que intervenir personalmente en su método, su cuestionamiento y la estructuración del libro. Es su proyecto y es enteramente responsabilidad suya.” Esta completa autonomía muestra una vez más el respeto que tiene Castells por la joven generación: “Las mejores investigaciones en ciencias sociales son las investigaciones hechas por los estudiantes de doctorado, dijo. Después de ello, sólo viene un largo período de decadencia, la producción original de conocimientos gracias a la observación directa se realiza sobre todo en el momento de la tesis.”

La gran mayoría de las conversaciones se realizó frente a frente, con excepción de ciertas partes de los capítulos dos y tres que tratan de *La cuestión urbana* y *Monopolville*, para las cuales Manuel Castells completó guías de preguntas por escrito. Cada obra fue objeto de una conversación, tres sobre la trilogía, realizadas en un día. Cada entrevista fue preparada desmenuzando la obra estudiada. La lectura se hacía generalmente de la siguiente manera: la introducción y la conclusión, luego las partes teóricas y al final los estudios de casos. Esta técnica permitió aislar la problemática, la tesis defendida y el aparato metodológico. Para cada obra, la lectura fue completada por el estudio de las principales referencias bibliográficas del autor, permitiendo restituir el trabajo en su contexto científico y reconstituir el estado del arte de la época. Paralelamente, sintetiqué, antes de la entrevista, los principales argumentos de las notas de lecturas y reseñas que pudieron ser publicadas sobre el libro en revistas académicas. Después de la entrevista, las transcripciones volvieron a ser trabajadas para ofrecer al lector una versión legible, sin abandonar la frescura del estilo oral. Estas últimas versiones fueron revisadas y validadas por Castells. Un esquema común fue escogido para preparar las guías de entrevistas y se encuentra en cada capítulo. Así, abordé sucesivamente:

- El contexto societal y la actualidad
- El contexto personal

- El contexto intelectual y académico
- Las condiciones prácticas de producción de los trabajos
- Los posicionamientos teóricos y metodológicos
- El origen del cuestionamiento
- Los argumentos claves
- Los métodos de análisis
- Los resultados y los aportes tanto en el contexto de publicación de la obra como en relación a la distancia temporal que es, en algunos casos, de más de treinta años

Las seis entrevistas, es decir, veinte y cinco horas de grabación, se desarrollaron entre enero del 2004 y mayo del 2005 en Barcelona, en la oficina de Manuel Castells en la Universitat Oberta de Catalunya. Encaramados en los flancos de la colina del Tibidabo, los amplios ventanales de la oficina nos ofrecían un panorama sobre la ciudad, la colina de Montjuïc y el Mediterráneo. Barcelona sigue siendo una referencia para Manuel Castells, su ciudad y su campo de estudio privilegiado, donde observa la sociedad evolucionar permanentemente bajo su mirada. La presencia de la capital catalana en el trasfondo representa mucho más que una metáfora: ha sido una fuente de inspiración esencial a lo largo de las entrevistas.

Trayectorias y rupturas: los laberintos de la evolución científica

La pretensión de este libro es reconstruir el camino científico del autor, identificar las grandes etapas de su recorrido teórico y empírico, y hacer aparecer los momentos de ruptura. Las seis conversaciones apuntan a posicionar cada fragmento de la producción científica de Castells en ruptura o en continuidad con las precedentes. Para ello, escogí las cinco principales obras que han marcado el trabajo del sociólogo: *La cuestión urbana* (1974), *Monopolville* (1974), *La ciudad y las masas* (1986), *La ciudad informacional* (1995) y *La era de la información* (1997). Esta elección puede ser cuestionada, pero nos autoriza a trabajar las obras que más han sido discutidas en la comunidad científica desde hace tres décadas.

Únicamente *Monopolville* es un libro que refleja, al haber sido escogido, nuestra mirada francófona. Es verosímil que un trabajo idéntico, pero

llevado a cabo en los Estados Unidos, habría remplazado *Monopolville* por *City, class and power* (1978), una compilación de artículos traducidos del francés. Por otro lado, se podría hacer una crítica central a esta investigación, la del constructivismo: la producción de hechos científicos y los laberintos del camino no son totalmente racionales. En efecto, la vida de un investigador está hecha de azares, de elecciones personales, de encuentros, de renunciaciones; y no estaría bien que el recorrido reconstruido aquí dé una imagen demasiado lineal del recorrido de Manuel Castells. No todo es explicable por el pasado (sería un determinismo temporal), ni todo depende del medio de la investigación (con el riesgo de un determinismo ecológico). No se puede explicar todo. Con el autor busqué las claves para la comprensión de este recorrido sin ignorar la complejidad o hasta la imposibilidad de volver a coser todos los pedazos.

Después de un primer capítulo que trata sobre la juventud militante y la formación del sociólogo entre la resistencia franquista, mayo de 1968 y sus primeras armas en sociología urbana, los capítulos centrales se focalizan en los cinco libros estudiados. Recorriendo esta obra en compañía de su autor, deseo ofrecer un testimonio tanto de la historia de las ideas como de la historia urbana. El perfil de Manuel Castells es ecléctico: figura emblemática de la sociología urbana marxista francesa de los años setenta, rompe con esa corriente teórica al final de la década, modifica su metodología, cambia de terrenos y se despide del medio intelectual francés para instalarse en Berkeley, California, donde se dedicará a la docencia durante veinte años.

Así como Pierre Lassave (1997) analiza los grandes coloquios de los años cincuenta, setenta y ochenta para comprender la evolución de la sociología urbana, esta obra sigue a un actor clave dentro de su medio con el fin de dar testimonio de las transformaciones de la investigación urbana y de las ciencias sociales desde los años sesenta en Europa y en los Estados Unidos. Entre el período fasto de la sociología urbana crítica de los años 1965-75, el fracaso de esta corriente y las desilusiones de los años 1975-80, la reconversión de los años ochenta y los primeros trabajos sobre la ciudad y las tecnologías llevados a cabo en Berkeley, Manuel Castells vuelve a dibujar las grandes tendencias de los estudios urbanos. Describe el rol de las ideologías y la influencia de los partidos políticos y

del Estado en la estructuración de un campo de investigación. Luego explica sus cambios de posturas metodológicas y los respectivos roles del campo y de la teoría. Los diálogos nos permiten así comparar los procesos de fabricación de hechos científicos, entre Francia y Estados Unidos, entre los años setenta y ochenta.

Finalmente, este viaje no dibuja sólo los laberintos del recorrido de un investigador y la evolución de un medio de investigación, sino también las transformaciones de una sociedad de la cual siempre fue Castells un analista perspicaz. De la ciudad a las redes: desde los años sesenta hasta nuestros días, ¿cómo han evolucionado la ciudad, la sociedad y el mundo de Castells, tanto en lo concreto como en la teoría? Ciudad en sistema, ciudad del capital, ciudad de los movimientos sociales, ciudades innovadoras-ciudades duales, sociedad red: tales son las etapas del periplo de este “pensador de espacios”.

Bibliografía introductoria

- Callon, Michel y Bruno Latour (dir.) (1991). *La science telle qu'elle se fait*. París: La Découverte.
- Heilbroner, Robert L. (1964). *Vida y doctrina de los grandes economistas*. Madrid: Aguilar.
- Ince, Martin y Manuel Castells (2003). *Conversations with Manuel Castells*. Cambridge: Polity Press.
- Lassave, Pierre (1997). *Les sociologues et la recherche urbaine dans la France contemporaine*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar (1995). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- Topalov, Christian y Bernard Lepetit (dir.) (2001). *La ville des sciences sociales*. París: Belin.

Instrucciones de lectura

Con el fin de facilitar la lectura y la orientación en el libro, cada capítulo es presentado del mismo modo: la entrevista es precedida por una puesta en contexto de la obra, por una presentación del génesis de los conceptos y análisis, y por una síntesis de su contenido. La conversación prosigue con notas al pie de página que ofrecen esclarecimientos sobre puntos que pueden parecer oscuros para un lector que no es especialista en el trabajo de Castells. Puede tratarse de presentaciones de autores citados, de eventos o de contextos históricos particulares. Finalmente, después de la entrevista, se propone una síntesis de las principales críticas y discusiones del libro en el momento de su publicación, con ayuda de las reseñas publicadas en revistas científicas. Entre las síntesis, las contextualizaciones, las críticas y las reseñas, se proponen diferentes niveles de lectura para esclarecer la entrevista.

Por otro lado, anotemos que se constituyen tres bibliografías. La primera, con citas entre paréntesis (Amiot, 1986), apunta a referencias citadas al final de un capítulo. La segunda, entre corchetes [Castells, 1998a], concierne únicamente a citas de Castells, compiladas al final de las entrevistas. Por fin, una bibliografía completa de Manuel Castells, entre 1967 y 2006, es propuesta al final de la obra.

Al final del libro un glosario reúne las nociones claves elaboradas por el sociólogo a lo largo de su producción científica.

Capítulo I

De España a *La cuestión urbana*: un joven
sociólogo en la lucha (1957-1972)

Introducción

Manuel Castells conoció una juventud intelectual y militante extremadamente rica: tres grandes batallas sociales y dos exilios políticos. A los dieciocho años, en la Universidad de Barcelona, se involucró en el campo de los resistentes anarquistas contra el régimen de Franco. Buscado por la policía, se exilió en Francia. Prosiguió sus estudios en París y realizó su tesis de tercer ciclo bajo la dirección de Alain Touraine. En 1966, siendo asistente en la flamante Facultad de Nanterre, se acercó a los estudiantes anarquistas y libertarios. Se transformó en uno de los principales animadores del Movimiento de Mayo de 1968, junto a su estudiante Daniel Cohn-Bendit. Expulsado de Francia en junio, fue invitado a enseñar en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Santiago de Chile, una institución creada por la UNESCO. Se interesó entonces por los movimientos populares de barrios: su primer contacto con los movimientos urbanos. Siguió de cerca la evolución de los Pobladores y se involucró a veces a su lado. Entre 1968 y 1972, Castells observó en el campo el punto muerto en el que se encontraba la política del gobierno de Allende, así como los desbordamientos de los grupos de izquierda que avivaban la amenaza de la lucha armada. Entrevió las semillas del golpe de Estado de Pinochet que aconteció en 1973.

¿Cuáles fueron las motivaciones y los fundamentos de los compromisos políticos del joven Castells? ¿Cuáles fueron estas diferentes influencias ideológicas, entre el anarquismo, el marxismo y la tentación revolucionaria? ¿Cómo concilió su compromiso político, su formación de joven investigador en sociología urbana y su profesión de docente?

Las primeras luchas: La España franquista

Deseo empezar esta entrevista biográfica por el colegio, cuando la personalidad intelectual se forma, cuando uno adquiere sus primeras ideas políticas. Usted creció en Valencia y luego en Barcelona. ¿Cuál era la vida de un colegial bajo el régimen franquista?

Entré a la universidad a los dieciséis años de edad, y lo fundamental que recuerdo del período anterior es el contexto y la ideología franquistas. Mi padre era muy autoritario y políticamente falangista¹. Me empujaba a tener éxito en los estudios y quizá por ello no tuve una infancia muy alegre. Hice la primera parte del colegio en Valencia y la segunda en Barcelona. En esa época, toda la élite cultural española, la gente de izquierda o los hijos de intelectuales iban a escuelas privadas, ya sea religiosas o las escasas escuelas privadas liberales, como el colegio francés de Barcelona. Yo no, yo siempre fui a la escuela pública. Mi padre no era *snob*: los mejores profesores estaban en las instituciones públicas, y por lo tanto allá debía ir yo. Fui siempre el mejor de la clase, aún siendo dos años más joven que

1 La Falange fue un grupo fascista fundado en octubre de 1933 por José Antonio Primo de Rivera, abogado e hijo de un dictador español, inspirado en una doctrina nacional-católica. Entre 1933 y 1936, los líderes del movimiento, marcados por el discurso de Hitler y cercanos a Mussolini, abogaron por una España ampliada (gracias a la anexión de Gibraltar, Argelia y Marruecos), propusieron la instauración del control y de una disciplina política vía la acción militar, y declararon que la religión católica romana representa la tradición "racial" de los españoles. Hasta 1937, la Falange constituyó esencialmente un movimiento de juventud compuesto de estudiantes sometidos a la instrucción militar de oficiales jubilados. En la primavera de 1937, la Falange, debilitada por la Guerra Civil, fue tomada a cargo por Franco, quien decidió fusionar los diferentes movimientos nacionalistas: desde los fascistas de la Falange hasta los monarquistas carlistas. Desde entonces, Franco fue el jefe de Estado y el comandante en jefe de este partido único nacionalista, el cual tomó el nombre de "Falange Española Tradicionalista" (Thomas, 1985).

los demás estudiantes. Tenía una buena capacidad para aprender, disciplina, concentración y memorización.

En se momento, ¿a qué tipo de censura se encontraba sometida la enseñanza, en los colegios públicos en particular? ¿Dónde se lleva a cabo la formación de ciudadano cuando uno crece en un régimen dictatorial?

Todo era censurado. Las matemáticas eran idénticas, pero cuando se trataba de la sociedad todo estaba filtrado, censurado. Había una clase de religión y la clase de formación cívica era la clase de doctrina falangista, un curso de formación para el espíritu nacional que nadie tomaba en serio. Era más una sanción que adoctrinamiento, ya que ni los profesores ni los estudiantes creían en ello. Era una dictadura cínica, no ideológica. Se buscaba reprimir la oposición, pero no adoctrinarla.

Cuando entré a la universidad, no estaba en lo absoluto posicionado políticamente. En cambio, era muy intelectual. Leí muchísimo. Mi padre me había sugerido, y luego impuesto, leer la literatura clásica. A fin de cuentas, eso me gustaba. Empecé a los siete años y continué. Entonces leí mucho, literatura clásica e historia sobre todo. Conocía bien el francés, fuera de la escuela atendía clases en el Instituto Francés. A los dieciséis años entré a la universidad, con una fuerte atracción hacia la literatura y las artes. Gané un premio literario en la universidad. Hacía teatro y gané el premio nacional de teatro. Pero ahí funcionaba el control ideológico. Por ejemplo, publiqué un artículo en una revista estudiantil donde comparaba, gracias a una metáfora bastante básica, la paz de España con la paz de un cementerio. La revista fue cerrada. En el teatro, terminamos en la cárcel porque interpretamos *Calígula* de Camus: fuimos encerrados por apología de la homosexualidad. Entonces, después de mis dos primeros años, me dije: "Es suficiente, no se puede hacer nada en este país, no se puede ser creativo, no se puede escribir, no se puede hacer teatro; ¡hay que tumbar este régimen!" Entonces entré en la resistencia clandestina socialista.

En ese momento, la gente seria era comunista. También había diversos grupos socialistas y anarquistas, los cuales se reagruparon en el Frente Obrero de Cataluña. Los comunistas decían, a justo título, que teníamos un sólo obrero al que sacábamos a pasear los domingos. Sólo éramos un grupo de estudiantes, pero éramos lo suficientemente estrambóticos para hacer mucho ruido. En 1962, lanzamos una huelga general contra el régimen, fuimos reprimidos, menores fueron asesinados y obviamente el régi-

men sobrevivió. Todos los militantes fueron arrestados, excepto yo. El secretario general de este pequeño grupo decidió que, como yo era el más joven, debía ir a Francia y reconstruir la organización desde el exilio.

¿Perteneía usted a un movimiento totalmente clandestino? ¿Sus nombres aparecían o la represión tomaba lugar en la calle?

Sí, en la calle. Luego la policía buscaba quién pertenecía a este Frente Obrero de Cataluña. Arrestaban a gente en la calle y en la universidad, y las torturaban hasta que digan quién era el jefe, etc. Una vez que estuve en sus listas, tuve que esconderme, y luego exiliarme.

En ese momento, ¿qué se aprendía en la Universidad de Barcelona, en Derecho y en Economía?

Era una universidad de élite, ya que había muy poca gente en el país que podía estudiar. La docencia era seria y de un buen nivel. En ciencias económicas se empezaba con matemática y se seguía con la economía política. Había textos marxistas, pero sobre todo se estudiaba economía neoclásica y matemática. ¡Era bastante cercano a las ciencias económicas que se aprenden ahora en Francia! La dimensión ideológica era inexistente, resbalaba sobre nosotros.

En los grupos más intelectuales había que ser de izquierda. En realidad, éramos más dogmáticos de izquierda que personas influenciadas por las leyes conservadoras del régimen franquista. Personalmente era anarquista y para nada comunista, pero mi teoría era marxista. Conocía muy bien la doctrina anarquista. Había leído algunos libros anarquistas entre los dieciséis y los veinte años. Siempre conservé un lado anarquista catalán que pudo luego verse en mi fe por el movimiento social y en mi crítica de lo político. Todas esas ideas vienen de allí. Siempre había tensiones con mi mejor amigo, que era el líder comunista en la universidad. ¡Nos seguimos enojando desde hace cuarenta y cinco años sobre este tema!

¿No era el único anarquista? ¿Era parte de un grupo?

Digamos que el Frente Obrero de Cataluña era ecléctico, comprendía a todos los militantes activos que no querían ser comunistas: esa era su definición. Había cató-

licos, anarquistas como yo, trotskistas, liberales radicales. De esos pequeños grupos salieron la mayor parte de los dirigentes políticos de la Cataluña de hoy en día, en todo el abanico político. También había nacionalistas catalanes. En ese grupo estaba, por ejemplo, el actual presidente socialista de Cataluña, Pasqual Maragall.

**¿Su formación política se hizo esencialmente a través de los libros?
¿Tenía usted también mentores en el movimiento?**

¡Sí, claro! Tenía un mentor, que tenía un año más que yo... Había tenido el tiempo de leer un poco más y me recomendó algunos libros. Entonces, de vez en cuando, tomábamos el bus, íbamos a Toulouse y comprábamos libros que no podíamos comprar aquí, libros anarquistas y marxistas. Era muy arriesgado, pues si nos agarraban al regreso con esos libros en el bolso, hubiésemos ido a la cárcel. Había una especie de comercio clandestino en la universidad para vender esos libros, pero pertenecía a los comunistas y era complicado. Un día, quise leer *Materialismo y revolución* de Sartre, pero no me lo quisieron vender porque era muy joven: tenía que leer *El capital* primero para entender la crítica de Sartre. Es una historia divertida que muestra bien el lado completamente estropeado de ese mundo, un mundo donde se reproduce represiones intelectuales comunistas en el interior de una represión intelectual fascista.

En el plano literario, ¿cuales eran los autores que le influenciaban en los años cincuenta?

Sobre todo los autores surrealistas. La literatura francesa era importante para mí, así como la literatura realista española y latinoamericana. Y, claro, leí a Zola y a Balzac. De cierta forma, toda la literatura realista, porque era una especie de restablecimiento de los códigos de la vida real. Los autores rusos también eran muy importantes para mí. Leí a Tolstoi y a Dostoievski.

¿De dónde provenía su oposición al comunismo?

Era relativa, porque los comunistas eran amigos y luchábamos juntos. Mi oposición al comunismo estaba ligada a dos cosas. En primer lugar, el rechazo de toda ideología de control individual y la importancia de la idea de libertad. La libertad en tanto que libertad individual, *vis-à-vis* de todo aparato y de todo partido político. Luego, la historia de la Guerra de España

me marcó. Desde que empecé a leer acerca de la Guerra de España, vi inmediatamente que había gente que quería hacer la revolución y otros que decían que no era razonable. Yo quería hacer la revolución y esas gentes que me parecían razonables eran los comunistas².

¿Había también trotskistas en el grupo?

No, no frecuenté trotskistas. Eso fue más tarde, cuando llegué a Francia. Había anarquistas de izquierda, como yo, pero pocos, ya que la mayoría de los anarquistas había sido exterminada por los franquistas. El único aparato que había resistido a la revolución franquista era el comunismo. Éramos todos hijos de burgueses, y luego nos asociamos a obreros católicos.

Volviendo a la Universidad de Barcelona, y poniendo a un lado su grupo de activistas, ¿cuál era el perfil sociológico de los estudiantes de la universidad?

La Universidad de Barcelona era una buena universidad, pero extremadamente elitista. Entonces sólo contaba con 15.000 estudiantes. ¡Ahora hay más de 140.000! España era muy poco educada en esa época. Muchos niños trabajaban desde los catorce años. Yo era de una familia de clase media, pero mi padre tuvo problemas profesionales, por lo que tuve una infancia bastante pobre. No teníamos hambre,

2 La Guerra de España, que opuso a los nacionalistas franquistas contra los republicanos, vio el surgimiento de una segunda crisis en la España republicana, entre los comunistas y los anarquistas. Esta crisis encontró sus orígenes en 1936, en el auge de una fuerza comunista sostenida por la Unión Soviética. Detrás del Partido Comunista se unieron cierto número de organizaciones de izquierda (socialistas, comunistas y anarquistas), cuyo proyecto de gobierno pasaba ciertamente por algunas nacionalizaciones, pero excluía toda colectivización. En Barcelona, la posición central del Partido Comunista empezó a causar problemas desde 1936: la información era censurada en nombre del estado de guerra, la economía se degradó rápidamente –aparte de la industria metalúrgica de armamento, el poder adquisitivo se deterioró y el derecho de huelga fue prohibido. En ese contexto social degradado, las tensiones crecieron rápidamente durante el invierno de 1936 entre los grupos anarquistas principalmente constituidos por obreros de Barcelona y el Gobierno (en el cual, junto a los comunistas mayoritarios, algunos líderes anarquistas, cada vez menos legítimos, eran representados). En 1937, en el apogeo de las tensiones, las “jornadas de mayo” de Barcelona se vieron marcadas por enfrentamientos violentos entre el este de la ciudad, manejado por los comunistas y el gobierno, y el oeste, que estaba en manos de los obreros anarquistas. Barcelona fue así, a lo largo de toda la guerra, uno de los principales bastiones anarquistas frente a una izquierda comunista poco inclinada hacia la revolución (Thomas, 1985).

pero tampoco teníamos carro, por ejemplo. España era realmente un país muy pobre donde hasta la clase media baja vivía poco cómodamente. Conocí una España totalmente rural y tipo medieval, donde Cataluña parecía relativamente desarrollada y educada, lejos por delante del resto del país, incluyendo a Madrid. En ese contexto, la Universidad de Barcelona era una universidad de élite.

El exilio en Francia y la entrada en la sociología parisina

¿Cómo sucedió su primer exilio en Francia?

Tuve que irme de España en 1962, ya que la policía política estaba convencida de que yo era el gran líder revolucionario que iba a empezar la lucha armada en España. ¡Eso habíamos escrito! Aun cuando nunca habíamos visto una pistola... Como era el único que no había sido arrestado, encarcelado o torturado, la Policía pidió a Francia mi extradición cuando tuve veinte años. El paso de la frontera fue divertido. Existía mi señalamiento en toda España. Yo no tenía organización y tuve que recurrir a amigos. Mi prima tenía un novio anarquista que propuso ayudarme. Me sacaron de España con una pareja de anarquistas franceses que vivían en Perpiñán. Regresaron a España con un permiso de veinte y cuatro horas para recoger a sus dos hijos, uno de los cuales tenía catorce años. Dejaron su hijo de catorce años en Francia y regresaron conmigo disfrazado de niño de catorce años. Teniendo veinte años parecía tener dieciséis: así, en pantalones cortos, el cuento podía pasar. Es así que llegué a Francia. Luego, tomé un tren sin papeles y llegué a París.

En París, ¿por quién fue recibido? ¿Encontró grupos de activistas?

Yo conocía un antiguo obrero anarquista español que era miembro de una organización obrera. Era albañil. Me ayudó y me llevó a la oficina de los refugiados. Intentó hacerme trabajar con él en la construcción. Después de tres semanas, me dijo: "Escucha, me vas a hacer salir de mi trabajo. Encuén-

trate un trabajo inútil como intelectual. ¡Como obrero en la construcción no eres nada!” Sin embargo, me ayudó mucho. Gracias a él obtuve una beca de refugiado político y pude inscribirme en la universidad. Con gran generosidad, me dieron la equivalencia de mis cuatro años de estudio de Derecho y Ciencias Económicas en España por dos años de Derecho en Francia. Estudié dos años más y terminé en 1964 la Facultad de Derecho, con especialidad en Economía Política.

Mientras tanto, mi novia llegó a Francia y tuvimos una hija. Yo tenía veintiún años, tenía una hija y una mujer, y no tenía trabajo. En el plano político, participé en una organización un poco loca que se escindió en catorce grupos. En París, el grupo se hizo trotskista y me negué a seguir. Eran personas que no vivían en este mundo. Es ahí que decidí ponerme seriamente a trabajar, y así me hice sociólogo.

¿Qué evolución lo condujo a contactar a Alain Touraine, quien luego se convertiría en su director de tesis?

Un día alguien me dijo: “Sabes, hay un campo donde se puede estudiar la clase obrera, la sociología industrial. Puedes obtener una beca para trabajar ese tema.” Quería hacer una tesis acerca de la lucha obrera: sobre los menores de Asturias que multiplicaban huelgas políticas y eran todos revolucionarios. Busqué quién trabajaba sobre la clase obrera y me topé con Touraine. Fui a verlo. No conocía nada y le pregunté: “¿Puede usted ayudarme? He oído que hay algo que usted llama ‘sociología industrial’, donde se puede hacer una tesis acerca de la lucha de clases y ser pagado por eso, ¿es verdad?” Él se partió de la risa: “En fin, no es exactamente eso, ¡pero se debe decir que usted quiere ser sociólogo!” Debió pensar que estaba completamente loco, pero me contrató. Pasé del Derecho y las Ciencias Económicas a la Sociología.

¿Cómo era la universidad francesa antes de 1968, en relación a la universidad que usted había conocido en Barcelona? La universidad de antes de 1968 era el universo de los intelectuales. ¿Cómo evolucionaba usted en ese mundo?

38 | Hice mi tercer y cuarto año de Derecho y Ciencias Económicas en la Facultad de París-Assas, que se ubicaba en el Panteón en 1962-64. Mi pasión era la política, así es que no iba a perder tiempo estudiando. Tomaba las copias un mes antes de los exámenes y trabajaba quince horas por día para

aprender de memoria todos los textos en francés. Siempre tenía muy buenas calificaciones. No ponía los pies en la facultad. La diferencia que me marcó con relación a España es que, en ese tiempo, los profesores todavía daban clases con vestido: un vestido negro y una chaqueta roja. Dos profesores me parecían muy interesantes, así que iba a sus clases: Henri Bartoli, de Economía Política, y Henri Denis, de Historia del Pensamiento Económico. Aprendía el resto de memoria: el derecho comercial, el derecho público, el derecho constitucional. Recuerdo haber aprendido de memoria todo el derecho de la seguridad social francesa.

El otro punto que me impactó fue la jerarquización de la universidad francesa: el profesor, los maestros-asistentes y luego los asistentes. Entonces no era posible faltar a los trabajos prácticos³, ya que los asistentes eran los que realmente controlaban a los estudiantes. Me enseñaron el método, que me ha quedado: para cualquier propósito, hacer una introducción, dos partes y una conclusión. La formalización de un razonamiento, la estructuración de sus ideas, la retórica han sido contribuciones de la cultura francesa esenciales para mi carrera. Esto me ayudó mucho en el mundo anglosajón, donde el pensamiento es muy desestructurado.

¿Sentía usted que se desarrollaran movimientos de contestación en los pupitres de la universidad?

Para nada. Los únicos debates tenían lugar en el exterior de la universidad, en el Barrio Latino, y eran acerca de la guerra de Argelia y sus consecuencias. La contestación en el medio universitario nació en Nanterre, a partir de 1966, en el momento en que se produjo la guerra de Vietnam, cuando llegué como maestro asistente. Entre 1962 y 1964 no; todavía era una universidad elitista, tradicional, muy bien organizada, con excelentes profesores que sólo veíamos arriba de sus tarimas. Bartoli era muy simpático conmigo. Le parecí conmovedor porque era exiliado español: había una dimensión romántica.

3 Los trabajos prácticos son clases dictadas en aulas por asistentes, no por profesores, quienes dan clases magistrales. *Nota de la traductora.*

Fue entonces a encontrarse con Touraine. ¿Cómo es que finalmente usted hizo una tesis sobre la localización de las empresas industriales en la cuenca parisina y no sobre la lucha de clases como lo deseaba?

Al principio, dije a Touraine que quería hacer una tesis sobre los menores de Asturias y nada más. Touraine se enteró que yo tenía una mujer, que estudiaba, y que no trabajaba. Mientras tanto, él había obtenido un contrato de investigación importante del distrito de la región de París para estudiar la localización de las empresas industriales. Ese tema lo aburría profundamente, pero necesitaba dinero para su laboratorio. Él buscaba un estudiante que conociera algo de estadística: con mi formación en ciencias económicas, tenía competencias que la mayoría de los estudiantes de sociología no tenía. Entonces, Touraine me dijo que podía contratarme enseguida como investigador en el laboratorio de sociología industrial de la Escuela Práctica de Altos Estudios: “Usted hace su tesis sobre la localización de las empresas industriales y le pago un buen sueldo ahora. Para su mujer y su hijo será perfecto.”

Le dije que de ninguna manera. Me contestó: “¿Cómo que de ninguna manera? Es una oportunidad magnífica. Además, la sociología urbana prácticamente no existe en Francia; es el futuro, no hay nadie en sociología urbana”. Me pidió que reflexionara, pero una semana más tarde le dije que no, que quería hacer mi tesis sobre la clase obrera en Asturias, y que por lo tanto no era posible que haga un estudio para servir a la clase capitalista y explotar a los obreros de la región parisina, que no me importaba nada la estrategia de localización de una empresa que ya no existiría cuando hiciésemos la revolución. Me contestó que no me podía dejar hacer eso: “Escuche, soy responsable de usted. Usted tiene una mujer y una hija. Los términos del problema son los siguientes: o se convierte en un sociólogo urbano, hace esta tesis inmediatamente y se hace investigador en el laboratorio de sociología industrial, o lo boto a la calle y pierde su beca.” Es así que me hice sociólogo urbano. Debo mi carrera de sociólogo a Alain Touraine.

¿Cómo se metió usted en este tema acerca de la localización de la industria en la región parisina?

No conocía nada al respecto. Me lancé en el análisis estadístico de las lógicas de localización de las empresas. Desde esa época, me interesé en la tecnología. Descubrí que las empresas de altas tecnologías presentaban

un comportamiento de localización muy diferente de todas las otras, ligado a criterios de valorización social del espacio y de creación de una imagen de modernidad. Ya había identificado el futuro espacio de la alta tecnología en Francia en el sur-oeste de la región parisina, en la meseta de Saclay⁴. Mi tesis de doctorado se transformó luego en un pequeño libro de sociología de las empresas industriales titulado *Sociología del espacio industrial* (1977). Cuando observé la Silicon Valley, veinte años más tarde, recordé lo que había observado en Francia, pero con un ritmo mucho más rápido. En el transcurso de los años ochenta, retomé el análisis que había empezado primero en los años sesenta y que luego abandoné porque me interesé por los movimientos sociales.

¿Hizo su tesis de tercer ciclo rápidamente, en dos años?

Sí, la terminé en dos años, pero antes de que acabe mi tesis, a los veinticuatro años, Touraine ya me había nombrado asistente en la Facultad de Nanterre, en 1966-1967. Me han dicho que era el más joven asistente de la Universidad de París.

¿Cuáles eran los miembros de su jurado de tesis? ¿Había sociólogos urbanos?

Sí, estaba Lefebvre, Touraine y Jean Bastié, un geógrafo urbano famoso en esa época. El Departamento de Sociología de Nanterre era de verdad un sueño. Touraine era director y los otros profesores eran Henri Lefebvre, Michel Crozier y Fernando H. Cardoso. ¡Era algo! Los asistentes en ese

4 En *Sociología del espacio industrial* [1975b], Manuel Castells propone un análisis cuantitativo de las relaciones entre tipos de empresas y las prácticas espaciales de localización. Identifica en particular que las empresas “con alto grado de tecnicidad” [op. cit., p. 88] disponen de un comportamiento de localización centrado en una representación social del espacio. Es decir que estas empresas se localizan intentando “apropiarse de un espacio y crear por ellas mismas un medio de actividad”, manteniendo una sensibilidad en referencia al prestigio de ese espacio [op. cit., p. 80]. En el plano geográfico, en los años sesenta, esas actividades de enseñanza, de investigación y de desarrollo científico se concentraban en particular en el sur-oeste de la región parisina, en el corazón de la meseta de Saclay, mucho tiempo considerado como la Silicon Valley parisina.

departamento eran Jean Baudrillard y Henri Raymond⁵, quien ha hecho trabajos interesantes en sociología urbana. Es ahí que me hice muy amigo de Fernando Cardoso. Aprendí muchas cosas. Había un pequeño círculo de sociología urbana con Henri Lefebvre y Henri Raymond, pero esa sociología urbana (la cuestión de los signos, de las percepciones de las personas) no me interesaba. Yo quería estudiar las fuerzas productivas, las lógicas de localización, la política. Quería hacer una sociología más política.

Por otro lado, muy rápidamente me obsesioné con la investigación empírica. Quería romper con los investigadores franceses que querían ser grandes intelectuales. Recibí una muy buena formación metodológica, ya que la Escuela de Altos Estudios había creado una enseñanza metodológica de alto nivel para formar algunos estudiantes de doctorado en el análisis estadístico, las encuestas y las codificaciones de cuestionarios. Se trataba de los métodos básicos de la sociología, tales como eran enseñados en los Estados Unidos. Era la sociología americana en París, y que no era enseñada en ningún otro lugar de Francia en esa época. Queríamos romper con los Bourdieu o Lefebvre, que eran, según nosotros, intelectuales que no sabían hacer investigación, gente que pasaba su tiempo conversando y escribiendo como filósofos. De manera muy militante, deseaba afirmar la investigación empírica en contra de la filosofía.

- 5 A mediados de los años sesenta, el flamante Departamento de Sociología de la Universidad de Nanterre (inaugurado en 1965), atrajo diferentes perfiles de sociólogos relativamente originales. Hubo, en efecto, alrededor de Henri Lefebvre y de Henri Raymond, un pequeño polo de sociología urbana. Henri Raymond participó en la creación, al principio de los años sesenta, del primer Instituto de Sociología Urbana (ISU) con Nicole y Antoine Haumont, bajo el impulso de Henri Lefebvre (Stébé, 2001). Las investigaciones llevadas a cabo por este equipo trataron la cuestión del hábitat en urbanizaciones, y luego las representaciones y los modos de vida. Por otro lado, el politista brasileño Fernando H. Cardoso propuso un análisis sociopolítico de la dependencia y del desarrollo en América Latina. Por fin, Michel Crozier, sociólogo y politista, se declaró abiertamente en ruptura con los intelectuales (de izquierda) y se situó del lado de los investigadores, tanto por sus métodos como por su discurso de contenido más empírico que filosófico (Mendras, 1995).

¿Cómo evolucionaba usted en el paisaje de la sociología en París, por ejemplo, con investigadores como Georges Gurvitch, Georges Friedmann, Henri Mendras⁶? ¿Cómo describiría a esta primera generación de sociólogos franceses?

En verdad, no los conocía mucho, porque venía de las Ciencias Económicas y del Derecho. No estudié sociología en París. La investigación de campo me interesaba mucho más que la disciplina sociológica. Era lo suficientemente competente en metodología, a tal punto que mi primer proyecto de tesis de doctorado de Estado era un proyecto en matemáticas con Raymond Boudon, quien era uno de los sociólogos franceses que más me interesaba. Tenía un lado formal que me gustaba mucho. Por ejemplo, nunca tuve relaciones con el Centro de Estudios Sociológicos, no había leído a Mendras, no había mantenido ninguna conversación con él. En París, había tres universos diferentes en sociología: el mundo del CNRS, con Mendras, que yo conocía muy poco, el mundo de la Universidad y el mundo de la Escuela de Altos Estudios. En

⁶ Después de la guerra, la disciplina sociológica tuvo mucha dificultad en deshacerse de la influencia predominante de la filosofía. Disciplina reina de las ciencias humanas, ésta evoluciona bajo la figura del "intelectual" simbolizado por Jean-Paul Sartre. Como lo subraya Pierre Bourdieu: "La universidad francesa, demasiado inmersa en los apasionamientos literarios del campo intelectual y demasiado atenta a las preocupaciones y a las conversaciones periodísticas, no ofrece al investigador lo que le asegura al otro lado del Atlántico: un campo universitario autónomo y auto-suficiente, sobre todo con sus redes cerradas de especialistas de diferentes disciplinas, sus formas de intercambio a la vez flexibles y estrictas, seminarios, coloquios informales, etc." (Bourdieu, 2004, p. 31) Es justamente en los Estados Unidos que la Sociología encontró sus raíces. En 1945, Georges Gurvitch regresó de su exilio americano con el proyecto de creación del Centro de Estudios Sociológicos (CES), dependiente desde un inicio del Centro Nacional de Investigación Científica francés. Su proyecto era el de una sociología "hiper-empírica y súper-relativista" (Mendras, 1995, p. 19). Si era súper-relativista, Henri Mendras concuerda en decir que Gurvitch dejaba el empirismo para otros, crítica compartida, por cierto, con Claude Lévi-Strauss y aquí con Manuel Castells. Los pioneros del CES son, entonces, Gurvitch y luego Georges Friedmann, asistidos posteriormente por Paul-Henri Chombart de Lauwe, etnógrafo e iniciador de la sociología urbana que estudia la vida en los barrios obreros de las grandes ciudades. En este paisaje, la alternativa entre un perfil de investigador empírico y el de intelectual filosófico representa una elección casi religiosa. Entre estos dos polos, existen diferentes configuraciones. Si bien casi todos los sociólogos de la época hicieron el viaje iniciático a los Estados Unidos, no todos adoptaron con la misma intensidad la postura empirista americana. Así, Michel Crozier subraya: "Yo no era del medio [intelectual], no tenía ni la credibilidad del antiguo resistente, ni la del normalista, ni la formación filosófica, ni la experticia marxista, ni la de la política de grupúsculos. Mi ticket de entrada era América, claro la América de izquierda, y ello todavía tenía valor antes de la exasperación de la Guerra Fría" (citado por Mendras, 1995, p. 68)

la Universidad, las cosas estaban dominadas por la oposición entre Gurvitch y Raymond Aron. Gurvitch había intentado inventar una teoría que sólo él comprendía. Siempre daba una gran importancia a la investigación empírica, pero era muy complejo. Recuerdo que Lévi-Strauss, en un debate, había dicho que Gurvitch tenía tanto respeto por los datos empíricos que nunca se atrevía a acercárseles. Todos los estudiantes de la Sorbona eran torturados por los esquemas de Gurvitch. Por otro lado, Raymond Aron era más inteligente, pero al mismo tiempo era tan conservador que no me atraía.

En cuanto a mí, pertenecía al medio de la Escuela de Altos Estudios. Tuve acceso a ella a través de Touraine. Empecé la sociología con él durante mi tesis de tercer ciclo. Él organizaba un pequeño seminario muy cerrado en la Escuela Normal con cinco normalistas y me admitió. Fue ahí donde realmente tuve mi primera formación en las teorías sociológicas: estudiábamos en profundidad los grandes autores, hacíamos síntesis de las grandes corrientes, debatíamos mucho. Era el Touraine que nadie conocía, el que se ocupaba de sus estudiantes y que intercambiaba. La Escuela de Altos Estudios era un medio de élite considerado el principal compañero intelectual en el extranjero. Y la facultad de Nanterre era paradójicamente considerada como una sucursal de la Escuela de Altos Estudios, porque Touraine estaba allí encargado de organizar el Departamento de Sociología, entre 1966 y 1969. Después todo el mundo se fue, Touraine, Cardoso, etc.

La sociología francesa de ese período se repartía en tres polos de atracción muy autónomos constituidos alrededor de Touraine, Bourdieu y Crozier. Yo, sin embargo, siempre detesté las peleas intelectuales y nunca en toda mi vida deseé participar en peleas políticas y académicas. También evite todo cargo de director, puesto que eso es lo que limita la capacidad para hacer investigaciones.

En el plano metodológico, ¿cómo trabajaba usted concretamente cuando el estado de las técnicas, la programación y la informática todavía balbuceaban?

En efecto, las técnicas cuantitativas todavía balbuceaban o no existían. Por ejemplo, en el seminario metodológico de la Escuela de Altos Estudios no el que dirigí, sino el que seguí en los años sesenta, trabajábamos en computadoras con tarjetas perforadas. Pasábamos noches enteras en las salas de esas enormes máquinas, y hasta aprendí algunas bases de programación. Para nos-

otros, era lo esencial, porque explorábamos todas las posibilidades para entender el mundo real. Recuerdo que una vez la computadora se rompió y había un colega yugoslavo formado en los Estados Unidos que nos dijo: "Saben, ¡también podemos hacer un análisis factorial sin computadora!" Entonces nos enseñó. Tomamos papel logarítmico, hicimos los trazos y, sobre una ventana, con tres papeles, por transparencia, anotamos las coordenadas de los ejes que coincidían. Hacíamos regresiones por transparencia. Entonces entendí de verdad los mecanismos estadísticos. He hecho muchos análisis factoriales en mi vida, porque es una técnica que controlo perfectamente. También enseñé muy rápido a todos mis estudiantes las técnicas de las encuestas. Hacíamos cuestionarios, hablábamos del desarrollo de las entrevistas: ser muy táctico pero nunca manipulador, las diferentes técnicas que se puede usar, los límites, etc.

En Nanterre, ¿cómo se desarrollaba su enseñanza? ¿Cuál era el perfil sociológico de los estudiantes?

La facultad de Nanterre era una especie de suburbio en el medio de los suburbios. Las salas eran horribles, prefabricadas. Enseñábamos sin copias y los estudiantes estaban obligados a asistir a clases. Los estudiantes eran muy interesantes. Eran chicas de buena familia del 16° distrito de París, porque el área de reclutamiento de Nanterre no era para nada los jóvenes del suburbio vecino. Nanterre era una facultad deteriorada, en medio de un ambiente podrido, con suburbios y una municipalidad comunista dura, pero los estudiantes que seguían las clases de sociología en la Facultad de Literatura y Ciencias Sociales venían de barrios acomodados de Neuilly-sur-Seine y del 16° distrito. La Sociología atraía sobre todo a las chicas. Las estudiantes eran verdaderas modelos, vestidas elegantemente. Luego se hicieron de izquierda, conmovidas por los pobres argelinos que vivían al lado en los suburbios.

En cuanto a mí, no estaba en el corazón de la enseñanza. Desde mi primer año en Nanterre enseñé en el nivel doctoral dando clases de metodología a estudiantes generalmente mayores a mí. Luego, un día, me pidieron dar adicionalmente algunas clases de metodología para estudiantes de licenciatura. Ahí fue que tuve a Cohn-Bendit como estudiante.

De Nanterre a las barricadas: en el corazón del Movimiento de Mayo de 1968

¿Cómo se desarrolló el año universitario 1966-67 en la facultad de Nanterre? ¿Vio usted germinar las primicias del Movimiento de 1968?

Dos cosas pasaron al mismo tiempo.

Por un lado, asistimos a una creciente politización acerca de la guerra de Vietnam. La guerra reforzó la oposición de estudiantes de izquierda, que prolongaban con esa ocasión las protestas que habían tenido lugar en el momento de la Guerra de Argelia, así como los movimientos a favor de una mayor solidaridad con el Tercer Mundo. En la facultad de Nanterre, por ejemplo, los trotskistas eran muy activos, con Krivine y los militantes de la Liga Comunista Revolucionaria. Yo discutía a menudo con ellos. Alain Krivine era un buen amigo, aunque no estaba en Nanterre sino en la Sorbona. Eran muy simpáticos, ya que no eran muy dogmáticos, aun siendo trotskistas. Sobre el tema de la guerra, había el Comité Vietnam, que se transformó en el hogar de los movimientos estudiantiles. Luego, inmediatamente hubo una separación entre el Comité Vietnam, más bien trotskista, y el comité llamado “de base”, maoísta, puesto que en 1966 la revolución cultural estalló en China y suscitó cierta fascinación entre los estudiantes en Francia.

Por otro lado, algunos movimientos se movilizaron a favor de la libertad de expresión y de la liberación sexual, de la misma forma que el Free Speech Movement en los Estados Unidos. Era un movimiento más bien anarquista, no muy ideológico, que trataba más de la persona y la expresión individual.

El Movimiento de Mayo de 1968 empezó en realidad el 22 de marzo de ese mismo año con un acta de liberación sexual, simbolizada por la revuelta

de los estudiantes de Nanterre para obtener que los chicos puedan ir a los cuartos con las chicas. Hasta entonces, sólo las chicas podían ir a los cuartos de los chicos. En una visita del Ministro de Educación Nacional, Cohn-Bendit, que era el líder de este movimiento de liberación, interpeló al Ministro en contra de esta medida. El Ministro, lleno de humor, dijo a Cohn-Bendit: "Si usted tiene tantas necesidades sexuales, bótese en la piscina que acabo de inaugurar". Oído esto, Cohn-Bendit respondió: "Usted es un fascista, señor Ministro". Enseguida, el Ministro ordenó su expulsión de la Universidad. Cuando la policía vino para ejecutar la expulsión unos días después, el 22 de marzo de 1968, dos cosas se combinaron: hubo una manifestación del Comité Vietnam en la facultad de Nanterre y, al mismo tiempo, los estudiantes de los movimientos de liberación individual manifestaron para que Cohn-Bendit no sea expulsado. La policía entró en el campus y los estudiantes les dieron una paliza, expulsando a los CRS⁷ de la universidad. A partir de allí, el movimiento se radicalizó y se constituyó como el Movimiento del 22 de Marzo. Entonces empezó la ocupación progresiva de la facultad.

A finales de marzo, el Ministerio de Educación Nacional pidió al profesor de sociología más conservador de Nanterre, François Bourricaud, un estudio acerca de la movilización estudiantil en Nanterre, para conocer los riesgos de ampliación del movimiento en el exterior de la universidad. El 2 de mayo de 1968, el estudio fue entregado al Ministerio, diciendo, como conclusión final, que no había manera alguna de que ese movimiento se extendiera en la sociedad. El 3 de mayo tenía lugar la primera barricada en el barrio latino.

¿Cuál fue su involucramiento político personal entre el día en que llegó a Francia y 1968? ¿Cuál fue su actividad política?

Hasta 1964, los dos primeros años seguí siendo parte de este grupo de españoles en exilio. Cuando el grupo se hizo trotskista, me concentré sobre todo en mi trabajo. En 1967, ya era asistente en la facultad de Nanterre y observé toda esta efervescencia alrededor mío. Me involucré con el Comité Vietnam. Luego empecé a hablar con Cohn-Bendit y su equipo. Cohn-Bendit era uno de mis estudiantes en Sociología y empezamos a re-

7 Llamam CRS a un tipo de policía que es parte de las Compañías Republicanas de Seguridad, elemento civil de la fuerza pública, reserva de la Policía Nacional, que suele intervenir cuando existen manifestaciones. *Nota de la traductora.*

lacionarnos porque yo era un joven docente bastante politizado, exiliado español y bastante cercano a ellos. Luego, cuando el Movimiento empezó de verdad en marzo de 1968, fui parte de él. Soy uno de los raros docentes que participó en él desde el principio. Cohn-Bendit⁸ era el líder y yo era parte de la decena de militantes activos que tomaba iniciativas. Es así que participé en todo el Movimiento de Mayo, ocupé Nanterre y la Sorbona, participé en las asambleas y de vez en cuando llevaba a mis colegas docentes Lefebvre y Touraine a las asambleas. Touraine estaba presente en las barricadas, ¡aunque claro que no era muy activo!

Llegué al final del Movimiento y participé en la última manifestación en la fábrica Renault de Flins, el 7 de junio, que era el último punto de resistencia. Las manifestaciones se tornaron duras y violentas. Los CRS cargaron y finalmente me arrestaron. El Gobierno decidió expulsarme de Francia. Querían expulsarme, muy gentilmente, hacia España, lo que hubiera sido una alegría para el Gobierno español. Touraine fue una vez más extraordinario y logró que sea expulsado hacia Ginebra. Fue la primera vez que tomé un avión, un vuelo París-Ginebra. Tenía un permiso de quince días, y tenía que encontrar algo en ese tiempo. Entonces la UNESCO me ofreció un puesto de docente de seis meses en Chile.

Personalmente, en el plano de las ideas, ¿qué piensa haber aportado al Movimiento de Mayo de 1968? ¿Cuál era su discurso y cómo se distinguía de los otros líderes?

No aporté nada. Fue Cohn-Bendit quien realmente aportó algo, con un discurso radical, sin compromiso: no hay que tomar el poder, hay que disolver el poder. Era el puro discurso anarquista. La única cosa que hice

8 Daniel Cohn-Bendit, nacido en Montauban en 1945, de padres judíos alemanes refugiados en Francia, fue uno de los principales líderes del Movimiento del 22 de Marzo de 1968, de inspiración anarco-libertaria. Permanece como la figura carismática del movimiento, oscilando entre discurso revolucionario y utopista. “Aquellos que lanzan las revoluciones son siempre los cuernudos de la historia”, declaró a Europe 1 el 18 de mayo de 1968, un sentimiento premonitorio, puesto que la orden de expulsión intervenida en junio de 1968 le prohibió estar en territorio francés durante diez años. “Dany el rojo” —como lo apodaron los medios de comunicación durante el mes de mayo— hizo pública su ideología al principio de los años ochenta, dejando los movimientos anarquistas y acercándose a los partidos verdes alemanes y franceses, en los cuales preconizó un discurso ecologista teñido de liberalismo económico.

fue aplicar ese discurso al conjunto de las estructuras de poder. Yo siempre estaba entre los que decían no a la recuperación, no a las elecciones, etc. Con 35 años de distancia, me parece que el objetivo no era tomar el poder, sino promover ideas, ser una revolución cultural en el sentido fuerte del término. Nuestros temas privilegiados eran la condición de los jóvenes obreros, la defensa de los inmigrados, la promoción de la solidaridad con los países del Tercer Mundo, los derechos del hombre. Yo estaba bien ubicado porque estaba en relación con obreros inmigrantes españoles.

¿Qué lugar tenían las feministas en el medio de los estudiantes y de los militantes del Movimiento?

Las feministas en ese momento no estaban muy presentes. Lo estuvieron después, aplicando a sus amigos militantes lo que ellas reivindicaban para la sociedad, preconizando la igualdad y la libertad individual. Se hicieron feministas haciendo la crítica del sexismo en el Movimiento. En efecto, las chicas debían ocuparse de todo: era la reproducción perfecta de la división sexual del trabajo en el interior del Movimiento. Entonces reaccionaron desarrollando ideas feministas.

Para regresar a su pregunta anterior, pienso que nadie contribuyó más que Daniel Cohn-Bendit al Movimiento: él era a la vez su líder e ideólogo. Por ejemplo, yo era cercano a Serge July⁹, me parecía muy inteligente, hablaba bien, pero pienso que estaría de acuerdo si yo dijera que no articuló verdaderamente el pensamiento del Movimiento: él sólo participaba y seguía.

Era realmente una creación colectiva extraordinaria y aprendí allí enormemente. También hice mi propia revolución cultural. En ese sentido, es una experiencia que me marcó para toda la vida y en todo mi trabajo. Pienso que esos eventos marcaron profundamente toda la sociedad. Muchos valores hoy en día dominantes en nuestra sociedad salieron del Movimiento de Mayo: la idea de que la autoridad viene después del individuo, el feminismo, la crítica de la sociedad del consumo, la idea de que los partidos no van a

9 Serge July es el actual director de la redacción del periódico francés *Libération*. *Libé* fue creado en mayo de 1973 por maoístas y por Jean-Paul Sartre, después de lo que Jean Guisnel (1999, p. 11) llama "el mayo de 1968 de la prensa", donde los periodistas de izquierda se movilizaron después de tentativas de censura y de control de la prensa por parte del Estado. Agitado por debates y crisis perpetuas entre maoístas y otros periodistas de izquierda, *Libé* fue remodelado bajo una nueva fórmula en 1981, e intenta desde entonces representar la herencia de mayo de 1968.

cambiar el mundo. Mayo de 1968 fue la ocasión de una crítica profunda de los partidos y, en particular, de la burocracia política de izquierda.

Pienso, por otro lado, que ciertos partidos de izquierda, como el Partido Comunista, nunca se sanaron de lo ocurrido en mayo de 1968. Claro que los partidos cometieron sus propios errores, pero, en el espíritu de las jóvenes generaciones, la izquierda política tradicional murió en mayo de 1968. Recuerdo, por ejemplo, que cuando el Movimiento del 22 de Marzo ocupó la facultad de Nanterre durante el mes de mayo, los estudiantes de ese movimiento pasaban su tiempo en las barricadas. De vez en cuando, regresaban a Nanterre para dormir. Los estudiantes comunistas esperaban en la puerta regularmente y les distribuían volantes para denunciar el lado pequeño-burgués de sus reivindicaciones. Después de dos noches y un día en la calle, peleando con la policía, haciendo la revolución, los estudiantes comunistas los trataban de pequeño-burgueses. Un día los militantes del Movimiento se cansaron y dieron una paliza a los estudiantes comunistas. Ahí vi cómo la joven generación se había separado completamente del comunismo.

Para mí, el Movimiento de Mayo de 1968 representa el movimiento donde la izquierda pasa de una izquierda digamos que nacionalista, comunista y sindicalista, poniendo en alto la defensa de la Nación, el Partido y la clase obrera organizada, a una izquierda donde el cambio cultural, la libertad personal y la capacidad de iniciativa caracterizan los valores del futuro. A partir de mayo de 1968, esa mutación fue irreversible y el modelo de la izquierda tradicional fue completamente barrido. Era un movimiento que era tanto anti-comunista como anti-capitalista. Con el tiempo, muchísimos temas fueron retomados por el Partido Socialista, que era el aparato político privilegiado de esta nueva generación. Dicho partido se reconstruyó gracias a su capacidad de integrar la mayoría de los temas de 1968. El periódico *Libération* también representa muy bien el espíritu libertario del 22 de marzo de 1968, y es el único discurso que, dentro de la esfera política y mediática actual, es interesante para la juventud francesa.

¿Cuáles eran las relaciones entre este movimiento estudiantil libertario y el movimiento obrero tradicional?

Siempre recuerdo una gran manifestación donde los maoístas habían logrado ubicarse en la delantera del desfile con una larga bandera que decía: "Llegó el momento de que la clase obrera tome las banderas de la revolución de las

manos temblorosas de los estudiantes”. Desde ese punto de vista, la palabra de orden maoísta era absolutamente típica porque era anti-sindical, anti-burocrática, pero pro-obrera. “¡Nosotros, los estudiantes, vamos a liberar a los obreros!” Había un esfuerzo por relacionarse con jóvenes obreros insurrectos e inmigrados, pero los sindicalistas eran casi nuestros enemigos.

En cambio, a escala del movimiento en su conjunto, los sindicatos sí participaron, así como el Partido Comunista. Junto con el movimiento estudiantil, hubo una serie de luchas reivindicativas: los sindicatos lo aprovecharon para lanzar sus reivindicaciones del momento, los partidos políticos intentaron tumbar a De Gaulle pidiendo elecciones. Sin embargo, la huelga general de 1968 era una cosa y el movimiento estudiantil era otra cosa. Es lo que la gente olvida a menudo.

Los movimientos estudiantiles, de inspiración anarco-libertaria, ¿nunca tuvieron la ambición de llevar la revolución hasta el final?

En un momento dado, asistí a una situación casi revolucionaria. Hubo una manifestación al final de la cual la Bolsa fue invadida y quemada. Algunas comisarías de policía en París también fueron atacadas o incendiadas. Era un momento muy importante, y yo lo sabía, porque estaba en el Movimiento. No había ni complot, ni intención de tomar el poder. De golpe vi cómo los aparatos institucionales, en sus imaginarios, construían una revolución, los funcionarios de los ministerios tenían miedo y empezaban a irse. También me topé con dos anarquistas franceses que tenían una escopeta de caza y se decían: “¡Ahora hacemos la revolución! Entonces, camaradas, ¿a dónde vamos?”

Querían tomar la Bastilla...

Sí, querían tomarse la Bastilla, pero ya habíamos tomado la Bolsa. En cierto momento, hubo un período peligroso porque el sistema estaba creando su propia crisis: cuando nadie quería o podía atacar los centros de poder, las instituciones públicas empezaron a entrar en pánico y ciertos funcionarios desertaban la administración.

Según usted, ¿qué queda de mayo de 1968, en particular en el plano de las ideas?

Para mí las manifestaciones de 1968 fueron la demostración del extraordinario poder material de las ideas. Podemos hablar del poder de las ideas, pero vivirlo concretamente bajo su mirada es extraordinario. Las ideas fraguaron su camino. La sociedad dejó de funcionar por completo durante un mes y medio porque la sociedad empezó a pensar de manera distinta. Observamos el camino progresivo de las ideas, y ya nada fue como antes. Entonces los políticos, en el sentido tradicional del término, se encontraron desplazados. Los comunistas también, claro, así como los socialistas y De Gaulle, quien se hundió políticamente. Nunca pudo llenar esa separación con las nuevas aspiraciones de la sociedad. De Gaulle comprendió que podía restablecer el orden con las armas o con la fuerza del Estado *régalien*¹⁰, pero nunca se repuso de este “chienlit”¹¹, como él decía, que aniquiló el sentido de su política. Y luego, a más largo término, mayo de 1968 transformó por completo los valores de la sociedad por décadas: la ecología, las mujeres, la igualdad, los derechos del hombre. Hoy en día, todos los partidos tanto de derecha como de izquierda deben demostrar que se inscriben en este nuevo conjunto de valores. Francia, como California, tuvo un rol preponderante en el surgimiento de estos nuevos valores. Las nuevas ideas acerca de los derechos del hombre y la libertad individual salieron de los movimientos sociales franceses. En California (lejos de los movimientos del sur de los Estados Unidos acerca de los derechos cívicos, que eran los más elementales posicionándose en contra de la esclavitud) las manifestaciones en los campus universitarios eran muy similares a lo que se observaba en Nanterre: contra la guerra de Vietnam, pacíficos y por la libertad personal. También participaron en la difusión de nuevos valores liberales en la sociedad americana.

10 El Estado *régalien* es literalmente “el Estado que da regalías”, el Estado que redistribuye. *Nota de la traductora.*

11 Palabra proveniente de una expresión francesa antigua: “chier en lit”, literalmente “cagar en cama”. Se refiere a un desorden extremo. No era una palabra usada comúnmente, pero se popularizó tras ser usada por el entonces presidente de Francia Charles De Gaulle durante los acontecimientos de mayo de 1968 para referirse a los desórdenes causados por el Movimiento. *Nota de la traductora.*

Antes y después del mes de mayo de 1968, ¿ya había empezado investigaciones acerca de los movimientos sociales?

Antes de 1968 no había tenido la oportunidad, porque Touraine me había desviado de mi centro de interés por los movimientos sociales con el fin de que me lance en la sociología urbana. Sin embargo, desde que empecé a trabajar, después de mi tesis y después de 1968, me lancé en el estudio de los movimientos sociales. Al final de 1968, en Chile, empecé a interesarme por la sociología y la economía del desarrollo en América Latina. Luego, en 1969, llegué a ser profesor asistente en Montreal y empecé a trabajar en sociología urbana sobre dos temas: la estructura urbana y los movimientos sociales urbanos. El primer artículo importante que publiqué en sociología urbana fue presentado en el Congreso Mundial de Sociología en 1970. Creo que el título era "Propuesta teórica para un estudio experimental de los movimientos sociales". Esta ponencia fue el fundamento de la parte de *La cuestión urbana* [1974] sobre los movimientos urbanos. Sin embargo, no deseaba que mis trabajos sean un análisis sociológico de mayo de 1968. No quería utilizar mi práctica política como material para mis investigaciones.

¿No tenía usted la intención de lanzarse en la observación participante?

No, para nada, nunca escribí nada acerca del Movimiento de Mayo. No quería, lo hubiera hecho sólo si los militantes hubiesen estado conscientes de que me lanzaba en un trabajo de investigación y los habría prevenido. Por ejemplo en 1977-1979, era el intelectual orgánico de los movimientos de barrios de Madrid. Al mismo tiempo, esos movimientos eran tan apasionantes que realicé una investigación sobre el tema. Les expliqué y estuvieron totalmente informados sobre mis intenciones. Me parece que la observación participante es interesante porque también puede servir a los movimientos para que reflexionen sobre ellos mismos. Aparte de estos ejemplos, nunca he mezclado las dos cosas, aun si las ideas permanecen y uno no puede separar las cosas en la cabeza.

También deseo hacerle algunas preguntas acerca de la universidad después de 1968. En primer lugar, quería darle el testimonio de Henri Mendras, sociólogo en el CNRS, quien cuenta en sus memorias los efectos perversos de mayo de 1968 sobre el desarrollo de la investigación sociológica:

Todo lo que habíamos intentado armar en los años precedentes [...] no sobrevivió a la tormenta. Ya que la revolución había nacido en el Departamento de Sociología de Nanterre, ya que Touraine era el profe de Cohn-Bendit, la sociología se hacía sospechosa, cuando nos había demandado tanto trabajo hacernos respetables y hasta legítimos (Mendras, 1995, p. 168).

¿Que piensa usted de esta fuerte crítica? ¿La sociología francesa fue expulsada de la sociedad y de las instituciones?

No. Touraine fue exiliado del mundo de la sociología por los sociólogos mismos. Si no entró al Colegio de Francia es por eso. La sociología francesa era extremadamente conservadora: siempre se piensa en Touraine y Lefebvre, quienes sí participaron en el Movimiento de Mayo de 1968, pero la inmensa mayoría de los sociólogos Mendras, el Centro de Estudio Sociológico del CNRS, los sociólogos comunistas estaban en contra del Movimiento de Mayo. Siguieron oponiéndose largo tiempo a Cohn-Bendit y siguieron denunciando al Movimiento como una acción pequeño burguesa e inmadura. Y yo fui metido en el mismo paquete.

Pienso simplemente que el poder político está en contra de la sociología en general porque la encuentra inútil o muy crítica. Los intelectuales que estaban en la vanguardia de la sociología, tales como Touraine, fueron reprimidos por el *establishment* sociológico, pero no por el poder.

Todavía en las memorias de Henri Mendras (1995), el sociólogo habla de la radicalización de los grupos maoístas ultras que, después de 1968, fueron hasta preconizar la destrucción de la Universidad, como André Glucksmann, quien era entonces asistente de Raymond Aron en la Sorbona. Mendras cita esta anécdota (Hamon y Rotman en Mendras, 1995, p. 168):

Desde la apertura [de Vincennes], la crema y nata de la contestación regresa al ataque. Están casi todos ahí, los tenores que se enfrentan en

tumultuosas juntas públicas. Henri Weber, asistente en el Departamento de Filosofía, representa la izquierda razonable. [...] Unos cincuenta guardias rojos de Vincennes invaden, siguiendo a Dollé¹² y Glucksmann, la sala donde Henri Weber imparte su clase. Los interruptores blanden el pequeño libro rojo que amenazan con transformar en objeto volador, y gritan juntos: “¡Abajo las patas delante de la China roja!” Dollé, pálido, empieza la discusión, pero Glucksmann lo interrumpe:

– Déjalo, Jean-Paul, su cerebro dejó de funcionar en 1940.

Weber está pálido. La alusión al asesinato del “Viejo”¹³ exaspera al trotskista. Interpela a Glucksmann:

– Dédé, no eres más que un siniestro payaso. Llevas a estos jóvenes brutos en una vía sin salida. Pero tú estás tranquilo: eres maestro-asistente. Puedes destruir la Universidad. ¡Siempre saldrás bien librado!

Usted, que era de inspiración anarquista y bastante cercano a los movimientos maoístas, ¿qué pensaba de este hervidero post-68 y de esta tendencia a la radicalización?

Hubo una deriva anarco-maoísta, en efecto, con Glucksmann y luego con gente que se llamaba “la causa del pueblo”, la izquierda proletaria, etc. Intentaban trasponer en Francia la revolución cultural china y entonces destruir la Universidad y todas las instituciones intelectuales. Eran bastante ingenuos, no muy violentos.

Pienso que este movimiento fue de corta duración. Luego esas ideas derivaron hacia un discurso ultra-liberal y esas personas fundaron la corriente de los nuevos filósofos¹⁴ al final de los años setenta. Lo que es

12 Jean-Paul Dollé fue uno de los intelectuales maoístas del Movimiento de Mayo, quien operó una conversión intelectual al final de los años setenta, formando la corriente de los “nuevos filósofos” con André Glucksmann.

13 Glucksmann hace aquí referencia al asesinato de León Trotsky, en agosto de 1940, por un agente de Stalin en México.

14 La corriente de los “nuevos filósofos” se fundó a finales de los setenta. El adjetivo “nuevo” significa la ruptura con sus compromisos maoístas. Esta generación de filósofos quiso romper con mayo de 1968 y se sostiene desde entonces en un anti-marxismo sin concesión. Denunciando, siguiendo a Soljenitsyne, los totalitarismos de origen comunista o fascista, quieren promover una filosofía realista, disociada de la gran filosofía universitaria que ellos juzgan inadaptada y anticuada. Poco legítimos en el plano universitario, se apoyan en los medios de comunicación para hacer valer sus ideas y suscitan la ira de los intelectuales postmodernos tales como Deleuze o Derrida, quienes se esfuerzan en de-construir sus construcciones argumentativas.

interesante es que André Glucksmann, Jean-Paul Dollé y Bernard-Henri Lévy vienen todos de la corriente maoísta radical, y todos se transformaron en intelectuales de derecha. Pasaron de la crítica de la izquierda a la defensa de la derecha. Mientras que el Movimiento de Mayo de 1968 era realmente la creación de otra izquierda, social y cultural más que política. Personalmente nunca participé en todo eso, y, por otro lado, los nuevos filósofos nunca me interesaron, aun si fueron importantes, ya que siguen siendo la base ideológica de la derecha francesa hoy en día.

En lo que se refiere a la Universidad de Vincennes, Edgar Faure¹⁵, quien era un hombre iluminado, tuvo una idea genial: encerrar a todos los izquierdistas en un sólo campus y dejarlos destriparse ahí. De hecho, en Vincennes se formó un “zoológico” donde todas las fieras de diferentes especies podían matarse unas a otras. Siempre me opuse a la idea de Vincennes. Vincennes era partir de la sociedad para cambiar la Universidad. Nanterre era exactamente lo contrario: partir de la Universidad para cambiar la sociedad y, por lo tanto, era muy corporativista. Vincennes fue una maniobra extraordinaria para encerrar en un *étai* ideológico y personal al conjunto de izquierdistas del medio universitario.

15 Edgar Faure fue nombrado Ministro francés de Educación Nacional en julio de 1968.

El exilio en Chile: del estudio de los movimientos de barrios a la tentación revolucionaria

En junio de 1968, usted llegó a Ginebra y la UNESCO lo contrató para ir a enseñar en Chile. ¿Cuál fue el pedido exacto de esa organización?

Tuve suerte, porque ya había aceptado una oferta de la UNESCO para intervenir en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Santiago, durante seis meses, para dar clases de metodología. Era una muy buena facultad que tenía estudiantes en maestría y en doctorado en ciencias sociales seleccionados en diferentes países de América Latina. Aunque era una sucursal de las universidades americanas, los estudiantes habían pedido la intervención de profesores franceses. Como había un muy fuerte acento puesto sobre la metodología, no sólo querían empirismo americano, sino que también querían reflexiones más profundas sobre epistemología. Sin embargo, no había muchos docentes en metodología en Francia. Raymond Boudon fue quince días. En la UNESCO había un procedimiento muy formal de selección de los docentes. Éramos recibidos por el director del Departamento de Ciencias Sociales y su adjunto. Me recibieron, la secretaria abrió la puerta y me presentó: “Aquí está el experto para América Latina”. Entré y el director miró por encima de mí: “¡Qué pase por favor!” Era demasiado joven para ser experto.

Tenía 26 años y no conocía nada de Chile. Ese país me fascinó inmediatamente. En primer lugar trabajé mucho en la FLACSO proponiendo cursos de metodología con epistemología. Encontré un medio estudiantil muy bien informado en el plano metodológico y en estadísticas. Empezaba discusiones sobre las estadísticas, pero desde el punto de vista epistemológico y crítico. Escribí un documento que intentaba mostrar cómo

el modelo teórico que uno decide testear determina las técnicas y de qué manera las técnicas usadas predeterminan el resultado teórico. Cuando Boudon leyó el documento, lo encontró extremadamente interesante y me propuso empezar una tesis de Estado. El tema trataba sobre las limitaciones metodológicas de los modelos teóricos y sobre las limitaciones teóricas de los modelos metodológicos. Por otro lado, aparte de la docencia, quedé completamente enamorado de América Latina, y de Chile en particular. Recorrí el país de norte a sur y empecé a hacer algunas investigaciones sobre el modelo de desarrollo chileno.

Al final del año 1968, mi contrato con la UNESCO terminó y Alain Touraine me ayudó a encontrar un nuevo puesto. Tuve una oferta de profesor asistente en el Departamento de Sociología de la Universidad de Montreal. Llegué en diciembre de 1968 a Quebec y me integré muy bien. Hasta me integré políticamente: volví a encontrar mi lado catalán y me transformé en nacionalista de Quebec. En la universidad enseñaba metodología. Recuerdo una clase que gustó mucho a los estudiantes: consistía en retomar todas las grandes investigaciones americanas y ver si, según los criterios metodológicos, esos trabajos eran o no rigurosos. Así estudiamos bastante el aparato metodológico de Lazarsfeld. Lo más común era que los estudiantes tuvieran clases con intelectuales de izquierda críticos que no tenían ni la menor idea de la metodología en ciencias sociales, o clases de metodología que no se interesaban para nada en la crítica social y política. Como yo hacía malabares entre los dos, los estudiantes se divertían mucho.

Luego obtuve, siempre gracias a Alain Touraine, un perdón del Gobierno francés en enero de 1970. Touraine había guardado mi puesto de maestro-asistente en Nanterre. El Gobierno me dio un permiso de estadia de tres meses, que era renovable para otros tres. Pero, al cabo de dos meses, hubo una manifestación en Nanterre y, aun cuando me mantuve muy discreto, mis estudiantes no lo fueron. Empezaron a lanzar por la ventana todas las sillas de mi clase sobre la policía. La policía llamó a Touraine y él me dijo: "Escucha, ¡es manifiesto que no podemos dejarte en Nanterre! Te vamos a nominar en la Escuela de Altos Estudios y estarás bien tranquilo, porque ahí no hay nadie que hace política". Es así que conocí la élite intelectual francesa, después de haber sido expulsado de Nanterre. Me uní al centro de investigación de Touraine, que se llamaba Centro de Estudio de los Movimientos Sociales (CEMS). Estudiaba los movimientos sociales mientras enseñaba sociología urbana.

Sin embargo, continué yendo regularmente a Chile. En septiembre de 1970, estuve en Chile por un seminario con Fernando Henrique Cardoso, cuando Salvador Allende ganó las elecciones y llegó al poder.

¿Conocía usted a militantes del Partido Socialista chileno desde su primer viaje en 1968?

No, nadie en el Partido Socialista, pero conocía militantes de la izquierda revolucionaria. En 1968 yo acababa de ser expulsado de Francia y los revolucionarios en Chile y en América Latina organizaban reuniones clandestinas donde iba a contarles mi experiencia. Fui a Chile, Argentina, Paraguay, Brasil. Conocí a todos los militantes que luego fueron liquidados por Pinochet¹⁶. A partir de septiembre de 1970, me entusiasmé por lo que pasaba en Chile y utilicé toda clase de invitaciones para ir lo más a menudo posible. Acepté ir todos los años al Centro de Estudios y Documentación Urbana (Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano – CIDU) de la Universidad Católica de Santiago de Chile, de 1970 a 1973. Todo era pagado gracias a un financiamiento de la Fundación Ford. Antes de mí, había un tecnócrata americano que fue despedido bajo la presión de los estudiantes: “No queremos a ese, ¡queremos a Castells!”

¿Pero Ford continuó pagando la cátedra?

Sí, yo hacía la revolución con la cátedra de la Fundación Ford, en la Universidad Católica de Chile, la más conservadora del país. Iba tres a cuatro meses por año. Aprovechando la diferencia entre los dos hemisferios, pasaba los cuatro meses de verano en los cuales no enseñaba en Francia en Chile. Trabajaba, enseñaba y hacía mis investigaciones en sociología urbana, así como sobre el movimiento de los Pobladores, un verdadero movimiento social. Acompañé grupos de trabajo que trataban sobre la elaboración de las políticas de vivienda popular. En la Universidad Católica, las personas del

16 En septiembre de 1973, el general Pinochet organizó, con el apoyo enmascarado de la CIA, un golpe de Estado contra el presidente socialista Salvador Allende. En el mes de agosto, el presidente Allende, debilitado, lo había nombrado jefe del comando de las fuerzas armadas. El 11 de septiembre, Pinochet dio la orden a las fuerzas aéreas de bombardear el palacio presidencial de La Moneda. Toda resistencia fue ahogada y Salvador Allende murió durante la toma del palacio presidencial.

centro de investigación eran esencialmente de un partido de izquierda, social-cristiano, que era parte del gobierno de Allende. Los empujé a inventar políticas de viviendas populares y a desarrollar cooperativas. Hice con ellos mi gran investigación sobre el movimiento de los Pobladores. Viví durante cierto tiempo inmerso en ese movimiento: pasaba cuatro días por semana en los barrios con ellos.

¿Qué es lo que más le marcó en el momento de sus investigaciones acerca de los movimientos de barrios chilenos a inicios de los años setenta? ¿Qué imágenes de ello conserva?

En primer lugar, es la primera vez que viví en la pobreza desesperada del Tercer Mundo. En segundo lugar, aprendí que podía discutir y mantener relaciones con esos movimientos siendo un intelectual parisino, lo que me ayudó luego en mis investigaciones sobre los movimientos de barrios. En tercer lugar, descubrí una politización de los movimientos sociales que no era de orden ideológico, pero que tenía como ambición cambiar la vida de los habitantes. También descubrí, una vez más, después de Francia, el vacío de la ideología pura. Esos habitantes de barrios pobres tenían líderes políticos que eran comunistas, socialistas, demócratas-cristianos o izquierdistas revolucionarios, pero todos se ubicaban en una lógica clientelista.

En el transcurso de los años, entre 1968 (su primer viaje), 1970 (elección de Allende) y el golpe de Estado de Pinochet de 1973, ¿cómo vio usted evolucionar a Chile?

Antes era un país en movimiento, con una tendencia reformista demócrata cristiana muy interesante. Con la llegada del socialista Salvador Allende¹⁷, la sociedad civil tomó el poder y eso se tradujo políticamente en una ilusión de revolución. Por un lado, era muy interesante porque se trataba de una

17 La llegada al poder del Gobierno de Unidad Popular entre 1970 y 1973, piloteado por el socialista Salvador Allende, se sostuvo en una coalición diversificada, desde la izquierda a los demócratas-cristianos. En efecto, la primera vuelta de la elección sólo daba el 36,3 % de las voces a Allende. Sin embargo, a pesar de esta larga coalición, Allende reformó muy rápidamente la sociedad chilena: en el transcurso de los dos primeros años, el 60% de las tierras cultivables y alrededor del 80% de las industrias fueron nacionalizadas. La perspectiva de nacionalización de la industria del cobre generó vivas tensiones entre el Go-

revolución pacífica, por las urnas, algo nunca antes visto. La llegada de Allende era una revolución socialista que se traduciría por una toma de poder democrática y la construcción de una economía estatizada. Luego, sin embargo, vi la deriva de ese sistema. ¿Cómo era posible hacer la revolución estando en el poder, en el aparato del Estado, aplicando los principios de la democracia, cuando sólo un tercio de los electores votó por ese programa? Denuncié esta ilusión revolucionaria alimentada por los izquierdistas miembros de la nueva mayoría.

En esa época, considerando que había un tercio de electores de derecha, un tercio de demócratas-cristianos y un tercio de socialistas y de comunistas, yo defendía que se podía hacer la revolución sin pasar por la mayoría democrática. Treinta años más tarde, retrospectivamente, es mi más fuerte auto-crítica: lamento haber mantenido posiciones tan radicales. Frente a esta subida del izquierdismo revolucionario, Allende intentó frenar el proceso yendo tan lejos como podía en sus reformas. Pero esta tendencia fue completamente interrumpida por el golpe de Estado. La segunda cosa que descubrí entonces —y que viví directamente— era que todas nuestras ideas sobre el imperialismo americano se concretizaban. Descubrí las provocaciones, los por-debajo-de-la-mesa, los mercenarios, las infiltraciones de la CIA, el control de los militares, la conspiración y el proceso que llevaba a la organización del golpe de Estado.

¿Desde qué año había usted observado indicios de la preparación de un golpe de Estado?

A partir de 1972 empecé a observar cosas sospechosas. En 1972 también decidí escribir un libro de crónicas sobre Chile. No quería hacer un gran

bierno chileno y la administración americana de Richard Nixon. La ambición de Allende era construir una sociedad con fundamentos socialistas, garantizando el mantenimiento de un régimen parlamentario liberal (Ávalos, 1992). No obstante, a pesar de las reformas llevadas a cabo a toda máquina, la extrema izquierda chilena se levantó y reclamó medidas revolucionarias inmediatas. Luego del asesinato, en junio de 1971, de un antiguo ministro del interior demócrata-cristiano, la coalición se fisuró. Después de las críticas de la centro-derecha, Allende se vio obligado a integrar tres nuevos ministros militares en su gabinete en noviembre de 1972. Tres meses más tarde, un movimiento de huelga de choferes, del cual se aprendería más tarde que era piloteado por la CIA, se opuso al proyecto de nacionalización, paralizó al país y desestabilizó un poco más la Unidad Popular. La tentativa por salvar la coalición con ministros militares fracasó y las maniobras repetidas de la CIA desembocaron en el golpe de Estado de 1973.

libro sobre mi compromiso político personal en Chile, sino más bien una obra útil para los movimientos chilenos. Desarrollé un análisis de la estructura de clases chilena, de la política y del Estado. Mi libro estaba escrito de manera muy militante, juntando muchos datos y una metodología muy desarrollada. Cada capítulo era un documento de trabajo que era distribuido no sólo a los estudiantes, sino también a los militantes del movimiento de base, donde era discutido. La gente en los barrios discutía el análisis de las estadísticas de la estructura de clases en Chile, de la distribución de los ingresos, etc. Finalmente terminé el libro justo en el momento del golpe de Estado. Seis meses después de haberlo terminado, todos los documentos habían sido quemados en Chile. El libro fue publicado en Argentina, pero algunos meses después se dio el golpe de Estado en Argentina y también quemaron todo. Es un libro del cual quedan muy pocos ejemplares.

Sin embargo, afortunadamente ese libro fue muy mal distribuido. Como lo terminé bajo las emociones del movimiento revolucionario y las horas precedentes al golpe de Estado, la introducción que escribí al final es un panfleto revolucionario. Mientras un 80% del libro trata del análisis de la estructura de clases, del Estado, de la industria y de los movimientos sociales, la introducción defiende que los verdaderos marxistas revolucionarios deben terminar con el reformismo y que se debe usar el libro para liquidar al imperialismo americano.

Dicho esto, nunca fui izquierdista en Chile, en sentido estricto, y aun menos después del golpe. Recuerdo que participé en el lanzamiento del Comité Chileno en Francia, y me mandaron al diablo en la mutualista durante el primer encuentro de solidaridad con Chile. El *leitmotiv* dominante era intentar organizar la resistencia, ayudando a los chilenos en la lucha armada. Yo les decía: “¡Ustedes quieren luchar hasta el último chileno! ¡Ustedes, franceses, quieren luchar hasta el último chileno!”, cuando estaba claro que había acabado, que ya no había nada que hacer. La pregunta era más bien organizar la solidaridad, salvar gente, sacar a personas de Chile, encontrarles trabajo y viviendas en Francia. Mientras Touraine nos organizaba un comité de ayuda para los universitarios que podíamos apoyar, nosotros encontramos 150 empleos.

El golpe de Estado chileno fue ante todo un hecho del Gobierno americano y de las grandes empresas multinacionales, pero es indudable que una parte de la izquierda chilena asustó a la gente sin tener realmente la capacidad de sostener las consecuencias de un discurso revolucionario totalmente irresponsable. Allende, que era en mi opinión alguien notable, intentó con-

ciliar los ideales socialistas y democráticos. Conozco muy bien a su hija, y era muy cercano a su sobrina. Siempre dijo que el país corría hacia la catástrofe, pero que nunca dejaría la Presidencia por culpa de la irresponsabilidad de los izquierdistas revolucionarios, que estaba listo para morir por ello. Era una persona de una dignidad rara.

Chile fue muy importante para mí, porque en ese momento liquidé la teoría leninista del Estado, vi la complejidad de las cosas y entendí hasta qué punto los dogmáticos de izquierda son extremadamente peligrosos. Mi vacuna definitiva contra el dogmatismo y el estatismo de izquierda fue Chile.

Hoy en día, asistimos a un *aggiornamento* en Chile, en la prensa y los medios de comunicación, hasta en los partidos políticos de izquierda, donde cada vez más personas defienden que también es la radicalización de la izquierda y los discursos duros sobre la lucha armada y la revolución los que aceleraron la caída del Gobierno de Allende, y no sólo el complot americano. ¿Qué piensa de ello?

Eso pienso. El complot americano pudo funcionar porque había una subida izquierdista irresponsable que desestabilizó al gobierno de Allende. Yendo más lejos, diría que los izquierdistas son responsables de lo que pasó. La CIA hacía su trabajo, pero los izquierdistas contribuyeron ampliamente a desestabilizar el Gobierno democrático reformista de Allende, lo cual era inadmisibile. Sobre ese punto, mi único lamento, mi único remordimiento, no es haber sido izquierdista (no era el caso) sino el haber sido demasiado condescendiente con respecto a los líderes políticos de esas organizaciones. El movimiento en sí no tenía problemas, pero los dirigentes izquierdistas que llamaban a la lucha armada, escondían armas en los barrios y organizaban operaciones tienen una responsabilidad evidente en los eventos que siguieron. Cuando me di cuenta, detuve mis discursos, pero ya era demasiado tarde... Personalmente, no participé para nada en el movimiento izquierdista, pero tenía simpatías por ese movimiento, lo cual lamento profundamente.

Usted experimentó de nuevo, y a su propio costo, el potente poder político de las ideas...

En efecto, y nunca intenté reeditar mi libro. El 20% sigue siendo un panfleto izquierdista irresponsable.

Bibliografía

- Ávalos, Raymond (1992). *Le Chili*. París: PUF.
- Bourdieu, Pierre (2004). *Esquisse pour une auto-analyse*. París: Raisons d'Agir Editions.
- Guisnel, Jean (1999). *Libération. La biographie*. París: La Découverte.
- Hamon, Hervé y Patrick Rotman (1995). *Génération*. París: Le Seuil.
- Mendras, Henri (1995). *Comment devenir sociologue. Souvenirs d'un vieux mandarin*. Arles: Actes Sud.
- Stébé, Jean-Marc (2001). *Architecture, urbanistique et société. Hommage à Henri Raymond*. París: L'Harmattan.
- Thomas, Hugh (1985). *La Guerre d'Espagne. Juillet 1936-Mars 1939*. París: Robert Laffont.

Capítulo 2
La ciudad en sistema
La cuestión urbana (1972)

Introducción

Manuel Castells empieza *La cuestión urbana* con una ruptura: los “problemas urbanos”, la “crisis urbana”, o lo que está en juego en relación al “medio de vida” y que preocupa a la clase política a principios de la década de 1970, representan una ideología pura que contribuye a enmascarar lo esencial: la creciente contradicción del capitalismo industrial y la eclosión de los movimientos sociales de las luchas urbanas en todo el mundo. Las “instrucciones de uso” que se ofrecen al lector en la primera página del libro son explícitas: se debe contrarrestar los discursos ideológicos sobre los problemas urbanos para proponer una alternativa científica, marxista, creíble. La ambición teórica de Castells es de gran envergadura. Él deshecha las dos principales corrientes de la sociología urbana de esa época: la escuela de Chicago, en parte representada por los trabajos del sociólogo francés Chombart de Lauwe, y los enfoques marxistas de lo urbano, fundados por Henri Lefebvre. Castells presenta un nuevo esquema de análisis de inspiración estructuralista: el sistema urbano. El libro logró un éxito que no se esperaba cuando fue publicado, como lo subrayó Castells en una entrevista reciente:

Yo no quería hacer un manual. Se trataba para mí de una síntesis muy crítica de lo que era en ese momento la sociología urbana, síntesis constituida en una parte por las investigaciones empíricas acerca de la relación entre la tecnología y la ciudad, y por los movimientos sociales urbanos. El libro fue publicado en francés en 1972 y luego en diez otros idiomas. Se han vendido más de 150 000 ejemplares en el mundo (Castells en Paquot, 1998: 7).

Así, *La cuestión urbana* no tenía vocación para convertirse en el manual en el que se convirtió durante décadas. El pensamiento urbano marxista sigue

siendo enseñado en Francia, aun cuando este pedazo de sociología está ahora guardado en el estante de la historia del pensamiento y ya no en el estante de los conceptos de la investigación urbana contemporánea.

Situación y síntesis de la obra

Al principio de los años setenta, el auge de la investigación urbana francesa pudo ser explicado por Castells a través de la convergencia de tres movimientos:

- El vigor intelectual de las ciencias sociales en la Francia de los años sesenta, por fin liberada de la tiranía estéril del pensamiento filosófico que había dominado (y que desafortunadamente vuelve a dominar ahora) la investigación social en Francia.
- La contestación política, ideológica y cultural que se desarrolló entre los intelectuales durante y después del Movimiento de Mayo.
- La penetración en profundidad de esta contestación en la élite tecnocrática de la gestión urbana en Francia [Castells, 1994: 59].

En ese contexto, *La cuestión urbana* simboliza las horas de gloria de una nueva corriente de pensamiento: la sociología urbana marxista. Lejos de ser coherente y organizado, y sin formar escuela [Castells, op. cit.], el marxismo urbano se ubica en el cruce de diversas influencias: las unas son propiamente comunistas, y las otras están en ruptura con el marxismo oficial, retomando los esquemas estructuralistas de Louis Althusser o las aproximaciones en términos de micro-poderes de Michel Foucault. En su diversidad, esta corriente de investigación se vio beneficiada por un sólido apoyo del Estado. Entre 1969 y 1975, los grandes programas de investigación se multiplicaron, siendo el de la Misión de Investigación Urbana del Ministerio del Equipamiento¹ francés el más conocido. Este sistema de financia-

1 En el texto original se habla del "Ministère de l'Équipement", es decir, literalmente, "Ministerio del Equipamiento", nombre que tenía el Ministerio en la época referida en el texto y que se usará de aquí en adelante. Sin embargo, esta institución ha cambiado de nombre. En el momento en que el presente texto está siendo traducido, se llama Ministère de l'Écologie, du Développement Durable, des Transports et du Logement: Ministerio de la Ecología, del Desarrollo Sostenible, de los Transportes y de la Vivienda. Nota de la traductora.

miento permitió promover un funcionamiento extremadamente flexible de la investigación en ciencias sociales:

Para contestar a las llamadas a licitación liberal y generosamente propuestas a los cuatro vientos por esas instancias gubernamentales, la flexible fórmula de la asociación privada sin fines de lucro era usable: muchos investigadores recurrieron a ello, tanto los que no tenían estatus universitario (la mayoría de los marxistas eran parte de este grupo), como los investigadores provistos de un estatus académico (de la universidad o del Centro Nacional de Investigación Científica). [...] ¡Quién hubiera pensado que era posible toda esta flexibilidad en el sistema institucional francés rígido y centralizado! (Amiot, 1986: 127)

Aprovechando estos flexibles y ventajosos financiamientos, una comunidad de jóvenes investigadores totalmente alejados del mandarín de las universidades ganó visibilidad sin tener que pasar por los cánones habituales del reconocimiento académico. Rompiendo con las versiones francesas de la escuela de Chicago, un joven equipo se constituyó apoyándose en ese sistema de financiamientos públicos. El equipo llamado de la Tombe Isoire, tomando el nombre de la calle donde se instaló se convirtió luego en el Centro de Sociología Urbana (CSU), y vivió largo tiempo independiente del CNRS (Mendras, 1995). Integrando sociólogos como Christian Topalov y Edmond Préteceille, este equipo conservó a lo largo de los años setenta una visión comunitaria de su trabajo. Un tanto vindicativo, el sociólogo rural Henri Mendras subrayó con la distancia el estatus favorable de la investigación urbana en el paisaje sociológico francés:

La sociología urbana en su conjunto fue sin lugar a dudas la más grande consumidora de créditos: ningún otro sector se benefició de la ayuda constante y atenta de un ministerio. El contraste es completo con la sociología rural que se desarrolló en el CNRS, sin ninguna ayuda del Ministerio de la Agricultura ni de los organismos agrícolas, y sin haber podido hacerse un lugar en el INRA (Instituto Nacional de la Investigación Agronómica) (Mendras, 1995: 183).

Rompiendo con la ecología urbana de Chombart de Lauwe², el equipo del CSU se interesó en la producción de la ciudad por el sistema capitalista y sus relaciones de producción. Aún así, sus análisis urbanos podían parecer “pequeño-burgueses” frente a una sociología marxista tradicional focalizada en las relaciones de producción, las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y las luchas obreras. Por ejemplo, había que convencer de que sí era de interés ocuparse de las luchas y contradicciones urbanas, al lado o en relación con el mundo de la producción. Aun cuando ciertos sociólogos se quedaron en la línea recta del Partido Comunista francés, como Jean Lojkine, la mayoría se alejó progresivamente, sobre todo después de la ruptura del programa común y la explosión de la unión de la izquierda en 1973.

En ese paisaje intelectual, la posición de Manuel Castells fue original. Él se mantuvo, con distancia, como una de las figuras emblemáticas de la sociología urbana marxista, aun cuando siempre se ubicó al margen de ese movimiento. Esta posición lo autorizó a ser, a veces de manera simultánea, el mejor promotor y el más grande detractor de esa corriente teórica. Cuando el autor menciona que no se inscribía en un marxismo puro y duro, está volviendo a escribir la historia. Una de las especificidades de su procedimiento era justamente el intentar construir, en vano, un puente entre dos grandes áreas de influencia, una estructuralista y la otra tourainiana. La primera, inspirada por Louis Althusser y por el filósofo político Nicos Poulantzas, propone un análisis centrado en la noción de poder y las estructuras sociales desde un enfoque marxista. La segunda, fundada en los conflictos urbanos y sostenida en las primeras investigaciones sobre los nuevos movimientos sociales iniciadas por Alain Touraine, se apoya en un enfoque más libertario de la transformación social y sus prácticas.

Influenciado por su acción militante en España, Francia y Chile (ver capítulo 1), Castells deseaba, al igual que los tourainianos, analizar los movimientos sociales deshaciéndose de las luchas obreras tradicionales de la

2 Paul-Henry Chombart de Lauwe, antropólogo, también fue un pionero de la sociología urbana francesa. Después de unos primeros trabajos de etnología, en los años veinte y treinta, ingresó en la resistencia y se convirtió en piloto de caza del lado de los Aliados. Después de la guerra, con un equipo que trabajó de manera muy colectiva, se lanzó en el estudio de los modos de vida en los barrios obreros (Chombart de Lauwe et al., 1952). Esas investigaciones, en la línea de la escuela de Chicago, presentan un análisis en profundidad de los procesos socio-históricos y abarcan diferentes temas, desde la vivienda hasta la cultura, pasando por el militanismo (Chombart de Lauwe, 1996).

sociedad industrial. Todo el último capítulo de *La cuestión urbana* trata así el estudio de los movimientos sociales urbanos en la región parisina, en Chile y en Quebec, que representan según él la vanguardia de la transformación social. A la vez, la cuestión de la transformación de la sociedad por los movimientos sociales no es concebible en un marco marxista estricto.

Bajo las apariencias de una investigación formateada teóricamente, *La cuestión urbana*, reubicada en su contexto, es una obra iconoclasta: mientras que la *intelligentsia* de izquierda sólo percibía estructura, control y dominación, el joven sociólogo vislumbraba los fragmentos de cambios y de resistencia en los barrios. Es así que Manuel Castells dispuso de una posición a menudo ambigua, tourainiano donde los marxistas, marxista donde los tourainianos.

Sin embargo, la ortodoxia marxista está lejos de ser el primer objetivo de Manuel Castells. Como investigador metódico, se dispuso, desde su entrada en el campo de la sociología urbana, a leer, sintetizar y criticar el gran movimiento fundador de la disciplina: la escuela de Chicago. En un artículo para *Sociologie du travail*, publicado en 1968 ["Y a-t-il une sociologie urbaine?"], el sociólogo defendió que lo urbano no es ni un objeto de estudio ni una variable sociológica en sí. Con ello critica las dos grandes corrientes de la escuela:

- La que, imitando a Robert E. Park o Louis Wirth, determina los comportamientos humanos por el contexto: la ciudad se transforma en una variable explicativa de una nueva "cultura urbana", marcada por la segmentación de los roles, el anonimato, el aislamiento, la competencia individualista, etc. Así, la naturaleza urbana determina la cultura: es el modelo de la ecología humana.
- La que luego, imitando a Ernest Burgess, hace de la ciudad una variable sociológica dependiente de los procesos históricos ilustrados en modelos de crecimiento urbano radio céntricos. Estudios realizados en la aglomeración parisina por Chombart de Lauwe et al. (1952) o sobre la ciudad latinoamericana por Leo Schnore (Hauser y Schnore, 1965) demostraron, por ejemplo, que el crecimiento urbano y los modelos de localización de las diferentes categorías sociales varían en función de los contextos sociales, políticos y culturales.

A los primeros, Castells responde que el concepto de "cultura urbana" es un mito, ya que la ciudad no es un fenómeno independiente, sino la

traducción espacial y cultural de la industrialización capitalista y de la aparición de la economía de mercado. La urbanización es un producto de la industrialización. Podríamos entonces pensar que Castells se acerca a las consideraciones de Chombart y sobre todo de Schnore, quien mostraba, por ejemplo, que el modelo de la ciudad latinoamericana, con las clases superiores en el centro y la marginalidad en la periferia, resulta del proceso combinado de industrialización sin control social y del crecimiento urbano. Aun si parece mucho menos crítico con estos últimos, Castells les dirige una crítica de orden metodológico: incluso sabiendo que existe relación entre el proceso social y las dinámicas urbanas, todavía hay que explicar las modalidades de esta relación:

La hipótesis que afirma la construcción puramente social del espacio equivale a hacer nacer la naturaleza de la cultura, al igual que las más primitivas formulaciones de la ecología humana regresan a una determinación directa de la cultura por la naturaleza [Castells, 1968: 79].

Aunque Manuel Castells deshecha las dos grandes aproximaciones de la sociología urbana, no por ello ofrece, en 1968, una alternativa conceptual. Él constata, por ejemplo: “Después de medio siglo de existencia de la sociología urbana, un sólo tema permanece inédito: su objeto” [Castells, op. cit.: 90]. Sin embargo, sus propuestas todavía son poco detalladas. El autor invita a tomar lo urbano como un objeto múltiple natural y cultural, material y social:

Quisiéramos sugerir, al menos, con qué condiciones una sociología se podría definir como urbana desde el punto de vista de su objeto científico. A nuestro parecer, podría haber especificidad urbana en el caso de una coincidencia entre unidad espacial y unidad social, ya sea en el nivel del sistema social, el sistema de signos o el sistema de acción [Castells, 1968: 89].

Ver lo urbano en sistema: una ambición teórica que el sociólogo se esfuerza en concretizar en *La cuestión urbana* [1974].

* * *

La obra se divide en cuatro grandes partes. Con tacto, Manuel Castells no empieza su discurso con el estado del arte crítico del pensamiento urbano de la escuela de Chicago a Henri Lefebvre (una prueba que realiza en la segunda parte). El sociólogo prefiere inaugurar su desarrollo con una parte analítica e histórica del proceso de urbanización. Desea definir su objeto: ¿Cuál es la naturaleza del proceso de urbanización, cuál es la organización del espacio de las sociedades industriales y cuáles son los procesos socioeconómicos subyacentes? Esta primera parte, titulada “El proceso de urbanización”, es extremadamente rica en el plano empírico. Propone una síntesis histórica de la urbanización en los Estados Unidos, en París y en América Latina, así como en los países socialistas: la Unión Soviética y China. En la segunda parte, el autor discute en detalle los fundamentos de lo que él llama “la ideología urbana”. Retoma los argumentos ya esbozados en su artículo para *Sociologie du travail* en 1968 (presentados más arriba), y luego se lanza en una crítica de la revolución urbana según Lefebvre. Demuestra que, aun si el autor de *Droit à la ville* (1968) denuncia la ideología urbana y las reflexiones haciendo del marco de vida el factor determinante de las relaciones sociales, reproduce la misma tendencia a la reificación de lo urbano. Henri Lefebvre tiende a demostrar que lo urbano, como forma, puede ser la causa de transformaciones profundas de la sociedad. En ese sentido, Lefebvre reproduce el escollo de la escuela de Chicago que sin embargo pretende denunciar.

Después de esta entrada en materia histórica y crítica, el autor propone en una tercera parte su tesis y su esquema teórico. La tesis puede primeramente ser resumida así: No hay una teoría específica del espacio, sino que hay despliegue y especificación de la estructura social en el espacio. El espacio se transforma en la expresión de la estructura social y su análisis consiste, entonces, en comprender cómo es formado por el sistema económico, el sistema político y el sistema ideológico. La articulación específica de esos tres sistemas se llama sistema urbano. Se define por la articulación de diferentes elementos: la producción de bienes y de servicios, el consumo, el intercambio, la gestión (lo político que regula las relaciones entre producción, consumo e intercambio) y, por fin, el elemento simbólico que marca la transcripción espacial de la “ideología”. El libro podría detenerse ahí, pero Castells expone en la última parte diferentes estudios de casos exploratorios en Chile, París, Estados Unidos y Montreal. Sus investigaciones develan la dimensión más tourainiana de los trabajos del sociólogo: nos ale-

jamos de la estructura social para interesarnos por las prácticas y la transformación de la ciudad, la renovación urbana, las luchas urbanas y los movimientos sociales. El enfoque se hace más empírico corriendo el riesgo de no adherir perfectamente al modelo de sistema urbano que acaba de ser concebido.

La politización de la investigación urbana ante la creciente contradicción de las ciudades capitalistas

En el momento de la redacción de *La cuestión urbana*, ¿con quién trabajaba? ¿Quiénes eran sus compañeros científicos?

Hasta 1968 trabajé esencialmente con Alain Touraine. Cuando regresé en 1970, después de dos años de exilio en Chile y en Canadá, mis primeros artículos habían sido publicados y era conocido como un investigador marxista. A Touraine no le gustaba eso. Me decía a menudo: “Es una pena que usted sea marxista”. Sin embargo, a diferencia de otras personas, Touraine siempre lo aceptó. Me dio una independencia intelectual completa. Desde los inicios de 1970, empecé mis propias investigaciones en la Escuela de Altos Estudios, centradas en la aplicación de la teoría marxista en la sociología urbana y en los estudios urbanos. Me beneficié de créditos de investigación importantes y constituí un equipo de trabajo con jóvenes investigadores. Entre 1970 y 1977, construí ese grupo de investigación, y luego, tres años más tarde, creé un seminario en sociología urbana en la Escuela de Altos Estudios. Se realizaron alrededor de treinta tesis de doctorado que trataban, de cerca o de lejos, sobre sociología urbana.

Al final, entre mi equipo de investigación y los estudiantes en doctorado que trabajaban en lo urbano, constituí mi propio grupo de sociología urbana. Nunca hubo una escuela francesa en ese ámbito. Francamente, había dos personas, Lefebvre de un lado y yo del otro. Con Lefebvre tuve una relación muy complicada, pero muy interesante. Él siempre hizo filosofía, era un gran filósofo. Para mí, era un intelectual importante, lo leí cuando tenía dieciséis años y me arriesgué varias veces a ir a la cárcel para traer un libro de Lefebvre

de Toulouse a España. Había leído toda su producción. De mi lado, privilegié los trabajos empíricos y quise generar un grupo de investigadores con personas que no eran sólo sociólogos marxistas urbanos.

Por otro lado, me comprometí con la creación de dos revistas académicas. Participé desde el primer número en la creación de *Espaces et Sociétés*, la revista de Henri Lefebvre. Luego creé con algunos colegas –Christopher Pickvance, Michael Harloe y Enzo Mingione– el *International Journal of Urban and Regional Research* (IJURR), todavía existe, que pretendía juntar los diferentes pensamientos de izquierda en el campo de los estudios urbanos y regionales. Luego, en Francia, creé una colección de libros con la editorial Mouton, en la cual publicaron todos los marxistas urbanos franceses: Lojkin, Topalov, Prêteceille. Este grupo constituyó finalmente, en 1978, el gran Comité de Investigaciones en Sociología Urbana (RC 21), de la Asociación Internacional de Sociología, que reagruparía la mayor parte de los investigadores en estudios urbanos.

Hoy en día, en el aprendizaje de la sociología urbana, se asocian sus trabajos con los de una escuela francesa de sociología urbana. ¿Piensa usted que esa escuela existió en algún momento? ¿Cómo se posiciona usted en ese espacio intelectual?

La así llamada escuela francesa de sociología urbana nunca existió como escuela unificada ni como corriente de pensamiento. Fue creada a partir de la mirada anglosajona sobre la investigación francesa, en contrapunto a los estudios urbanos americanos, oscilando entre trabajos descriptivos, no teorizados, y el funcionalismo de la escuela de Chicago. Visto desde lejos, lo que caracterizaba a la escuela francesa era sobre todo un enfoque político, en sentido amplio, de la problemática urbana.

La sociología francesa de los años setenta también se vio beneficiada por cierta unidad desde el punto de vista organizacional. Es un fenómeno realmente interesante para una sociología de la ciencia. Al inicio, hubo una iniciativa de un alto funcionario del Ministerio del Equipamiento, Michel Conan, una persona inteligente, cultivada y progresista, quien, en el período de después de mayo de 1968, logró controlar fondos de investigación importantes en el marco de la Misión de la Investigación Urbana. Dio acceso a esos fondos a jóvenes investigadores y a equipos orientados ideológicamente hacia la izquierda, cortocircuitando a los mandarines tradicionales

de la investigación en ciencias sociales y las oficinas de estudios privadas que vivían de esos programas. Es así que todos fuimos financiados.

Sin embargo, este alto funcionario quería crear un medio de investigación. Una de las condiciones para recibir esos fondos era participar en seminarios cerrados, en lugares simpáticos de diferentes regiones de Francia. Esos seminarios fueron los únicos espacios y momentos de discusión y de debate entre los diferentes equipos. Si hubo una escuela francesa, sería la red de investigadores organizada por el Ministerio del Equipamiento: investigadores que en su gran mayoría denunciaban el control del Estado capitalista sobre la investigación, para gran diversión de Michel Conan. Fue un gran Señor de la investigación, comprendiendo mejor que cualquiera el objeto de nuestra labor. Perdí contacto con él hace más de veinte años...

A parte de esto, las publicaciones de obras en mi colección en Mouton, los artículos en *Espaces et Sociétés*, en el *International Journal of Urban and Regional Research* y en *Les Annales de la Recherche Urbaine* lanzadas por el Ministerio del Equipamiento daban una cierta coherencia pública en una escuela que no era una escuela. En lo que se refiere al contenido, pienso ser honesto al decir que había en primer lugar dos figuras intelectuales cuyos trabajos eran internacionalmente conocidos, Lefebvre y yo, con problemáticas teóricas bastante personales. Luego, había al menos cuatro corrientes claramente diferenciadas y una serie de estudios empíricos bastante interesantes: en primer lugar, la corriente que me parece haber sido la más original, construida a partir de la problemática de Michel Foucault, alrededor de un centro llamado el CERFI (Centro de Estudios, Investigaciones y Formación Institucionales); luego, los investigadores marxistas ortodoxos, que proclamaban adscribirse a la teoría del capitalismo monopolista de Estado; en tercer lugar, una serie de investigaciones en ciencias políticas, que apuntaban a realizar un análisis ideológico e institucional de la ciudad; por fin, trabajos sobre la dinámica entre necesidades y consumo a partir de la problemática de los equipamientos sociales y de la vida urbana.

Claro, esta presentación no le hace justicia a la gran diversidad de temas y orientaciones, pero transmito mi percepción del campo de trabajo. Durante unos diez años, asistimos a la producción de más de un centenar de informes de investigación, de calidad desigual, pero siempre interesantes, que compartían tres rasgos comunes: a) era investigación empírica, aunque a veces más ilustrativa que demostrativa, b) siempre había un es-

fuerzo de teorización, y c) el enfoque en términos de relaciones de poder (de clase, de aparato o de cultura) estaba generalmente en el centro del análisis. Estaba bien, a pesar de una ideologización excesiva de todas esas investigaciones. Luego, al principio de los años ochenta, ya no había tanto financiamiento, se organizaron pocos seminarios, Lefebvre se interesaba por otras cosas, yo me fui de Francia, la colección *La investigación urbana* de Mouton cerró, Conan perdió el poder, el marxismo cayó en descrédito y la Geografía y la Arquitectura retomaron el mando.

Al principio de los años setenta, usted era parte del comité de la revista *Espaces et Sociétés*, creada y dirigida por Henri Lefebvre. Usted debió colaborar, discutir e intercambiar. ¿Cómo fueron esas discusiones? ¿Recuerda disputas intelectuales interesantes? ¿Sobre qué temas?

Lefebvre controlaba enteramente la revista a través de su amigo Serge Jonas, el dueño de la casa de edición, y dos o tres de nosotros realizábamos el trabajo de búsqueda de artículos. Los textos debían finalmente ser aprobados por Lefebvre. A veces los discutíamos y era interesante, pero Lefebvre no leía los artículos. Recuerdo que una vez me hizo cambiar el título del número especial que había preparado sobre “Dependencia y urbanización en América Latina” por el título “Imperialismo y urbanización en América Latina”, que se usó finalmente. Es la única vez en mi vida que publiqué un artículo de investigación utilizando la palabra imperialismo.

Usted dice con frecuencia que fue ampliamente influenciado por el estructuralismo de Nicos Poulantzas ¿Cuáles eran los contenidos de sus intercambios? ¿Cómo manejaban sus diferencias intelectuales, entre Poulantzas y Touraine?

Nicos Poulantzas fue un personaje ineluctable en mi vida intelectual y personal. En los años setenta, era uno de los teóricos políticos marxistas más conocidos del mundo, traducido a varios idiomas y enormemente discutido. De origen griego, fue formado en filosofía en Alemania en la corriente de pensamiento de Heidegger. Luego, en Francia, siguió el seminario de Althusser. Muy rápidamente, deseó tomar distancia frente a la filosofía para interesarse por la teoría política y social. No era un investigador empírico, pero reproducía conceptos que eran operativos en la in-

vestigación de campo. Escribió una obra fundamental que me influenció mucho, *Pouvoir politique et classes sociales*, publicada en mayo de 1968.

Su influencia fue fundamental, puesto que era bastante tourainiano y yo me hice verdaderamente marxista en el curso de los años setenta. Leí su obra en 1969, cuando estaba en Quebec. Luego, cuando regresé a París, la primera cosa que hice fue ir a encontrarlo. Averigüé el lugar donde vivía y fui a verlo. Hablamos diez minutos. Él estuvo muy interesado por lo que le conté: desde entonces nos convertimos en amigos cercanos. Antes de su muerte, en 1979, en sus últimos trabajos, evolucionó hacia un marxismo muy abierto, un poco foucaultiano. Mi manera de pensar el Estado y las relaciones entre clases y el Estado vienen directamente de él.

Mayo de 1968, la descolonización, la división progresiva del mundo en dos bloques, la guerra de Vietnam... Su trabajo se inscribe en una época donde las elecciones de sociedades aparecen más que nunca ligadas a opciones ideológicas. ¿Cuál fue la influencia del contexto geopolítico y de las controversias ideológicas en su enfoque de lo urbano? ¿Piensa usted que ese contexto lo empujó a promover una lectura dialéctica del espacio, ligando fuertemente su estructuración a los modos de producción y a las relaciones de clases?

Sí, pero de manera compleja. De hecho, *La cuestión urbana* se apoya en un contexto particular, caracterizado por, de un lado, la explosión de las luchas urbanas y la politización de lo urbano en todo el mundo, y, de otro, por la teoría marxista, en la cual me situaba y que convertía la producción y las luchas estrictamente políticas en el corazón de la dinámica social. Entonces, intenté conciliar la práctica observada con un análisis político en términos de relaciones de producción. El proyecto era politizar lo urbano y, al mismo tiempo, urbanizar el marxismo, sacándolo del atolladero obrerista y productivista. De ahí la problemática del consumo colectivo y de la gestión de la vida cotidiana por el Estado como manifestación concreta de la dominación y de la contra-dominación en la ciudad.

¿Dónde escribió *La cuestión urbana*?

La redacción definitiva tuvo lugar en París, en 1970 y 1971, pero la concepción de la obra se desarrolló antes, en 1968 y 1969. En primer lugar,

escribí un artículo de discusión de trabajos de investigación titulado “¿Existe una sociología urbana?” [1968], que marcó mi primera tentativa por definir un marco teórico apto para refundar la disciplina. Ese artículo fue seguido por otro, “Teoría e ideología en sociología urbana” [1969a], el cual intentaba delimitar ese marco teórico de manera más rigurosa, en particular en relación a la ideología culturalista de lo urbano. Profundicé en la cuestión y empecé investigaciones empíricas en 1968 y en 1969, en Chile y en Quebec, mientras enseñaba en esos países después de mi expulsión de Francia en junio de 1968.

Así, todo el análisis del proceso histórico de urbanización fue marcado por la problemática latinoamericana y el caso de Chile. Además, en 1969, pasé el verano en la Universidad de Chicago para realizar un estudio sobre la renovación urbana en los Estados Unidos, y ello fue indispensable para mi conocimiento de la sociología urbana americana. Finalmente, en Montreal, llevé a cabo un estudio de los comités de ciudadanos que predijo mis análisis de los movimientos sociales urbanos. Así, de cierta manera, *La cuestión urbana* fue multicultural y pluridisciplinaria desde su origen.

¿En qué medida ese contexto multicultural influyó su posicionamiento teórico?

Hay en *La cuestión urbana* un esfuerzo por poner los puntos sobre las íes en cuanto a las contribuciones a la sociología urbana en diferentes tradiciones, mezclando la tradición francesa, en la cual yo me formé, con la sociología americana, que para mí era el referente serio en términos de investigación empírica, pero cuyas categorías me parecían ser presas de una perspectiva funcionalista que yo rechazaba. Además, la investigación latinoamericana me enseñó a tomar en consideración los grandes procesos históricos en el estudio de la organización del espacio. De hecho, para mí, *La cuestión urbana* era una especie de cuaderno de anotaciones que me servía para ordenar mis lecturas en función de una ficha de análisis predefinida. Nunca la concebí como una teoría cerrada de lo urbano, ni como una teoría. Era una serie de anotaciones de lectura y de reflexiones que me ayudaban a preparar la investigación en sí. El impacto inmediato del libro —la primera edición se agotó en seis meses antes de que existiera crítica o publicidad alguna— y su traducción sobrepasaron por mucho el proyecto que le servía de base. Lo que era una tentativa fue tomado como

una teoría formal y alternativa, con los problemas que ello implica. Intenté restituirle su alcance mucho más modesto con advertencias al final del libro, pero finalmente abandoné el intento: dejé el libro hacer su propio camino. Ello resultó en ciertos casos, sobre todo en América Latina, en una utilización fuertemente ideológica y hasta dogmática.

¿Sobre qué investigaciones empíricas se apoyó para escribir *La cuestión urbana*?

En términos de investigaciones empíricas, sobre mi tesis de doctorado en París que trataba de los modelos de implantación de las empresas industriales en la región parisina, sobre mis estudios acerca de los movimientos sociales urbanos en Montreal, Chile y París, sobre mi estudio acerca de la renovación urbana en los Estados Unidos, llevado a cabo en Chicago, sobre mis estudios históricos y documentales de la urbanización en América Latina, sobre un estudio llevado a cabo en colaboración con mis estudiantes parisinos acerca de la renovación urbana en París, y, en términos de investigaciones teóricas, sobre dos estudios que hice en Montreal y en París acerca de la centralidad y la planificación urbana.

Esta obra toma la forma de un manifiesto: afirma una teoría, una tesis fuerte sobre el espacio y la producción social de la ciudad. Podemos sintetizar su argumentación con tres puntos:

- Hay que romper con la ecología urbana “a-clasista” de la escuela de Chicago [Castells, 1974: 97]. Ésta considera el fenómeno urbano como autónomo, defendiendo que la ciudad, en tanto que forma espacial específica, produce una cultura urbana, un estilo de vida, que le es propia: diferenciación de los roles y de las funciones individuales, fuerte competencia social, yuxtaposición de medios sociales heterogéneos, nivel elevado de fluidez social, tendencia a la desorganización de la personalidad y al surgimiento de patologías urbanas (agresividad, suicidio, crimen, corrupción).
- Así, no hay teoría específica del espacio, sino simplemente un despliegue de la teoría de la estructura social sobre el espacio. El espacio y la ciudad son variables dependientes. Este enfoque estructuralista del espacio [op. cit.: 152] debe sostenerse en el materialismo histórico, considerando que toda forma social (entre las cuales está el espacio) puede ser comprendida a partir de la articulación histórica de diferentes modos de producción. Esos modos de producción integran las formas fundamentales de la estructura social: económica, político-institucional e ideológica.
- El desarrollo de esta tesis impone la necesidad de estudiar el sistema urbano en profundidad, es decir, la articulación de las estructuras económicas (producción, consumo, intercambio), así como las político-institucionales e ideológicas con el espacio [op. cit.: 158 ss.].

¿Cuál es la génesis de esta tesis?

Hice una tesis de doctorado que trataba sobre un tema de sociología urbana en el momento en que había muy poca sociología urbana en Francia —aparte de Chombart de Lauwe— que representaba la versión local de la escuela de Chicago, y el grupo en torno a Lefebvre, que estaba sobre todo marcado por la conceptualización filosófica de éste, pero sin verdadera investigación empírica. Al mismo tiempo, mi tesis estaba influenciada por dos teorías: por un lado la de Alain Touraine, por otro, la teoría marxista estructuralista (en los años sesenta, participé en mismo tiempo en el seminario de Touraine y en el de Althusser). Rechazando la escuela de Chicago y la teoría de la ciudad —que, desde mi perspectiva, incluía a Lefebvre— intenté articular mis diversas influencias teóricas con mi objeto de investigación.

¿En qué medida este enfoque es innovador? ¿Qué nueva mirada ofrecía sobre lo urbano y sobre el espacio?

En primer lugar, éste introducía lo político y los conflictos sociales en el centro de la problemática urbana, lo cual era raro en el campo de las ciencias sociales de lo urbano. Creo que esa fue la base de la influencia inesperada de ese libro.

Además, era la aplicación de un enfoque marxista a cuestiones urbanas, y hay que recordar que casi no había análisis marxista de la ciudad, con excepción de las ideas de Marx acerca de la separación entre ciudades y campo, y el panfleto de Engels sobre la cuestión de la vivienda. Para los marxistas, la sociología urbana era sospechosa. Sin embargo, se debe decir que al mismo tiempo que yo, entre 1968 y 1971, Lefebvre empezó a trabajar teóricamente los temas urbanos, sobre todo con su libro *Le droit à la ville* (1968) y *La révolution urbaine* (1971). Lefebvre se decía marxista aún cuando en ese momento, según yo, ya no lo era tanto —de ahí el interés que presentan sus textos. Pienso que fuimos a la vez Lefebvre y yo mismo los que extendimos la problemática marxista a los temas urbanos por primera vez. Pierre George era marxista, y un gran geógrafo urbano, pero sus trabajos no utilizaban realmente la teoría marxista.

No obstante, había una muy grande diferencia entre Lefebvre y yo, y ello constituye en mi opinión la tercera novedad de *La cuestión urbana*. Lefebvre era un filósofo, un gran filósofo. No tenía como objetivo traducir su pensamiento en la investigación empírica. Por mi lado, siempre me consideré ante todo como un investigador empírico, y todo mi trabajo de conceptualización era una preparación para llevar la investigación por buen camino. Mi trabajo

pudo ser utilizado directamente (y no sin derives) por investigadores que utilizaban mis enfoques como herramientas de análisis.

Una teoría de fuente marxista, centrada en lo político, que tiene como objetivo la problemática urbana y quiere ser una herramienta de trabajo operativa para la investigación: esta combinación precisa era bastante nueva al final de los años sesenta.

Usted muestra su proximidad con el método estructuralista de Nicos Poulantzas. Cuando retomamos el esquema esbozado por el autor en *Pouvoir politique et classes sociales* (1968), percibimos claramente una ruptura con la interpretación marxista ortodoxa. Las relecturas de Marx por Althusser o Poulantzas insisten en las dimensiones no sólo económicas (relaciones sociales de producción), sino más ampliamente en dimensiones políticas e ideológicas de la lucha de clases. Un rol central es así dado a la superestructura, es decir, a las instituciones y a las ideologías. ¿Qué lo sedujo en la teoría estructuralista? ¿Cómo representaba una ruptura con la corriente marxista dominante (comunista)? ¿Puede explicarnos cómo usó ese corpus teórico? ¿Qué matices o qué plusvalía piensa usted haber traído al estructuralismo, teoría reina del fin de los años sesenta?

Althusser era muy comunista, pero, de hecho, era más estructuralista que marxista. La teoría reina era el estructuralismo, sobre todo Lévi-Strauss y Foucault (*L'archéologie du savoir*, 1969). Althusser hizo con el estructuralismo lo que yo hice con la sociología urbana, adaptándolo al gusto marxista. Mi primer trabajo como asistente en Nanterre, y luego como maestro-asistente en la Escuela de Altos Estudios, fue dirigir el seminario de metodología y de epistemología para los estudiantes de doctorado. En ese marco, me fasciné por la epistemología de Althusser.

Sin embargo, la teoría de Althusser era demasiado filosófica para mí. Es entonces que, a través de Poulantzas³ quien utilizaba esta teoría de manera

3 En *La cuestión urbana*, Manuel Castells no explicita cómo construyó concretamente su concepto de sistema urbano. Para encontrar sus raíces y así entender la influencia de Nicos Poulantzas en su trabajo, hay que regresar a un artículo publicado en 1969 en *Sociologie du travail* titulado "Hacia una teoría sociológica de la planificación urbana". En ese texto, el sociólogo define por primera vez el concepto de sistema urbano apoyándose en el libro de Nicos Poulantzas publicado un año antes y titulado *Pouvoir politique et classes sociales de l'Etat capitaliste* (1968). Ese trabajo no se inscribe exactamente en la línea recta del estructural-

bastante libre para conceptualizar —fenómenos esencialmente políticos— adopté este modelo de referencia. La razón era doble: por un lado, era una teoría relacionada con el marxismo (por lo tanto, con mi referente ideológico) y que estaba centrada en los procesos políticos, el corazón de lo que yo quería transponer al campo urbano; por otro lado, era una teoría rigurosa, y yo esperaba hacerla operativa en términos de investigación. Lefebvre o Althusser eran demasiado ambiguos para poder ser utilizados en la práctica. Por lo tanto, en realidad nunca fui althusseriano, sino una mezcla extraña de Poulantzas y Touraine aplicado a la problemática urbana, con una voluntad de traducir todo ello en investigación empírica.

Aunque el anclaje estructuralista de su tesis me parece claro, no percibo claramente la influencia de Alain Touraine sobre su trabajo. ¿Puede precisar ese punto para nosotros?

La problemática de los movimientos sociales, que es central en *La cuestión urbana* y en toda mi obra, es una problemática completamente tourainiana. El marxismo ni siquiera puede pensar en la existencia de movimientos sociales como una acción colectiva portadora de proyectos. Sólo están el movimiento obrero y sus aliados, las insurrecciones populares y las luchas sociales⁴, pero no hay movimientos sociales que tengan sentido en sí mismos. Es un análisis que hice explícito en *La ciudad y las masas* [1986b], y que rompió directamente con la teoría

lismo de Louis Althusser, y propone un análisis original del rol del Estado y del poder político en el universo marxista: el Estado ya no es un simple instrumento de los monopolios, sino que es considerado como un regulador dentro de un sistema estructural más amplio. El sistema urbano [Castells, 1969b] es definido por la articulación especialmente específica entre diferentes elementos: la producción de bienes, de servicios y de informaciones, el consumo, el intercambio y la gestión (gestión municipal, planificación). Como el Estado en Poulantzas, el poder político urbano es a la vez el elemento y el actor de un sistema sobre el cual interviene.

- 4 El enfoque de los movimientos sociales de Alain Touraine era innovador al terminar los años setenta, teñido de un contexto rico en nuevos movimientos como la ecología, el feminismo o el consumismo (en los Estados Unidos). Esos movimientos no son clasificables, pero salen de los cánones clásicos de la lucha de las clases y de los movimientos sindicales. Si el movimiento obrero es por excelencia el principal catalizador de las contradicciones de la sociedad industrial, ¿qué nuevo movimiento social jugará ese rol cuando termine? A lo largo de los años setenta, el joven equipo del Centro de Estudio de los Movimientos Sociales (CEMS), en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, enfrentó ese vasto programa de investigación.

marxista. Sin embargo, nunca renuncié a usar tal o tal concepto marxista porque conservé una visión utilitaria y heterodoxa en cuanto al marxismo y a toda teoría en general.

Politizar la escuela de Chicago y contrarrestar a Henri Lefebvre

Desde el principio de la introducción, y a lo largo de toda la segunda parte de *La cuestión urbana*, usted critica arduamente lo que llama la “ideología urbana dominante”, es decir, la escuela de Chicago. Consagra luego un capítulo entero a una exégesis de los escritos de Park, Burgess, Wirth y McKenzie. ¿Por qué dar tanto lugar a esta escuela de la cual usted se sentía a fin de cuentas tan alejado?

Desde que me inscribí en el campo de la sociología urbana, decidí leer todo lo que había sido producido en ese campo. La escuela de Chicago fundó teóricamente la sociología urbana⁵. Sigue siendo una de las grandes escuelas de pensamiento de la investigación sociológica en su diversidad. Entonces, para mí, era esencial ubicarme con relación a esta escuela. Pero me parecía que todo el mundo criticaba la escuela de Chicago sin que nadie la haya leído re-

5 Resumir los trabajos de la escuela de Chicago en una nota al pie de página es imposible. Remitimos al lector a la excelente síntesis de Yves Grafmeyer e Isaac Joseph (1984). Esta escuela fue iniciada por Robert E. Park al final de la segunda década del siglo XX. Sus miembros realizaron una suma considerable de estudios que tratan sobre temas extremadamente diversos: el crecimiento urbano, la segregación socio-espacial, el gueto, la desviación, los modos de vida, la movilidad. Haciendo de lo urbano un objeto de investigación, los pioneros de la sociología urbana consideraron a la ciudad como un laboratorio social que les permitía observar una serie de transformaciones de la sociedad. Proveyeron análisis extremadamente agudos del fenómeno urbano, narraciones brillantes donde la ciudad aparecía claramente bajo los ojos del lector. En el plano teórico, los desarrollos de la escuela fueron muy desiguales. Louis Wirth llegó más lejos en *Urbanism as a way of life* (1938), donde propuso un análisis de los modos de vida urbanos relacionando medios de vida y comportamientos sociales, lo que permite calificar a este movimiento de ecología urbana.

almente, aparte de Chombart de Lauwe. En Francia, las personas que se lanzaban en los estudios urbanos eran los geógrafos. Era muy empírico, demasiado empírico, con una teorización más bien historicista, que no tomaba en cuenta los procesos sociales.

Lo que me interesaba era que la escuela de Chicago proponía un marco teórico y metodológico en su totalidad. Personalmente, mi primer marco teórico venía de Touraine, pero no podía aplicarlo a la sociología urbana. Mi segundo marco teórico era el marxismo, pero el problema era que el marxismo no proponía un soporte preciso para la sociología urbana, aparte de la contradicción ciudad-campo y la cuestión de las viviendas como factores de integración de la clase obrera. Yo buscaba seriamente soluciones a mis problemas de conceptualización. Estaba fascinado por la escuela de Chicago y me puse a leer todos sus grandes autores. *La cuestión urbana* nació de las anotaciones de mis lecturas de la escuela de Chicago.

Leí la escuela de Chicago en sus tres grandes aproximaciones: la corriente propiamente ecológica, la corriente etnográfica y la corriente cultural. Por ejemplo, estaba fascinado por el trabajo de Zorbaugh, quien, en 1929, explicitó toda la problemática de la ciudad dualizada, la coexistencia de dos culturas en Chicago, entre la opulencia y la pobreza. Ese trabajo sigue siendo un modelo para comprender la separación espacial y cultural de las categorías sociales y la ausencia de comunicación entre las dos. Sigue siendo extremadamente útil para comprender los problemas de segregación y de integración social que todavía son fundamentales en nuestra sociedad. Así, estaba verdaderamente fascinado por la riqueza de esta escuela y la calidad de investigación en los años veinte y treinta con relación a lo que se hacía en Francia en los años sesenta.

¿Piensa usted en particular en la calidad metodológica de las investigaciones?

Sí, en la calidad metodológica e intelectual. El texto de Louis Wirth, *Urbanism as a way of life* (1938), es un ejemplo de ello.

Tuve dificultades para desenredarme de mis diferentes influencias teóricas: por un lado, estaba Alain Touraine, que se interesaba sobre todo por los movimientos sociales, por la acción; por otro, en ese momento yo era muy marxista; y, por fin, estaba la escuela de Chicago, que me fascinaba por un desacuerdo ideológico profundo. Conservé a Touraine para el análisis

de los movimientos sociales. En cambio, para comprender la estructura, más arriba, me sostuve en el marxismo y en la escuela de Chicago.

Releyendo a Amos Hawley (1950), uno se da cuenta de que una parte de la escuela de Chicago no era culturalista, sino materialista. Yo estaba muy influenciado por este autor y mi teoría del sistema urbano, aún cuando estaba expresada en conceptos marxistas, era muy cercana a la teoría de la ecología urbana, con un estudio de las relaciones estructurales entre los diferentes elementos constitutivos de lo urbano. A pesar de que atacé crudamente la escuela de Chicago, algunos de sus autores impregnaron profundamente mi visión de la estructura urbana. En realidad, mi trabajo fue proponer una versión marxista de la escuela de Chicago en lo concerniente a la estructura social, desmontando al mismo tiempo esta escuela en su enfoque culturalista sobre el fenómeno urbano.

En efecto, percibimos en su análisis cierta simpatía hacia los trabajos de Robert E. Park. A la inversa, Louis Wirth simboliza para usted la quintaesencia de la ecología urbana, haciendo de lo urbano el factor fundamental de evolución de las sociedades y de los comportamientos individuales en una perspectiva calificada de culturalista y hasta de evolucionista. ¿Por qué eran sus críticas hasta tal punto virulentas en contra de Louis Wirth?

Tuve muy rápidamente una muy grande admiración por la calidad de la investigación empírica, por el espíritu de observación etnográfico, por el rigor del análisis espacial. También admiraba el esfuerzo y el rigor teórico de los enfoques provenientes de la ecología humana —por ejemplo los de Amos Hawley (1950)—, así como los trabajos más recientes de los años sesenta, de sociólogos como Leo Schnore (1965) o Duncan. Me entusiasmaron porque había un rigor en el análisis de la transformación espacial que satisfacía el espíritu de investigador cada vez más distante del parloteo pseudo-teórico y de las investigaciones pseudo-empíricas que me circundaban en Francia. Al mismo tiempo, sin embargo, el anclaje funcionalista u organicista de la escuela de Chicago no me satisfacía como explicación. De ahí mi necesidad de someterla a una crítica centrada en su ignorancia del conflicto social y de las relaciones de poder, lo cual, para mí, debía ser parte del fundamento del análisis urbano. Las tesis culturalistas de la escuela de Chicago, a lo Wirth, que marcaron el pensamiento y los estudios urbanos, eran para mí ideología pura y dura. Decir

que las personas cambian de valores y de comportamiento porque evolucionan en un contexto rural o urbano simplifica de manera extraordinaria la formación de los valores y de las conductas, y retorna a un determinismo primitivo de la cultura por la naturaleza. Por lo tanto, mi crítica radical fue contra el culturalismo urbano. También inscribí a Lefebvre en mi crítica de los enfoques culturalistas diciendo que hablaba de las revoluciones urbanas como si la cultura de la ciudad fuera el factor clave de la transformación social.

Existían en Francia estudios más sociales de lo urbano, llevados a cabo a escala de barrio. Pienso en particular en el trabajo de Henri Coing acerca del XIII^o distrito parisino. ¿Recuerda usted los trabajos que, por sus métodos y sus escalas, eran cercanos a la escuela de Chicago (trabajando a escala de barrio, adoptando métodos etnográficos, cualitativos o cuantitativos), pero que, por su marco teórico, ofrecían un análisis más dialéctico de la ciudad?

Chombart de Lauwe⁶ y la gente que conocía alrededor de él eran gentes eminentemente respetables: honestos, comprometidos políticamente y preocupados por los grandes problemas sociales. Eran muy serios en su trabajo. Al mismo tiempo, entre más conocía la escuela de Chicago más ponía distancia metodológica y cualitativa entre la investigación americana y la versión francesa de ésta. Y había una tendencia a compensar la falta de trabajo empírico por declaraciones de orden genérico, sin relaciones específicas con el objeto de investigación. Dicho esto, habían algunos trabajos —pocos, pero de buena calidad, y el mejor en mi opinión era precisamente el de Henri Coing⁷—, que hubiera podido ser ubicado perfectamente en la “buena” escuela de Chicago, con una sensibilidad sociopolítica más formada. Yo me situaba personalmente e intelectualmente bastante cerca de Henri Coing. En el segundo capítulo de su parte teórica, usted afirma muy clara-

6 Ver nota 2 del presente capítulo.

7 En una obra publicada en 1966, Henri Coing presentó un análisis en profundidad de la renovación urbana del islote 4 del XIII^o distrito parisino. Ese estudio brilla por su carácter etnográfico. Miembro del “equipo Chombart”, Henri Coing propuso un análisis cualitativo de las premisas de transformación social y urbanística del barrio. En un primer momento, describe la comunidad del barrio: las actividades, la población, los lugares de trabajo, la importancia del comercio al detalle y la pertenencia al mundo obrero que organiza el sistema de relaciones sociales locales. Muestra que las personas que se quedan en el barrio en curso

mente su ruptura con la sociología urbana de Henri Lefebvre. Usted lo recrimina en particular por reificar la ciudad y sobre-estimar su importancia en la estructuración de la sociedad (ver *La révolution urbaine*). Usted defendía la tesis de que, a pesar de su corpus de filosofía marxista, Henri Lefebvre había dado demasiada importancia a los medios urbanos y a la capacidad de éstos para transformar el modo de producción capitalista. No comprendo muy bien el contenido de este debate. ¿Puede usted descodificar para nosotros este argumento?

Yo reprochaba a Lefebvre⁸ el retomar bajo una apariencia marxista el discurso ideológico de la cultura urbana propuesto mucho antes por Wirth —que, por cierto, Lefebvre no había leído—. Para mí, entonces, él hacía a un lado el centro del debate del problema de lo político. En ello creo que tenía razón. Al mismo tiempo, sin embargo, también hablaba de la revolución urbana, diversificando las formas de transformación del capitalismo. Aquí, mi crítica era la del marxismo ortodoxo: es la lucha de las clases, por sobre el Estado, la que modifica las relaciones de producción y actúa como palanca de transformación. Sobre este punto, con la distancia, veo que me equivocaba, ya que la evolución histórica y mi propia investigación han mostrado que es justamente la diversidad de las formas y de las fuentes de estos conflictos las que caracterizan nuestras sociedades, mucho más allá de la relación de producción capitalista. Lefebvre no era muy marxista, y en eso yo tenía razón. Pero él tenía razón en no serlo...

de renovación son las que tienen la capacidad de seguir una movilidad social ascendente, capacidades ligadas a los recursos económicos, el tamaño de la familia, la edad del hogar, el hecho que la mujer trabaje, etc. Las personas que son incapaces de seguir esta movilidad social ascendente dejan el barrio y se encuentran en los márgenes de la aglomeración urbana.

8 Henri Lefebvre (1901-1991), filósofo, llegó a ser profesor de Sociología en la Universidad de Nanterre en el curso de los años sesenta. Al final de los cincuenta, abandonó sus trabajos sobre lo rural para trabajar sobre la sociología urbana (Bernié-Boissard, 1994). A partir del ejemplo de la ciudad nueva de Mourenx, próxima al sitio industrial de Lacq, publicó diferentes trabajos sobre lo urbano, analizando los conflictos entre valor de uso y valor de intercambio del espacio: "Si queremos sobrepasar el mercado, la ley del valor de intercambio, el dinero y la ganancia, ¿no debemos definir el lugar de esta posibilidad: la sociedad urbana, la ciudad como valor de uso?" (Lefebvre, 1968: 84). Lefebvre hizo de la ciudad el mantillo de las transformaciones de la sociedad, el lugar de una potencial de restauración del lazo social y de la ciudadanía. Su influencia sobre las investigaciones urbanas del fin de los años sesenta es considerable. Publicó libros mayores —*Le droit à la ville* (1968), *La révolution urbaine* (1971), *La production de l'espace* (1974)—, y estructuró entorno a él la corriente de la sociología urbana marxista gracias a la creación de la revista *Espaces et Sociétés* en 1970.

¿Cómo fue recibida esta crítica por el principal interesado? Me parece que en *La production de l'espace* (1974) publicada dos años más tarde, Henri Lefebvre no responde de ninguna manera a sus objeciones, estando éstas en el centro de su problemática. ¿Cómo percibió usted esta indiferencia?

Lefebvre era bastante celoso de mi trabajo. Para él, la sociología urbana marxista era él y nadie más. Contaba a todo el mundo que él era mi maestro de pensamiento, cuando yo trabajaba con Touraine... Para mí, las críticas serias y respetuosas que yo formulaba en relación a su trabajo eran una manera de objetivar el debate, de hacerlo serio, con contenido, y de evitar las rivalidades personales. Él era el filósofo marxista, el gran profesor, yo el joven investigador extranjero siempre en problemas con la policía. Yo lo admiraba mucho a pesar de mis desacuerdos, ya que es con sus antiguos textos que yo aprendí el marxismo en España cuando tenía 16 años. Por lo tanto, viendo su distancia y su negación al diálogo, un día fui a verlo para preguntarle la razón de su indiferencia. Su respuesta literal, que pienso poder revelar hoy en día como ejemplo de la vida intelectual francesa fue: "No me gusta que se meen en mi esquina". Me decepcioné profundamente. Después, con la edad, él se suavizó, y en 1984 participé en la organización de un homenaje a Lefebvre en la Universidad de California en Santa Cruz. Lo honoré y le hice visitar la región, pero la relación intelectual ya estaba rota.

Este incidente tuvo lugar después de la publicación de *La cuestión urbana*, después de mis críticas. Por lo tanto, la fuerza de mi crítica se debía justamente al hecho de que yo estaba convencido de que Lefebvre era parte de la misma matriz teórica que la vertiente culturalista de la escuela de Chicago, y que por tanto desnaturalizaba el proyecto intelectual de una sociología urbana autónoma de fuente marxista, centrada en las relaciones de clase y las relaciones de poder.

¿La publicación de *La production de l'espace* lo condujo a usted a reevaluar su posición sobre las tesis de Henri Lefebvre?

No, porque considero esta obra muy débil en el plano de la investigación empírica. Francamente, no creo que sea posible proponer una teoría de la producción del espacio en un plano estrictamente filosófico, sin conocimiento profundo de los datos económicos, tecnológicos y de organización social y política del proceso de urbanización.

¿Sistema económico o sistema urbano?

Es en el plano económico que su estudio de la articulación entre el sistema urbano y las estructuras sociales me parece mejor logrado. Imagino que su tesis de doctorado sobre la localización de las empresas en la metrópolis parisina le ayudó a formular su argumentación.

Mi tema de tesis, así como la insistencia de Touraine, fueron determinantes para que yo me comprometiera con la sociología urbana, pero mi construcción del sistema urbano en ese momento no se pensaba como solamente económico, porque había un elemento “G” (gestión), que debía representar el sistema político. También esboqué dos movimientos en términos de prácticas sociopolíticas: la planificación urbana como acción del Estado sobre el sistema urbano, y los movimientos sociales urbanos como intervención de los actores sociales sobre el Estado en función de las contradicciones determinadas por el sistema urbano. Digamos que tenía más información acerca de la dinámica económica urbana y por lo tanto mis ilustraciones se fundaban más en ese tema.

En su primera parte, consagrada al análisis del proceso de urbanización, usted subrayaba el estrecho lazo entre industrialización y urbanización (correlacionado con el creciente poder del capitalismo en occidente y con las estrategias de la tecnocracia urbana en Rusia). Según usted, el proceso de urbanización siempre es el fruto de una dominación industrial que contribuye a des-estructurar las antiguas bases rurales de la organización del espacio. La única

forma de organización que usted adula es el sistema chino, donde el modo de producción socialista ha sido organizado alrededor de una ruralización y no de una urbanización vía una revolución que se sostuvo en la masa de campesinos pobres. Percibimos a través de esos dos argumentos una toma de posición anti-urbana, o al menos una fuerte toma de posición pro-rural. ¿Tenía usted una postura sistemáticamente crítica, hasta negativa, hacia el problema urbano?

Mi perspectiva de análisis era sencilla: la urbanización y la organización del espacio no son un resultado tecnológico, ligado a la modernización de la sociedad, sino la expresión del modo de organización de la sociedad. Ya que, en el capitalismo, el capital organiza la sociedad, entonces la lógica económica de la concentración urbana, en función de las necesidades de la industrialización, sigue esa lógica. En ese caso, ¿qué pasa con el modo de producción socialista? El socialismo —que llamo *estatismo*— modifica la lógica estructural de funcionamiento de la sociedad: el Estado se sitúa en el centro. Es así que mostré que en la URSS la urbanización conoció tiempos de paralización, de aceleración o de estabilización en función de las orientaciones del Estado soviético en cuanto al espacio. Por otro lado, la experiencia china muestra que, en función de la orientación política pre-maoísta, maoísta o post-maoísta, las tendencias de la urbanización se modifican, aun si el crecimiento económico e industrial prosigue. Incluyendo los años sesenta y setenta, asistimos en China a un proceso de des-urbanización. Por lo tanto, sí es la organización social y no la lógica de las fuerzas productivas la que determina el proceso de estructuración del espacio.

En cuanto a mi toma de posición, no soy pro-rural. No tomo posición en mis análisis, pero si tuviera que hacerlo, diría que, al contrario, la innovación, la creación y la libertad siempre han sido movimientos asociados a la ciudad. En un mismo tiempo, la dominación social siempre se ejerció desde las ciudades hacia el campo. Las dos tendencias se refuerzan en ese momento, y sobre todo en China. Con el comunismo chino y el castrismo cubano (al principio), me parecía interesante mostrar que el movimiento de liberación nacional y campesina volteaba la relación históricamente observada entre industrialización y urbanización.

Usted amplía su análisis a las metrópolis de los países en desarrollo anotando una ausencia de relaciones entre urbanización e industrialización. Este desfase está, según usted, relacionado con la dependencia que, por la descolonización, sustituyó una dependencia económica y comercial a la antigua dependencia política. Sin embargo, usted no habla de la economía regional marxista de esa época. Yo citaré en particular la teoría de la dependencia y del desarrollo desigual de Samir Amin (1976), demostrando una partición de la economía mundial entre un centro capitalista e imperialista y una periferia compuesta por los países dominados del Tercer Mundo. ¿Cuál era su punto de vista sobre los trabajos de sus colegas economistas de esa época?

No usé ni el concepto ni la problemática del imperialismo. Me ubicaba enteramente en la teoría de la dependencia, como fue formulada por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en América Latina (Cardoso y Faletto, 1969)⁹. Propuse una tipología de situaciones de dependencia que se combinan a lo largo de la historia en diferentes sociedades. Estaba, junto con Cardoso y Faletto, directamente opuesto a las teorías de raíz leninista, como las de Samir Amin —sin duda el más interesante de los marxistas ortodoxos— y de André Gunder-Frank (1968). La razón es que teníamos la prueba de un desarrollo capitalista real en América Latina —y más tarde en Asia— en función de la capacidad de gestión política autónoma de las sociedades. Por lo tanto, insistíamos a la vez en la internacionalización de las relaciones de producción, de las relaciones de clase y de las relaciones de dominación, así como en la interiorización específica de esas relaciones en cada sociedad. Brasil o Guatemala eran diferentes y, en el fondo, los actores sociales y el Estado podían negociar su inserción en la estructura de dependencia global. En cambio, los marxistas ortodoxos pensaban que era imposible asistir a un verdadero desarrollo para países dependientes y dominados en el marco del capitalismo. De ahí mi interés, más tarde, por el desarrollo del Asia del Pacífico, que mostró la importancia del Estado para un desarrollo capitalista a la vez autónomo —siguiendo su propia lógica— y dependiente —ligado a la dinámica de las sociedades dominantes—. Es un debate que fue intenso durante 20 años, pero que hoy en día se ha estancado ampliamente. Con excepción de África donde el auge del subdesarrollo, a la Gunder-Frank,

9 Una presentación de los trabajos de Cardoso y Faletto es propuesta en el capítulo 4, nota 3.

continúa, pero no sólo a causa del capitalismo, sino más bien a causa de la dominación de los aparatos del Estado sobre su propio pueblo.

Treinta años más tarde, y después de sus numerosas estadias en metrópolis de países en desarrollo, ¿qué piensa de su teoría de la urbanización dependiente? ¿La ha corregido, matizado o afinado?

En sus grandes tendencias, los fenómenos de urbanización dependiente que había identificado se mantuvieron y acentuaron, pero la nueva forma de dependencia estaba ligada a la posición que cada espacio ocupa en las redes mundiales, de su conexión o desconexión con los espacios y redes de producción de valor. La urbanización dependiente sigue desarticulando los espacios de cada país, tanto entre las metrópolis y el campo, como, y sobre todo, entre diferentes fragmentos de la ciudad, con una concentración de poblaciones dejadas en el abandono en la mayor parte de los espacios metropolitanos, aun cuando esas poblaciones reaccionan a través de los mecanismos de la economía informal y de la economía criminal. Entonces, sí, afiné mi teoría y sobre todo la actualicé, puesto que mi teoría evoluciona constantemente en función de la observación.

Como lo hemos precisado, su procedimiento estructuralista lo autorizaba a tomar en cuenta las dimensiones no sólo económicas sino también políticas e ideológicas del sistema urbano, pero su argumento es ante todo demostrar el peso primordial de la estructura industrial sobre la organización del espacio. Así, usted parecía dar un lugar secundario a las políticas urbanas y a las instituciones. ¿Estaba este desfase relacionado con una toma de posición teórica, con su posicionamiento intelectual o con una falta de investigaciones empíricas sobre esas cuestiones?

Me sostenía en un procedimiento teórico clásico, en términos de dominación de la producción sobre la organización de la sociedad y por lo tanto del espacio. Ello también correspondía a la observación y a los datos recogidos en el proceso de urbanización y de estructuración del espacio en el marco del capitalismo. Aun si ya no soy marxista ni anti-marxista, sigo pensando que la dinámica económica en el sentido amplio, y no sólo industrial, sigue siendo el factor dominante de la organización del espacio. La tecnología, la inversión, la innovación, la dinámica productiva y la concentración de los recursos hu-

manos productivos son todos factores que determinan la localización de las actividades y la organización del territorio, así como el mercado de tierras. Dicho esto, el rol de mediación de las instituciones políticas y la movilización individual y colectiva de los actores sociales también son muy importantes. En ese sentido, mi teoría original debe ser revisada.

Usted criticaba la escuela de Chicago porque, según usted, el análisis de la ciudad en términos de cultura urbana domina y enmascara lo social. Leyéndolo, parece que usted tiende a irse hacia el exceso inverso: la estructura social y los modos de producción determinan lo espacial (es su postulado) a tal punto que uno ya no percibe los espacios (urbanos), las variaciones, las diferencias entre territorios¹⁰. Para quedarnos en su marco teórico estructuralista, podemos pensar que los cuatro elementos del sistema urbano (producción, consumo, intercambio, gestión simbólica) pueden variar de un territorio a otro, de una ciudad a otra, dentro de un mismo modo de producción, en función de la estructura industrial local, del poder político o de las estructuras ideológicas. Bueno, estructuras sociales y estructuras espaciales no se articularían de la misma manera según los territorios. ¿Cuál era el estatus de lo espacial en su tesis? ¿Tomó usted en serio lo espacial y lo urbano como objetos de investigación?

Es una pregunta importante. En primer lugar, sí, tomé muy en serio la necesidad de definir el objeto de investigación: el espacio y lo urbano. Intenté salir de una categorización de sentido común, ya que todo objeto de investigación existe sólo si es construido teóricamente. Al mismo tiempo, estaba y estoy consciente de que el ejercicio de teorización no se hace fuera del procedimiento de investigación y de la observación. Abordé las cuestiones que eran calificadas como urbanas intentando comprender sus especificidades más allá de las coyunturas.

En efecto, hay ciudades diferentes y territorios diferenciados, porque

10 Esta reflexión se une a las observaciones de Michel Amiot y de Yves Grafmeyer (citados en Lassave, 1997: 149), quienes defienden que los trabajos de los años setenta sobre el tema del capital y de la producción de equipamientos colectivos correspondían más a una sociología *en* la ciudad que a una sociología *de* la ciudad, y no trataban exactamente de lo urbano. Abierto por el mismo Castells en 1968, el debate sobre la definición del objeto "urbano" nunca fue dirimido o resuelto.

las estructuras sociales y espaciales se articulan diferentemente en función de las estructuras, las prácticas, las culturas y las instituciones. De manera paralela, podemos observar rasgos comunes, tales como la concentración urbana de las funciones direccionales. Para comprender esta diversidad, se necesitaban categorías y métodos que pudieran ser usados, con adaptaciones, en contextos diferentes. Necesitaba fundar mi teoría en la observación para luego aplicar mi esquema de análisis a contextos diferenciados, distinguir los elementos comunes y reintegrar esos resultados en la teoría.

Por ejemplo, la segregación espacial urbana es un dato común, y expresa la diferenciación de la estructura social en el espacio, pero, por razones ligadas a la especificidad histórica del proceso de urbanización, las periferias francesas concentran las clases populares, mientras que las capas y funciones dominantes tienden a ocupar la ciudad histórica. Por su parte, la clase media americana de los años 1960-1980 emigró a los *suburbs*, a la par que una buena parte de los centros de ciudades se transformaban en guetos étnicos. Hacia el fin de los años ochenta, en los Estados Unidos, el movimiento *Back to The City* vio una revalorización social y cultural de los centros urbanos, mientras que en Francia, la sub-urbanización al estilo americano, con privatización de los espacios, tomó amplitud. Esta observación nos muestra que se debe mantener el tema de la segregación, mostrando su anclaje en la estructura social, pero que también se debe ser capaz de explicar las variaciones de ese fenómeno en el tiempo y en el espacio.

Volví a teorizar el concepto de espacio de manera más analítica en mi libro *La sociedad red* [Castells, 1997], y propuse una teoría, que fue presentada empíricamente en *La ciudad informacional* [1995], acerca de la dinámica entre el espacio de flujos y el espacio de lugares como una característica fundamental de organización de nuestra sociedad. Aún más, identifiqué, con la ayuda de esas herramientas, lo que era nuevo en la simple prolongación de las tendencias pasadas [Castells, 1997]. Hay entonces una continuidad en el desarrollo de mi análisis sobre lo urbano y sobre el espacio desde hace 30 años.

La cuestión urbana pudo contestar realmente a esta búsqueda de un objeto para la sociología urbana en torno al espacio y a lo urbano, pero creo que contribuyó a plantear la pregunta de la especificidad de lo urbano en el procedimiento sociológico, lo cual no se planteaba en ese momento.

Retorno sobre una obra radical

Usted lo afirma en la introducción: la ambición de *La cuestión urbana* era ante todo teórica, puesto que su objetivo era producir herramientas al servicio del conocimiento y no producir conocimientos. ¿No lamenta no haberlo publicado más tarde, cuando sus resultados empíricos podrían haber apuntalado su modelo teórico?

No, no lo lamento en lo absoluto. Más tarde en mi vida, cuando me lancé en la investigación sobre la era de la información, quise construir la teoría a partir de la observación, y no publicar nada antes de presentar las pruebas. Finalmente, decidí presentar la teoría de manera totalmente resumida, exponiendo en mi análisis diferentes temas y relegando la teoría a un segundo plano, como un andamiaje que se quita cuando la construcción ha terminado. En cambio, cuando me lancé en la investigación, cuando escribí *La cuestión urbana*, necesitaba echar luces sobre mis propios puntos de partida.

Sobre la sustancia de la obra, ¿tiene usted arrepentimientos?

En realidad, no. Es lo que yo podía hacer con los medios de los que disponía, la formación y la información de las cuales disponía en ese momento. Tal vez quitaría algunas frases demasiado ideológicas, algunas formulaciones muy sucintas, pero pienso que no podía hacer otra cosa, porque era tributario del contexto y de mi sistema de referencia. Se trataba para mí de proponer una perspectiva de análisis, en un medio francés ultra-teórico y sobre politizado, a partir de una información proveniente de América del Norte y de América Latina. Intenté de manera paralela conservar mi deseo de científicidad y de calidad metodo-

lógica, así como mi imaginario revolucionario de español exiliado. Creo que el libro refleja todo eso con sus fuerzas y sus debilidades. Es, por lo tanto, un libro sincero, producto de su tiempo y de un autor inscrito en un contexto del todo específico.

¿Cómo fue recibido el libro en Francia y en el extranjero? ¿Tuvo usted que defenderlo? ¿Fue objeto de polémicas?

El libro tuvo un impacto inmediato y provocó un gran debate. Fue criticado violentamente por el *establishment* académico y, en contra-corriente, completamente adoptado por los jóvenes profesores y los estudiantes, que lo transformaron en un símbolo de una sociología urbana alternativa junto con los trabajos de Henri Lefebvre y de David Harvey. Fue traducido enseguida a español, portugués, italiano, inglés, alemán, polaco y japonés. Era difícil comprender ese movimiento. Al mismo tiempo, el libro se transformó en una obra de referencia en muchas universidades de élite, donde representaba la producción francesa *chic* junto con los productos de lujo como Foucault, Baudrillard, Touraine o Bourdieu. Era una de las expresiones de la “gran cultura francesa”. Así, cuando la Universidad de California en Berkeley me ofreció un puesto, estaban convencidos de que yo era francés.

Hubo entonces diversos movimientos: un rechazo oficial, un reconocimiento general de la importancia del libro, un fenómeno de moda y, sobre todo, un uso del libro como antídoto, teórico y académico, contra la sociología urbana tradicional.

Con respecto a la segunda parte de su pregunta, no defendí *La cuestión urbana*, excepto cuando tuve que contestar a un ataque personal, vicioso, *ad hominem*, de la decana de la sociología urbana británica. Aparte de ese tipo de críticas, me gusta debatir sobre mis libros y los libros de otros no para defenderlos, sino para ser constructivo. Soy fiel a mi procedimiento epistemológico: los libros se escriben para ser sobrepasados en el avance del debate.

En América Latina, en particular, esta obra fue escuela durante largo tiempo en los estudios urbanos. Más allá del mundo académico, ¿piensa usted que su análisis de la dependencia urbana y de los movimientos sociales tuvo un impacto en la sociedad civil o entre los tomadores de decisiones políticas?

Sí, en América Latina —pero también en España, en Italia y en muchos otros países— ese libro, por más increíble que sea, fue usado como un elemento de compromiso político. Ello produjo, a veces, efectos muy negativos en términos de dogmatismo político. El libro fue usado como una Biblia para fundar una autoridad y justificar el dogmatismo marxista. He ahí mi único arrepentimiento. Intenté detener ese movimiento con algunas aclaraciones en entrevistas, pero es imposible controlar el destino de un libro esgrimido por militantes políticos radicalizados en las universidades de un continente en lucha o de una España movilizada contra el fascismo. En el fondo, sin embargo, el libro no provocó dogmatismo, sino que fue un instrumento de un dogmatismo pre-existente. Aprendí la lección: en mis escritos posteriores, tuve cuidado en eliminar expresiones muy ideológicas que podrían haber sido transformadas o tomadas fuera de contexto. *La cuestión urbana* es ante todo un libro académico, aun si reflejaba una orientación académica muy politizada.

¿Qué contesta usted a los que dicen que *La cuestión urbana* es un libro fechado o hasta obsoleto? Cuando lo vuelve a leer hoy en día, ¿qué mirada tiene sobre su forma, su aparataje teórico, su sustancia y sus resultados?

Contestaría como lo hice al final de mi advertencia al final de la segunda edición revisada¹¹, redactada en Madison, Wisconsin, en junio de 1975: “De lo que se trata es de volver al libro obsoleto sobrepasándolo en la práctica”. Ese libro es ampliamente obsoleto, porque siempre tuve una visión utilitaria de la teoría. La teoría es una herramienta que se presta a la pelea. Se la usa, se la bota, se puede reciclar e inventar otra. La teoría no sobrevive: es el conocimiento que perdura, y siempre de manera relativa. En ese sentido, creo que ese libro jugó un rol razonable en el lanzamiento de una dinámica de investigación que innovó en el análisis de lo urbano. También tuvo una influencia considerable en muchos países para motivar la toma en cuenta

11 En la advertencia al final de la segunda edición de 1975, Manuel Castells denuncia la sacralización de *La cuestión urbana*. En vano. El libro continuó siendo esgrimido como un manifiesto a lo largo de los años setenta, particularmente en América Latina: “Ha sufrido, como tantas otras obras, cierto proceso de fetichización que ha cristalizado en principios teóricos lo que sólo eran balbuceos surgidos de una fase de trabajo centrada ante todo en la crítica de las ideologías de lo urbano y sobre el reconocimiento del terreno histórico” [Castells, segunda edición en castellano de 1976: 481].

de la importancia política de lo urbano y la necesidad de ubicar la gestión urbana en el centro de la vida cotidiana.

La forma es muy oscura en francés y fue muy mal traducida a otros idiomas, de lo cual miles de estudiantes sufrieron las consecuencias. El aparataje teórico era demasiado formal con relación al más débil grado de elaboración de los conceptos. En los planos empírico y bibliográfico, la sustancia era sólida, pero muy superficial para comunicar buenos resultados de investigación. Siempre se trataba de ilustrar un procedimiento. En cuanto al impacto de *La cuestión urbana*, fue inesperado. El enorme impacto del libro, incluyendo las reacciones más negativas, desplazó el eje del debate sobre lo urbano. Desde ese punto de vista, logró su objetivo, aunque nunca había apuntado tan alto.

Usted dice a veces que ya no se reconoce en el pensamiento marxista de esa época. ¿En qué medida tomó usted distancia del marxismo y de su primer libro?

A partir de 1982, está claro que mis análisis ya no tuvieron mucho que ver con el marxismo en el sentido estricto del término. Lo explicité en *La ciudad y las masas* [1986b], donde explico por qué deseé romper con el marxismo. Pero no soy anti-marxista y no reniego de nada. Para mí, el marxismo no era una religión, como para otros, ni una ideología política, sino que mi ideología en sentido estricto era, y sigue siendo, más bien libertaria, independiente de las pertenencias políticas.

Para mí, en los años sesenta, el marxismo era la teoría más rigurosa para un análisis de las transformaciones sociales, independientemente de las aberraciones del marxismo-leninismo en el poder. Sin embargo, usé el marxismo a mi manera, y cuando vi que lo que observaba no podía ser explicado a partir de las categorías marxistas, dejé de usar esas categorías y esas hipótesis. Ahora sigo usando ciertos elementos que me son útiles: las relaciones de producción, la relación entre el Estado y los actores sociales, la importancia de la tecnología en la organización de la sociedad, etc.

Mi único arrepentimiento es haber tenido una excesiva tolerancia hacia la teoría del capitalismo monopolista de Estado, más tarde, cuando redacté *Monopolville* [Castells y Godard, 1974]. Pero ello no estaba presente en *La cuestión urbana*.

Según usted, ¿qué queda hoy de *La cuestión urbana*? Como docente, ¿piensa usted que su vocación actual es: (a) representar una corriente teórica, alimentando la historia de las ideas y de la sociología urbana, y (b) continuar proveyendo un marco para el análisis del fenómeno urbano contemporáneo?

No, no es un marco operativo para el estudio del fenómeno urbano. Ese marco lo propuse en otros escritos entre 1989 y 2003, apoyándome también en *La ciudad y las masas* [1986b]. Pienso que, a pesar de sus enormes debilidades si se lo ubica fuera de contexto, es un libro que quedará en la historia intelectual y en la genealogía del saber urbano.

Críticas y discusiones

Desde su publicación en 1972 (y en 1974 en castellano), *La cuestión urbana* fue ampliamente discutida y criticada. El comentario más sistemático, del cual nos queda una huella hoy en día, es el de Jean-Pierre Garnier en *Espaces et Sociétés* (1973). Esta nota de lectura abrió un intercambio constructivo con Castells, quien respondió en parte a esas observaciones en la advertencia al final de la segunda edición de 1975. Después de *Le droit à la ville* de Henri Lefebvre (1968), Garnier se pregunta:

¿Se tendrá de ahora en adelante que considerar *La cuestión urbana* de Manuel Castells como el segundo hito decisivo de esta progresión teórica que apunta a liberar el pensamiento de la influencia de la ideología dominante en un dominio donde ésta todavía reina casi sin rival? (Garnier, 1973: 123)

Garnier subraya, en primer lugar, la originalidad de las palabras de Castells: cuando se opone a la ideología urbana, después de la cual denuncia los trabajos de la escuela de Chicago, no se contenta con evocar ejemplos, hechos concretos, sino que desarma los conceptos de sus adversarios uno por uno. De la misma manera, la crítica a las publicaciones de Henri Lefebvre no es puesta en duda por Jean-Pierre Garnier, quien reconoce en efecto que Castells sabe identificar los límites de los enfoques haciendo de la forma urbana “el nuevo motor de la historia” (op. cit.: 124).

La relación con la teoría y la metodología de la obra, en cambio, es objeto de críticas. La primera se refiere al uso del estructuralismo por Castells,

que según Jean-Pierre Garnier no es suficientemente explicitada. El autor de *La cuestión urbana* no demuestra por qué el marco estructuralista permite mejor que otros analizar la articulación de las prácticas urbanas con las relaciones sociales. Aunque da claves de comprensión del funcionamiento de la ciudad, el concepto de sistema urbano —que viene del enfoque estructural— no permite captar las transformaciones de la sociedad y de la ciudad. “Sin embargo, es verdad que aun aplicado con todo el rigor deseable, el método estructuralista sufre de un vicio constitutivo: su incapacidad para integrar en sus esquemas explicativos las contradicciones de la práctica social”, menciona Garnier (op. cit.: 128). Para tratar los movimientos sociales urbanos en el último capítulo, Castells debe él mismo tomar distancia con relación al concepto de sistema urbano que acaba de definir. De hecho, Jean-Pierre Garnier anota que los análisis más pertinentes son los que se disocian del estructuralismo: la renovación urbana, los movimientos sociales, la crisis de la vivienda. Las partes más apasionantes son aquellas donde la práctica social irrumpe en el análisis y libera al autor de la limitación del estructuralismo. Subrayemos que esta crítica de Garnier es del todo premonitoria, ya que es la imposibilidad de relacionar un estudio de las estructuras con el análisis de las prácticas sociales lo que invita a Castells a romper con el marxismo diez años más tarde, con *La ciudad y las masas* [1986b] (ver capítulo 4).

La segunda mayor crítica de Garnier se deriva de la primera. Mientras que Manuel Castells anuncia con modestia que la ambición del libro no representa más que una sencilla exploración teórica, las tentativas de teorización son excesivamente formales y globalizantes. Observábamos un desfase entre trabajos de campo ricos y conceptos casi calcados. Al final, Castells oscila entre dos posicionamientos metodológicos: el primero consiste en proponer un concepto formal que haga de puente entre el estructuralismo de Althusser y las prácticas urbanas observadas; la segunda ancla la producción de nuevos conceptos en la producción de conocimiento y en las investigaciones empíricas. Sin embargo, las investigaciones empíricas son más convincentes que los conceptos, lo que autoriza a Jean-Pierre Garnier a concluir que *La cuestión urbana* no es una obra teórica, sino una suma de investigaciones de campo que se destacan por su profundidad de análisis.

En 1975, Manuel Castells publicó una larga advertencia para cerrar la segunda edición de *La cuestión urbana*. En ella, el autor empieza denun-

ciendo el uso político del libro, muy alejado de las preocupaciones científicas del sociólogo (ver nota 11 del presente capítulo). Contestando a una pregunta de Thierry Paquot acerca de las críticas a las cuales tuvo que enfrentarse cuando se publicó *La cuestión urbana*, Castells decía lo siguiente:

La reacción más negativa con relación al libro no fue la crítica, sino el fetichismo, sobre todo en América Latina, donde se transformó en la Biblia marxista sobre el problema urbano. Ello me afectó particularmente, porque buscaba exactamente lo contrario. Esa situación tuvo efectos muy negativos sobre movimientos políticos encerrados en un dogmatismo absurdo (Castells en Paquot, 1998: 7).

Dejando a un lado estos consejos de uso, el sociólogo prosigue su advertencia con rectificaciones teóricas. Manuel Castells se junta con Jean-Pierre Garnier y concede que las dificultades más serias del libro provienen de un paso muy rápido de una crítica teórica —de la escuela de Chicago y de Henri Lefebvre— a un sistema teórico que califica él mismo de extremadamente formalizado. El autor propone un regreso al campo, al ámbito empírico, a la construcción de conocimientos que pueda fundar, solamente en segundo lugar, la teoría. En ese marco metodológico, el sistema urbano no es un concepto sino una herramienta analítica que debe ser probada en el campo. Una segunda rectificación concierne al desfase observado entre estructuras: sistema urbano, por un lado, y prácticas sociales, por el otro. En el estudio de los movimientos sociales, en el primer capítulo, el autor confirma que sus análisis no son estructuralistas, ya que se interesan permanentemente por la capacidad de transformación por la práctica y los agentes sociales de la estructura social, lo cual sería una problemática recurrente en sus trabajos posteriores sobre los movimientos sociales urbanos en Francia, España y los Estados Unidos.

Bibliografía

- Amin, Samir (1976). *Imperialismo y desarrollo desigual*. Barcelona: Fontanella.
- Amiot, Michel (1986). *Contre l'Etat, les sociologues. Eléments pour une histoire de la sociologie urbaine en France (1900-1980)*. París: Ediciones de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales.
- Bernié-Boissard, Catherine (1994). "Henri Lefebvre, sociologue du quotidien, philosophe de la modernité", en *Espaces et Sociétés*, N.º 76.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Coing, Henri (1966). *Rénovation urbaine et changement social*. París: Les Éditions Ouvrières.
- Chombart de Lauwe, Paul-Henry (1996). *Un anthropologue dans le siècle. Entretiens avec Thierry Paquot*. París: Descartes et Cie.
- Chombart de Lauwe, Paul-Henry et al. (1952). *Paris dans l'agglomération Parisienne. Tome 1. L'espace social dans une grande cité*. París: PUF.
- Foucault, Michel (1969). *L'archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- Garnier, Jean-Pierre (1973). "A propos de *La question urbaine*", en *Espaces et Sociétés*, N.º 3.
- Grafmeyer, Yves e Isaac Joseph (1984). *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*. París: Aubier.
- Gunder-Frank, André (1965). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Hauser, Philip y Leo F. Schnore (1965). *The Study of Urbanization*. New York y Londres: John Wiley & Sons.
- Hawley, Amos (1950). *Human Ecology: a Theory of Community Structure*. New York: Ronald Press.

- Lassave, Pierre (1997). *Les sociologues et la recherche urbaine dans la France contemporaine*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- Lefebvre, Henri (1968). *Le droit à la ville*. París: Anthropos.
- (1971). *La révolution urbaine*. París: Gallimard.
- (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Paquot, Thierry (1998). "L'invité. Manuel Castells", en *Urbanisme*, N.º 302.
- Park, Robert E. y Ernest W. Burgess (1967). *The City*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Poulantzas, Nicos (1968). *Pouvoir politique et classes sociales de l'État capitaliste*. París: François Maspéro.
- Wirth, Louis (1938). "Urbanism as a Way of Life", en *American Journal of Sociology*, Vol. 44.
- Zorbaugh, Harvey (1929). *The Gold Coast and the Slum: A Sociological Study of Chicago's Near North Side*. Chicago: The University of Chicago Press (re-edición 1976).

Capítulo 3
La ciudad del capital
Monopolville (1974)

Introducción

Monopolville, un livre extrême: esa es la constatación de Dominique Lorrain (2001), quien tituló así su relectura de una de las obras más radicales de Manuel Castells, co-escrita con Francis Godard y publicada en 1974. *Monopolville* aparece como el símbolo de una generación de sociólogos urbanos que se encuentran siempre en enfrentamiento con el poder del Estado. Éste, ampliamente criticado por sus colusiones con el capitalismo industrial y por su incapacidad para acabar con la crisis urbana que aqueja al país, suscita la ira de los sociólogos de obediencia comunista y libertaria. Con *Monopolville*, Castells y Godard desplegaron el programa científico e hicieron operativo el marco teórico de *La cuestión urbana*. *Monopolville* sostiene una tesis extremadamente simple: la ciudad es el producto de una alianza asimétrica del gran capital y del Estado. El terreno no es más que el arquetipo de la ciudad planificada por el gaullismo, Dunkerque, entre concentración metalúrgica y colbertismo industrial.

Situación y síntesis de la obra

Monopolville es la última huella de la corriente marxista, equivocadamente calificada de escuela francesa de sociología urbana durante largo tiempo. Después de las horas de gloria del final de los años sesenta y de la primera mitad de los años setenta, Michel Amiot subrayó que los investigadores marxistas no fueron felices ni en lo académico, ni en lo político:

Porque la investigación marxista ubica la coyuntura y la práctica políticas en el centro de su dispositivo de investigación y de interpretación; de vuelta, es acusada sin medida por sus adversarios, por ser completamente

ideológica y por alinearse totalmente y de antemano a las posiciones políticas de las organizaciones y de los partidos para quienes hacen el inventario de la realidad (Amiot, 1986: 125).

El éxito de esa corriente fue, en efecto, efímera, y se acabó con el cambio de gobierno de 1974, la llegada de Giscard d'Estaing al poder y la reducción de los financiamientos para la investigación. La moda marxista también pasó en el mundo académico y todos esos trabajos fueron guardados en el armario desde finales de los años setenta. Manuel Castells ya no se vio beneficiado por la misma aura, se le dificultó ser editado y empezó un cambio de dirección radical. Rechazó los grandes esquemas teóricos que no bastaban para interpretar las realidades observadas y criticó el intelectualismo francés. Así mismo, tomó distancia con relación al estructuralismo, estuvo cada vez menos presente en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y pronto buscó un nuevo puesto en el extranjero. Francis Godard, por su parte, cambió de temática de investigación para interesarse por los modos de vida, el consumo y la familia. En consecuencia, como lo subraya Dominique Lorrain (2001), *Monopolville* tuvo una influencia muy grande durante un período muy corto. Luego de eso, no fue defendido por sus autores y no conoció un éxito equivalente al de *La cuestión urbana*. Como toda teoría cerrada, sólo pudo ser rechazada en su totalidad:

Monopolville fue un libro extremo en su proyecto, en su escritura, en la combinación de la tesis y del trabajo de campo. Esas características explican ampliamente su destino. La articulación entre un proyecto de investigación y una reflexión política —pensar las contradicciones urbanas del capitalismo— tenía sentido mientras el conjunto del proyecto era compartido, pero ya que lo que estaba en juego cambiaba de lugar, el carácter teórico-político del proyecto le servía y también le hacía envejecer terriblemente (Lorrain, 2001: 228).

A pesar de este infortunio, *Monopolville* representa un testimonio de la sociología urbana marxista de los años setenta, cada vez más estructurada por el Estado, bajo la creciente influencia del Ministerio del Equipamiento. El proyecto de investigación fue ampliamente sostenido por la Administración, y los financiamientos llovían a través de la Misión de Investigación Urbana. Esos medios permitieron realizar estudios empíricos de gran envergadura, movilizan-

rico a *La cuestión urbana*, puesto que su primer objetivo fue hacer operativo el esquema teórico estructuralista construido en la primera obra de Manuel Castells. El proyecto de *Monopolville* fue concebido como un test a escala real del funcionamiento del sistema urbano. El campo fue el ejemplo arquetípico de Dunkerque, ciudad industrial reestructurada y desarrollada por completo por un Estado planificador, de inspiración colbertista.

Contextualizar *Monopolville* implica entonces recordar el contexto particular de la planificación urbana en la Francia de los años setenta, antes de la primera crisis petrolera. En 1959, Dunkerque fue escogida, junto con el puerto de Fos-sur-Mer, como una de las “operaciones memorables” de la Vª República. Recibió por ello una parte importante de los créditos de equipamiento portuario (Amiot, 1986). La implantación de la industria de siderurgia Usinor fue acompañada de un proyecto de plataforma industrial realizado por el Estado y que comprendía, primero, equipamientos energéticos y de aprovisionamiento —gracias a un puerto de gran tamaño—, y, después, industrias de transformación. Dominique Lorrain (2001) describió detalladamente las diferentes fases del desarrollo de Dunkerque.

Todo empezó con una planificación de las infraestructuras realizada por el Estado y por sus servicios descentralizados. Luego, la construcción de las fábricas fue lanzada, y se observó un sobrecalentamiento en el mercado del empleo local, ya que la mano de obra era insuficiente. Las empresas decidieron entonces ir en busca de obreros en el interior del país, y organizaron ellas mismas su transporte. La atracción creada por esta fuerte actividad económica conllevó una crisis de la vivienda en la cual Castells y Godard entrevistaron los comienzos de una crisis urbana generalizada. La morfología de esta antigua ciudad de 100 000 habitantes se transformó muy rápidamente bajo el efecto de la industrialización y del crecimiento demográfico. El Estado, las empresas y el poder local intentaron administrar esta crisis de crecimiento. Para ello, el Estado utilizó la herramienta de la planificación gracias a la cual pudo dirigir el ordenamiento territorial en esas zonas prioritarias. En 1963, se creó la poderosa Delegación para el Ordenamiento Territorial y la Acción Regional (DATAR), y en 1966 se creó un único Ministerio del Equipamiento fusionando los ministerios de la Construcción y de los Trabajos Públicos. De manera paralela, se decidieron operaciones de más grande envergadura (Amiot, 1986): el país sería dotado de ocho polos regionales teóricamente aptos para equilibrar la influencia de París. Esas transformaciones realizadas desde arriba para el acondicionamiento

del territorio representaron un campo excelente para los jóvenes sociólogos urbanos, quienes necesitaban herramientas teóricas renovadas:

La transformación de Dunkerque se presenta como “una operación memorable” de planificación económica y urbana; Manuel Castells y Francis Godard ven en ello el comienzo de *Monopolville*, la ciudad de la fase monopolística del desarrollo del capital, sometida a la empresa conjugada de las grandes firmas y del Estado (Amiot, 1986: 133).

★ ★ ★

Monopolville se abre con una introducción y un esquema teóricos extremadamente formalizados al que los autores hasta llaman “un orden teórico de determinación del proceso real observado”. El esquema se desarrolla a lo largo del libro y liga de manera mecanicista, y sucesivamente, la estructura de clase y el movimiento del capital, los medios de producción y la organización de la fuerza de trabajo, la reproducción de la fuerza de trabajo, el sistema urbano, la planificación urbana y, en última instancia, los movimientos sociales urbanos. Como ya lo mencionaba Castells en *La cuestión urbana*, la lógica de producción y el capital son los primeros factores que determinan la estructura social y el sistema urbano. Los autores aprietan la tuerca al principio del primer capítulo:

Al comienzo, en una sociedad capitalista, está el capital, su lógica, sus transformaciones, su movimiento [Castells y Godard, 1974: 21].

En el transcurso de los tres primeros capítulos, la tesis fuerte de la obra es desarrollada: las necesidades de las grandes empresas en términos de fuerza de trabajo, de equipamientos colectivos y de infraestructuras son tales que la unidad residencial se transforma en un anexo del conjunto productivo. En el primer capítulo, titulado “Movimiento del capital, desarrollo desigual e intervención del Estado”, los autores resumen la tesis del capitalismo monopolista de Estado, que corresponde al tercer estadio de desarrollo del capitalismo. La baja tendencial de la tasa de beneficio debe ser paliada por una reorganización del capital y del lazo entre banca e industria, pero sobre todo necesita una reacción del aparato de Estado que debe proveer una serie de capitales desvalorizados y ante todo in-

fraestructuras. Para sostener esa tesis, los autores estudian el rol de los complejos portuarios en la restructuración de la industria siderúrgica francesa. Luego de este ensayo de economía industrial, las dos últimas secciones del capítulo proponen una contextualización de la operación memorable de Dunkerque.

El segundo capítulo abre el estudio monográfico en el que los autores siguen el esquema teórico introducido y describen sucesivamente la estructura del capital, la organización de la producción y la organización de la fuerza de trabajo en Dunkerque. Luego viene un análisis detallado de las relaciones sociales y de los intereses de clase. Regresando a las consideraciones estructuralistas de *La cuestión urbana*, estudian cómo se despliegan, en la nueva ciudad industrial, los intereses del gran capital, y luego los intereses de las empresas medianas y de los trabajadores.

El libro se acaba con dos capítulos mayores. El capítulo cuarto presenta el sistema urbano de Dunkerque describiendo los diferentes elementos: la producción, el consumo, el intercambio, la gestión (política). Los autores tratan la articulación entre la fábrica y la ciudad, e intentan demostrar, no sin dificultades, que el capital controla la producción del marco de vida y no sólo la del marco industrial. El último capítulo sobre la política urbana habla muy poco de política local, pero describe la acción de un Estado omnipresente a través de sus acciones de planificación, regulación política, represión e integración social.

Un entorno de investigación formateado por el Estado central

Se dice a menudo que los años setenta fueron un período fasto para la investigación urbana, en particular gracias a los financiamientos del Estado. ¿De qué financiamientos se benefició usted para realizar esta vasta investigación en Dunkerque?

Me beneficié, como muchos investigadores urbanos al principio de los años setenta, de financiamientos de la Misión de la Investigación Urbana del Ministerio del Equipamiento francés, dirigida por Michel Conan.

¿Cuáles eran exactamente el rol y el perfil de Michel Conan dentro del Ministerio del Equipamiento?

En realidad, Michel Conan era el único maestro y orientó la investigación en función de sus propias prioridades científicas. Es una de las cosas extraordinarias a las que asistimos y que desmontaba por completo la teoría del Estado que teníamos en esa época. Escribíamos páginas y páginas para mostrar cómo funcionaba la lógica de los intereses de clases dominantes en el aparato de Estado y todos teníamos subvenciones del aparato de Estado, que evidentemente no lo hacía para integrarnos. Michel Conan era un demócrata de izquierda que disponía de muchos medios. Desde el punto de vista de la lógica de actores, en el Ministerio del Equipamiento no tenía brillo personal, pero era alguien muy brillante, muy bien informado, miembro de la élite de los ingenieros de las Grandes Escuelas. Evidentemente no era comunista ni socialista, y no podía ser sospechoso de jugar el rol de la oposición. Se metió en la cabeza que su rol era hacer trabajar a todos esos jóvenes investigadores que

estaban en Francia, llenos de ideas y de iniciativas, intentando así constituir un medio de investigación.

Además, se divertía haciendo experiencias sobre el medio de la investigación urbana. Su verdadero proyecto de investigación no era la producción de artículos científicos o la realización de estudios: era nosotros mismos. Experimentaba la posibilidad de construir un medio intelectual con los fondos del Estado, haciendo trabajar juntos a foucaultianos libertarios, comunistas ortodoxos, izquierdistas puros y duros y, a veces, para divertirse de verdad, ponía algunos tecnócratas liberales. Observaba cómo todo ello se desarrollaba y tomaba notas.

En 1974, dos meses después de la publicación de *Monopolville*, usted intervino, en Dieppe, en un coloquio sobre el tema *Politiques urbaines et planification des villes (1975)*¹, organizado por el Ministerio del Equipamiento y el Comisariato General en el Plan. ¿Qué recuerdo guarda usted de ese coloquio que reunía a los directores departamentales del equipamiento, planificadores y altos funcionarios? ¿Me puede describir la atmósfera? Debía ser potencialmente explosivo reunir planificadores e investigadores que les decían: “¡Miren lo que están haciendo y la causa a la que ustedes sirven!”

En efecto, pero era una reunión muy educada. Esto muestra que las ideas que nosotros defendíamos no eran muy explosivas para la época. Este coloquio era primero la obra de Michel Conan, quien quería construir una interfaz continua entre la tecnocracia bien intencionada y los investigadores. Una vez me dijo algo que, con la distancia, me parece completamente cierto: “Los veo evolu-

1 En abril de 1974, en Dieppe, el Comisariato General en el Plan y la Misión de Investigación Urbana del Ministerio del Equipamiento francés organizaron un coloquio reuniendo investigadores urbanos y responsables de la administración central sobre el tema de las políticas y la planificación urbanas. La mezcla de tecnócratas y de investigadores era potencialmente explosiva, pero todo se desarrolló en la mayor convivialidad (como lo atestiguan las actas). En cada grupo de trabajo, varios textos de investigadores eran presentados, luego un facilitador proponía un informe de síntesis y daba su opinión. Por ejemplo, el texto de Manuel Castells sobre el caso de Dunkerque fue discutido por el director del Centro de Estudios Técnicos del Ministerio del Equipamiento (CETE) de Burdeos, quien decía, con respeto: “Los métodos de análisis expuestos por Manuel Castells permiten un enfoque global y muy satisfactorio de los problemas urbanos, ya que es conveniente desconfiar del aspecto un tanto demasiado tranquilizador de las aglomeraciones que, como Shadoks, tienen soluciones y no problemas” (*Actas del coloquio de Dieppe*, 1974: 765), lo cual es un nuevo testimonio de la alianza más o menos objetiva entre técnicos e investigadores sobre el tema de planificación urbana.

cionar a ustedes, investigadores de izquierda, así como a los tecnócratas, y pienso que estos últimos los influyen más de lo que ustedes los influyen a ellos”. Es verdad que, de pronto, escuchando a las personas que estaban al mando de la gestión y de la planificación urbana, y que se comprometían en la práctica, había que ser realmente dogmático para no reconocer que eran personas más bien interesadas. Eran evidentemente más abiertos intelectualmente y a veces más cultos que los investigadores en ciencias sociales.

También había toda una capa de altos funcionarios que, a partir de 1968, cambiaron de dirección ideológica hacia la izquierda. No digo que esos tecnócratas de izquierda eran dominantes en Dieppe, pero, por ejemplo, el director del Instituto de Ordenamiento Territorial de Urbanismo de la Región Parisina (LAURP) era un militante trotskista muy activo. Sin embargo, mandaba a hacer investigaciones en el aparato del Estado sobre temáticas que no eran necesariamente de izquierda, pero que en todo caso eran muy progresistas. Se observa entonces una permeabilidad entre los intereses ideológicos de los intelectuales de izquierda y la tecnocracia de Estado. Michel Conan logró reunir personas que no se hablaban para formar un medio de investigación sobre la ciudad. Finalmente, en Dieppe, como en otros lados, había un espíritu muy abierto.

¿Hubo, en el plano temático, un acercamiento entre la alta administración —los planificadores, altos funcionarios modernizadores— y los investigadores radicales que criticaban los límites y las contradicciones llevadas por esta planificación centralizada?

La capacidad de esos tecnócratas para reaccionar frente a nuestro discurso me pareció más fuerte de lo que yo podía imaginar. Por ejemplo, después de mis trabajos de campo en Dunkerque, estaba tan convencido de haber encontrado el sistema urbano que decidí hacer realizar una película, titulada *Dunkerque 1972*. En ese momento éramos muy ideológicos y no teníamos ningún financiamiento para ese proyecto de película, por lo tanto pedimos a uno de mis estudiantes en la Escuela de Altos Estudios que lo realice. Era un marxista leninista español, que al mismo tiempo era cineasta exiliado en Francia.

Mostramos esa película en el casino de La Baule a todo un grupo de investigadores y de tecnócratas, quienes se quedaron estupefactos. No podían creer lo que veían, ya que este estudiante había montado bien su película, mostrando la explotación continua de la clase obrera en las fábricas mono-

polistas de Dunkerque. Para ello, había hecho un montaje donde se veían buses de transporte de los obreros a la fábrica que rodaban incesantemente delante de la puerta de la fábrica, como una especie de sinfonía. Esta escena regresaba permanentemente y los buses dejaban obreros sin cesar, y traían a otros. Esta escena no era solamente dogmática, sino completamente caricatural. Siempre recordaré que la sala reaccionó fuertemente cuando este estudiante, para mostrar la impotencia de la pequeña burguesía local para hacer lo que sea, había filmado en la playa de Dunkerque, con una hermosa música de Bach, a una dama con un pequeño perro que saltaba en las olas. Para él, ello demostraba la decadencia de la pequeña burguesía, impotente para comprender el mundo a su alrededor. Entonces, la sala reaccionó. Al final de la presentación de esa película, hubo un silencio y una persona más bien liberal se levantó y dijo: “De cualquier forma, no vieron que había gente que ponía flores delante de sus ventanas, mientras muestran sin cesar la explotación y la lucha de las clases, el mundo obrero y la pobreza”. Fue una experiencia muy interesante.

La corriente de investigación urbana marxista finalmente conoció una suerte efímera. ¿Qué factores conllevaron a su desaparición a mediados de los años setenta: la crisis de finanzas del Estado, el agotamiento de los modelos teóricos, el cansancio de los investigadores?

Pienso que eran dos cosas a la vez: por un lado, el Gobierno de derecha se endureció y se vio obligado a imponer nuevas imitaciones presupuestarias después de la crisis petrolera; por otro, la izquierda se autodestruyó. Asistimos a la caída vertiginosa del Partido Comunista francés después de haber provocado la pérdida de la izquierda en 1978. Cada componente de la red constituida por Michel Conan se fue por su lado. Hubo un núcleo de resistencia neocomunista que se formó y que obtuvo su afiliación al CNRS².

Luego, el grupo que perduró más fuertemente como una corriente intelectual bien real fue la corriente libertaria foucaultiana. Eran investigadores realmente muy originales en el plano intelectual, aunque me parece

2 Simbolizando el fin de la corriente marxista de sociología urbana, el equipo del Centro de Sociología Urbana (CSU) —largo tiempo marcado por su autonomía y su trabajo de esencia colectiva— fue finalmente integrado al Centro Nacional de Investigación Científica francés. Conservando su espíritu de solidaridad, obtuvieron ser tratados colectivamente, negándose al proceso de reclutamiento individualizado. El CNRS decidió integrarlos a todos, y así prosiguieron sus trabajos en esa institución.

que sus investigaciones empíricas no eran siempre satisfactorias. Se trataba del conjunto del grupo del CERFI (Centro de Estudios, Investigaciones y Formación Institucionales)³ que tradujo perfectamente la problemática foucaultiana del micropoder en el campo urbano. Claro que había luchas, porque los investigadores del CSU, en el CNRS, hacían investigaciones para mostrar que no había suficientes equipamientos sociales para la clase obrera y los investigadores del CERFI mostraban que la producción de equipamiento servía para integrar a la clase obrera, respondiendo ante todo a los intereses del Estado. Pienso que ese grupo continuó siendo pertinente en sus trabajos de investigación. Anne Querrien fue muy importante y sigue siendo un personaje en el Ministerio del Equipamiento, ya que retomó la dirección de los *Annales de la Recherche Urbaine*. Era la más brillante de mis estudiantes en Nanterre, y en la Escuela de Altos Estudios era parte del Movimiento del 22 de Marzo de 1968. Tomó una iniciativa, con una parte de ese grupo, creando una revista muy interesante, llamada *Multitudes*, que tiene cierta audiencia internacional. Ciertamente, siempre hay un lado extremadamente ideológico y a veces simplificador, pero se mantuvo como un centro de producción de ideas nuevas en el transcurso de los años ochenta, mientras que no se puede decir lo mismo del CSU y de otros centros de investigación de la izquierda clásica.

Para regresar a *Monopolville*, ¿cómo estableció usted su agenda de investigación después de *La cuestión urbana*? Entre el estudio del sistema urbano en el sentido amplio y el análisis de las luchas y de los movimientos urbanos, ¿cómo se organizaron sus prioridades?

Después de *La cuestión urbana*, veía tres investigaciones emergiendo. Una sobre el sistema urbano, que se transformó en *Monopolville* [1974], la otra sobre los movimientos sociales urbanos, que terminé con *La ciudad y las masas* [1986b], y una tercera sobre el poder local. No lo formulé como una trilogía, pero ese

3 El Centro de Estudios, Investigación y Formación Institucionales (CERFI), 1965-1987, fue creado, entre otros, por el sociólogo Félix Guattari. El centro desarrolló una serie de análisis institucionales privilegiando los enfoques genealógicos o los procedimientos centrados en la noción de poder. Sus estudios tratan sobre diversos objetos: el Estado, los equipamientos colectivos, el urbanismo y la administración, siempre apoyándose en los trabajos de Michel Foucault. Reunía investigadores urbanos, algunos de los cuales eran parte del Movimiento del 22 de Marzo de 1968, como Anne Querrien.

era el proyecto. Empecé la tercera parte de esta trilogía interesándome en el poder local, cuando llegué a los Estados Unidos en 1979. Además, ya había hecho el trabajo de campo, interesándome en el caso de Bologne. Bologne era, en los años setenta y ochenta, el ejemplo del desarrollo urbano a partir del gobierno local. Había pasado dos meses en esa ciudad, donde ya había entrevistado a los principales actores locales. En el verano de 1983, había acabado *La ciudad y las masas*, y obtuve el premio Guggenheim, que me financiaba para formular nuevas hipótesis en la vanguardia de la investigación. Había propuesto un estudio del poder local a partir de la comparación de Bologne, San Francisco y Madrid. Y luego, repentinamente, en el otoño de 1983, la dinámica se aceleró tanto en la Silicon Valley que encontré mucho más interesante ponerme a trabajar sobre las nuevas tecnologías, la ciudad y el proyecto *La ciudad informacional* [1995]. Durante once años, desde *La cuestión urbana*, seguí la agenda de investigación que había dibujado en 1971. En esa línea, hubo una investigación derivada que fueron mis trabajos sobre Hong-Kong y Singapur. Era un estudio comparativo sobre el rol de la política de la vivienda en el modelo de crecimiento económico. Comparé Hong-Kong y Singapur mostrando hasta qué punto la política de la vivienda, a través de la acción del Estado, era un elemento clave del éxito económico del Asia del Pacífico. En mi espíritu, todos esos trabajos convergían hacia un libro que trataba de la relación entre el poder local y el Estado.

Con *Monopolville*, usted adopta la tesis rechazada hasta entonces del capitalismo monopolista de Estado⁴. ¿Se acercó usted a los puntos de vista de los marxistas ortodoxos que eran defendidos por sus colegas comunistas? ¿Tuvo usted la oportunidad de intercambiar o debatir con esos investigadores?

Para nada. La serie de trabajos que salieron de la teoría del capitalismo monopolista de Estado no tiene ningún valor intelectual y muy poco rigor empírico. *Monopolville* fue parcialmente contaminado por esa ideología. Lo debatí, claro, pero, al mismo tiempo, el desacuerdo era profundo y abierto, porque me acusaron justamente de ser más estructuralista que marxista, de dar más importancia

4 La tesis del capitalismo monopolista de Estado supone que el Estado debe intervenir con el fin de paliar la baja tendencial de la tasa de ganancia y proveer una serie de capitales desvalorizados y en particular infraestructuras. La intervención del Estado puede hacerse bajo tres formas: la movilización de capitales, la acumulación de medios de producción y la concentración de la fuerza de trabajo.

a las luchas sociales que a las luchas de clases y de subestimar el análisis en términos de la relación entre capital y Estado. Todo ello es verdad, ya que mientras profundizaba mi investigación empírica, me alejaba de la hipótesis insostenible según la cual la lógica del capital era fundadora de toda acción social. *Monopolville* fue mi punto de ruptura, porque se hizo evidente para mí que una buena parte de esta investigación se estaba transformando en una plataforma ideológica al servicio de intereses políticos.

Del sistema urbano al modelo urbano

Volvemos a encontrar en *Monopolville* una ruptura metodológica fuerte, ya inscrita en su artículo de 1969 “Vers une théorie sociologique de la planification urbaine” (publicada en *Sociologie du travail*) y retomada en *La cuestión urbana*. Usted pretende profundizar en la idea según la cual la planificación urbana es ante todo un medio de control social del orden urbano. Estudiar la planificación urbana supone tomar en cuenta todo el sistema urbano: el capital, los medios de producción, las lógicas de reproducción de la fuerza de trabajo, el sistema de producción de lo urbano, las instituciones, las prácticas. Pero, mientras en *La cuestión urbana* usted dejaba abiertos el sentido y la intensidad de las articulaciones entre esas diferentes instancias del sistema urbano, desde el primer capítulo de *Monopolville* —y esa es la tesis de la obra— el sentido de la relación es explicitada: “Al comienzo en una sociedad capitalista, está el capital, su lógica, sus transformaciones, su movimiento” (p. 21). Así, mientras el esquema causal de *La cuestión urbana* es muy sistemático, el de *Monopolville* introduce una causalidad lineal.

Mi posicionamiento teórico no era tan cerrado y —es una auto-crítica— pienso que la forma de la obra era más cerrada que la teoría. Este análisis fue visto como una teoría cerrada, cuando siempre quise tener un profundo rigor metodológico. Tratamos el problema de la determinación económica del proceso político, pero no pudimos rendir cuenta de la complejidad de funcionamiento de los diferentes niveles del proceso político.

Originalmente, el objetivo analítico de *Monopolville* era doble: hacer operativo al análisis en términos de sistema urbano y mostrar la influencia estructurante del Estado en la materia. Indirectamente, y siguiendo los trabajos de Nicos Poulantzas (1968), quería en realidad criticar la tesis del capitalismo monopolista de Estado según la cual éste es el agente directo de los monopolios. Dunkerque era un campo excepcional para ello. Sí, las empresas eran dominantes, pero al mismo tiempo, la estrategia de desarrollo industrial, regional y urbano salía del Estado. Creo que nunca habíamos mostrado eso. También pienso que nuestro análisis de la planificación urbana como campo de negociación más que de imposición de los intereses de clases era nuevo y marcó un cambio en el análisis político de lo urbano. Yo no me situaba en el análisis liberal, sino en la negociación política, en un marco institucional estructurado por intereses sociales. Dicho esto, en *Monopolville* nos centramos en la acción del Estado central y descuidamos la autonomía y la dinámica de la política local. Aun cuando realizamos una investigación sobre ese tema y tratamos el rol de las instituciones locales, era relativamente marginal con relación al argumento central.

Entre la tesis del capitalismo monopolista de Estado, la teoría del sistema urbano y el modelo de Dunkerque, el lector percibe con frecuencia confusiones. ¿Qué piensa usted de ello?

Cuando escribí *Monopolville*, mi tema trataba la producción del sistema urbano, pero hubo la combinación de tres influencias que explicaron las contradicciones internas de ese trabajo: la influencia de la teoría del sistema urbano que había construido en *La cuestión urbana*, la contaminación de *Monopolville* por la tesis del capitalismo monopolista de Estado, y la influencia del pedido del Ministerio del Equipamiento. Esas contradicciones me permiten decir a menudo que considero a *Monopolville* un fracaso, pero un fracaso fecundo.

¿Cuál fue el rol exacto del pedido del Ministerio del Equipamiento francés en la definición de la problemática?

Monopolville era una respuesta a una convocatoria de Michel Conan. Conan estuvo obsesionado por una pregunta que también me interesaba: el problema de la simulación y de la construcción de modelos urbanos.

En cambio, pocos investigadores urbanos estaban interesados por ese tema. Entre los raros investigadores urbanos interesados, Edmond Préteceille se lanzó en investigaciones sobre los juegos urbanos, tratando el tema de la simulación.

En esa época, Gabriel Dupuy terminó una tesis de doctorado sobre los juegos urbanos, ¿no?

Sí, todo el mundo se lanzó progresivamente en ese tema, ya que Michel Conan ponía ahí bastante financiamiento. Francamente, también había leído la tesis de Gabriel Dupuy sobre los juegos urbanos, sobre sus funcionamiento, pero no me interesó. En cambio, Michel Conan de verdad tenía viada y fue al MIT (Massachusetts Institute of Technology), en los Estados Unidos, para discutir con las estrellas de los modelos urbanos, de los juegos de simulación, que representaban en esa época los trabajos de moda. Eran verdaderos modelos de simulación de la gestión urbana desde el punto de vista interno, con juegos estratégicos organizados luego en modelos de simulación. Conan estaba fascinado por todo ello y su idea era construir modelos de simulación francesa para entrenar a los actores urbanos: los electos, las asociaciones de usuarios o de barrios, los funcionarios y los empresarios. Él trataba de enseñarles a jugar y, a través de ello, a construir una pedagogía de la gestión urbana.

Michel Conan se dirigió al conjunto del equipo de investigadores que había constituido alrededor de una convocatoria para empezar investigaciones sobre ese tema en el Ministerio del Equipamiento. Dijo: "Ahora, amigos, ¡hacemos juegos!" Era extremadamente divertido, ya que, para construir juegos, primero teníamos que saber qué era un juego. Y entonces jugábamos Monopoly. Pasábamos seminarios enteros jugando. Recuerdo uno de esos encuentros en el casino de La Baule donde pasamos una semana jugando Monopoly. Esta fase de aprendizaje duró cierto tiempo. A la vez, debíamos empezar investigaciones serias sobre el tema. Entonces, Edmond Préteceille realizó una crítica epistemológica y política de los juegos de simulación. Dupuy se lanzó en un trabajo más serio y profundizado sobre los juegos urbanos. En cuanto a mí, opté por trabajar sobre las modalidades de introducción de elementos del sistema urbano, del rol del Estado y de la planificación urbana en los juegos de simulación.

¿Usted pensaba que para crear un juego, una modelización en el contexto francés, se debía en primer lugar conocer extremadamente bien el funcionamiento del sistema urbano en Francia?

En efecto. La idea era entonces primeramente enseñar a jugar a los investigadores. Luego, Michel Conan dijo que había que producir información francesa para hacer esos juegos, no apoyándose en tal o tal ciudad, sino estudiando un conjunto de ciudades. Primero propuse a Conan un proyecto de investigación extraordinario que trataba del análisis del sistema urbano en todo el mundo, en contextos capitalistas y socialistas, en países ricos y países pobres. Ese proyecto representaba ya varios millones de francos en esa época. Era apasionante. Me contestó que ese proyecto era interesante pero que representaba todo el presupuesto del programa de investigación, por lo que no era posible financiarlo. Entonces me dijo: "Te doy doscientos mil francos y con eso haces lo que quieras, mientras sea una investigación que pueda ser relacionada con los modelos urbanos y la simulación." Doscientos mil francos representaban una suma muy importante en esa época. Mi idea fue entonces hacer un análisis del sistema urbano tan preciso que la sistematización de cada uno de los elementos del sistema podría haber permitido, matematizándolos, crear un modelo urbano.

Conan estaba interesado porque deseaba beneficiarse de un material sistemático sobre un estudio de caso que pudiera servir para la construcción de un modelo de simulación. Por mi lado, tenía la oportunidad de hacer una investigación a profundidad para hacer operativa la noción de sistema urbano. Mi idea siempre fue que el elemento central del sistema urbano era, en el contexto capitalista, el elemento P-producción, pero también deseaba demostrar que la gestión del sistema urbano era de competencia del Estado, y que el Estado intervenía fuertemente en el sistema urbano a través de las políticas de planificación urbana. Es por ello que *Monopolville* es una expresión que gustó bastante en cierto momento, pero que iba bastante lejos dando importancia no sólo a las grandes empresas, sino también al aparato de Estado y al sistema urbano. El objetivo intelectual apuntaba, por un lado, a estudiar la formación del sistema urbano en funcionamiento a partir de la dinámica y la lógica del elemento P-producción —considerando la producción y no sólo el capital— y, por otro lado, analizar el elemento G-gestión en tanto que iniciativa del Estado vía la planificación urbana.

Para concluir, este procedimiento interesaba enormemente a Conan porque había personas suficientemente locas para intentar reconstruir el conjunto del sistema urbano de una región metropolitana desde un punto de vista empírico. Por mi lado, ello me interesaba porque por fin tenía la oportunidad material de hacer operativa mi teoría del sistema urbano presentada en *La cuestión urbana*.

Dunkerque: ¿ejemplo o arquetipo?

Desde el inicio usted escoge uno de los dos ejemplos más emblemáticos de intervención directa del Estado gaullista en la planificación urbana (Fos-sur-mer y Dunkerque). ¿Por qué haber escogido Dunkerque? ¿Por qué no haber escogido ciudades donde persistía un capitalismo industrial de tradición familiar o financiera, fuertemente anclado en las tradiciones notables locales, y donde el Estado jugaba un rol menos atípico?

En primer lugar, yo buscaba una situación excepcional donde pudiera analizar la producción de un sistema urbano en tiempo real. Buscaba una planificación urbana muy fuerte donde la relación entre el sistema político y el sistema económico fuera directamente afirmada y directamente observable, sin tener que reconstruir toda la historia de la ciudad. Apuntaba a un nuevo territorio urbano en proceso de constitución para analizar sus procesos. Por lo tanto, la opción de Dunkerque, entre las grandes operaciones de ordenamiento territorial, era interesante, porque era la única operación que consistía en un proceso de desarrollo múltiple: en lo económico, viviendas, equipamientos, estructuras institucionales. Fos-sur-mer, por su parte, era ante todo un polo industrial.

Entonces, ¿escogió usted mismo el caso de Dunkerque? ¿O era un pedido del Estado?

Para nada. Era mi elección porque buscaba una maqueta casi experimental para analizar la producción de la ciudad en funcionamiento. El ejemplo de

Dunkerque es bastante excepcional, porque hay muy pocos casos en que ello puede producirse.

En su proyecto de salida, usted tenía la ambición de estudiar varios casos y de hacer variar los contextos. ¿Qué ciudades deseaba usted estudiar según el mismo método?

Quería escoger diferentes ciudades en función de diversos niveles de desarrollo. Había escogido París y Londres, pero también Dunkerque, Moscú y San Petersburgo, cuando no conocía nada de Rusia en ese momento. Había puesto São Paulo, Santiago de Chile, New York, Los Ángeles. Entonces me dijeron “Gracias, es la teoría general del sistema urbano lo que usted propone, pero no lo vamos a financiar”.

¿En qué medida piensa usted que un procedimiento comparativo habría modificado sus resultados? Pienso en particular en la dimensión más cerrada de *Monopolville* porque, es verdad, el Estado produce gestión e interviene vía la planificación sobre el sistema urbano, pero al leer el libro, el Estado es avasallado, sometido al gran capital industrial de Dunkerque. ¿Piensa usted que es el terreno de Dunkerque o es la tesis del capitalismo monopolista de Estado lo que lo condujo a sostener una tesis tan fuerte?

Un programa de investigación comparativo podría haber hecho variar el rol del Estado, el nivel de desarrollo, pero también el modo de producción en un procedimiento analítico más rico. Al mismo tiempo, en ese momento no era factible para mí, pero, más tarde en mi recorrido profesional, me comprometí más sistemáticamente con enfoques multi-culturales. Ya lo quería hacer con el análisis del sistema urbano, pero no podía.

A pesar de todo, el valor de *Monopolville* proviene de la enorme investigación empírica sobre la cual se apoya. Hicimos un trabajo de campo de dos años, entre Francis Godard y yo. Fui todos los meses una semana a Dunkerque. Conocía absolutamente todo sobre Dunkerque: los actores, los barrios, las empresas. La riqueza del conocimiento empírico hizo que, a pesar del yugo teórico, varias cosas inscritas en la obra vayan más allá de un análisis excesivamente formalista.

Los trabajos posteriores de Pierre Veltz sobre Dunkerque (1977)⁵, que era entonces un joven investigador en una oficina de estudios (Beture), muestran que la crisis de la cual usted hablaba era ante todo una crisis de crecimiento, en particular de la construcción de viviendas. Defiende que la imagen de “ciudad monopolista” es coyuntural, acentuada por el crecimiento industrial y demográfico rápido que conoció la ciudad y por los desequilibrios inherentes a ello. Esta coyuntura ligada al crecimiento urbano rápido de Dunkerque se borró con la crisis petrolera de 1973. ¿Tenía usted conciencia del carácter puntual de sus observaciones o pensaba usted que esta incursión del Estado en el plano local prefiguraba un nuevo tipo de planificación?

La actualidad cambió efectivamente, pero una buena parte del área metropolitana de Dunkerque fue producida física, espacial y funcionalmente en esos años. La ambición del trabajo no era comprender Dunkerque, sino mostrar la utilidad de un procedimiento analítico y teórico. Implícitamente, lo que tenía en mente era referirme a los análisis clásicos de la sociología urbana americana, tomando una ciudad y mostrando que lo que acabábamos de encontrar ilustraba una serie de procesos sociales representativos, como la escuela de Chicago lo había hecho para la ciudad funcionalista urbana americana. En ese caso, si nos focalizábamos en los resultados teóricos y analíticos, el hecho que Dunkerque evolucione diferentemente y ya no sea una operación memorable del gobierno francés no tiene importancia, pues el resultado analítico se mantiene.

5 En 1977, Pierre Veltz terminó un informe sobre la política urbana en Dunkerque de 1970 a 1977. Tomó como punto de partida *Monopolville*, publicado tres años antes, y realizó nuevas investigaciones de campo en el sitio. Criticó el carácter coyuntural del trabajo de Castells y Godard y mostró que, en 1977, luego de la crisis petrolera de 1973, la situación cambió realmente “en el momento en que, grosso modo, Dunkerque pareció salir de la crisis de crecimiento urbano aguda, pero para entrar en una crisis económica profunda” (Veltz, 1977: 5). El Estado resolvió la crisis de la vivienda y de las infraestructuras invirtiendo ampliamente, y empezó a reducir su presencia institucional. Además, Veltz constató que la crisis urbana anunciada no llegó, que la situación fue ciertamente crítica en fase de crecimiento, pero que los embudos que estrangulaban y fueron identificados por Castells y Godard tendieron a reabsorberse.

4 Más allá del capital y del Estado: ¿qué poder local?

Dominique Lorrain anota que usted no habla del rol del alcalde socialista de Dunkerque, quien, sin embargo, se ubicaba en el corazón de una red local presidente de asociaciones de desarrollo, de la comunidad urbana o de oficios HLM⁶ y se beneficiaba desde entonces de cierta autonomía *vis-à-vis* del capital o del Estado. Tomando en serio esta situación, ¿por qué no consideró que las colectividades locales puedan ser más o menos independientes del Estado, adhiriendo a la par a los intereses de clases locales?

En efecto, es tan sólo en un segundo momento que mi análisis de la planificación urbana dio lugar a un artículo [1975c], el cual matizaba la visión de una planificación considerada como una acción unilateral del Estado sobre el sistema urbano. Mostré en ese artículo que la planificación urbana no era el mundo de la imposición, sino el de la negociación entre diferentes intereses dominantes, así como con los intereses subordinados. Subrayaba que esas diversas negociaciones se realizaban con dados trucados en un marco reglamentario que no era modificable. Es el estudio de ese marco institucional y de ese conjunto de negociaciones el que me parecía interesante para el análisis de la planificación urbana.

Cinco años más tarde, en el Departamento de Sociología de la Universidad de Berkeley, donde enseñé a partir de 1979, la planificación urbana como sistema de negociación institucionalizado se transformó en

⁶ Los HLM son habitaciones de alquiler moderado (*habitations à loyer modéré*), un tipo de vivienda accesible construido por el Estado. En la mayoría de los casos, se trata de grandes edificios de pequeños departamentos. *Nota de la traductora.*

una tesis que discutí claramente en seminarios. No era ni el sistema de negociación estratégica, “del tipo Crozier”⁷, ni el sistema de negociación abierta entre actores del pluralismo liberal americano, sino un sistema de negociación que comprende una estructura social y una estructura de intereses dentro de un marco institucional preciso. También convenía tomar en cuenta la capacidad de los actores dominantes, así como la de los actores fuera del sistema, para reconstruir y transformar constantemente ese marco institucional.

El artículo que fue sacado de *Monopolville* sobre ese tema fue retomado en varias publicaciones en francés y en inglés, y fue luego editado en el *City, Class and Power* [1978a], que es una colección de mis artículos en francés traducidos al inglés. Ese libro es, según yo, lo que queda de *Monopolville*.

¿Y no le parece a usted que este análisis más fino en términos de acción pública, de negociación y de marco reglamentario no está suficientemente presente en *Monopolville*?

Es un capítulo en un libro de 500 páginas, donde la primera parte trata ante todo de la lógica de las empresas monopolísticas. Pienso que el problema más importante venía de la matriz teórica. Hasta donde recuerdo, la primera parte era la explicación de la teoría del capitalismo monopolista de Estado. Era la única vez que usé esa tesis en el conjunto de mi trabajo. La usaba sin creer mucho en ella, pero, al mismo tiempo, era la teoría dominante en el marxismo francés.

Pero usted identificaba muy rápidamente en la obra una falla del aparato de Estado en la política de vivienda, subrayando los cuellos de botella

7 Michel Crozier, antiguo investigador en el CNRS, fundó y luego dirigió durante treinta años el Centro de Sociología de las Organizaciones. Era anteriormente parte del equipo de docentes de Nanterre con Alain Touraine y Henri Lefebvre. Manuel Castells siempre se opuso teóricamente a Crozier, cuyos análisis estratégicos de los juegos de actores y las concepciones liberales de los actores políticos se ubicaban en las antípodas de los análisis estructuralistas de sociología política. El marco estructuralista apuntaba a comprender las modalidades de regulación de la estructura social por actores fuertemente inscritos en un triple sistema económico, político y simbólico, y dejaba poco espacio para la autonomía de las instituciones y para la negociación.

en particular de orden administrativo y financiero que limitaban la producción de las estructuras de consumo colectivas (viviendas, equipamientos urbanos). ¿La tentativa de control de la planificación urbana por parte del Estado terminó entonces en un fracaso?

En efecto, pero desearía subrayar que en el momento en que intentamos teorizar el conjunto de los resultados, la acción del Estado, por un lado, y la de las grandes empresas, por otro, eran tan poderosas que nos parecía que la tesis del capitalismo monopolista de Estado reflejaba bien ese sistema. Fuimos enormemente influenciados por el caso de Dunkerque, que era un ejemplo claro de despliegue del capitalismo monopolista sobre el territorio, por un lado, y del refuerzo de la acción del Estado, por otro. La teoría del capitalismo monopolista de Estado podía ser tomada de los dos lados. En Dunkerque, era el Estado el que controlaba al capital más que éste a aquél. En los dos casos, sin embargo, esta tesis era demasiado simplista. Desde ese punto de vista, ahora pienso que este análisis hace de *Monopolville* un libro totalmente fechado, porque era una tesis que no era una teoría seria, sino más bien un intento de formalización de una ideología política de izquierda, refiriéndose a los puntos de vista del Partido Comunista, no sólo en Francia, sino en el mundo entero.

El esquema puramente ideológico que es la base de *Monopolville* desnaturalizó la comprensión del proyecto en su conjunto sobre el estudio del sistema urbano en Dunkerque. Teníamos muchos datos pero se usaron pocos porque la argumentación se esmeraba en demostrar que todo descansaba sobre la lógica del capital, cuando en realidad observábamos una serie de contradicciones y de problemas prácticos entre diferentes actores sociales que infirmaban esta visión con una lógica del capital dominante y unívoca sobre el territorio de Dunkerque.

En la misma lógica, la conclusión del informe sobre Dunkerque de Ruthy Bercoff-Ferry y Henri Coing, publicada en la misma época (1973)⁸, subraya la necesidad de analizar las relaciones entre intereses de clases dentro de las organizaciones. Esta apertura de la caja negra de las instituciones permite, según ellos, salir del marco de

8 Un año antes de la publicación de *Monopolville*, Henri Coing y Ruthy Bercoff-Ferry ter-

las relaciones entre capital y Estado. ¿Qué mirada tenía usted sobre este enfoque? ¿Por qué no lo integró a sus reflexiones sobre las contradicciones ligadas a las políticas urbanas?

En una segunda parte, el libro se adentra en el análisis de la producción de cada uno de los elementos del sistema urbano en Dunkerque. Pero ese análisis subraya dos tendencias contradictorias: la lógica del elemento P-producción marca las otras lógicas y, al mismo tiempo, cada uno de los elementos del sistema urbano está sometido a las contradicciones de los intereses de clase. Esas contradicciones conducen a un sistema urbano estallado que no funciona.

Por lo tanto, a fin de cuentas, cuando presenté los resultados de la investigación a Michel Conan, él me dijo: "Con este estudio seguro no voy a hacer un modelo de simulación o de juego, porque nadie sigue las reglas. Y usted muestra bien que hay una libertad de acción, conflictos y prácticas contradictorias que hacen otra cosa que no es aquello hacia lo cual sus intereses los llevarían. Es una realidad apasionante y es por ello que este estudio me parece interesante, pero no nos sirve para la construcción de modelos de simulación porque su sistema urbano está lleno de contradicciones en vez de ser coherente." Pienso que ello resume bien la manera cómo intentamos sobre-imponer una lógica estructural de dominación de las empresas cuando finalmente la manera cómo dominaban a través de la acción del Estado o a partir de la clase política local era extremadamente diferente.

Pierre Veltz (1977) entrega una interpretación de la estructura social y política de la ciudad: el espacio político de Dunkerque debe ser entendido en sus vacíos, a través de la debilidad de las reivindicaciones y de

minaron una investigación llevada a cabo para el Ministerio del Equipamiento sobre la planificación urbana en Dunkerque (1974). En ese trabajo, los autores intentaron comprender el proceso de producción de las instituciones locales. Mientras que *Monopolville* se concentra en la relación entre Estado y capital, ese trabajo llena los vacíos en términos de análisis del rol y del lugar de los actores locales. Los autores identifican en particular el rol de las clases medias en el mantenimiento de un equilibrio político en Dunkerque. Este trabajo matiza la tesis de *Monopolville* según la cual las contradicciones urbanas resultan de las contradicciones entre el Estado y el capital. Según los autores, los problemas residen en realidad en incoherencias profundas entre las diferentes políticas de Estado que la planificación urbana local o estatal no logran regular o corregir.

las luchas urbanas, la subida del individualismo, el aislamiento tanto en la fábrica como en la esfera periurbana de los obreros y de los habitantes, y el desarrollo de las prácticas de consumo individualistas. En resumen, asistíamos en Dunkerque a las premisas de una disolución de la base de los movimientos sociales que limitaba desde los inicios de los años setenta la emergencia de esos movimientos. ¿Qué piensa usted de ese argumento de una atomización de las prácticas individuales?

Me parece que el comentario de Pierre Veltz es acertado. En efecto, hubo una atomización de las prácticas sociales, incluyendo prácticas de rebeliones, porque el corporativismo del Estado se reflejaba en el corporativismo de los sindicatos que ignoraban las temáticas urbanas. Por lo tanto, no hubo movimientos sociales urbanos, sino prácticas de rebeliones, a veces violentas.

Del lado del poder local, de las colectividades y de las instituciones descentralizadas, su investigación parece ser original en su época. Así, Alain Touraine subrayó en el congreso de Dieppe (1975), en el marco de la síntesis de la mesa de trabajo en la cual usted había participado, que su trabajo ilustraba una mutación profunda de la acción de las instituciones locales y de los planificadores: estando lo económico y lo social cada vez más imbricados, la posición de planificador tiende a tornarse más compleja y más política. El planificador debe administrar no sólo las contradicciones entre esas diferentes esferas potencialmente antagonistas (económica, social, cultural), sino también las tensiones entre las diferentes escalas de problemas (internacional, nacional o local). ¿Puede usted explicarnos por qué este enfoque era tan innovador a mediados de los años setenta, y por qué hoy en día esta perspectiva parece relativamente común?

El comentario de Touraine ilustra precisamente que el nuevo y esencial mensaje de *Monopolville* era mostrar la autonomía de lo político y la no-segregación entre lo económico y lo social, aunque tanto los comunistas como los tecnócratas proclamaban el determinismo de la lógica económica como fuerza irresistible a la cual había que adaptarse: el imperativo de las fuerzas productivas. Claro, cada uno decía que representaba mejor el desarrollo de esta lógica económica.

Usted califica a *Monopolville* de falla fecunda. ¿En qué es fecunda?

Según yo, en *Monopolville* hay dos niveles de análisis. Primero está el nivel del trabajo de campo analítico, que no es descriptivo, sino explotado y sin coherencia teórica interna. Es muy rico y las personas que lo releieron me dijeron que es interesante para comprender la dinámica urbana y la dinámica de la producción de una estructura urbana, ya que propone un análisis de la producción del sistema urbano a partir de las prácticas contradictorias. Luego hay una parte que intenta restablecer la coherencia del conjunto, echando mano de una lógica exterior a la observada, es decir, la lógica de un aparato de Estado al servicio de los intereses monopolistas y de las grandes empresas. Esta última lógica fue totalmente ideológica y contribuyó al enmascaramiento de la realidad que observábamos.

Es un fracaso fecundo porque el análisis de la ciudad en términos de sistema urbano y de prácticas socio-políticas —que estaba en los fundamentos de *La cuestión urbana*— conservó toda su pertinencia aún después de la publicación de *Monopolville*. En efecto, yo me aferraba a estudiar tres temas: la estructuración del espacio por la sociedad, la práctica de la planificación urbana a partir de la acción del Estado y las prácticas sociales reivindicativas de los movimientos sociales. Esos tres procesos organizan el espacio en el cual vivimos y están presentes en *Monopolville*. Ello fue fecundo porque, a pesar de un yugo muy formal y muy ideológico, hay en esta obra numerosos elementos que provienen de esa línea de análisis. Me parece que era importante hacer esa investigación, pues el análisis sociopolítico de lo urbano que salía de él era, para mí, del todo original. Siempre critiqué el análisis puramente liberal y estratégico de Michel Crozier, que venía sobre todo de la escuela americana de ciencias políticas. El enfoque en términos de juegos estratégicos apuntaba a demostrar que toda persona organiza grupos sociales alrededor de sus propios intereses, es decir, que todo el mundo juega con todo el mundo, negocia. Por mi lado, pensaba que era interesante, por un lado, ver cómo el marco institucional delimita el espacio de esas negociaciones, y, por otro, cómo esos juegos de intereses personales son estructurados en función de intereses sociales. Me parecía que la relación entre estructura social y juegos de actores en la práctica de negociación debía ser estudiada de manera primordial.

Monopolville, del extremo a la ruptura...

Hoy en día, ¿qué mirada tiene usted sobre *Monopolville*? ¿Tiene arrepentimientos sobre la sustancia misma de la obra? ¿Piensa usted que *Monopolville* todavía puede explicar el fenómeno urbano? ¿Las metrópolis son “ciudades monopolios”?

El gran valor de *Monopolville*, en mi opinión, fue mostrar que la conceptualización de los diferentes elementos del sistema urbano y de sus relaciones era útil. También mostramos el carácter dominante del elemento de producción, lo cual era fácil en Dunkerque, y es por esa razón que habíamos escogido ese lugar. Este análisis sigue siendo válido hoy en día en la mayoría de las áreas metropolitanas. El desarrollo de la Silicon Valley se explica a partir de la producción, así como Los Ángeles, París o Londres, considerando al mismo tiempo la transformación de los fundamentos de la creación de valor. De forma paralela, sin embargo, el elemento producción tiene una relación compleja con los otros, y hasta contradictoria en ciertos casos. Y lo mostramos en *Monopolville*.

Monopolville, como acción del Estado sobre lo urbano, sigue siendo un modelo analítico importante. Los Docklands en Londres, la Defensa en París, la Meseta de Saclay o las tecnópolis de Japón siguen siendo la expresión de la acción directa del Estado sobre lo urbano a través de la organización de la producción. Cambien la palabra siderurgia por electrónica y *Monopolville* es una tesis más actual que nunca, excepto por el término “ciudad monopolio”, que es horrible y desnaturaliza el análisis que habíamos propuesto, que es en realidad más rico y más complejo.

Por lo tanto, considero que se trata de una verdadera investigación innovadora que no tuvo éxito porque nos referíamos demasiado al discurso dogmático del capitalismo monopolista de Estado. Tuve una muy mala experiencia del uso de esta tesis y de sus consecuencias sobre la imagen de nuestro trabajo, aun si la investigación concreta no validaba ese discurso. Los años 1973-1976 fueron para mí años en que mi investigación fue amenazada por mi voluntad de estar ligado al discurso político-ideológico marxista, que era para mí el lenguaje del cambio social de los actores con los cuales yo me identificaba.

Luego, la experiencia política de la transición española me enseñó que había que romper con ese tipo de marxismo, y mi trabajo de campo en Madrid y Barcelona me hizo reorientar francamente hacia el tema de los movimientos sociales. Por fin, luego de esta autocrítica, decidí, cuando llegué a la Universidad de California en Berkeley, ya no tener en cuenta el lenguaje político en mi investigación, y fundé entonces mis análisis exclusivamente en lo que observaba y en lo que me parecía útil para comprender lo que veía.

La hipótesis de Dominique Lorrain es que este libro conoció una fortuna efímera porque no fue defendido. Francis Godard cambió de temática, rompió con el estructuralismo y se interesó por las prácticas sociales, mientras que usted se fue a los Estados Unidos y consagró el fin de la década a su obra sobre los movimientos sociales urbanos. ¿Está usted de acuerdo con esta interpretación?

Monopolville tenía más interés de lo que se piensa, pero no lo defendí para cortar definitivamente con el discurso de economía marxista con el que estaba teñido. Es una obra de juventud, con un enorme esfuerzo empírico, deformado por un error de juventud: relacionar demasiado estrechamente la investigación y la política.

Usted dice que Francis Godard cambió de línea de investigación, que me fui a los Estados Unidos y que no defendimos *Monopolville*. Es verdad, pero tampoco defendí *La cuestión urbana*, y, sin embargo, ese libro tuvo una gran repercusión. Entonces, pienso que lo esencial del problema ligado a la recepción de *Monopolville*, que es un enorme trabajo, viene del hecho que el conjunto del trabajo fue asimilado a la teoría del capitalismo monopolista de Estado. Creo que era el punto menos importante de *Monopolville*, pero

era lo que marcaba el principio del libro. Muy rápidamente, después de mediados de los años setenta, todo el mundo rechazó la pertinencia analítica de la tesis del capitalismo monopolista de Estado. Eso es lo que pasó, y ya no buscamos sostener esa teoría —que no era una teoría— en la cual pienso que no creímos nunca.

Creo que una de las razones por las cuales yo era feliz de irme de Francia era el no tener que seguir discutiendo con ideólogos comunistas que proliferaban en mi medio de investigación y que de verdad crearon una ficción de la realidad urbana. Mi llegada a España, primero, donde sin embargo había bastantes comunistas —pero que vivían en el mundo real— y sobre todo a la Universidad de Berkeley, después, con verdaderos investigadores, fue una bocanada de aire fresco que me salvó intelectualmente.

En su criterio, ¿los investigadores contemporáneos disponen de herramientas teóricas que permiten relacionar dentro de una misma ciudad diferentes objetos: las estructuras de producción, las políticas urbanas, la producción de las infraestructuras y servicios colectivos, las luchas urbanas y los movimientos sociales?

Los investigadores contemporáneos disponen ahora de mejores instrumentos para estudiar el sistema urbano, sus contradicciones y su proceso de gestión, sobre todo gracias a la capacidad de la informática a favor de un análisis sistemático. Es ahora que podemos hacer operativa *La cuestión urbana*, una vez que se ha modificado y actualizado el plan teórico. Desgraciadamente, hay un retorno a la micro-sociología urbana: es más fácil, más simpático y más gratificante. Sin embargo, siempre es lo macro lo que condiciona lo micro, más que lo contrario...

¿Piensa usted, entonces, que la búsqueda de un modelo urbano siga siendo una preocupación pertinente para la investigación contemporánea?

Sí, con la condición de no introducir posicionamientos normativos. El trabajo de investigación en la época de *Monopolville* era demasiado artesanal y prisionero de la ideología. Hoy en día debemos construir modelos de relaciones socio-espaciales fundados en la observación, a la vez que apoyados en la informática y los *software* de modelización. Hay, por ejemplo, una agencia de ecología urbana en Barcelona, subvencionada por la municipalidad, que

fue capaz de modelizar de manera dinámica el conjunto de la estructura y de los flujos urbanos del área metropolitana.

Entre un caso “ideal-típico” y un caso ejemplar generalizable, ¿qué tipo de modelo privilegia usted? ¿Deben esos modelos urbanos ser casos típicos que corresponden a una modelización funcional y depurada –como podía serlo Dunkerque– o ejemplos suficientemente complejos para permitir esclarecer diferentes fenómenos?

Según yo, hay dos tiempos en el proceso de investigación. Primero, con el fin de comprender la dinámica de un modelo y establecer relaciones, es mejor controlar el máximo de variables y disponer de situaciones más sencillas. Desde ese punto de vista, Dunkerque ofrecía grandes posibilidades de análisis. Luego, cuando la teoría está construida y modelizada, hay que enfrentarla empíricamente con situaciones complejas para juzgar su utilidad como herramienta de análisis.

Críticas y discusiones

Monopolville no fue discutido en revistas académicas. La única reseña de la obra en la *International Journal of Urban and Regional Research* (IJURR) presenta una síntesis del libro sin ofrecer una mirada crítica (Lebas, 1977).

No obstante, el trabajo de Pierre Veltz, terminado en 1977, va más allá de una simple nota de lectura y retoma el análisis de la política urbana de Dunkerque a partir de una nueva investigación de campo. Se debe anotar que la crisis económica y la primera crisis petrolera de 1973 trastornaron la actualidad y pusieron en tela de juicio no sólo el desarrollo industrial, sino también las políticas de ordenamiento territorial centralizadas. En ese nuevo contexto, Veltz rechaza la idea de ciudad monopolio en sí. Según él, esta expresión resulta de una extrapolación excesiva del caso de Dunkerque. Los autores tomaron, dice él, por caracteres estructurales los rasgos de una simple coyuntura de fuerte crecimiento, generadora de desequilibrios. Después de 1973, la crisis económica atenuó la presencia de las grandes firmas en el espacio urbano y la intervención del Estado se restringió a partir de los cortes presupuestarios de 1972. Los dos grandes actores de *Monopolville* parecen, entonces, haberse retirado progresivamente.

Además, Pierre Veltz localiza el poder justamente ahí donde Castells y Godard se asombraban de no encontrar nada. Cuando los autores esperan ver emerger, por fin, movimientos sociales que reaccionarían frente a la crisis urbana creciente, Veltz explica que lo político organiza en realidad el vacío de los movimientos sociales y que en Dunkerque, a causa de cierto número de razones estructurales, las contradicciones sociales son imposibles de expresar.

Monopolville, veinte y cinco años más tarde

En una lectura más reciente de la obra, Dominique Lorrain (2001) enuncia una serie de comentarios suplementarios. El sociólogo, con 25 años de distancia, denuncia el enfoque sistemático y mecánico sobre lo urbano:

La sociedad se representa a partir de órganos centrales: ellos mismos ejercen fuerzas sobre otros elementos y al final de la cadena lo que pasa en lo urbano aparece como el producto de esas determinaciones. *Monopolville* se mantiene como el producto de un pensamiento cientista e hipotético deductivo, muy alejado de los paradigmas actuales de la cibernética y de los fractales con autonomía de los actores, coproducción de las reglas y de las estructuras de interactividad (Lorrain, 2001: 254).

Por otro lado, la crítica identifica cierto número de contradicciones internas en la obra, en particular entre la teoría inicialmente propuesta y el trabajo de campo, que puede sobrepasar o contradecir la teoría en todo momento. Lorrain sugiere que la teoría empobrece la riqueza del campo. Nota que los autores identifican varias veces realidades que no entran en el marco de la tesis del capitalismo monopolista de Estado. Lo más emblemático es el fracaso de la tentativa de control directo del gran capital y del Estado sobre las políticas de vivienda: el Estado no da los medios administrativos y financieros para realizar las viviendas necesarias para la absorción del crecimiento de la mano de obra, las empresas rechazan asumir ese problema y se plantean soluciones paliativas (hogares de trabajadores, campamento de barracas). En ese caso, Dominique Lorrain se pregunta cómo es posible defender, por un lado, que las empresas controlan la instancia de consumo del sistema urbano (la producción de viviendas necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo) y deplorar, por otro lado, que las empresas rechazan tomar a cargo el problema. Se percibe más de una falla en el aparato de Estado además de una puesta a disposición de su política al servicio del capital. Tales contradicciones entre teoría y campo refutan la tesis de *Monopolville*, pero la estructura hipotético-deductiva del procedimiento sitúa la teoría antes del campo. Dunkerque no es una monografía local, sino la ilustración de las tendencias estructurales ya inscritas en el esquema teórico.

Bibliografía

- Amiot, Michel (1986). *Contre l'Etat, les sociologues. Eléments pour une histoire de la sociologie urbaine en France (1900-1980)*. París: Ediciones de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales.
- Bercoff-Ferry, Ruthy y Henri Coing (1973). *La planification urbaine à Dunkerque. Les éléments du dossier*. París: Beture.
- Dupuy, Gabriel (1973). "L'idéologie des jeux urbains", en *Espaces et Sociétés*, N.º 8, febrero.
- Lebas, Elizabeth (1977). "Monopolville: the Economic and Political Logic of Capital", en *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 1, N.º 1.
- Lorrain, Dominique (2001). "Un livre extrême. Manuel Castells et Francis Godard: *Monopolville (1974)*", en Bernard Lepetit y Christian Topalov. *La ville des sciences sociales*. París: Belin.
- Politiques urbaines et planification des villes. Actes du colloque de Dieppe 8-10 avril 1974* (1975). París: Misión de la Investigación Urbana y Comisariato General en el Plan.
- Poulantzas, Nicos (1968). *Pouvoir politique et classes sociales de l'Etat capitaliste*. París: François Maspéro.
- Touraine, Alain (1975). "Rapport du groupe: 'évolution historique de la planification française'" en *Politiques urbaines et planification des villes. Actes du colloque de Dieppe 8-10 avril 1974*. París: Misión de la Investigación Urbana y Comisariato General en el Plan.
- Veltz, Pierre (1977). *La politique urbaine à Dunkerque. 1970-1977*. París: Beture.

Capítulo 4

La ciudad de los movimientos sociales

La ciudad y las masas (1983)

Introducción

Manuel Castells publicó *The City and the Grassroots* en 1983 –libro que fue traducido al castellano en 1986 como *La ciudad y las masas*–, cuatro años después de su llegada al campus de Berkeley, California. El autor redactó una versión francesa, su tesis de doctorado de Estado, defendida en la Sorbona en 1983 y titulada *Changer la ville. Eléments pour une théorie sociologique des mouvements sociaux urbains*. El libro retoma cerca de quince años de trabajos empíricos, consagrados al análisis en profundidad de los movimientos sociales urbanos.

Esta obra representa una etapa clave del recorrido del autor. Como lo subraya Michel Amiot en *Contre l'Etat, les sociologues* (1986), Manuel Castells realizó al final de los setenta una doble ruptura teórica y metodológica. En lo teórico, tomó distancia con relación al estructuralismo que cimentaba la médula de *La cuestión urbana* y *Monopolville*, reconociendo la imposibilidad del marxismo urbano para juntar un análisis de las estructuras con un análisis de los actores sociales. En el transcurso de la década de los setenta, como veremos más adelante, los resultados juzgados como decepcionantes de un estudio de seminario sobre los movimientos sociales en París condujeron al sociólogo a identificar los orígenes de este fracaso intelectual en el obstáculo epistemológico que constituía la separación entre el sistema urbano, de un lado, y los movimientos sociales, de otro. En lo metodológico, afirmó desde el inicio la necesidad de romper con los grandes esquemas teóricos de los años setenta, los cuales otorgaban al campo una vocación esencialmente ilustrativa. El paso de un método hipotético–deductivo a un método iterativo, fundado en las idas y vueltas constantes entre empiria y teoría, caracteriza una ruptura casi filosófica con el medio intelectual francés, en el cual Manuel Castells evolucionaba desde hacía casi veinte años.

La ciudad y las masas aparece entonces como una obra innovadora en el paso de los años setenta a los años ochenta. Para intentar contestar a la problemática recurrente de la producción de la ciudad, Castells se apoyó esta vez en el análisis de los actores sociales y en la capacidad de transformación de la ciudad y de la sociedad por los movimientos sociales urbanos.

Con veinte años de distancia, varias preguntas han guiado esta entrevista: ¿Cuáles son las motivaciones y las condiciones de la salida de Manuel Castells para ir a Berkeley? ¿Cuáles son los motivos de su ruptura con el estructuralismo y el marxismo urbano? ¿Cuál fue la influencia de ese cambio de ambiente académico sobre sus tomas de posición teóricas y metodológicas, y viceversa? ¿Cómo elaboró el sociólogo su concepto de movimiento social urbano?

Situación y síntesis de la obra

Situar *La ciudad y las masas* supone tomar en cuenta la evolución del recorrido del autor en su análisis conjunto de los movimientos sociales y de los cambios urbanos. El politista británico Stuart Lowe (1985), de la Universidad de York, propone una lectura en tres fases de la teoría castellsiana de los movimientos sociales urbanos.

Una primera fase se despliega a través del procedimiento estructural-marxista. El rol y la eficacia de los movimientos urbanos dependen de su capacidad para relacionar luchas urbanas y luchas obreras. Esta orden atraviesa el conjunto de la obra francófona de Castells, de *La cuestión urbana* en 1972 a *Crise du logement et mouvements sociaux urbains. Enquête sur la région parisienne*, publicado con Eddy Cherki, Francis Godard y Dominique Mehl en 1978, cuya conclusión ofrece una síntesis:

Los movimientos sociales urbanos no pueden desarrollarse sin un movimiento obrero y popular fuerte, organizado, que tiene un proyecto político, sin correr el riesgo de ser diseminados en su enfrentamiento con el poder o de ser nuevamente re-orientados hacia objetivos estrictamente urbanos [Castells et al., 1978: 550].

160 Se trata de una constatación de la cual podemos encontrar el origen, con Michel Amiot (1986, op. cit.), en *La cuestión urbana*, donde Castells ya pen-

saba que los movimientos obreros y los movimientos sociales urbanos enfrentaban en orden disperso un adversario común: el capitalismo. Dominique Lorrain recuerda un Castells militante en un coloquio en 1973 en Grenoble: levantándose en una sala llena de electos y militantes de los partidos comunista y socialista, recordó la necesidad de articular el movimiento sindical con los movimientos sociales urbanos (Lorrain, 2001: 230). Investigadora del equipo Castells-Godard, Dominique Mehl propone, sin embargo, una lectura distanciada de los trabajos en los cuales participó en los años setenta: “Durante largo tiempo las luchas urbanas fueron, en Francia, más visibles en la literatura sociológica que en la escena social” (1980: 26). La sociología habla de cierto espacio entre las ambiciones teóricas estructuralistas que predicaban la unificación de las luchas urbanas y obreras y la realidad observada: una constelación de iniciativas no unificadas, en su mayoría llevadas por estratos medios, cuyas reivindicaciones se focalizaban en el tema del marco de vida. Es entonces, por la vacuidad del campo, que al parecer se agotó la ambición científica.

A pesar de ese fracaso, la voluntad de los intelectuales de estudiar los movimientos sociales no se acabó. En un coloquio titulado “Tomar la ciudad”, Manuel Castells todavía declaraba en 1976 que las “luchas urbanas se ubican cada vez más en el centro de lo que está juego en lo social y en lo político de las sociedades capitalistas avanzadas”. Michel Amiot defiende que esta atracción por el análisis de las contestaciones urbanas encuentra sus fundamentos en el perfil sociológico de los intelectuales que se comprometen con ello:

Para el joven sociólogo, que vivió la conjunción fallida del movimiento obrero y del movimiento estudiantil, la dispersión de los jóvenes intelectuales en el trascurso del Movimiento de Mayo de 1968, —la dispersión implicada en el pluri-clasismo de las luchas— es una preocupación que lo pone directamente en duda. La espera y la esperanza de una convergencia de las luchas obreras y de las luchas urbanas, donde militan los estratos medios a los cuales pertenecen los sociólogos, proveen la primera motivación que los conduce a edificar una construcción teórica capaz de explicar y de prever la convergencia esperada (Amiot, 1986: 146).

Es así que, con el primer cambio de rumbo teórico, ya no es la alianza de las luchas urbanas y de las luchas obreras la que es invocada por el enfoque

de los estratos medios y de los obreros alrededor de reivindicaciones comunes. A partir de la segunda mitad de los años setenta, en una segunda fase, Castells suaviza su posición. Para Stuart Lowe (1985, op. cit.), este primer cambio de dirección es visible comparando la versión francesa de *La cuestión urbana*, publicada en 1972 (1974 en castellano), y la edición inglesa, publicada en 1977. En la segunda, se agrega una quinta parte, donde el autor defiende que lo principal en juego en los movimientos urbanos es aliar diferentes clases, de los obreros a las clases medias, alrededor de problemáticas de consumo colectivo. A través de este primer cambio “urbanista”, del cual la obra anglófona *City, Class and Power* [1978a] está llena, Castells pone en relieve el carácter prioritario de sectores como la vivienda, los servicios públicos o los transportes, donde se asientan las desigualdades y donde la fractura entre lo privado y lo público se pone en juego lo suficiente como para juntar clases medias y proletarias. Aunque persiste en apoyarse en un procedimiento estructuralista, disociando contradicciones de primer y segundo orden, los temas urbanos en juego están más presentes en esta segunda fase.

Hay que esperar *La ciudad y las masas* —es la tercera fase— para ver al sociólogo transformar su teoría y pasar de movimientos sociales urbanos dependientes de la estructura social, a una relativa autonomía de los movimientos sociales con relación al poder político y a la estructura de clases. Muchos perciben en ello la influencia del neo-pluralismo americano que tiende a reconsiderar la transformación de la sociedad desde abajo. Al principio de los años ochenta, las investigaciones acerca de los movimientos sociales se interesan en los movimientos de base, usualmente calificados con el término intraducible de *grassroot movements*. La estructura social y la lucha de clases no son los únicos factores de transformación de la sociedad. Lo político no es el único vector de cambio, las fuerzas sociales de la calle también pueden transformar la ciudad y, por lo tanto, la sociedad. Es en ese movimiento, resueltamente más abierto que el del marxismo urbano de los años setenta, que se inscribe *La ciudad y las masas*.

Castells ya no se preocupa de la base social de los movimientos urbanos, del origen de clase de los militantes. La nueva tipología de los movimientos ya no se funda en la estructura social, sino en las reivindicaciones que llevan: una manera de evitar los desde entonces clásicos debates acerca de la articulación, o no, entre obreros y estratos medios. Veremos en la conclusión que ciertas críticas le reprochan de hecho la poca consideración acor-

dada a la base social y a los contextos institucionales de movilización de los movimientos sociales.

★ ★ ★

El primer producto de la obra es una colección de estudios de caso del todo innovadores para la época, en los que no se duda en usar métodos mixtos cuantitativos y cualitativos, etnográficos y estadísticos, para profundizar el trabajo de campo. Un primer capítulo presenta una puesta en perspectiva histórica de los movimientos sociales y de las transformaciones urbanas, con diferentes casos, entre los cuales están las contestaciones de las comunidades de Castilla en 1520, el movimiento de la Comuna de París en 1871 y la huelga de los alquileres de Glasgow en 1915. Luego, el autor se consagra, en el transcurso de los cuatro capítulos centrales de su obra, al análisis de situaciones contemporáneas en contextos culturales fuertemente contrastados:

- Los movimientos de los grandes conjuntos en la región parisina, cuya primera ambición es el desarrollo de un sindicalismo de consumo colectivo, centrado en las reivindicaciones relativas a las políticas de viviendas y a las infraestructuras y servicios colectivos.
- Los movimientos gays y latinos de San Francisco, que ubican la identidad cultural y étnica en el corazón de sus proyectos de transformación de la ciudad.
- Los movimientos de barrios latinoamericanos —en Lima, Santiago de Chile y México— que se ubican en una relación dialéctica con relación a los poderes y partidos políticos, hecha de dependencia y de descentralización, característica de la urbanización dependiente de las ciudades en desarrollo.
- Los movimientos de barrios madrileños —que representan para el autor la quintaesencia del movimiento social, el fundamento de su teoría— que lograron combinar tres tipos de reivindicaciones ligadas al consumo colectivo, la promoción de una identidad cultural y las expectativas de descentralización del poder político.

Castells muestra en la misma ocasión un profundo rigor metodológico, desvelando en un rico anexo la construcción de sus esquemas y categorías de análisis, corriendo el riesgo de exponerse a la crítica.

El capítulo de conclusión no presenta una síntesis sino una teoría de los movimientos sociales urbanos, la cual es multicultural y fundada en las cuatro monografías. Además de los estudios de caso, el segundo producto de la obra es una definición, demostrada empíricamente, de los movimientos urbanos. Sosteniéndose en el accionalismo tourainiano, el autor consolida el concepto de movimiento social intentando delimitar su perímetro, juzgado demasiado elástico en los textos de Alain Touraine. Para ser calificado como tal, un movimiento social urbano debe combinar tres objetivos centrales estudiados uno por uno en los casos parisinos, californianos y latinoamericanos, y relacionados en el caso ejemplar de Madrid:

- Actuar sobre las funciones de consumo colectivo de una ciudad, poniendo en relieve el valor de uso de los servicios y de los bienes colectivos. Esta representación se opone al valor de cambio que tiende a tomar amplitud con la privatización de los espacios urbanos.
- Buscar una identidad cultural autónoma, fundada histórica o étnicamente, oponiéndose a la comunicación masiva, la uniformidad y la estandarización progresiva de las culturas.
- Promover autogestión y des-centralización de los poderes a escala de barrio, oponiéndose al Estado centralizado y a la tendencia a la no diferenciación de la administración en el plano territorial.

Este modelo de movimiento social debe además definirse él mismo como urbano (y no como étnico, religioso o de clase), y, permaneciendo autónomo, debe saber usar para su provecho los medios de comunicación, los expertos y las fuerzas políticas presentes. Desde ese punto de vista, Castells da una importancia primordial a la autonomía de los movimientos sociales *vis-à-vis* del poder político. La participación en la acción política es el beso de la muerte, que puede ser productivo, pero que provoca al mismo tiempo la pérdida del movimiento.

De Francia a los Estados Unidos: un cambio de dirección metodológica

Entre *Monopolville* y *La ciudad y las masas* pasaron casi diez años, y su recorrido profesional evolucionó ampliamente. Releyendo los motivos para su salida hacia los Estados Unidos, de la cual ya daba algunas explicaciones en esta obra, usted aparece muy duro con la comunidad científica francesa: ronroneadora, desfasada y autocentrada. ¿En qué contexto decidió usted irse de Francia y de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales?

Empecé a distanciarme de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales cuando regresé a España en 1976, después de la muerte de Franco. No me fui totalmente, pues conservé mi puesto.

Antes, me era difícil ir allá, aunque sí iba (no diría que clandestinamente, pero sí semi-clandestinamente) desde que empecé a ser conocido, la primera vez en 1972. Mi nombre estaba en la lista de las personas que debían ser arrestadas en la frontera. Sin embargo, era lo suficientemente conocido como para poder dictar conferencias públicas en Barcelona, en la universidad o en los movimientos de los barrios. Rodeado por centenares de personas, con periodistas, ahí la policía no podía ir a arrestarme: hubiese sido un escándalo... Pero no podía pasar legalmente la frontera. Entonces me las arreglaba. También debía dormir donde amigos que no eran controlados.

Regresé a España en noviembre de 1976. De verdad quería participar de la transición democrática, pero mis libros ya eran manuales en España. Era conocido como alguien de izquierda, en el sentido amplio del término: tanto los socialistas como los comunistas y los izquierdistas

usaban mis trabajos. No obstante, la universidad española se mantenía fundamentalmente conservadora. No aceptaron ofrecerme un puesto. Hasta sostuvieron que mis diplomas franceses no eran válidos en España. Tenía dos licenciaturas, un doctorado de tercer ciclo y estaba cursando un doctorado de Estado. Me pidieron la equivalencia de los diplomas, a la vez que bloqueaban el procedimiento. En 1978 empecé a cansarme del asunto, y en tres meses redacté una tesis de doctorado en España en la Universidad de Madrid. Pensé que si también era doctor en España, eso me ayudaría, pero ello no cambió nada: mis postulaciones eran constantemente bloqueadas.

En ese momento, hacía un trabajo muy serio de análisis de los movimientos de barrio en Barcelona y sobre todo en Madrid, entre 1977 y 1979. Decidí conservar mi puesto en París en la Escuela de Altos Estudios. Gastaba la mitad de mi sueldo en idas y venidas. Vivía en Madrid, pero iba a París un día por semana. En la mañana, dictaba mi seminario; en la tarde, veía mis estudiantes y regresaba a Madrid.

En 1979, tuvieron lugar las primeras elecciones municipales democráticas. Los socialistas y los comunistas tomaron juntos el control de todas las ciudades de más de 100 000 habitantes. Los movimientos de barrio fueron esenciales en esa transformación. Yo era muy cercano a todos y tenía un rol en las negociaciones importantes. Para mí, mi trabajo se había acabado: los movimientos de barrio eran fuertes y la izquierda estaba en el poder municipal. La tentación fue entonces pasar de verdad a la acción política, en el sentido fuerte del término. Me propusieron un puesto de diputado-alcalde en Madrid, o de responsable político por aquí y por allá. Sin embargo, yo no quería eso. Para mí, siempre estuvo claro: yo era muy político, muy politizado, pero para nada en un aparato político. No me veía obedeciendo las órdenes de un partido o lanzándome en una carrera política. Mantenía el viejo estilo de militante político que cree en el contenido de la política más que en la carrera.

Por otro lado, me había desconectado por completo de París, en lo profesional y en lo personal. El final de los años setenta fue un período de depresión total para la izquierda intelectual en París. Yo terminaba mi tesis en España y, por azar, me llegó el ofrecimiento de un puesto de sociología urbana en Berkeley, una de las mejores universidades del mundo. No era candidato, ni siquiera estaba al tanto. Había ido una vez a Berkeley, pero no sabía que había un puesto disponible.

¿Quién le propuso ese puesto? ¿Cómo se desarrolló su reclutamiento en Berkeley?

Fue el Departamento de Planificación Urbana y Regional el que me lo propuso. También me uní luego al Departamento de Sociología. Me dijeron que si eso me interesaba, yo era el candidato privilegiado.

¿Quién exactamente? ¿Melvin Webber?

No, Melvin Webber me tenía más bien desconfianza, era de derecha y muy conservador.

Sí, pero era director del Departamento de Planificación Urbana me parece...

No, él no era el Director, pero era la persona más influyente del Departamento. En realidad, fueron los estudiantes los que dijeron "queremos a Castells".

¿Es verdad que en Berkeley los estudiantes son miembros de las comisiones de reclutamiento de los profesores?

Sí, hay comisiones en las cuales los estudiantes son representados. El voto es primero un voto del departamento, y luego de un comité que reúne los representantes del conjunto de la universidad. Los estudiantes dijeron: "Lo queremos absolutamente, es nuestro candidato". En esa época, Berkeley quería construir la mejor cátedra de sociología urbana. Recibieron las candidaturas de los mejores sociólogos urbanos de los Estados Unidos, entre los cuales estaban Herbert Ganse, Lisa Peattie, Mike Miller, etc. Toda la vieja guardia, personas muy respetables. Para hacer felices a los estudiantes, me metieron en el paquete. Yo no supe nada de todo esto hasta el momento en que me preguntaron si me interesaba o no. "Si le interesa, lo invitamos a hacer una conferencia". Ni siquiera estaba decidido, pues me había dedicado por completo a la política en España, pero fui. Siempre es interesante hacer un viaje, ver lo que pasa. Fui a presentar lo que ya era *La ciudad y las masas*, mi trabajo y mis proyectos con los estudiantes. El vice-rector de la Universidad, miembro de la comisión, era muy liberal y no conocía nada de mis trabajos. Me defendió en el

departamento diciendo que debían escoger el futuro. De todas formas, hubo oposición de la vieja guardia conservadora que hizo todo lo posible para taparme el paso, según lo supe después. Sin embargo, la mayoría de los profesores finalmente me eligió a mí.

Era para mí el medio ideal para escapar de la España, donde no tenía un puesto en una universidad. Si yo me quedaba en España, tenía que consagrarme a la política y tenía que perder mi trabajo de investigación. En París, por su parte, estaba muy insatisfecho con la calidad de la investigación, de los debates muy filosóficos y teóricos. Mi punto de referencia siempre había sido la Universidad americana. Paralelamente, Touraine, para intentar retenerme, había presentando mi postulación para una dirección de estudios en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales. En efecto, mi situación era muy especial: enseñé, dirigí un seminario en sociología urbana y elaboré una tesis, todo como director de estudios, pero sin tener el título correspondiente. Era maestro-asistente con funciones de director de estudios. Entonces, Touraine quiso hacerme nombrar director de estudios. La Escuela lo rechazó porque yo era demasiado joven.

¿Qué edad tenía usted?

Treinta y cinco años. Bourdieu fue quien bloqueó mi postulación. No estaba en contra mío de manera personal, sino porque la proposición venía de Touraine, y Bourdieu bloqueaba todo lo que venía de Touraine. Era la lucha para ver quién entraría al Colegio de Francia; era la única cosa que contaba.

¿Pero Bourdieu no había ingresado ya al Colegio de Francia?

No todavía. Era el momento de la lucha. Bourdieu propuso inmediatamente a Boltanski, y Touraine me propuso a mí. Los que eran cercanos a Touraine bloquearon a Boltanski y los que eran cercanos a Bourdieu me bloquearon a mí. Más tarde, Boltanski fue elegido porque se quedó. Sin embargo, no fue esa la causa de mi salida. La gente cree que me fui porque no me dieron el puesto. Me fui a España por razones políticas, y luego obtuve el puesto en Berkeley. Ello me permitió escapar de París, que me parecía cada vez más sofocante en el plano intelectual.

No comprendo exactamente su resentimiento con relación al sistema francés, pues, cuando usted llegó, esta dimensión filosófica, que privilegiaba las peleas intelectuales, los debates teóricos y conceptuales, estaba muy presente, y en particular en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. ¿El mundo académico francés cambió realmente en diecisiete años?

No consideraba ser parte de ese sistema. Era cercano a Touraine, a quien de verdad no le gustaba eso. Touraine siempre tuvo un lado bastante dividido intelectualmente. Por un lado, era un muy buen sociólogo empírico. Su primer trabajo sobre la evolución del trabajo industrial en las fábricas Renault es una maravilla de análisis empírico, detallado. Produjo trabajos un poco menos sofisticados, pero igual de interesantes: sus investigaciones sobre la clase obrera, sobre los obreros de origen agrícola, sobre el Movimiento de Mayo de 1968. Sin embargo, como todos los intelectuales, prefería la gran teoría. Publicaba libros teóricos y, a la vez, creía de verdad en la investigación empírica de tipo americano.

Bourdieu, en cambio, no creía en los fundamentos de la investigación empírica. Recuerdo mi primer congreso de sociología en Francia, en los años sesenta, en que Bourdieu hizo una gran declaración: “¡Yo no fui a los Estados Unidos!”, como título de gloria, y recibió una extraordinaria ovación. Era la posición de “nosotros los franceses de izquierda contra esos *amerloques*¹.” Aun cuando Touraine había ido a Columbia, estaba muy ligado a Paul Lazarsfeld. En la Escuela de Altos Estudios organizaron un programa de formación de los estudiantes de doctorado y de tercer ciclo en el cual participé, y que era de verdad sociología americana en París: estadísticas, modelos formales, encuestas, el estudio de todos los textos de la sociología americana, etc.

Yo quería ir a los Estados Unidos para hacer mi tesis y Touraine no me dejó ir. Me ofreció un puesto de asistente para que me quede. Luego, por interés intelectual, iba a los seminarios de Althusser y desarrollé una muy buena amistad con Nicos Poulantzas. Pero no era mi carrera profesional. Mi primer puesto en Nanterre y mi primer puesto en la Escuela de Altos Estudios eran puestos para metodólogos.

1 Palabra que se usa para referirse a los estadounidenses de manera despectiva. *Nota de la traductora.*

Desde la introducción de *La ciudad y las masas*, usted pone de relieve cierta voluntad de ruptura teórica y sobre todo metodológica: “Intentaremos rectificar los excesos del formalismo teórico que han aquejado a las ciencias sociales en general y a parte de nuestra labor anterior en particular” (1986: 21). También dice: “Sus modelos teóricos (desde el funcionalismo al estructuralismo, o desde el interaccionismo simbólico al marxismo) han resultado tan inútiles como sofisticados” (1986: 21). Regresaremos luego sobre la ruptura metodológica que prevalece sobre la argumentación y la estructura de la obra. ¿Es su salida a los Estados Unidos lo que le hizo cambiar de opinión, o esa ruptura metodológica ya estaba más o menos en gestación?

No, mi salida hacia los Estados Unidos es realmente la consecuencia de mi posicionamiento metodológico... Una vez más, siempre había privilegiado la investigación empírica. Lo que me gustaba en Francia era la relación con lo político. No obstante, encontraba por un lado que esa politización sofocaba la investigación, impedía hacer investigaciones de calidad. La así llamada “escuela francesa de sociología urbana” eran tan ideológica, tan parcializada por construcciones teóricas y fundadas en los intereses de los partidos, que se me hizo imposible quedarme. Por otro lado, me introducía en la política real gracias a mi participación en la transición democrática española. Una vez que España volvió a ser una democracia normal, pude consagrarme 100% a la investigación.

¿Se sentía usted aún más libre en esa nueva España que en Francia?

Sí, de cierta manera. En Francia asistía a elucubraciones teóricas con investigaciones esporádicas, pero en España no había absolutamente nada. Era todo desierto en las ciencias sociales. Las personas más felices hacían política. Entonces, la opción de quedarse en España sólo podía ser política.

Siempre pensé que la buena investigación se hacía en América. Siempre admiré, y era merecido, la investigación en ciencias sociales en los Estados Unidos. Era de cierta manera intelectualmente pro-americano, excepto que no se podía etiquetarme así porque yo era de extrema-izquierda. Además, había pasado varios períodos en los Estados Unidos: en Chicago en 1969, y en 1975 en la Universidad de California en Santa

Cruz y en la Universidad de Wisconsin en Madison. Luego, en 1977, volví a pasar varios meses en Madison. En 1976 di clases con Nicos Poulantzas, un seminario de dos meses en Boston University, una de las más grandes experiencias de mi vida. Boston University, que era conservadora, intentaba revelar el progresismo haciendo universidad de verano con los dos intelectuales más a la izquierda, los más a la moda de París, que éramos un griego y un español.

Entonces, en 1979, mis redes ya se habían desarrollado en los Estados Unidos. Cuando me invitaron a postular para esta cátedra, mi deseo era consagrarme a la investigación.

¿Sufrió posteriormente por esta salida? ¿Tuvo el sentimiento de ser excluido de la comunidad académica francesa? ¿El eco en Francia de sus trabajos publicados en los Estados Unidos sufrió durante la segunda parte de su carrera?

Sí soporté una total pérdida de eco en Francia, pero no sufrí para nada por ello. Hice mis estudios de licenciatura, de doctorado, y hasta enseñé doce años en Francia, entre 1967 y 1979. Era y sigo siendo un producto intelectual francés, con una implantación americana, un producto híbrido. La consecuencia de mi salida es que la influencia de mi trabajo en Francia desapareció por completo durante al menos diez años.

Escribí *La ciudad y las masas* en inglés, y luego la reescribí enteramente en francés. La convertí en mi tesis de Estado. No lo necesitaba porque ya era profesor titular en Berkeley, pero quería hacerlo. La defendí en 1983 en la Sorbona (París V) para marcar el final de mi trayectoria intelectual francesa con el más alto nivel académico. Es interesante porque en inglés, en la misma época, había casas editoriales que se peleaban por el texto, mientras que en Francia no lo pude publicar.

¿Aun con antiguos editores, los editores que publicaban obras de sociología urbana?

Sí, porque era la caída simultánea de ambas cosas: el marxismo y los temas urbanos. Y yo era el marxista de la problemática urbana. En Francia era el momento de la subida de los nuevos filósofos, del anti-marxismo, etc. Y aun cuando *La ciudad y las masas* —que en francés se llamaba *Changer la ville*.

Sociologie comparée des mouvements sociaux –rompía con el marxismo, mi imagen seguía siendo la del sociólogo urbano marxista.

Es increíble. Sin embargo, Touraine era publicado. ¿*La ciudad y las masas* era un poco en el mismo tono?

En efecto, pero yo era percibido como marxista. Las imágenes que crea el mercado intelectual son potentes. Además, en Francia había dos autores importantes que ocupaban la escena a nivel mundial: Foucault y Bourdieu, aun cuando personalmente la persona que más me estimuló fue Touraine. Desde el punto de vista del marketing, sin embargo, los destacados eran Foucault y Bourdieu. Bourdieu nunca me pareció interesante. Foucault sí, pero era difícil hacer otra cosa que no sea repetirlo. Luego hubo la corriente post-moderna del constructivismo, pero eso tampoco me interesó nunca. Según yo, no eran instrumentos teóricos que me permitirían hacer investigaciones. Por lo tanto, nunca fui post-moderno, ni anti-post-moderno: no participé en la batalla moderno contra post-moderno.

Es así que mi trabajo desapareció en Francia, pero eso no me afectó para nada. Al mismo tiempo que mi influencia desaparecía en Francia, mi trabajo se difundía en el mundo entero, incluyendo a América Latina y Asia, además del mundo anglosajón. Mis trabajos regresaron a Francia únicamente con *La era de la información*, veinte años más tarde.

Para muchas personas, hay dos Castells, el Castells de *La cuestión urbana* [1974] y el Castells de *La era de la información* [1997]. La generación joven ni siquiera sabe que hubo otro Castells. Mis trabajos de los años ochenta no son conocidos en Francia. *La ciudad informacional* [1995] nunca fue traducido al francés, mientras que ha sido traducido al chino, al coreano, al japonés y obviamente al castellano.

Movimientos sociales de base y producción de la ciudad

Su posicionamiento metodológico propone, para mí, dos rupturas fundamentales con relación a sus trabajos anteriores. La primera es que usted pasa de un enfoque hipotético-deductivo, donde ponía a prueba modelos teóricos planteados *a priori*, a un enfoque empírico-teórico anclado en el campo. Se plantea así una pregunta hasta entonces inédita en sus trabajos: ¿Cómo construir una teoría? ¿De dónde viene ese cambio de método?

Mis trabajos anteriores se mantenían anclados en un procedimiento francés tradicional, poco empírico. La mayoría de los trabajos de los sociólogos urbanos franceses eran menos investigaciones que comentarios políticos. Eran procedimientos muy deductivos: se construía una teoría y luego se la verificaba en el campo completándola con algunos datos. Había muy poco trabajo de transformación de la teoría por la empiria; se prefería realizar una verificación de los esquemas en una perspectiva hipotético-deductiva. Me fui a los Estados Unidos principalmente porque rompí con ese procedimiento.

Sin embargo, si usted quiere decir que *La ciudad y las masas* es un trabajo inductivo, es demasiado. De cierta manera había ideas, había teorías, pero reconstruí constantemente el esquema de análisis a partir de lo que encontré en cada estudio de caso, en el transcurso de mis trabajos de campo: en 1971 en Chile y en 1982 en San Francisco.

Usted presenta *La ciudad y las masas* de manera hábil, porque expone la construcción de su teoría a lo largo de la obra. El lector percibe concretamente los ingredientes, los campos que son presentados de manera muy precisa, y luego termina con un largo capítulo conclusivo en el que los diferentes estudios empíricos son puestos en perspectiva para construir la teoría. ¿No es eso un artificio de presentación, una técnica de demostración, y su esquema teórico no estaba ya planteado antes de la finalización de *La ciudad y las masas*?

No, no estaba del todo listo. Evolucionó durante once años. Al principio era bastante estructuralista. Tenía cuestionamientos teóricos, pero los conceptos que emergieron de la investigación no tienen nada que ver con la teoría del principio, a diferencia de *Monopolville* y de *La cuestión urbana*, que eran ilustraciones de una teoría predefinida. En *La ciudad y las masas* construí la teoría al final. Finalmente tuve el lujo de afirmar que no había teoría, cuando en realidad sí hay una, pero es como un andamiaje que retiré luego. Así, hay personas que me empujan ahora a hacer explícita mi teoría.

Usted mencionaba en particular el argumento de Gaston Bachelard: “Los conceptos más útiles son aquéllos lo bastante flexibles como para dejarse deformar y rectificar al utilizarlos como instrumentos de conocimiento” (1985: 25). ¿Era todavía seguidor de Bachelard? Si sí, ¿cómo conjugaba sus diferentes inspiraciones metodológicas?

Esa cita de Bachelard me pareció extremadamente interesante, pues justificaba la necesidad de modificar un concepto sin tener vergüenza. Ya no quería vivir en el esquema clásico, exponiendo la teoría y haciendo entrar el campo adentro. Con *La ciudad y las masas* quería cambiar completamente de procedimiento. No diría que era inductivo, sino que la dinámica de investigación transforma la teoría más que la verifica o valida.

Leyendo su rico anexo metodológico, y aun cuando se ubican en una perspectiva diferente de la suya, no puedo no pensar en los trabajos de numerosos sociólogos cualitativos que desarrollaron métodos para subir en generalidad y construir una teoría a partir de estudios de caso. En Berkeley, esos trabajos fueron llevados a cabo por Michael

Burawoy (*The Extended Case Method*, 1991)². ¿Fue usted influenciado por los sociólogos americanos que adoptaban métodos fundados en iteraciones teoría-campo?

Absolutamente. Los trabajos de etnografía de Michael Burawoy y de su grupo “Global Ethnography” son ahora muy reconocidos. Como usted sabe, él es el actual presidente de la Asociación Americana de Sociología. Sus trabajos son interesantes porque proponen una doble crítica: por un lado, de las teorizaciones que no dejan espacio para la transformación del esquema teórico a través de la observación, y por otro, de la formalización estadística de la investigación que limita las pruebas a la construcción de modelos de regresión. Reivindica y demuestra que el procedimiento etnográfico es un método riguroso y serio, argumento que me parece fundamental.

Yo deseaba producir análisis etnográficos rigurosos, asociados a indicadores formales, conservando a la vez todo el material de campo para que otras personas puedan volver a trabajarlo si fuera necesario. Agregaba algunos toques de análisis estadísticos cuantitativos, por ejemplo análisis factoriales de la transformación de la tipología de los barrios de Madrid.

Así, no sólo disponía de una libertad teórica, sino también de una libertad metodológica.

Usted dice desde el inicio que abandona la teoría marxista, rompiendo en particular con una lectura en términos de clases de los movimientos sociales y de los cambios urbanos. Sin embargo, igual conserva uno de los pilares de la teoría marxista que es el materialismo histórico. En su largo capítulo sobre la historia de los movimientos sociales urbanos, así como en el conjunto de sus estudios de casos contemporáneos, usted hace de los modos de producción

2 Michael Burawoy es sociólogo en la Universidad de California, Berkeley. Desarrolló, desde el final de los años sesenta, en su grupo de investigación, un procedimiento metodológico que permite realizar investigaciones etnográficas de alcance global. Este método permite tomar en cuenta relaciones entre lo general y lo particular. El modo de generalización consiste en reconstruir y cuestionar teorías existentes. En este sentido, se opone a los métodos puramente inductivos que parten del campo para construir nuevas teorías. Tampoco se trata de un método puramente deductivo, porque no se apoya solamente en la teoría, sino también en comparaciones y enfoques societales para luego subir a la generalidad.

y de los modos de desarrollo (feudal, capitalista-industrial o capitalista-informacional) los determinantes genéricos de los movimientos sociales y de sus objetos de movilización, así como los elementos que estructuran las representaciones y las funciones urbanas. ¿Está usted de acuerdo con esta interpretación? ¿Su enfoque sobre la historia y, por lo tanto, sobre lo urbano siguió siendo materialista?

Esto no viene exactamente del marxismo. Pienso que el marxismo se concentra ante todo en el capital y en la determinación de la lógica de la acción social a través de las fuerzas productivas, enfoque que viene más bien de la influencia intelectual latinoamericana y de las teorías de Fernando Henrique Cardoso. Me refiero a los trabajos de Cardoso y Faletto, especialmente *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969)³. Para mí, es un libro modelo que explica en unas cuantas páginas lo esencial del proceso de transformación de América Latina. Para cada país estudiado, incluyendo a Hong-Kong o Rusia, intentaba adoptar el mismo procedimiento. Paralelamente, la otra obra esencial en el mismo dominio es la de Barrington Moore, *The Social Origins of Democracy and Dictatorship* (1967)⁴.

3 Los antiguos trabajos de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto simbolizan las investigaciones llevadas a cabo por los socio-politistas latinoamericanos en el transcurso de los años sesenta. El estudio más profundo es *Dependencia y desarrollo en América Latina* (1969). Los investigadores analizaron las condiciones de desarrollo de América Latina teniendo como principal punto de anclaje la teoría de la dependencia: el proceso de acumulación del capital sólo puede fundarse en componentes de los sistemas nacionales latinoamericanos y dependen de otras economías para asegurarse un desarrollo tecnológico, financiero y organizacional. En el plano empírico, el análisis de la dependencia se funda en un análisis histórico en profundidad de las sociedades, de los sistemas políticos y de las economías chilena, peruana y brasilera, entre otras, de principios del siglo XIX, en la fase de internacionalización de los mercados, característica del modelo keynesiano de post-guerra. Cardoso continuó su carrera de politólogo en Brasil, Francia y los Estados Unidos, y presidió la Asociación Internacional de Sociología entre 1982 y 1986. Fue elegido presidente de Brasil en 1994 en base a un programa de reformas económicas drásticas (Plan Real), y se mantuvo en ese puesto hasta el 2002.

4 Barrington Moore es un socio-politista americano que trabaja en el Centro de Investigación Ruso de la Universidad de Harvard. Se hizo conocer en los Estados Unidos durante los años cincuenta gracias a sus trabajos sobre el sistema político y la sociología política de la Unión Soviética. Su obra más conocida, *Les origines sociales de la dictature et de la démocratie*, fue publicada en 1967 en los Estados Unidos, y en 1983 en Francia. Erróneamente calificado de marxista, ese libro se destaca por su originalidad metodológica. A la vez marxista y weberiano, el autor se lanza en un estudio en profundidad de los procesos históricos y

En Francia, ¿disponía usted de los trabajos de Fernand Braudel?

Sí, pero Braudel se concentra en la construcción cultural e institucional de cada período. Se percibe menos los procesos de transformación por los actores sociales. En cambio, el análisis de los sucesivos contextos es extremadamente fino y potente. Me parece que es muy culturalista e institucionalista, pero también es una obra que me influenció enormemente en los años sesenta y setenta, en Francia, en particular *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949)⁵.

La dinámica de los actores sociales está mucho más presente en Barrington Moore y en Cardoso y Faletto. Ciertas personas calificaban a Barrington Moore de marxista, pero no hay que exagerar. Moore era más bien antimarxista en su procedimiento personal, aunque estaría de acuerdo si por marxismo se reconoce el tomar en cuenta a los actores sociales, las luchas sociales y los conflictos políticos. En todo caso, no es el mismo marxismo que el de Althusser.

sociológicos que conducen al surgimiento de los regímenes políticos. Sus profundizaciones demuestran cuáles son “las condiciones históricas que permitieron a uno de esos grupos sociales, o a los dos [las aristocracias terratenientes y las clases campesinas], hacer surgir democracias parlamentarias de tipo occidental, o dictaduras de derecha o de izquierda, es decir, regímenes fascistas o regímenes comunistas” (Moore, 1983: 7). La innovación de Moore es haber demostrado históricamente que democracias y dictaduras no son productos de la industrialización —China y Rusia eran sociedades agrarias cuando los comunistas tomaron el poder—, sino trayectorias de las antiguas clases que vivían de la tierra. La obra propone una comparación de seis estudios de caso que analizan las diferentes formas de revolución de las sociedades agrarias, democráticas o dictatoriales en Occidente (Inglaterra, Francia, Estados Unidos), así como en Asia (China, Japón e India).

- 5 Fernand Braudel (1902-1985) se inscribe en la línea de la escuela de los anales, iniciada por Marc Bloch y Lucien Febvre al principio de los años treinta, que quería restablecer el tiempo largo en el procedimiento histórico frente a una historiografía esencialmente hecha de eventos e individuos. *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* es, desde ese punto de vista, simbólico, ya que el título le da la vuelta al objeto de estudio, que ya no es Philippe II sino el mundo mediterráneo. Esta obra —proveniente de la tesis del historiador, sostenida en 1947 y publicada en 1949— que fue escrita en cautividad en el campo de Lübeck, en Alemania, entre 1940 y 1945. A lo largo de los tres volúmenes, el autor desvela los ritmos de “la triple temporalidad braudeliana” (Gataloup, 2003), distinguiendo la historia casi inmóvil del medio, la historia lentamente agitada de los movimientos de conjunto de la economía y la historia de eventos de los hombres y de lo político. Esta obra se benefició de una recepción resonante en la comunidad de los historiadores y de los intelectuales de principios de los años cincuenta. Braudel entró al Colegio de Francia en 1949 y fue electo miembro de la Academia Francesa en 1984, un año antes de su muerte.

No obstante, en mi análisis hay elementos marxistas, en efecto, ya que, a partir del final de los años setenta y mi partida de Francia, tuve una actitud totalmente utilitaria con relación al marxismo, como con relación a toda teoría. No soy ni marxista, ni antimarxista, ni post-marxista. Utilizo ciertos conceptos que vienen del marxismo, pero en la medida en que los relaciono con otros conceptos dejan de ser muy marxistas, porque el marxismo es una construcción total.

La segunda ruptura es que usted otorga un puesto más amplio a los actores sociales, a quienes tiende a liberar de una lectura hecha puramente en términos de clases. Usted termina su introducción afirmando que quiere comprender “cómo la gente crea la ciudad” (1986: 25). ¿Qué piensa de ello? ¿De dónde viene ese regreso de los actores sociales?

En primer lugar, hay que recordar que adopté desde los años sesenta un doble enfoque teórico: el procedimiento marxista, por un lado, pero también —y sobre todo— un análisis de los movimientos sociales en una perspectiva tourainiana. Para Touraine, los movimientos sociales no se resumen a la lucha de las clases, sino que provienen de fuentes mucho más diversificadas.

Lo que aprendí de Touraine es la diversidad de las vías de transformación sociales, más allá de la lucha de clases. La lucha de clases es una forma de movimiento social entre otras. Por ejemplo, los movimientos ecologistas, anti-nucleares o el movimiento estudiantil de mayo de 1968 no correspondían a una lucha de clases, sino que revelaban otros tipos de movimientos sociales. La problemática de Touraine era subrayar que los movimientos sociales difieren de la lucha de las clases y de la lucha social. Puede haber luchas reivindicativas en base a clases, pero también puede haber luchas sociales alternativas fundadas sobre movimientos sociales, autónomos en relación a los partidos o al sistema político, que participan en la transformación social⁶.

6 El enfoque de los movimientos sociales de Alain Touraine fue innovador al final de los años setenta, teñido de un contexto rico en nuevos movimientos sociales tales como la ecología, el feminismo o el consumerismo (en los Estados Unidos). Esos movimientos, que son inclasificables, salen de los cánones clásicos de la lucha de las clases y de los movimientos sindicales: una transformación de las fuerzas sociales que supone, según Touraine, reconsiderar el lugar de los movimientos sociales tradicionales. Según él, hay en cada sociedad un movimiento social y uno solo que está situado en el corazón de las contradicciones sociales (Neveu, 2002). Si el movimiento obrero era por excelencia el principal

¿Cuál es el origen de su cuestionamiento sobre los movimientos sociales urbanos? ¿Puede usted volver sobre las principales etapas que marcaron sus trabajos sobre este tema?

Desde que empecé a trabajar sobre lo urbano, me interesé por las luchas y los movimientos sociales urbanos. Mis trabajos de teoría urbana están desde el principio centrados en el análisis del sistema urbano, por un lado, y en el estudio de los movimientos sociales, por otro. Escribí un pequeño libro —*Luttes urbaines* [1973]— que era claramente un ensayo político y no un trabajo científico. Ahora no lo menciono en mi currículum académico. Sin embargo, ese libro tuvo un impacto enorme, fue traducido a varios idiomas y me hizo ser conocido en numerosos movimientos de barrios en Europa, América Latina y los Estados Unidos.

En 1970, había presentado al Congreso Mundial de Sociología de Bulgaria un documento donde intenté definir los movimientos sociales urbanos, así como sus capacidades de transformación social. Elaboré un modelo teórico y una ficha de análisis de encuesta que usé en una enorme obra que estudia los movimientos sociales en la región parisina [1978b]. Es un libro bastante complejo, ya que se apoya en un aparato conceptual importante: un enorme trabajo de investigación a partir de un trabajo de campo relativamente pobre, pues las luchas urbanas no eran extremadamente desarrolladas. Con el tiempo, aprendí que no es necesario que una investigación conlleve a un sistema de explicación global; lo esencial es que contribuya con elementos parciales de comprensión de un fenómeno. El trabajo sobre la región parisina me permitió captar el surgimiento de un sindicalismo de consumo colectivo a partir de los movimientos reivindicativos en los grandes conjuntos parisinos. Encontré que la socialización

catalizador de las contradicciones de la sociedad industrial, ¿qué nuevo movimiento social jugará ese rol luego? Una serie de trabajos fue realizada por Touraine y sus colegas sobre los movimientos consumidor, anti-nuclear, feminista y estudiantil con el fin de identificar, a menudo en vano, esta nueva movilización típica de la sociedad post-industrial (Touraine, 1978). Una gran proximidad puede ser subrayada entre los trabajos de Touraine y los de Castells sobre los movimientos urbanos. En primer lugar, la distinción entre movimiento social y clase social: "Lo que opone el movimiento social a la clase es que ésta puede ser definida como una situación, mientras que un movimiento social es una acción, la de un sujeto, es decir del actor, que cuestiona la puesta en forma social de la historicidad" (Touraine, 1984: 151). Además, Castells y Touraine utilizan criterios similares para calificar los movimientos sociales: deben definir un adversario para ellos y darse una identidad bajo la forma de un proyecto que porta la visión de otra organización social.

del consumo a escala urbana era equivalente a la socialización de la producción en el nivel de la fábrica. Esos dos tipos de socialización desembocaban en organizaciones bastante semejantes, pero con especificidades para los movimientos sociales urbanos: una base proveniente de diferentes clases que se lanzaban no en una lucha de clase, sino en luchas sociales. Conservé esta problemática en *La ciudad y las masas*.

Mi posicionamiento teórico sobre los movimientos sociales viene entonces de Touraine. Con el desarrollo de las investigaciones sobre los movimientos sociales, sin embargo, el problema fue que se los podía ver por todas partes. Entonces decidí hacer una diferencia entre las luchas sociales y las reivindicaciones democráticas, por un lado, y los movimientos sociales autónomos de transformación de la sociedad a través de lo urbano, por otro. Desde este punto de vista, la contribución esencial de *La ciudad y las masas* es la tipología de las diferentes formas de acción colectiva, que es mucho más fina porque está fundada en una práctica de investigación comparada. El otro punto clave es la idea de que la etapa intermediaria de transformación de la sociedad es la transformación de la ciudad. No es un movimiento social que transforma al Estado y hace la revolución, sino un movimiento social urbano que transforma la ciudad como lugar de vida, como sistema. De hecho, contribuí a que estallara la problemática de la transformación social, porque antes siempre buscábamos estudiar la transformación de las relaciones sociales y del sistema político. Mi tesis era definir un movimiento social urbano como un movimiento de transformación de la ciudad en tanto que espacio y en tanto que cultura. Se trataba de evitar concentrarse sólo sobre la relación con el aparato de Estado, lo que era una problemática marxista. Es en este sentido que mi trabajo es fundamentalmente no marxista. No antimarxista, pero sí no marxista.

En este marco intenté mostrar que hay una contradicción fundamental en el enfoque marxista. Entre el capital como estructura, por un lado, y la lucha de clases, por otro, el partido es el único elemento de puesta en coherencia del conjunto del sistema; pero la legitimación del partido es el partido mismo, lo que induce una teoría muy ideológica. Así, hay dos marxismos: el marxismo de análisis del capital y el marxismo de análisis de las luchas de clases, pero no hay marxismo que pueda pensar la transformación social, ya que las luchas de clases son sólo la expresión de la dominación del capital. Oponiéndome a esta tesis, rompí con el marxismo y este posicionamiento fue denunciado inmediatamente por los marxistas.

Entonces, finalmente, ¿hubo una ruptura entre sus primeros trabajos sobre los movimientos sociales urbanos de inspiración marxista y *La ciudad y las masas*?

Para simplificar las cosas digamos que el concepto mismo de movimiento social no puede ser marxista. Yo quería, sin embargo, insertar el concepto tourainiano en el análisis marxista de la estructura social. Entonces analicé la estructura social con un marco marxista y analicé la contra-estructura social con un enfoque tourainiano, lo que era teóricamente incompatible. Es por ello que la obra sobre los movimientos sociales urbanos en París no es un buen libro: a fin de cuentas, no podía insertar esos movimientos en el proceso de transformación social. Ese era un libro bastante marxista en la parte que trataba los grandes conjuntos, pero no era nada marxista en la parte cultural. Yo distinguía esas dos realidades. Los movimientos sociales eran culturales y el movimiento reivindicativo entraba en el movimiento político marxista (capital, consumo colectivo, Estado y luchas reivindicativas), pero, en realidad, en la región parisina, no había movimientos sociales urbanos, con excepción de algunos embriones de *squatters* que estaban inscritos en una contra-cultura y sin relación con el aparato de Estado capitalista.

La ciudad y las masas rompe con este enfoque, pues la idea es analizar en la práctica en qué medida los movimientos sociales son portadores de transformaciones y de qué tipos de transformaciones. Se trata de definir los movimientos sociales urbanos en función del carácter y de la finalidad de su intervención, y no en función de su inscripción en una lucha de clase o no. Conceptualmente, yo defendía la autonomía de la acción social con relación a la estructura. En este sentido, ya no era estructuralista.

Para regresar a su problemática, preguntarse cómo la gente crea las ciudades también es una manera de retomar su cuestionamiento transversal sobre la producción de la ciudad: por las instancias económicas, ideológicas, simbólicas y políticas, la ciudad en sistema en *La cuestión urbana*, la ciudad del capital-Estado en *Monopolville*. Plantearse la pregunta de la ciudad producida por los actores sociales representa una ruptura importante con relación a sus dos lecturas precedentes. Adoptando esta tesis, parece rechazar otra: "La tecnología *per se* o la propia

estructura de la economía no son la fuerza impulsora del proceso de urbanización” (1986: 389). ¿Se dirigía esta aserción a sus trabajos anteriores? ¿Realizó también una ruptura con el estructuralismo?

Sí, pero esta ruptura no es radical. No iba a caer de golpe en el individualismo, pero me esmeraría por comprender los movimientos sociales en sus contextos. Tomé menos en cuenta la relación entre estructura y acción social. Además, me alejé del estructuralismo para acercarme a un análisis más cultural y político de la acción social como fuente de producción de la sociedad. En este sentido, me acerco al accionismo, en el sentido tourainiano del término.

Para entenderlo bien, ¿abandonar el enfoque de los actores según sus estructuras y sus prácticas de clases no era inscribirse en una perspectiva individualista en la que los actores permanecen actores sociales?

En efecto, no es nada interaccionista, sino accionalista en el sentido de Touraine, pero a la vez no está codificado en los términos de Touraine y no obedece a las reglas de su teoría. De todas formas es una teoría fundada en la acción cultural autónoma de los actores sociales, considerando los actores sociales como la fuente de producción de las formas sociales y espaciales.

Las investigaciones en América Latina me influenciaron mucho, así como los movimientos de *squatters* de Copenhague y los movimientos de barrio españoles. La observación directa de esas experiencias es importante. Yo estudiaba actores, sus valores y lo que querían hacer con la ciudad, con sus barrios: *squatters* que crean lugares de vida, habitantes que transforman barrios, que se apropian de ellos, etc. Esos mismos movimientos, sin embargo, hablaban de marxismo, de revolución, del Estado, de la lucha de clases. Por lo tanto, los discursos de los actores se posicionaban en contra de la sociedad capitalista para la revolución del pueblo oprimido, pero sus prácticas concretas resultaban en la construcción de espacios autónomos.

La construcción de una teoría de los movimientos sociales urbanos

Para estudiar los movimientos sociales urbanos, usted se apoya en cuatro estudios de caso: París y los movimientos en los grandes conjuntos de la metrópolis del departamento de París, San Francisco y los movimientos comunitarios homosexuales (así como la coalición Misión en un barrio pobre de la ciudad), los movimientos de *squatters* en América Latina y, por fin, el movimiento ciudadano de Madrid. ¿Cómo escogió esos estudios de caso? Leyendo su marco teórico formalizado *a posteriori*, parece que cada ejemplo ahonda en el sentido de sus tesis.

Procedí por eliminación. En primer lugar, lo esencial era apoyarse en una información de calidad para empezar un trabajo sistemático y formal. Por ejemplo, eliminé los casos que había estudiado en Copenhague, Bruselas y Montreal porque mis informaciones de ello eran demasiado impresionistas. Esas investigaciones eran parciales y no habían producido la misma cantidad de trabajo teórico. Los cuatro casos de *La ciudad y las masas* me demandaron años de trabajo en campo, por lo que tenía un conocimiento mucho más a profundidad del campo.

El caso de San Francisco es presentado al final de diez años de investigaciones sobre los movimientos sociales urbanos. Cuando llegué a Berkeley, me di cuenta que si tomaba el caso que mejor dominaba —Madrid, París y América Latina, con una importante parte chilena— tenía claramente dos de las dimensiones que deseaba analizar. Con París tenía el compromiso ligado con el consumo colectivo, con América Latina tenía

la relación directa con el Estado, y los movimientos de barrios de Madrid eran tan ricos y dinámicos que tenían efectos de transformación sustancial en diferentes niveles y en diferentes escalas: el consumo colectivo, la relación con el Estado, etc. Me faltaba el análisis de los procesos de transformación cultural por los movimientos sociales urbanos, y eso era San Francisco.

Entonces se apoyó en su trama de análisis fundamental, considerando que para que un movimiento social se desarrolle y perdure, debe combinar tres ambiciones:

- La actuación sobre las funciones de consumo colectivo de una ciudad, poniendo de relieve el valor de uso de los servicios y de los bienes colectivos. Esta representación se opone al valor de cambio que tiende a crecer con la privatización de los espacios urbanos.
- La búsqueda de una identidad cultural autónoma, fundada históricamente o étnicamente, que se opone a la comunicación masiva, a la uniformidad y a la estandarización progresiva de las culturas.
- La promoción de la autogestión, esto es, una descentralización de los poderes a escala de los barrios, oponiéndose al Estado centralizado y a la tendencia a la indiferenciación de la administración en el plano territorial.

¿Usted ya disponía de esa guía de lectura antes de definir sus estudios de caso, o es finalmente esa guía la que orientó sus elecciones?

Concebí esa guía desde finales de los años setenta, pero me faltaban los movimientos de transformación cultural. Observé los movimientos de barrios de Copenhague y de Bruselas, pero faltaban elementos. Quería conocer San Francisco y, conversando con estudiantes y amigos, me di cuenta de que había movimientos culturales importantes que debían ser estudiados. Descubrí la comunidad homosexual de San Francisco, que en ese momento se estaba formando y que había reconstruido un espacio de la ciudad. También estaban los movimientos de la comunidad latina que mezclaban los objetivos de lucha contra la pobreza y reivindicaciones identitarias y culturales. Me faltaba esa parte, así que, en vez de ponerme a escribir en 1979, me pasé dos años haciendo investigaciones de campo en San Francisco.

Es verdad que entre el principio y el fin de los años setenta asistimos en San Francisco a la delicuescencia del movimiento *hippie* y al rápido surgimiento de la comunidad homosexual que finalmente iba a recomponer la identidad de la ciudad.

Sí, así como al rápido surgimiento del movimiento latino, fundamental en toda California. La investigación sobre San Francisco me demandó mucho trabajo, porque no conocía ese terreno. Tuve muy buenas entradas en la comunidad homosexual, donde había un movimiento socialista entre los líderes de la comunidad y conocía muy bien mis trabajos. Querían reconstruir la historia gay y lesbiana de San Francisco. Como en todos los países a los que fui, les propuse escucharlos, estudiar lo que hacían y darles a cambio mis reflexiones y resultados de otros trabajos de investigación. Siempre he practicado el trueque intelectual. También trabajé así con los latinos. Me preguntaron por qué no estudié a los Black Panthers, pero era extremadamente difícil penetrar los medios activistas afro-americanos. En cambio, la comunidad latinoamericana me tomó como uno de ellos.

Agregué San Francisco para articular las observaciones de campo con mi problemática, no para verificar hipótesis teóricas. Eso es diferente. Mi objeto de investigación era tridimensional: consumo colectivo, acción cultural y poder político. Tenía tres casos, pero me faltaba un trabajo de campo donde la dimensión cultural predominaba: ése era San Francisco.

Esos tres pilares están a la vez en el corazón de su postulado y de su tesis, ya que la tesis central de la obra es defender que los movimientos sociales deben ser definidos por sus objetivos (sus *goals*). Y esos tres objetivos, esas tres dimensiones son necesarias, suficientes e indispensables para caracterizar un movimiento social urbano. A fin de cuentas, ¿su postulado se transforma en su tesis? ¿Cómo construyó su tesis?

La tesis es que esos tres objetivos deben ser combinados. El postulado se transforma en mi tesis, pero ésta fue formulada como tal gracias a la observación de Madrid y de Barcelona. Los movimientos sociales de Barcelona eran aun más transformadores que los de Madrid, pero no pude hacer trabajo de campo en esa ciudad. En Madrid, en cambio, me beneficié de un material extraordinario: probablemente tengo cien horas de grabación, además de los documentos recogidos en el momento de la observación du-

rante dieciocho meses. En Madrid, las asociaciones de barrio llegaban a mezclar los tres objetivos: eran realmente movimientos portadores de una contra-sociedad, tanto en el plano del consumo colectivo como en el de la cultura y en el del poder.

Además, en Madrid pude analizar veintitrés movimientos. Observaba cada movimiento durante un año medio, y cada uno de ellos pudo ser codificado de manera muy fina: fue el análisis comparado de veintitrés casos en un mismo contexto, en función de los diferentes componentes estructurales, lo que me permitió construir y verificar esta tesis.

Finalmente, gracias a los análisis empíricos, podía mostrar cómo cierto procedimiento analítico podía funcionar en contextos y campos muy diferentes. Si podía usar de cierta manera las mismas categorías y los mismos métodos para estudiar los barrios populares de Madrid y los homosexuales de San Francisco, el marco de análisis funcionaba en un nivel más general que el estudio de caso.

Usted nunca dudó de que esos otros casos, y los casos históricos, fuesen suficientes para subir en generalidad. ¿No pensó que faltaba un caso para alcanzar un nivel satisfactorio de saturación de la problemática, de cierre de la reflexión?

No, no después de haber terminado en San Francisco. Antes dudaba, evidentemente, y es por eso que me di un año suplementario. Estaba en un año sabático. A mediados de 1982 sabía que esos cuatro casos, incluyendo a San Francisco, serían suficientes. Por lo tanto terminé el análisis y pasé inmediatamente a la redacción.

Los movimientos sociales urbanos corriendo el riesgo de la acción política

Usted determina una diferencia fundamental entre los movimientos sociales urbanos y los actores políticos. Los movimientos sociales urbanos deben ser independientes de las estructuras políticas, sino, a causa de su institucionalización, pierden inmediatamente su identidad de movimiento social y se transforman en actores políticos, pues no están en capacidad de respetar uno de los tres objetivos fundamentales: el cuestionamiento del centralismo, de la burocracia y hasta del orden establecido por el Estado, promoviendo la búsqueda de una autogestión territorializada y descentralizada. Esta dicotomía le da la oportunidad de criticar al movimiento obrero (francés), sometido a la causa del Partido Comunista, o de explicar la derrota del movimiento de los pobladores chilenos que se subordinaron al sistema político y cayeron con él. ¿Cómo llegó a esta conclusión? Porque, por ejemplo, si retomamos su ensayo *Luttes urbaines et pouvoir politique* [1973], usted dice: “Esta relación entre luchas urbanas y lucha política, este paso progresivo de una esfera de la estructura social: he ahí el punto fundamental en la dinámica de cambio que los movimientos sociales urbanos pueden suscitar” (p. 129). Usted defendía esta necesidad de relación, de paso entre luchas urbanas y luchas políticas, mientras que, en *La ciudad y las masas*, usted defiende lo contrario, diciendo que no se puede calificar de movimiento social a un movimiento que no sea independiente de los aparatos políticos.

Es un punto fundamental que desde entonces se transformó en un eje fuerte de mi teoría y de mi práctica personal. La idea es que los movimientos sociales se sitúan en el exterior de la estructura política, pero tienen efectos sobre la estructura política y son portadores de cambio. Además, siempre desaparecen, son efímeros. Dejan de existir en tanto que movimientos portadores de cambio ya sea por destrucción, represión, transformación en grupo de intereses, integración al sistema político o la desaparición de su autonomía. Sin embargo, la tipología de su muerte no es indiferente. La pregunta es: ¿Cómo muere un movimiento social? Es posible que su muerte sea el nacimiento de procesos de cambio político instrumentalizados, organizados. Por ejemplo, actores políticos van a transformar la condición de las mujeres. Por lo tanto, la fecundidad transformadora de la desaparición de los movimientos sociales es diferencial. A veces los movimientos sociales desaparecen sin cambiar nada, y a veces son portadores de cambio social a través de la institución política. En última instancia, es el sistema político el que vive de la muerte de los movimientos sociales, sea eliminándolos y manteniéndose conservador, sea integrándolos y transformándose.

¿De dónde viene esta tesis? Viene primeramente del Movimiento de Mayo de 1968 y de las convicciones de sus actores.

En efecto, usted cita a Daniel Cohn-Bendit dirigiéndose a los electos: “Para que ustedes sean reformistas con éxito, nosotros hemos de ser revolucionarios frustrados” (p. 433).

Sí, Cohn Bendit era un actor con un alto nivel de consciencia y de reflexividad para poder afirmar eso. Fue en el *meeting* de Nanterre, al principio de junio de 1968. Cohn Bendit y yo interveníamos acerca de las elecciones. Algunos no deseaban en lo absoluto participar, porque querían radicalizar la lucha hasta el fin. Otros decían que había que combatir para ganar las elecciones. Pero si los socialistas y los comunistas franceses llegaban juntos al poder, ¿qué iba a cambiar?

En segundo lugar, esta idea de una necesaria disociación entre movimiento social y acción política viene de la observación hecha en las investigaciones de campo en Madrid, San Francisco y Chile. El único caso donde eso no funcionaba era París.

¿Esto porque los movimientos sociales están demasiado ligados a los partidos de izquierda?

Sí, pero al mismo tiempo, una acción reivindicativa centrada en el consumo colectivo permitió la transformación del poder de izquierda en Francia. Fueron los movimientos de los grandes conjuntos los que llevaron los cambios políticos a la izquierda y lograron un cambio de la política de la vivienda.

¿Un ejemplo de ello son las políticas de desarrollo social de los barrios lanzadas por Hubert Dubedout?

En efecto. Con ello hubo efectos perversos, porque todos los inmigrantes fueron ubicados en los grandes conjuntos. Se hicieron grandes centros habitacionales, guetos a la francesa. Usted ha notado muy bien esta cuestión de la autonomía, de la integración o de la no-integración.

En cuanto a la muerte de los movimientos sociales, mi hipótesis es que entre la muerte de los antiguos y el nacimiento de nuevos, esta dinámica relanza cierto número de valores a otro nivel, surgen nuevos problemas. En el caso de Madrid, en la medida en que no hay creación de nuevos movimientos sociales portadores de nuevas reivindicaciones y culturas urbanas, esta dinámica productora de las sociedades se detuvo. Por ejemplo, acerca de la relación entre movimiento social y política, en Francia hay un discurso que defiende que el Movimiento de Mayo de 1968 no sirvió de nada. Al contrario, yo sostengo que dicho movimiento fue un resorte fundamental de transformaciones culturales y políticas de la Francia moderna. En primer lugar, en el momento en que el Partido Socialista llegó al poder, los temas presentados eran nuevos. Las cuestiones de la mujer y de la tolerancia cultural no venían del partido socialista: fueron valores de 1968 adaptados al formato político.

7 Hubert Dubedout, alcalde de Grenoble de 1965 a 1983, es considerado como el padre de la política de la ciudad que se focalizó en la revitalización de los barrios de grandes conjuntos. Fue nombrado presidente de la nueva Comisión Nacional para el Desarrollo Social de los Barrios, creada en 1981, luego de la llegada de la izquierda al poder. Presentó, en 1983 un reporte al Primer Ministro *«Ensemble, refaire la ville»*, que marcó el lanzamiento de la política de la ciudad a través de la petición explícita de un esfuerzo por parte del Estado y de las colectividades locales a favor del desarrollo económico, social y cultural, así como en la prevención de la delincuencia, el desenclave y la rehabilitación de los barrios.

También todos los partidos políticos de derecha y de centro-derecha integraron los temas de mayo de 1968 de manera más o menos seria: la ecología, el feminismo, la libertad, la tolerancia, la igualdad... Toda una serie de cuestiones que no correspondían para nada a los valores de la Francia de los años sesenta, los cuales eran absolutamente conservadores en todo nivel, incluyendo al Partido Comunista. La perspectiva de discutir cuestiones de homosexualidad o de feminismo donde los comunistas de los años sesenta era percibida como una ideología pequeño-burguesa y *snob*. Así, hubo una transformación que partió del gran movimiento social de 1968, que, aunque luego se deshizo, al mismo tiempo hizo germinar nuevos valores, integrados progresivamente al sistema político y a la sociedad. Observé esta dinámica en mis estudios sobre los movimientos sociales urbanos; y luego, para mí, era un elemento esencial con el fin de comprender el conjunto de la lógica social.

Hay un segundo elemento clave de su análisis que no capté del todo. Usted afirma que la capacidad de los movimientos sociales para transformar la sociedad o la ciudad pasa bien por su capacidad para transformarse en agentes de innovación, bien por un compromiso con el reformismo político. A menos que se transformen en actores políticos, los movimientos sociales no tienen que cuestionarse sobre el “cómo” de la puesta en marcha de sus reivindicaciones, sus valores y su proyecto. Al mismo tiempo, cuando uno lee el caso de Madrid, parece que no son movimientos puramente utópicos. Se trata de reivindicaciones concretas relativas a la calidad de vida, las escuelas, la educación, las calles, los servicios públicos, la descentralización del poder. Son reivindicaciones operativas, aplicables.

Primeramente, los movimientos sociales no tienen vocación para transformarse en agentes políticos, pero tienen la tentación: es así que pierden su naturaleza. Una vez que han demostrado su fuerza, es muy tentador transformarse en partido político. Un ejemplo contemporáneo, muy fácil de comprender, es la contradicción del movimiento zapatista en México; por un lado tenemos el movimiento de transformación social que se mantiene fiel a la contra-cultura indígena, y del otro hay una tendencia a negociar para disponer de un mínimo de autonomía, hesitaciones para presentarse en las elecciones, la tentación de sostener un partido. Se trata de una contradicción, inherente a todo movimiento social, entre auto-

nomía y acción política. Es en este contexto que en el sentido estricto del término *movimiento social* puede ser calificado de utópico.

Sobre este punto, hay una diferencia con la teoría de Touraine. Para Touraine, la utopía, la contra-cultura, los nuevos valores provenientes de los movimientos sociales fundan la sociedad. Mi postura se opone a esta perspectiva porque, a partir de la observación de movimientos puramente utópicos, veo que no son movimientos que estén en la capacidad de articularse a las prácticas sociales y de contrarrestar la dominación estructural de la sociedad. Por lo tanto, hay dos tipos de movimientos. Por un lado, movimientos puramente reivindicativos que se constituyen en grupos de interés para negociar: es lo que yo llamo *social bargaining*. Por otro lado, movimientos puramente utópicos que presentan cierto número de valores y de representaciones, para los cuales la prioridad es mediatizar su acción sin que por ello se traduzcan en prácticas sociales: es la innovación social. Entre los dos, hay movimientos sociales que son a la vez reivindicativos, culturales e institucionales. Es la combinación de los tres la que no es utópica y que forma un contra-proyecto de organización social.

En conclusión de un artículo sobre los movimientos sociales urbanos en América Latina, Magaly Sánchez e Yves Pedrazzini (1991) ven dos posibles vías para esos movimientos culturales *underground*, alternativos: o lograrán hacer pasar sus representaciones del mundo como representación dominante de la sociedad, o se quedarán como movimientos paralelos, alternativos de contra-cultura. No obstante, no percibí esta posible salida en *La ciudad y las masas*. ¿Eso quiere decir que puede haber movimientos sociales que no mueren nunca y que se mantendrán siempre al margen de la sociedad?

Me parece que su libro sobre la violencia es notable. En cuanto al argumento que usted cita, es esencial. Hablé un poco de ello en *La ciudad y las masas*, pero entonces estábamos en sus primicias, todavía no estaba desarrollado lo que hoy llamo la "réplica comunitaria". Que el movimiento social se proyecte como un movimiento de transformación social es una cosa, pero si no se proyecta de esta manera y no desaparece, se organiza en comunidad. Esas comunidades pueden ser comunidades defensivas o comunidades ofensivas. Ciertas comunidades defensivas están

ancladas territorialmente (es lo que describí luego en *El poder de la identidad* [1998a]). Analicé en los barrios americanos, por ejemplo, el funcionamiento de los territorios de los *gangs*. Con el mismo modelo, también hay ciudades cerradas, barrios protegidos, las *gated communities*. También hay comunidades defensivas que se constituyen no sólo territorialmente, sino culturalmente, y que a partir de ahí producen un desvío fundamentalista: el movimiento islamista, el movimiento fundamentalista cristiano o los movimientos étnicos y nacionalistas. El mantenimiento de una organización social autónoma, radicalmente separada de la sociedad, puede conducir a un desvío fundamentalista, de donde emerge la idea de que los valores de la comunidad son superiores a los valores de la sociedad y a todo otro tipo de valores.

Sin embargo, ese no era el caso en los movimientos de barrios que tuve la ocasión de estudiar en el transcurso de los años setenta, ya que hasta el movimiento más marginal del barrio de Cristiana en Copenhague había negociado una especie de asimilación cultural y su integración en la sociedad. Desarrollaban su contra-cultura, sus drogas, pero la municipalidad de Copenhague los había integrado como elemento de la diversidad cultural de la ciudad.

En el extremo contrario de la marginalidad, asistimos desde el inicio de los años ochenta al desarrollo de la participación y de la democracia participativa. Numerosas experiencias muestran que, finalmente, el sistema político tiende a satisfacer la demanda de los movimientos sociales ofreciendo un campo de debate y de discusión. En ese caso, se percibe un principio de institucionalización. Si adoptamos una lectura en términos de control social, podríamos defender que, al aceptar participar, esas organizaciones pierden su naturaleza de movimiento social proyectándose en la acción política. ¿Qué piensa usted de ello?

Hay tres grandes formas de integración de las reivindicaciones de los movimientos sociales al sistema político. Las instituciones políticas pueden integrar los valores y las reivindicaciones de los movimientos sociales transformándolos, en cuyo caso puede haber un efecto positivo que se traduce en la reforma institucional. En ese momento, sin embargo, los movimientos sociales ya no son portadores de esos valores y corren el riesgo de perder el sentido de su acción. También es posible no integrar los valores sino abrir los procedimientos de participación para los movimientos sociales.

Finalmente, una tercera forma de integración pasa por la apropiación de los movimientos sociales. En ese caso, en general, la participación se traduce en una especie de descentralización del sistema político y conlleva a la desaparición del movimiento social.

Pienso que en la mayoría de las situaciones observadas en Francia en los años 1980-1990, por ejemplo en Grenoble, la participación se traducía ante todo en una descentralización del poder municipal. Lo que llamamos participación, en la mayor parte de los casos es en realidad una descentralización. Esto no es un juicio de valor: puede ser preferible que una alcaldía o un Estado sean descentralizados.

¿Hace usted referencia a la experiencia de los GAM (grupos de acción municipal) en Grenoble, donde la municipalidad intentó promover una autogestión a escala de los barrios?

Sí, hablo de los GAM, pero también pienso en la mayoría de las experiencias de participación que conocí en Francia, así como en España. También está el famoso ejemplo del presupuesto participativo de Porto Alegre. Uno de mis estudiantes produjo un estudio de caso que muestra que ese sistema es demasiado complicado, y que los ciudadanos comprenden difícilmente el contenido de las propuestas. De hecho, hay mucho más puesta en escena de la democracia que una práctica real de la decisión colectiva. Esta experiencia es ya más elaborada que la mayoría de los sistemas políticos que ignoran a los ciudadanos y los consideran como una molestia.

Una crítica que haría a los estudios de caso, aparte del ejemplo del Mission Coalition District de San Francisco, es que usted estudia poco las relaciones de fuerza internas en los movimientos sociales, su sociología política. Usted analiza poco cómo son negociados los valores dentro de los movimientos sociales (puede haber varios proyectos compitiendo dentro de un mismo movimiento). Los movimientos urbanos son movimientos sociales pluri-clasistas, y se les puede hacer una crítica del lado del elitismo diciendo que la acción de esas organizaciones, por más que apunten a objetivos que conciernen a la colectividad, van sobre todo en beneficio de pequeños burgueses que hacen de la defensa del interés colectivo una coartada. ¿Cómo percibe

usted esta crítica y cómo la trató en su trabajo? ¿Cuál es la estructura del compromiso y de la participación? ¿Quién toma la palabra, quién toma el poder dentro de los movimientos sociales?

Sí hay de alguna manera un esfuerzo en mi esquema analítico por estudiar eso: las diferencias entre fuerza social y base social, entre las características socio-demográficas de las personas que se movilizan y las de las personas que se suponen que son representadas por esa fuerza social. El interés de la problemática está ahí. No acepto la idea de disociación entre movimientos de clase obrera y movimientos burgueses, pues ello supondría que todo movimiento está definido por esta pertenencia de clase. Según yo, la pertenencia de clase se refiere a las relaciones de producción y, por lo tanto, a relaciones sociales y a las luchas ligadas al proceso del trabajo. Ahí es claro que se trata de una perspectiva marxista sobrepasada desde hace al menos sesenta años. El problema real es el de la relación entre base social y fuerza social: entre los obreros y los representantes de la clase obrera, entre los habitantes y los representantes de un barrio.

Lo que constatamos en todos los movimientos sociales es que hay una combinación, una relación compleja entre líderes espontáneos que surgen entre las personas que se han movilizado y agentes culturales que *a priori* no pertenecen a ese movimiento y que llegan con metas de transformación de la sociedad, ya sean animadores sociales en el caso francés o líderes de estudiantes revolucionarios en América Latina. La pregunta esencial es en qué medida tiene lugar esta integración entre los líderes de las luchas y los agentes culturales exteriores. Si los agentes culturales son portadores de una conciencia, de valores que son impuestos al movimiento, están en la ideología, y entonces eso se transforma en un movimiento populista, en el sentido estricto de la palabra. Todo mi análisis de los movimientos urbanos en América Latina muestra que ese movimiento es fundamentalmente heterónomo. Heterónomo y no autónomo: no son movimientos sociales. Fui profundamente criticado por los actores de los movimientos, pero todos los investigadores que conocían el campo me dijeron que había que subrayarlo. Así, me interesé por los movimientos sociales urbanos tanto por el análisis de su fuerza social como de su base social, y es por esa razón que cambié el título de mi libro, pasando de *Urban Social Movements* a *The City and the Grassroots*, porque la palabra *grassroots* subraya el rol de los movimientos de base.

El término *grassroots* (literalmente 'raíces de hierbas') también tiene sentido en el contexto político de los Estados Unidos. Es difícilmente traducible, pero apunta a diferenciar los movimientos de base de los grupos de presión, movimientos de técnicos, expertos o intelectuales que defienden intereses específicos y particulares (*lobbies*). Los *grassroots movements* son, al contrario, movimientos de base, movimientos populares.

En efecto, pero de todo tipo de bases. Para el movimiento feminista, por ejemplo, se puede tratar de una ama de casa o de una mujer que trabaja: todas constituyen la base de un movimiento que se mantiene por definición como inter-clasista. En Francia todavía había una tendencia a considerar los movimientos sociales como movimientos de las clases pobres desfavorecidas. Sin embargo, había una subida de las contradicciones entre las pertenencias de clase y las pertenencias de las personas movilizadas, que se hacían cada vez más heterogéneas.

Ya que hablamos de movimientos de base, ¿qué pasa cuando no hay base? Hoy en día se defiende que la subida del individualismo causa problemas para el desarrollo de los movimientos sociales. ¿Ese no era un tema de actualidad en el momento en que redactó *La ciudad y las masas*?

La obra fue publicada en 1983 y retomó estudios que fueron llevados a cabo casi en su totalidad en el transcurso de los años setenta. Claro que también había individualismo, pero al mismo tiempo se desarrollaban esos movimientos sociales. La definición de proyectos de autonomía de los actores es una transformación fundamental de los últimos diez o quince años en todas las sociedades. En la medida en que este proyecto de autonomía se integra difícilmente en organizaciones formales colectivas, éste se forma en otro lugar. Entonces se forman muchos proyectos personales de autonomía, y por lo tanto individuales. La ambición de todos los individuos es desde entonces construir sus propios proyectos, fundando en ellos el sentido de sus prácticas tanto individuales como colectivas. Se puede participar en un sindicato a partir de un proyecto individual.

Ese problema es muy bien analizado por Ulrich Beck en *La sociedad del riesgo* (1994). "La sociedad del riesgo" es una sociedad de empresarios, no sólo económicos, sino de empresarios de todo tipo, que corren un riesgo, lo

calculan y construyen sus proyectos. No es una negociación, sino simplemente un proyecto: el actor tiene sus riesgos, su proyecto, y hace alianzas parciales, siempre coyunturales, ya que la unidad de base es el individuo.

Ciertamente, pero me parece que su argumento es ambiguo. En *La ciudad y las masas* usted critica a Mancur Olson y su teoría de la acción colectiva fundada en los intereses individuales de los actores⁸. Con este argumento, usted parece acercarse a ello.

Critico a Mancur Olson porque reduce el proyecto individual a un cálculo de racionalidad del actor, en términos económicos. En efecto, lo que interesa a Olson es estudiar cómo el mercado puede ser reformado a partir de esta lógica de la acción colectiva, pero siempre en términos de cálculo individual. Lo que rechazo es la reducción de toda lógica de acción, de proyecto autónomo, a una lógica de cálculo de rentabilidad individual. Mancur Olson se interesa por el pasajero clandestino, por el *free rider*, es decir, por la persona que tiene un interés estratégico en minimizar su inversión en un proyecto colectivo con miras a sacar el máximo beneficio.

De mi lado, defiendo que hay sencillamente una definición cada vez más autónoma del proyecto. En primer lugar una definición individual, que es el proyecto en el sentido de Ulrich Beck. Sin embargo, hay algo en juego que es más importante: es necesario que la definición del proyecto autónomo dé lugar a la construcción de proyectos colectivos provenientes de la convergencia de los proyectos individuales. En ese marco,

8 El economista Mancur Olson (1932-1998) importó el paradigma económico del racionalismo de los comportamientos individuales (teoría del *homo oeconomicus*) al análisis de los comportamientos sociales colectivos en una obra titulada *La logique de l'action collective*. Según sus trabajos, la acción colectiva descansa en una paradoja (Neveu, 2002): mientras que de un lado el sentido común supone que, a partir del momento en que diferentes intereses pueden empujar a individuos a movilizarse, el despliegue de la acción colectiva es obvio, de otro lado las personas no tendrían necesariamente un interés individual en comprometerse si tomaran consciencia del costo individual de ese compromiso. Para retomar la lectura de Erik Neveu, "existe una estrategia aún más rentable que la movilización: mirar a los otros movilizarse" (Neveu, 2002: 44). Este cálculo conduce a comportamientos del tipo pasajero clandestino, con personas asalariadas no huelguistas que se benefician de las alzas salariales obtenidas por los huelguistas, por ejemplo. Para consolidar su noción de cálculo individual que, según este modelo, implicaría que nadie se comprometiera, Mancur Olson introdujo la idea de incitaciones selectivas: una serie de ventajas de las cuales se benefician los participantes en la acción colectiva y que compensarían el costo del compromiso individual.

las problemáticas de comunicación y de interacción se tornan fundamentales. El ejemplo más claro es el movimiento por la justicia global que se construyó a partir de proyectos autónomos, entre los cuales algunos son individuales y algunos colectivos, pero que no se traducen en una organización formal. Asistimos a la formación de nuevos tipos de movimientos sociales que son movimientos en red y donde el sujeto es la red. Se dispone de una plataforma tecnológica que hace posible el desarrollo de tales movimientos en redes. Es una mutación importante: un doble movimiento de individualización de la sociedad y de construcción de proyectos de autonomía individual, por un lado, y, por otro, de constitución de un nuevo tipo de acción colectiva, centrada en sujetos ligados a las redes, que no son formalizados pero que también forman un movimiento social.

Comprendo. Pero, ¿en qué medida los tres objetivos necesarios y suficientes de los movimientos sociales urbanos siguen siendo de actualidad? Usted me hace pensar en particular en el objetivo comunitario o cultural-comunitario. ¿No ha sido eso ya sobrepasado? Ciertamente, los movimientos alter-mundialistas se oponen a la homogeneidad cultural impuesta por la globalización de las economías, pero siguen estando relativamente alejados de un proyecto identitario o de afirmación cultural. ¿La nueva data del individualismo no hace que su descripción anterior de los movimientos sociales sea obsoleta?

Con *La ciudad y las masas* aprendí que hay que ser prudente en la generalización fuera de contexto de un modelo analítico a otras prácticas sociales. No digo que no sea útil, pero sólo los procedimientos analíticos y metodológicos son extrapolables, y no necesariamente los componentes del modelo. Pienso que el modelo que es descrito en *La ciudad y las masas* sigue siendo útil, no necesariamente válido pero útil para la comprensión de los movimientos sociales urbanos contemporáneos. También pienso que este procedimiento puede ayudar a comprender otros movimientos sociales, pero prefiero estudiar lo que se puede tomar de este procedimiento aplicándolo a otros movimientos.

Pienso que hay características relativamente cercanas en el análisis del movimiento anti-globalización. Es un movimiento que reivindica a la vez la autonomía cultural y la redistribución de los recursos a escala mundial y una democracia representativa mundial. Sin embargo, en el fondo, es un

movimiento político y no un movimiento social. Es un poco complicado de comprender, pero los movimientos sociales son los movimientos de las mujeres, de los indígenas, de los anarquistas. La articulación de esos movimientos en un sólo grito de “no globalización sin representación” es un movimiento político, porque se está pidiendo un sistema de representación política. Por lo tanto, por un lado el esquema funciona formalmente sobre un conjunto de temas, y por otro lado es un movimiento cuya ambición es esencialmente política. Hay que estudiar en detalle el movimiento de justicia global para comprenderlo bien. Me basé en la observación participante realizada por uno de mis estudiantes en el interior del movimiento, y lo que conservo es la mutación de las formas materiales de existencia de los movimientos sociales, que funcionan cada vez más en redes y cuyos objetos son las redes bajo todas sus formas. Ello no quiere decir que la sociedad civil no existe: las campañas mediáticas de los movimientos internacionales, las ONG, los movimientos antiglobalización, etc. son movimientos que conocen una efervescencia extraordinaria. Al mismo tiempo, hay una creciente desaparición de las formas de asociación tradicional de la sociedad civil, la asociación de barrio que se reúne todos los días miércoles, los sindicatos de empresa donde los obreros están listos para luchar hasta el final por la clase obrera.

Críticas y discusiones

La *ciudad y las masas* fue la primera obra de Castells ampliamente discutida en el mundo anglosajón. Los lectores felicitaron unánimemente el cambio teórico de Manuel Castells (Tilly, 1985; Fishman, 1986; Pickvance, 1985). Robert Fishman, sociólogo político, puso de relieve, no sin ironía, la ambivalencia de Manuel Castells. “Castells-I es un teórico neomarxista austero, abstracto y a menudo incomprensible, que intenta mostrar que todos los movimientos sociales de base participan de una manera o de otra en una lucha de clases común a través el mundo”. Felizmente, nos dice Fishman, es Castells-II quien escribe este libro, “un investigador en ciencias sociales ecléctico, cuyos resultados empíricos se escapan constantemente de sus propias rigideces teóricas” (1986: 1163).

En efecto, fueron los estudios de caso los que más suscitaron apreciaciones positivas. Christopher Pickvance, politista urbano británico, saludó el abandono del esquema teórico marxista, juzgado muy simplista, y el nuevo lugar dado al trabajo de campo, a los actores y a la historia en el análisis de los movimientos urbanos. Charles Tilly, historiador y especialista de los movimientos sociales, reconoció la fineza y la originalidad de los resultados de los estudios de caso: la dialéctica entre contestación y mercadeos sociales, la precocidad de los enfoques de género y feministas, y el fértil fracaso de los movimientos sociales en Francia que, participando en la acción política, se proyectaron en la acción a la vez que se desnaturalizaron.

Las más virulentas críticas se refirieron a la construcción teórica mostrada en el último capítulo, que, según Pickvance, no hace justicia a la riqueza de los estudios de caso. “El todo es menos que la suma de las partes”, dice Tilly (1985: 294), quien denuncia una conclusión teórica muy ambi-

cosa y desbordante. A través de su teoría general de los movimientos sociales urbanos, Castells habría querido abarcar demasiadas problemáticas teóricas al mismo tiempo. Continuando con su hipótesis de la ambivalencia, Robert Fishman apunta que Castells-I, el teórico, no tiene la capacidad de modelizar todo lo que Castells-II, el investigador, encontró.

Con Pickvance, la controversia tomó una dimensión más personal. Con voluntad de desmarcarse, o de delimitar su territorio científico, el politista pone un punto de honor en fundar sus propias argumentaciones en una crítica sistemática de los trabajos de Castells. Sus críticas son de dos tipos. En primer lugar, se estableció una larga controversia sobre el método de construcción del modelo de movimiento social urbano. Pickvance reprocha a Castells el haber erigido en modelo general el caso de Madrid —aliando objetivos centrados sobre el consumo colectivo, la identidad cultural y la descentralización política—, mientras que un método comparativo estricto habría conllevado a varios sub-modelos nacionales e históricos, variando en funciones de los contextos. La segunda crítica, estrechamente ligada a la primera, subraya que ese modelo “se refiere exclusivamente a las características del movimiento e ignora las características del contexto en el cual esos movimientos evolucionan” (1985: 35), en particular las relaciones con las movilizaciones políticas, con los partidos, con las estructuras de gobierno y con el Estado. Manuel Castells respondió a esas objeciones defendiendo que las variables contextuales de naturaleza política e institucionales mencionadas por Pickvance se componen de una colección de características eclécticas —mezclando sociedad civil y poder de Estado, movilización partisana y arena electoral—, que no son justificadas en el plano conceptual y, en ciertos casos, son empíricamente falsas [Castells, 1985b].

1983-2003: retorno a las fuentes de los movimientos sociales

Veinte y un años después de su publicación, ¿cuál es la actualidad de *La ciudad y las masas*? En marzo del 2004, en el coloquio de la Asociación Americana de Geografía, dos jóvenes profesores dirigieron un panel de seis contribuciones destinadas a revisar los aportes y límites de esta obra (McCann y Ward, 2005).

Sin sorpresa, los tres politistas del panel retomaron por su cuenta las críticas ya formuladas por Christopher Pickvance en 1983: el tomar en

cuenta el contexto político local y sus variaciones de manera débil (Miller, Mayer y Staeheli en McCann y Ward, 2005). Lynn Staeheli, de la Universidad de Colorado en Boulder defiende que la pertinencia de la obra se atenúa en el momento en que las investigaciones sobre las transformaciones urbanas se interesan ante todo por el contexto, la especificidad de lo local y el lugar de los actores políticos en los procesos de movilización. De la misma manera, Byron Miller y Margit Mayer lamentan que la metodología ya no se apoye en un análisis comparativo, aplicando una malla de preguntas común a los estudios de caso. En su respuesta, Manuel Castells (en McCann y Ward, 2005) refuta esta crítica, así como había refutado las objeciones de Pickvance: sus trabajos no eran de orden comparativo, sino interculturales (*cross-cultural*), lo que significa que se busca tomar en cuenta las tendencias sobresalientes y comunes a diferentes contextos culturales, y no comparar cada estudio de caso punto por punto. Las variaciones de un contexto al otro, si son suficientemente discriminantes, deben ser codificadas no en términos contextuales, sino como variables del proceso de transformación social integradas al modelo.

Poniendo los debates metodológicos aparte, para la gran mayoría de los contribuidores la primacía dada a lo que está en juego en el consumo colectivo en *La ciudad y las masas* es de una actualidad segura, en el momento de la creciente privatización de los bienes y de los espacios públicos. Ida Susser, antropóloga en el Hunter College de New York (en McCann y Ward, 2005), subraya que los movimientos de justicia global —o alter-mundialista, según los calificativos—, los zapatistas en México o los ecologistas fundan sus proyectos en reivindicaciones ligadas al mercado, a las injusticias sociales y medioambientales, y a la privatización de la economía, temas ya identificados por Manuel Castells en 1983.

De la misma manera, Margit Mayer saluda el carácter premonitorio de esta obra: el consumo colectivo, la contestación del poder del Estado y las reivindicaciones identitarias son más que nunca objetos de movilización social. Sin embargo, si los grandes temas de compromiso en juego parecen ser los mismos, la naturaleza de los movimientos de los años ochenta se transformó: se debe constatar que los movimientos actuales ya no se califican como movimientos “urbanos”, y ya no se interesan por los problemas urbanos como tales. Para Robert Lake, Margit Mayer y el mismo Manuel Castells, el sentido y las representaciones de la ciudad son cada vez menos fuentes de conflictos y de movilización. La contestación se desplaza a la es-

cala global. Robert Lake, urbanista y profesor en la Universidad Rutgers, New Jersey, juzga finalmente que las esperanzas abiertas por los movimientos urbanos hace veinte años dieron pocos frutos. Ciertos movimientos han desaparecido; otros, como recuerda Margit Mayer, se transformaron en asociaciones del sector terciario —movimiento caritativo, asociaciones de servicio—, con el fin de paliar las fallas de las instituciones públicas. Para acabar con ese pesimismo, Robert Lake defiende que, a pesar de lo dicho, la calidad de los movimientos pasados es justamente haber creado representaciones de lo urbano que perduran en el tiempo, se sedimentan en el espacio local y siguen guiando las memorias colectivas y las movilizaciones actuales, sean urbanas o no.

Bibliografía

- Amiot, Michel (1986). *Contre l'Etat, les sociologues. Eléments pour une histoire de la sociologie urbaine en France (1900-1980)*. París: Ediciones de la Escuela de Altos Estudios en Ciencia Sociales.
- Beck, Ulrich (1994). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Braudel, Fernand (1949). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II. Vol I. La part du milieu. Vol. II. Destins collectifs et mouvements d'ensemble. Vol. III. Les événements, la politique et les hommes*. París: Armand Colin.
- Burawoy, Michael (1991). "The Extended Case Method", en Michael Burawoy (ed.) *Ethnography Unbound. Power and Resistance in the Modern Metropolis*. Berkeley: University of California Press. Traducción francesa (2003) "L'étude de cas élargie. Une enfoque réflexive, historique et comparée de l'enquête de terrain", en Daniel Cefaï (ed.) *L'enquête de terrain*. París: La Découverte.
- Cardoso, F. Henrique y Enzo Faletto (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Dubedout, Hubert (1983). *Ensemble, refaire la ville*. París: La Documentation Française.
- Fishman, Robert (1986). "Review. Castells, M. *The City and the Grassroots*", en *American Historical Journal*, Vol. 91, N.º 5.
- Grataloup, Christian (2003). "Fernand Braudel (1902-1985)", en Jacques Lévy y Michel Lussault (eds.) *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés*. París: Belin.
- Lorrain, Dominique (2001). "Un livre extrême. Manuel Castells et Francis Godard: *Monopolville (1974)*", en Bernard Lepetit y Christian Topalov. *La ville des sciences sociales*. París: Belin.

- Lowe, Stuart (1985). *Urban Social Movements. The City after Castells*. Londres: Mac Millan.
- McCann, Eugene y Kevin Ward (2006, à paraître). "The New Path to a New City? Urban Politics, Social Movements and the Legacies of Manuel Castells' *The City and the Grassroots*", en *The International Journal of Urban and Regional Research*, Contribuidores: Kevin Ward y Eugene McCann (introducción); Robert Lake, Margit Mayerm Byron Miller, Lynn Staeheli, Ida Susser y Manuel Castells (respuesta).
- Mehl, Dominique (1980). "Les voies de la contestation urbaine", en *Annales de la Recherche Urbaine*, N.º 6.
- Moore Barrington (1967). *The Social Origins of Democracy and Dictatorship*. Boston: Beacon Press. Traducción francesa (1983) *Les origines sociales de la dictature et de la démocratie*. París: La Découverte/François Maspéro.
- Neveu, Erik (2002). *Sociologie des mouvements sociaux*. París: La Découverte.
- Olson, Mancur (1992). *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y la teoría de grupos*. México: Limusa.
- Pickvance, Christopher (1984). "Review. Castells, M. *The City and the Grassroots*", en *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 8, N.º 4.
- (1985). "The Rise and Fall of Urban Movements and the Role of Comparative Analysis", en *Environment and Planning D: Society and Space*, Vol. 3.
- Proctor, Ian (1985). "Review. Castells, M. *The City and the Grassroots*", en *British Journal of Sociology*, Vol. 36, N.º 2.
- Sánchez, Magaly, Yves Pedrazzini y Ariana Tarham (1991). "¿Hacia una estrategia cultural de los movimientos sociales urbanos?", capítulo 3 en María Pilar García. *Ambiente, Estado y sociedad. Crisis y conflictos socio-ambientales en América Latina y Venezuela*. Caracas: CENDES.
- Tilly, Charles (1985). "Review. Castells, M. *The City and the Grassroots*", en *British Journal of Sociology*, Vol. 36, N.º 2.
- Touraine, Alain (1978). *La voix et le regard*. París: Seuil.
- (1984). *Le retour de l'acteur*. París: Fayard.

Capítulo 5
Ciudades innovadoras, ciudades duales
La ciudad informacional (1989)

Introducción

Entre 1983 y 1989, Manuel Castells cambió radicalmente de tema: pasó del estudio de los movimientos sociales urbanos al estudio de las relaciones entre innovaciones, nuevas tecnologías y territorios. El sociólogo hizo de las tecnologías de la información un nuevo factor de transformación urbana. Influenciado por el Silicon Valley y por una estadía en Hong-Kong, propuso en esta obra un análisis de economía regional y urbana. Estudió los efectos urbanos de las transformaciones técnico-económicas —la flexibilización de la economía, la nueva organización industrial, los nuevos medios de comunicación— que le permitieron entrever el surgimiento de un espacio de flujos disociándose del espacio de lugares y componiendo los rasgos de una ciudad dual, segmentada en el plano social y funcional. Esta obra de síntesis puede ser vista como un piloto del primer volumen de *La era de la información, La sociedad red*, publicado siete años más tarde en los Estados Unidos.

Situación y síntesis de la obra

En 1983, la conclusión de *La ciudad y las masas* ya dejó entrever la nueva agenda de investigación de Manuel Castells. Los nuevos movimientos sociales urbanos se inscribían en un contexto de profunda reestructuración del modo de producción capitalista y de surgimiento de un modo de desarrollo informacional, produciendo nuevas organizaciones espaciales:

El principal impacto espacial de la nueva tecnología, basada en la revolución gemela de los sistemas de comunicación y de la microelectrónica, es la trans-

formación de los lugares espaciales en flujos y canales. [...] El proyecto espacial de la nueva clase dominante tiende hacia la desconexión entre la gente y la forma espacial, y, por tanto, entre la vida de la gente y el significado urbano. No quiere esto decir que la gente no vaya a estar en determinados lugares, ni que las ciudades vayan a desaparecer; por el contrario, en la mayoría de los países se acelerará la urbanización, y la búsqueda de la vivienda y los servicios vendrá a ser el problema más acuciante para el pueblo. Mas lo que tiende a desaparecer es el significado que los lugares tienen para éste. Cada lugar, cada ciudad, recibirá su significado social de su situación en la jerarquía de una red cuyo control y ritmo escapan a cada lugar y, todavía más, a la gente de cada lugar [Castells, 1986: 421- 422].

Sin formalizarlo, el sociólogo ya evocaba el concepto más durable de su carrera: el espacio de flujos (*space of flows*), que relaciona en un espacio de comunicación los diferentes polos de la economía mundial.

En el transcurso del año universitario 1982-1983, después de haber terminado la redacción de *La ciudad y las masas*, Castells pasó un año sabático entre Madrid y Hong-Kong, y empezó a construir un nuevo programa de investigación. Influenciado por los ejemplos de ciudades-Estados, tales como Hong-Kong y Singapur, así como por el Silicon Valley, empezó a explorar los procesos de transformación urbana bajo el impacto de las nuevas tecnologías. Sus primeras investigaciones se apoyaron en el único ejemplo de los Estados Unidos y compilaron una importante serie de documentos y de fuentes secundarias, entre las cuales estaban los trabajos de sus estudiantes y colegas de Berkeley. Cerca de Silicon Valley, el Instituto de Desarrollo Urbano y Regional (Institute of Urban and Regional Development - IURD) fue, en los años ochenta, uno de los principales centros de investigación sobre los medios innovadores, la nueva geografía económica y las relaciones entre tecnologías y territorios. En este medio universitario, la originalidad de Manuel Castells consistió en aportar al análisis de las relaciones entre espacio y tecnología un enfoque en términos socioeconómicos. Primero explicaba el auge de un nuevo espacio industrial por a las mutaciones del modo de desarrollo industrial y por la reestructuración del modo de producción capitalista; y luego mostraba cómo esa nueva organización espacial implica una dualización de la ciudad, entre los nodos de los flujos globalizados por un lado y los lugares de la vida cotidiana por otro.

Un año después de su reorientación temática, en 1984, ya publicó un informe de avance titulado *Towards the Informational City?*, en el cual el lec-

tor vuelve a encontrar los principales ingredientes de los trabajos sobre la sociedad red y el espacio de flujos. Castells partía del postulado según el cual el desarrollo de las tecnologías de la información permite la descentralización de ciertas actividades económicas, a la vez que engendra una concentración cada vez más importante de los centros de decisiones, una especialización de los espacios y un funcionamiento en redes que componen los principales rasgos del espacio de flujos. Este informe de 130 páginas ofrece un esbozo de los capítulos centrales de *The Informational City* (1989, 1995 en castellano) consagrados a las mutaciones de la estructura espacial. Castells analizó ahí sucesivamente los nuevos comportamientos de localización de las empresas de altas tecnologías, el efecto de las tecnologías de comunicación sobre la constitución de un espacio de flujos disociado del espacio de lugares, y luego, en la última parte, las consecuencias de la reestructuración de la economía sobre la geografía social y las dinámicas de las ciudades americanas (disociación de las funciones, segmentación social). Luego de este primer esbozo, Castells dirigió en 1985 una obra colectiva titulada *High Technology, Space and Society*, la cual reunió una serie de artículos del equipo de Berkeley.

★ ★ ★

La ambición de *La ciudad informacional* es estudiar la relación entre las nuevas tecnologías de la información y los procesos urbanos y regionales. La tesis general es que el auge de un nuevo modo de desarrollo informacional, en el lugar y puesto del antiguo modo de desarrollo industrial, conjugado con una reestructuración profunda del capitalismo, conlleva una modificación radical de las relaciones entre producción, sociedad y espacio. Estas mutaciones se traducen en “el surgimiento de un espacio de flujos que domina el espacio de lugares constituidos históricamente en la medida en que la lógica de las organizaciones dominantes se aparta de las restricciones sociales, de las identidades culturales y de las sociedades locales por medio de las tecnologías de la información” [Castells, 1995: 27].

El libro se divide en seis capítulos. El primero está consagrado al marco conceptual y presenta las condiciones de la transición entre modos de desarrollo, del industrial al informacional, y de reestructuración del capitalismo en el curso de los años ochenta. Demuestra cómo la coincidencia entre

estos dos procesos generó un nuevo paradigma técnico-económico: las nuevas tecnologías permitieron generar nuevos potenciales de flexibilización de la producción e hicieron posible la descentralización de ciertas actividades, disociando las diferentes unidades de una misma firma.

El segundo capítulo presenta una síntesis de trabajos convergentes sobre el nuevo espacio industrial. Retomando los resultados de la investigación del equipo de California dirigido por Peter Hall y el mismo Castells, presenta las evoluciones de los comportamientos de localización, principalmente de las industrias de altas tecnologías (electrónica, informática, *software*, ingeniería genética) que, según el autor, se mantienen como las pioneras de este nuevo espacio, siendo las primeras en aprovechar sus propias innovaciones. Demuestra que las nuevas formas de producción fundadas en la información y el conocimiento suscitan necesidades particulares de acceso a la innovación. La descentralización de ciertas ramas de la producción se acompaña de una concentración cada vez más indispensable de los lugares de producción de conocimiento, de innovaciones y de tecnologías de punta. En ese sentido, Castells confía en los trabajos del economista francés Philippe Aydalot para demostrar la crucial importancia de los medios innovadores.

En el centro del libro, el tercer capítulo pone en escena el concepto central de espacio de flujos que es aquí estrictamente económico y organizacional. Esta nueva organización del espacio resulta de diferentes mutaciones del funcionamiento de las empresas: la evolución de los servicios y el surgimiento de una economía de la información, el impacto de la automatización del trabajo, la nueva lógica organizacional de las firmas (expuesta en el capítulo 2) y la interacción de estos elementos con la estructura espacial existente:

Mientras las organizaciones están localizadas en lugares y sus componentes son espacio-dependientes, la lógica organizacional es a-espacial, dependiente fundamentalmente del espacio de flujos que caracteriza las redes de información [Castells, 1995: 247].

El autor concluye este capítulo con la segunda parte de su argumento: el espacio de flujos se transforma en el centro del poder y de la dominación, pudiendo ciertos componentes de esos flujos de hecho ser localizados en el espacio euclidiano tradicional. Los barrios de negocios y los centros fi-

nancieros de las grandes metrópolis representan los polos de este nuevo espacio globalizado de dominación. En el plano urbano, esta dominación se traduce en una potente tendencia a la dualización de las ciudades en términos económicos y funcionales.

En el capítulo cuatro, el autor demuestra, a partir de los casos de Nueva York y Los Ángeles —dos ejemplos de ciudades duales—, la desconexión económica y espacial entre un sector formal fundado en una economía de la información y una economía informal fundada en el trabajo. Los dos últimos capítulos tratan sobre el análisis de la transformación del Estado-providencia y la progresiva concentración de la intervención estatal americana en la actividad militar y el armamento. El autor analiza en particular las relaciones entre industrias de defensa e innovaciones tecnológicas. Luego, amplía el campo de observación y da pistas de reflexión sobre la internacionalización de la economía que, al transformar la economía tradicional, desestabiliza las ciudades y los gobiernos locales.

La irrupción de las tecnologías en el mundo de Manuel Castells

Un mundo en mutación tecnológica

Desde el final de los años setenta, usted no paró de viajar a Asia –Hong-Kong, Singapur– y luego, rápidamente, a Rusia, por lo que su horizonte se amplió. ¿Qué le enseñaron estos viajes? En la introducción a *La cuestión urbana*, yo le preguntaba qué apariencia tenían las ciudades visitadas por el joven Castells. Ahora desearía hacerle la pregunta: ¿Qué lo sorprendió? ¿Según usted, qué cambios mayores merecían ser apprehendidos de mejor manera?

Me construí por una economía de trueque, y no por una economía capitalista. Intercambiando valor de uso contra valor de uso, conocimiento e información contra conocimiento y información. Mi campo base se encontraba en Berkeley, en California, donde un gran número de informaciones estaban disponibles sobre países de todo el mundo. Me interesé por Europa a partir de España, ya que mis amigos socialistas acababan de llegar al Gobierno y no tenían ni la menor idea del impacto de la transformación tecnológica sobre la sociedad. Así, en 1984-1985, me beneficié de financiamientos importantes del Gobierno para realizar un estudio sobre la relación entre nuevas tecnologías, economía y sociedad en España, con un importante equipo de investigación. Me desplazé a Madrid durante un año, dirigí ese equipo de investigación y juntos producimos un estudio en dos volúmenes, con un prefacio de Felipe González. Ese estudio sirvió de base para la política oficial del Gobierno socialista de la época. Perso-

nalmente, quería ayudar a mi país y sobre todo quería que se pueda sacar provecho del caso español para estudiar la transformación tecnológica en un país intermedio, un país europeo menos avanzado, pero que se estaba transformando. Con mis trabajos de investigación internacionales, quería introducir la diversidad cultural y los contextos institucionales en el análisis de la transformación socio-tecnológica. También leía lo que pasaba en Francia, a través de las investigaciones del GREMI (Grupo de Investigación Europeo sobre los Medios Innovadores), así como en Inglaterra.

Al mismo tiempo, el Asia del Pacífico fue esencial para mí, ya que en el transcurso de los años ochenta, constituyó la gran zona de desarrollo y de transformaciones tecnológicas. Aproveché mi renombre en el campo de los estudios urbanos y acepté invitaciones de universidades y de instituciones de países asiáticos. Por ejemplo, fui a Hong-Kong, enseñé tres o cuatro meses en la universidad y dirigí trabajos de estudiantes a condición que los universitarios locales me garanticen el acceso a la información. Investigué en Hong-Kong, en Singapur, en Taiwán, en Corea y hasta en China. En 1987, el Consejo de Estado chino, la más alta institución política, nos invitó a Martin Carnoy de Stanford y a mí para realizar una evaluación de la política tecnológica china. Acepté rechazando ser pagado, pero pidiendo, y luego obteniendo, el acceso al Gobierno chino, a las empresas chinas y a las empresas multinacionales en China.

Fui varias veces a Japón, pero sólo pude lanzarme en observaciones directas en 1995. Fui invitado por una de las mejores universidades imperiales japonesas, la Universidad de Hitotsubashi en Tokio, para dar un seminario sobre la revolución tecnológica comparada en los Estados Unidos y Japón. Para alimentar este seminario, necesitaba asistentes japoneses y acceso a las empresas y al Gobierno. En esa ocasión, volví a trabajar el primer volumen de la trilogía por completo [Castells, 1997]. En vez de insertar un nuevo capítulo, replanteé mi volumen desde la introducción hasta la conclusión en función de la realidad que observaba en Japón.

Yo conocía bien América Latina y continuaba yendo regularmente. En cambio, mi encuentro con la Unión Soviética fue extremadamente importante en esa época. Fui allá por primera vez en 1984 porque había sido invitado a un seminario en Siberia. Fui invitado en 1987-1988 como profesor en la Universidad de Leningrado, pero era extremadamente complicado pensar en trabajar allá. Entonces, esperé hasta 1989, la perestroika y la apertura de la información para construir un programa de investigación. Me

lancé en un proyecto con dos instituciones soviéticas, una en Moscú y la otra en el Instituto de Economía de Siberia. Ese trabajo de campo fue esencial para construir la teoría de la sociedad red. Me permitió demostrar cómo el freno al desarrollo tecnológico en la Unión Soviética era de orden estructural, social y cultural, y condujo finalmente al fracaso de la reestructuración y a la caída del sistema de gobierno.

La ciudad informacional es una obra ambiciosa realizada en menos de seis años sobre un tema completamente nuevo. ¿Tenía usted colaboradores en Berkeley? ¿En qué estado estaban sus equipos de relevo internacionales que había puesto a contribuir con sus investigaciones sobre los movimientos sociales?

Uno de los puntos claves del proceso de producción de *La ciudad informacional* y de la trilogía eran los estudiantes de Berkeley. Nunca habría podido escribir ese libro, ni la trilogía, en París. Necesitaba un ambiente como el de Berkeley, el del Massachusetts Institute of Technology (MIT), el de Harvard o el de Stanford. La calidad de esas universidades proviene esencialmente de los estudiantes de doctorado, que vienen de todo el mundo y que disponen de calidades científicas que no se encuentra en la mayoría de los investigadores del CNRS o de universidades europeas.

Mis trabajos se fundan en dos cosas: mi propia observación empírica de diversas regiones del mundo, incluida California, y los análisis de varios estudiantes. Sus temas tratan de la economía informal en Somalia, de la transformación de Nigeria, de Zaire o de Medio-Oriente. Por ejemplo, sobre China, Youtien Hsing, una de mis estudiantes de Berkeley, hizo un libro extraordinario (Hsing, 1999), a partir de su tesis de doctorado. Demostró que la conexión económico-tecnológica entre Taiwán y China era un factor esencial del desarrollo chino. Desarrolló el concepto, empíricamente fundado, de una nueva clase de agentes de desarrollo en China: los empresarios burócratas. Demostró que el crecimiento chino se apoyaba en miembros del aparato comunista, en el plano local, que, a la vez que controlaban la inversión en capital, intercambiaban con capitalistas chinos del exterior. Negociaban el acceso a un territorio, a una fuerza de trabajo, a un mercado, a cambio del capital, la tecnología, la conexión con la economía mundial. Esta estudiante era taiwanesa y china, e hizo una investigación directa en el sur de China y en Taiwán. Fuimos juntos a las empresas tai-

wanesas. Hoy en día, ella es profesora titular de geografía en Berkeley y es reconocida mundialmente. Podría citar una docena de actuales estrellas académicas que fueron mis estudiantes.

A través de mi red de estudiantes en Berkeley, pero también en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA) o en el MIT, pude observar en tiempo real el desarrollo de todo el mundo e integrar esas informaciones en mis análisis. Ninguna universidad europea, ni siquiera Cambridge u Oxford, me podría haber aportado eso.

La eclosión de la economía urbana: de los medios innovadores a las tecnópolis

Usted cambió de temática a partir de 1983, interesándose por el rol de los cambios tecnológicos y por el surgimiento de una economía de la información en la transformación de las estructuras espaciales. ¿Cuál fue el rol del Instituto de Urbanismo y Desarrollo Regional de Berkeley y de su ambiente intelectual en ese cambio de orientación? ¿Por qué se interesó por ese tema, finalmente alejado de sus preocupaciones?

*La ciudad informacional, ¿una ruptura? Sí y no. Primero, siempre tuve interés y sensibilidad por el análisis de las relaciones entre las innovaciones tecnológicas y la estructura social. Mi tesis de doctorado, en 1967, trataba ese tema, cuyos resultados esenciales fueron publicados en un pequeño libro en 1975 (1977 en castellano), titulado *Sociología del espacio industrial* [Castells, 1977]. Mi tesis demostraba que las estrategias de localización son específicas. Los criterios de innovación, de medio socioeconómico y de relación cultural con el espacio aparecen como mucho más importantes que los criterios económicos de localización —factores de producción, costos de producción. Demostré empíricamente la preferencia de localización que conlleva este comportamiento. En la región parisina, descubrí, desde 1967, que la meseta de Saclay disponía de importantes potenciales de concentración de industrias de alta tecnología. Con mis trabajos sobre los movimientos sociales en el transcurso de los años setenta, ese objeto quedó relegado a un segundo plano, pero es una problemática que me impregnó profundamente.*

Bahía de San Francisco, que me incitó a un análisis propiamente etnológico del espacio y de la sociedad. Cuando la gente habla del Silicon Valley, se interesa esencialmente por el medio de innovación que nació alrededor de la Universidad de Stanford y del Santa Clara Valley, cuando en realidad las biotecnologías se desarrollaron más al este de la Bahía y en la península de San Francisco. No se trataba solamente del Silicon Valley, sino de la dinámica tecnológica de la Bahía de San Francisco en su conjunto.

Acababa de terminar *La ciudad y las masas* [Castells, 1983b] y deseaba lanzarme en una nueva vía de investigación. Fui impactado por esta extraordinaria dinámica de innovación tecnológica. Peter Hall¹, geógrafo urbano de renombre, se integró a la Universidad de Berkeley el mismo año que yo y tuvo exactamente la misma reacción. Teníamos la misma sensibilidad, tal vez porque los dos éramos europeos, y pensábamos que algo excepcional estaba pasando en la región. Constituimos un equipo de trabajo alrededor de Peter Hall, quien, a partir de los años 1980-1982, empezó a estudiar sistemáticamente el tema de la innovación tecnológica, en relación con las estructuras urbanas y el desarrollo regional. Peter Hall trabajó con una joven profesora asistente de Berkeley, Ann Markusen, en cuanto yo era asistido por la joven investigadora Anna Saxenian². Antes de *La ciudad informacional*, el primer producto de esos trabajos fue una obra colectiva que dirigí y que fue publicada con el título *High Technology, Space and Society* [Castells, 1985]. Ese libro tuvo la suerte de tener un impacto inmediato en la comunidad académica.

- 1 Sir Peter Hall es geógrafo. Después de haber enseñado en la London School of Economics (LSE) y en la Universidad de Reading, fue profesor de urbanismo y de desarrollo regional en la Universidad de Berkeley, de 1980 a 1992. Especialista de Londres y del urbanismo británico, se interesó, a partir de principios de los años ochenta, por las estrategias de localización de las firmas de altas tecnologías bajo una perspectiva que mezclaba geografía económica y economía industrial. Demostró desde mediados de los años ochenta, que las empresas de alta tecnología tienden a localizarse cerca de centros de investigación, en un medio que permite la transferencia tecnológica y científica, medio que sería calificado más tarde como "tecnópolis". Publicó con su equipo una serie de obras, entre las cuales están *High Tech America* (Markusen, Hall y Glasmeier, 1986) y *Technopoles of the World* (Hall y Castells, 1994) con Manuel Castells, la más reciente publicación sobre el tema de la innovación y los cambios tecnológicos en economía urbana.
- 2 Anna Lee Saxenian se hizo luego famosa por sus trabajos sobre el Silicon Valley. Es ahora la decana de la Escuela de Gestión de la Información y de los Sistemas de la Universidad de Berkeley -School of Information Management and Systems (SIMS), UC Berkeley.

También deseo mencionar el apoyo de Philippe Aydalot³ quien fue decisivo en el plano intelectual para el desarrollo de esta problemática. Economista regional, había constituido en París un pequeño equipo de investigación, el Grupo Europeo de Investigación sobre los Medios Innovadores (GREMI). No lo conocía, ni siquiera sus trabajos, pero vino a Berkeley, trabajamos algunas semanas juntos y decidimos empezar a colaborar. Hay que subrayar que el concepto fundamental de medio innovador viene de él, aun cuando lo afinamos luego. Los trabajos de Philippe Aydalot fueron entonces esenciales para nuestras investigaciones.

¿También se apoyó en los trabajos de geografía económica o de economía regional californianos? Pienso en particular en Storper y Walker (1989) y Allen Scott (1986).

Sí, había dos grupos. Entretuve estrechas relaciones con Allen Scott de la UCLA. Él realizó trabajos muy interesantes y bastante cercanos a los nuestros. Paralelamente, intercambié ideas con Richard Walker y su candidato a doctor Michael Storper. Richard Walker era un marxista ortodoxo que trabajaba las problemáticas ligadas a la acumulación del capital, como David Harvey. Michael Storper era mucho más flexible,

- 3 Philippe Aydalot (1939-1987), economista espacial de renombre y profesor en la Universidad de París 1-Panthéon-Sorbonne, fundó en 1984 el Grupo Europeo de Investigación sobre los Medios Innovadores (GREMI). Sus investigaciones se interesaron por el rol de los territorios en la puesta en marcha de las dinámicas de innovación para una empresa o un sector dados. Sus trabajos son los de una época marcada por la reconversión de los grandes polos industriales franceses que habían condicionado el territorio nacional después de la guerra. ¿Por qué, frente a los desafíos de la reconversión, ciertos territorios se desarrollan e innovan más que otros? "La empresa innovadora no pre-existe a los medios locales, sino que es secretada por ellos": tal es la tesis de Philippe Aydalot (1986). Seis programas de investigaciones del GREMI intentaron captar los orígenes y las trayectorias de los medios innovadores, en diversos contextos nacionales, de 1984 hasta el final de los años noventa (Matteaccioli, 2004). Por analogía, la economía de los medios innovadores se inscribió ella misma en un medio de investigación en economía espacial floreciente, inspirándose en trabajos más o menos convergentes, salidos de la escuela italiana de los distritos industriales (Piore y Sabel, 1989), de la nueva geografía económica californiana (Scott y Storper, 1986; Storper y Walker, 1989) y de la escuela francesa de la regulación (Boyer, 1987; Aglietta, 1976; Lipietz, 1986; Benko, 1991). Esas fueron tres otras fuentes de inspiración y de intercambios científicos para Manuel Castells y Peter Hall.

pero, según él, la innovación tecnológica no era fundamentalmente tan importante como la dinámica del capitalismo y las relaciones de clase. Los marxistas ortodoxos decían que todo estaba ligado al capitalismo y que la innovación no era más que un soporte. En mi opinión, no captaron los efectos de la dinámica tecnológica. De nuestro lado, proponíamos estudiar cómo ese mecanismo de explotación funcionaba en un nuevo contexto tecnológico y cómo el espacio estaba estructurado en función de las dinámicas de innovación. En cambio, el trabajo de Allen Scott se mantenía completamente en la línea de los trabajos de Peter Hall, Ann Markusen, Amy Glasmeier, Anna Saxenian y yo. Tuvi- mos intensas relaciones.

La ciudad informacional aparece como una obra de economía regional y urbana bastante alejada de la sociología. ¿Por qué haber realizado en paralelo un cambio disciplinario?

En efecto, ese libro se situaría más en el campo de la geografía económica. Son análisis de economía urbana, ámbito en el que los sociólogos no se reconocen mucho.

En Berkeley yo era parte de dos departamentos: Sociología y Planificación Urbana y Regional (Institute of Urban and Regional Development – IURD). Me sentí más cercano al Departamento de Planificación Urbana y Regional y bastante distante con relación a los sociólogos, aun cuando me sentía personalmente bien integrado a ellos. Además, el Departamento de Sociología de Berkeley, el número dos en los Estados Unidos, se concentraba sobre todo en la teoría. Seguían elaborando conceptos a partir de Marx, Durkheim, Weber, Bourdieu, Deleuze o Foucault. La teoría sociológica no es lo que más me interesa en el mundo: por eso me fui de París. Me mantenía absolutamente aislado en mis trabajos de sociología, pues esa disciplina ignoró la tecnología durante mucho tiempo.

En cambio, el Departamento de Planificación Urbana y Regional de Berkeley, el número uno mundial, era interdisciplinario. Para mí, eso era muy importante. Eran muy abiertos a los cambios tecnológicos, a la innovación. No se preocupaban especialmente de Sociología, Economía o Geografía. Diría que ese libro es una obra interdisciplinaria de análisis urbano y regional que refleja muy bien los trabajos del IURD.

Intelectualmente, aparte de sus colegas del IURD, ¿quién lo seguía influenciando? ¿Siempre Alain Touraine, Daniel Bell, los postmodernos? ¿Cuáles eran sus principales lecturas en ese momento?

Para mí, Daniel Bell y Alain Touraine eran las dos personas que más habían analizado la transformación socio-técnica de la sociedad. Fui extremadamente crítico con la teoría de la sociedad post-industrial de Daniel Bell, en particular con su total etnocentrismo. Por ejemplo, al final del volumen de Daniel Bell (1976), una frase subraya que, aparte de los Estados Unidos y Europa del Oeste, las otras sociedades seguirán probablemente la misma vía en el curso del siglo XXI. El problema empírico de esa obra, publicada en 1976, es que no anticipó el auge económico y tecnológico de Japón y Asia del Pacífico. La Unión Soviética tampoco era un país sub-desarrollado en el plano tecnológico, pero aún así no había puntos en común con los Estados Unidos y Europa. En 1983, desde que me lancé en ese proyecto, decidí adoptar un procedimiento multicultural con el fin de romper con el análisis etno-centrado de la sociedad post-industrial de Daniel Bell.

Los vacíos del postmodernismo en el análisis de las mutaciones tecnológicas

Sus trabajos son contemporáneos con obras publicadas por autores que no podemos clasificar dentro de la corriente post-moderna. Como usted, se interesan por el cambio, aunque partiendo de preceptos diferentes de los suyos, marxistas o post-marxistas para algunos. En el plano de los resultados, ciertas conclusiones interpelan sus trabajos sobre las redes y las tecnologías. Pienso, por ejemplo, en los trabajos de Gilles Deleuze y Felix Guattari, con el concepto de *rhizome* (1980), donde las técnicas permiten la inmediatez y la ubicuidad, e implican la disolución del tiempo y del espacio. En ese contexto, ¿qué discusiones tuvieron con los post-modernos? ¿Cómo se posicionó? ¿Lo influenciaron?

Para nada. Me posicioné enseguida contra el post-modernismo porque —usted tiene razón en relacionar las dos discusiones— pienso que la razón fundamental por la cual no hubo antes una teoría de la sociedad de la información es que el post-modernismo ahogó las transformaciones tec-

nológicas en un conjunto borroso donde todo está transformado y ya nada perdura. Así, el núcleo duro de la transformación que era la tecnología se transformó en un objeto secundario. El post-modernismo tomó el lugar del post-industrialismo, mientras que de cierta manera el post-industrialismo era más interesante, porque se refería a las transformaciones reales y materiales de la sociedad.

Para ser un poco más sistemático sobre el post-modernismo, subrayaría primero que bajo la etiqueta de postmoderno hay una gran diversidad de personas y de trabajos que se caracterizan por la crítica de las ciencias sociales en tanto ciencias. Lo que unifica el post-modernismo es la subjetividad del lenguaje social: todo es construcción, todos es construido, hay que reconstruir para de-construir. Pero entre construcción, deconstrucción, reconstrucción, se procede a un ejercicio formal, puramente verbal, y la realidad desaparece. La única cosa que unifica el pensamiento post-moderno es el rechazo de un análisis racional y objetivable de la sociedad.

Es por esta razón que yo me opongo fundamentalmente al post-modernismo. Siempre creí en la ciencia, y, claro, en las ciencias sociales. Son ciencias un poco particulares porque su objeto es un sujeto: se tiene conciencia de uno mismo y es extremadamente complicado auto-analizarse. Sin embargo, entre más complicada es una ciencia, más se tiene que ser científico y metodológico. Desde ese punto de vista, uno se ubica en la prehistoria de las ciencias sociales, pero sigo convencido de que se puede hacer ciencias de la complejidad humana. Por ejemplo, podríamos ir más lejos en el uso de las matemáticas aplicadas a las ciencias sociales, en el tratamiento de los datos, así como en las técnicas de observación y de análisis.

A pesar de todo, en el movimiento post-moderno hay aproximaciones teóricamente muy interesantes: Krishan Kumar, Gilles Deleuze, si se los puede considerar como post-modernos. También pienso en teóricos en Gran Bretaña, Scott Lash (1990) o John Urry (Lash y Urry, 1987), quienes, aun si hacen la crítica del post-modernismo, son bastante post-modernos. Según yo, la mejor crítica del post-modernismo es el libro de David Harvey (1989) acerca de la condición post-moderna. Ahí se estudia cuáles son las condiciones sociales a partir de las cuales se desarrolla la teoría post-moderna, por negación de todo y situándose en otro universo. Pienso que la teoría post-moderna se desplomó porque no era una teoría sino una actitud. Ese posicionamiento nació del vacío de las ciencias sociales en los años ochenta.

¿Pero este vacío puede ser explicado por el fracaso del marxismo y del estructuralismo?

Sí, por un lado el marxismo se desplomó definitivamente e irreversiblemente: en tanto teoría explicativa del conjunto de la sociedad, fue un inmenso fracaso. Por otro lado, el funcionalismo se desplomó porque asistimos a una transformación social tan potente que las teorías construidas no daban cuenta de lo esencial de la realidad. Al mismo tiempo, había una extraordinaria actividad cultural luego de mayo de 1968. Era imposible clasificar todos esos fenómenos en las categorías tradicionales. Por ejemplo, ¿cómo analizar la innovación cultural de las mujeres en marcos marxistas, funcionalistas o de análisis liberal de los juegos estratégicos? Era imposible. Las transformaciones tecnológicas, culturales e institucionales de la sociedad, así como la globalización, volvieron obsoletos a los grandes sistemas de referencia intelectuales. Así, en vez de hacer el trabajo complicado y laborioso de reconstrucción de nuevos marcos de interpretación, pareció más interesante para los post-modernos defender que todo acabó: el fin de la historia, el fin de las clases, el fin de la teoría. Todos los que van a intentar lanzarse modestamente en investigaciones, van a ser de-construidos inmediatamente, mostrando que sus métodos son la expresión de la ideología dominante. En las ciencias sociales, la crítica literaria se sobrepuso a la crítica intelectual. En vez de hacer investigación, nos focalizamos en la crítica de la investigación.

En el transcurso de los años ochenta, una generación de estudiantes fue pervertida intelectualmente porque le enseñaron que la única calidad importante de las ciencias sociales era haber leído a Foucault, Baudrillard, Derrida y poder comentar esos textos. Pienso que eso representa una verdadera regresión intelectual. En vez de profundizar en las ciencias regresamos hacia la filosofía. Yo aprecio la filosofía, la de los filósofos. Pero la mayoría de esos textos no tienen el punto de vista del rigor demandado por un departamento de filosofía.

Francia y los medios intelectuales franceses tienen de nuevo una responsabilidad en ese fenómeno. Claro, no compramos queso americano, y así como el queso es francés, la filosofía es francesa. Una serie de investigadores que tenían una formación filosófica fueron valorizados. Había gente totalmente seria como Deleuze o como Foucault. Baudrillard me molesta, pero es original y hace reflexionar. No me choca que los intelectuales franceses tengan cierta influencia, pero llegar hasta transformar esas ideas en teorías

generales de la sociedad es absurdo. Pienso que todo ello hizo retroceder la investigación tanto en Francia como en los Estados Unidos.

Ya que esos autores se exportaron bien, se hizo ineluctable en una tesina o en una tesis en los Estados Unidos citar un poco de French Theory⁴, esta técnica se transformó en una especie de código, de norma para la investigación en ciencias sociales al otro lado del Atlántico...

En efecto, se puede clasificar esas teorías en las mismas estanterías que el perfume, la lencería o el lujo. Se ve bien citar a un pensador francés, pero hay que saber diferenciar los pensadores franceses serios y lo que se hace con ellos. En los Estados Unidos, está bien visto hablar francés y referirse al lado elitista de la vieja cultura francesa. Está muy claro que el lugar donde el post-modernismo todavía tiene cierta influencia es en los Estados Unidos, más que en Francia, donde fue totalmente barrido por otras modas.

Para concluir, el postmodernismo es una especie de asalto contra la razón: es el abandono de todo racionalismo. Una cosa es decir que el racionalismo no guía los comportamientos de las personas en la sociedad —es verdad que la gente no es razonable, no es racional— pero defender que también se debe abandonar la razón para comprender lo irracional es un verdadero problema.

4 Las “french theories” son ineluctables en los campus americanos desde hace cerca de quince años, y en las primeras filas se encuentran los autores postmodernos Deleuze, Derrida, Lyotard, y luego Foucault y Lacan. En Francia, el debate sobre el postmodernismo y la French Theory tuvo ecos tardíos. El destino americano de sus intelectuales interesaba poco a los franceses. Sin embargo, en 1997, dos físicos —uno americano, Alan Sokal, y el otro belga, Jean Bricmont—, publicaron un ensayo desmontando “la intoxicación verbal” de los intelectuales franceses (*Impostures intellectuelles*, Odile Jacob), de Deleuze a Lacan, pasando por Derrida, Foucault, Lyotard o Virilio. Todos los medios de comunicación se hicieron con el debate sin intentar comprender los fundamentos de esta reapropiación de la French Theory en los Estados Unidos. Sólo el *Canard Enchaîné*, citado por François Cusset (2003: 14), daba una imagen bastante fiel del uso de esos autores en las universidades americanas: “El equivalente en filosofía de los *post-it* en papelería: parece que se los pega por todas partes”. El sociólogo François Cusset habla del extraño impacto de esos autores franceses marginalizados en casa, los cuales adquieren una posición totalmente central en la vida intelectual americana, legitimando los estudios multiculturales, desde los pupitres de la universidad hasta la contra-cultura, frente a los intelectuales “conservadores”.

La sociedad frente a una doble transformación: la reestructuración del capitalismo y el surgimiento del modo de desarrollo informacional

La idea central de *La ciudad informacional*, presentada en la introducción, es:

Analizaré las presentes transformaciones de las formas y procesos espaciales como manifestación específica de la interacción entre el modo de desarrollo informacional (en sus dos dimensiones tecnológica y organizativa) y la reestructuración del capitalismo (1995: 23).

El punto clave de esta tesis es, entonces, disociar dos movimientos conjuntos y articulados: el surgimiento de un modo de desarrollo informacional y el proceso de reestructuración del capitalismo. Desearía que nos detengamos sobre esta idea tratando la diferencia exacta entre esos dos procesos.

La reestructuración del capitalismo

En lo que se refiere al proceso de reestructuración del capitalismo, su primer capítulo retoma el marco teórico ya formalizado en *The Economic Crisis and the American Society* [Castells, 1980]. En esta obra, usted demuestra cómo la crisis americana no es sólo una crisis económica, sino más ampliamente una crisis del modo de producción y de las relaciones de clases.

Escribí *The Economic Crisis and the American Society* en los Estados Unidos, en Wisconsin, en 1976, y luego hice una serie de revisiones. Fue un proceso largo. Este trabajo se sitúa en reflexiones cercanas a la teoría de la regulación. Es un análisis de las modalidades de reestructuración del capitalismo a partir de una crisis del capitalismo keynesiano. Es una realidad que observé empíricamente. Con *La ciudad informacional*, sin embargo, en paralelo a la reestructuración del capitalismo, pongo de relieve la importancia de la transformación del modo de desarrollo a la cual asistí en California y en la Bahía de San Francisco, la cual era una verdadera transformación de las reglas de funcionamiento de la economía y de la sociedad ligadas a esta revolución socio-tecnológica. Además, intentaba comprender por qué este proceso de reestructuración del capitalismo funcionaba en los Estados Unidos y no en Europa. Entendí que la capacidad de integrar las fuentes de productividades provenientes de la revolución tecnológica era muy diferente en los Estados Unidos, y que asistíamos a una transformación estructural más avanzada en los Estados Unidos que en Europa. *The Economic Crisis and the American Society* era un libro sobre la reestructuración del capitalismo que aun no tomaba en consideración las transformaciones tecnológicas.

En efecto, en este primer trabajo de socio-economía, usted trata la economía de servicios y no todavía la economía de la información o de las tecnologías. ¿Se sitúa usted más en una observación de las transformaciones sectoriales de la economía que en un análisis de las mutaciones tecnológicas?

Sí, porque, aun si la revolución tecnológica empezó en el transcurso de los años setenta, empecé a integrarla en mis trabajos al principio de los ochenta, cuando se manifestó con fuerza, particularmente en California.

Reintroduciendo las relaciones de clases y ya no sólo los procesos de producción, usted defiende la idea de que la crisis está ante todo ligada a los procesos sociales y políticos que enmarcan el funcionamiento de la sociedad: luchas de clases, regulación política, modelos ideológicos. Encontramos en esta idea la huella teórica del estructura-

lismo político, tal como había sido formalizado por Nicos Poulantzas⁵. En *La ciudad informacional*, usted retoma el mismo procedimiento haciendo de la reestructuración del capitalismo un factor clave del surgimiento de la ciudad informacional. ¿Se trataba de tomar en consideración el rol de las estructuras y de las contradicciones sociales? ¿Se sentía usted todavía estructuralista sobre ese punto?

Me sitúo en efecto en la línea directa del análisis sociopolítico en términos de clases, de grupos sociales, de valores, que también se inspira en los trabajos de Touraine, que siempre se centró en la importancia de las estrategias de actores en el proceso y la gestión de crisis.

Yo me interesaba por las causas y las modalidades de desarrollo de la crisis del capitalismo en cierto contexto histórico. En la reestructuración del capitalismo, el principal factor no es tecnológico. Las nuevas tecnologías surgen de la nueva sociedad producida por la reestructuración del capitalismo. Esta reestructuración se funda en causas políticas y sociales, y en la capacidad o no del sistema para controlar las bases del funcionamiento de su economía.

La principal diferencia que podemos anotar entre el auge del modo de desarrollo informacional y el proceso de reestructuración del capitalismo se caracteriza por la separación analítica que usted hace entre lo que tiene que ver con las tendencias generales del sistema económico, por un lado, y lo que tiene que ver con los procesos sociales y políticos propios de cada país, por otro. Usted trata una cuestión que es hoy en día crucial para la acción política: Cuáles son los márgenes de maniobra de los actores políticos y sociales frente a la puesta en marcha de nuevas dinámicas globales de acumulación, fundadas sobre las tecnologías y la información ¿Qué piensa de ello?

De alguna manera, está claro que todos los países están confrontados a la transformación del modelo de acumulación capitalista, sobre todo por la globalización de la economía, donde los Estados Unidos, Europa y Japón están cada vez más ligados económicamente. Todos los Gobiernos se ven confrontados a esta transformación del modelo de acumulación y deben dirigirse hacia un aumento de la productividad, el control de los gastos so-

ciales y reformas del sector público. Pero, por otro lado, es importante comprender quién está en el poder, con qué ideologías, qué objetivos, qué herramientas, y todo eso crea diferencias considerables entre un país y otro, *a fortiori* si tomamos en cuenta la tradición histórica y política de cada sociedad. Por ejemplo, Thatcher tuvo un discurso mucho más violento en contra del sector público que Reagan, pero a fin de cuentas casi no lo tocó, aparte de los servicios de salud y vivienda.

Se tuvo que esperar un poco más...

En efecto, fue Blair quien se lanzó más que Thatcher en un desmantelamiento de los servicios públicos, mientras que Reagan se dedicó más a reformar el sector público. Por lo tanto, las tradiciones de los servicios públicos en Inglaterra y en los Estados Unidos crearon condiciones diferentes para aplicar modelos teóricamente idénticos, apuntando a reforzar los mecanismos de mercado y las privatizaciones.

Entonces, ¿el modo de desarrollo informacional introduce una tendencia dominante mucho más fuerte? Sí y no. Por un lado sí, en el sentido de que es una tendencia más pesada y más profunda que la que estructuraba a la sociedad industrial. Se debe hacer socialismo a partir de la electricidad, decía Lenin. Hay una serie de tendencias dominantes, en particular aquellas ligadas a las infraestructuras. Así como la sociedad industrial fue el núcleo de la estructura social en una serie de sociedades diferentes, el surgimiento del modo de desarrollo informacional representa una tendencia pesada común a diferentes países.

Al mismo tiempo, conviene captar la diversidad institucional y cultural del paso del modo de desarrollo industrial al modo de desarrollo informacional. En la medida en que *La ciudad informacional* se concentró en las transformaciones estructurales en los Estados Unidos, las tendencias pesadas en términos de modos de desarrollo tomaron más importancia que la problemática de la diversidad cultural e institucional, la cual hubiera necesitado el análisis de diferentes sociedades.

6 En el modo de producción capitalista, el modo de regulación representa un conjunto de comportamientos y de procedimientos que tiene la propiedad de reproducir las relaciones sociales fundamentales a través de las formas institucionales, de pilotear el régimen de acumulación en vigor y de asegurar la contabilidad de las decisiones tomadas por los diferentes actores económicos.

El auge del modo de desarrollo informacional

¿De dónde viene el concepto de modo de desarrollo? ¿En qué se diferencia del concepto de modo de regulación⁶ definido en el mismo período por los economistas de la regulación que usted cita (Boyer, 1987; Aglietta, 1976)? Porque, en realidad, se percibe la necesidad común de explicar y de formalizar las transformaciones y las crisis internas al modo de producción capitalista.

Digamos que la teoría de Aglietta queda inscrita en un marco marxista, que el modo de regulación es otra forma de organización del capitalismo. Estaba muy interesado por Boyer, quien me parecía muy innovador, en particular gracias a las perspectivas abiertas por la escuela de la regulación. Por mi lado, sobre todo quise mostrar que hay una transformación del capitalismo, pero que también asistimos de forma paralela a una mutación estructural más fundamental, independiente del capitalismo en el plano analítico.

El concepto de modo de desarrollo me permite pensar la transformación de las relaciones tecnológicas, siempre entendidas como relaciones socio-técnicas. La noción de modo de desarrollo viene directamente de Bell y de Touraine. Está claro en los dos autores que hay dos ejes, el eje de

7 Los regulacionistas se fijan como objetivo el análisis de los mecanismos de desarrollo del modo de producción capitalista, es decir, "cómo se estabiliza en el período largo con un régimen de acumulación y un modo de regulación precisos, y luego cómo entra en crisis y se renueva" (Boyer y Saillard, 1995: 64). En el transcurso de los años ochenta y noventa, los economistas de la regulación analizaron la crisis del régimen de acumulación fordista, cuyo estudio fue desarrollado por Robert Boyer (1995): desaceleración de la productividad, saturación del consumo de masa, aumento de las contradicciones a causa de la descalificación y de la internacionalización, conflicto entre la rigidez de las técnicas y el incremento de las incertidumbres, dislocación del orden económico internacional con un conflicto entre una regulación a nivel nacional y un régimen de acumulación que se organiza a nivel mundial. Más o menos cercanos a la escuela de la regulación, economistas urbanos de Francia (Lipietz, 1986; Benko, 1991) y de California (Scott y Storper, 1986; Storper y Walker, 1989) estudiaron los efectos de esta crisis del régimen de acumulación fordista sobre las dinámicas espaciales y las estrategias de localización de las empresas. Yendo aun más lejos, la escuela italiana de los distritos industriales (Piore y Sabel, 1989) creyó entrever en la tercera Italia un sucesor del fordismo, un nuevo camino de la prosperidad, formalizado a través del concepto de régimen de acumulación de especialización flexible. Los autores muestran en particular que el tipo de organización industrial emergente es una mezcla de competencia-emulación-cooperación dentro del sistema de pequeñas y medianas empresas muy especializadas.

la transformación de las relaciones de propiedad y el eje de la transformación de las relaciones socio-técnicas del trabajo; para hablar claramente, el eje de las relaciones económicas y el eje de las relaciones ecológicas (las sociedades agrarias, industriales o post-industriales). Encontraba el término de post-industrial imperfecto, porque describía un estadio posterior al modo de desarrollo industrial, sin por lo tanto calificarlo. Es por ello que decidí hablar de modo de desarrollo informacional. Entre reestructuración del capitalismo y transición hacia el modo de desarrollo informacional, la mutación del modo de desarrollo es desde mi punto de vista más fundamental en términos de cambios históricos. Hay más similitudes entre una sociedad agraria capitalista y una sociedad agraria no-capitalista, que entre una sociedad agraria y una sociedad industrial. De cierta manera, la especificidad del modo de desarrollo es más fuerte que la del modo de producción.

No niego la necesidad de tomar en consideración el modo de producción en su complejidad, pero quería defender en primer lugar que hay modos de producción diferentes —el modo de producción capitalista y el modo de producción estatista o estatal, en la Unión soviética y en China— que podían verse afectados por los mismos tipos de mutaciones. Era importante comprender esto para captar luego la articulación posible entre modos de producción y modos de desarrollo. Así, China presenta hoy en día una articulación original entre modo de producción capitalista y estatal. En resumidas cuentas, el concepto de modo de producción es interesante con la condición de situarlo en las relaciones de producción y de no usarlo como único concepto a partir del cual se explica toda la sociedad: la cultura, la ideología, la experiencia, la tecnología. El capitalismo me sirve sólo para comprender cierto nivel de realidad.

Esa es la ruptura fundamental que intento introducir en *La ciudad informacional*. Defiendo que, de forma paralela al proceso de reestructuración del modo de producción capitalista, asistimos a la transformación del modo de desarrollo hacia un modo de desarrollo informacional. Son las relaciones entre esas dos transformaciones lo que conviene analizar.

Para simplificar, ¿usted quiere decir que se podría observar un modo de producción estatista combinándose con un modo de desarrollo informacional? Hago referencia al ejemplo de Singapur. ¿Qué piensa de ello?

Singapur es un ejemplo complejo. Hay, de un lado, un modo de producción estatal mezclado con un modo de producción capitalista —ya que la economía se alimenta de las multinacionales—, y por otro lado una economía industrial que se transformó en economía informacional. Es en ese sentido que Singapur siempre me fascinó: en este complejo estatista/capitalista, industrial/informacional.

Según yo, lo esencial es comprender que las interpretaciones simplistas —partir únicamente del modo de producción capitalista— nos condenan a no comprender las transformaciones fundamentales de las relaciones de producción, tales como el paso de un modo de desarrollo a otro.

¿De dónde le vino la idea de formalizar el nacimiento de un modo de desarrollo informacional? ¿Otros autores como Alain Touraine o Daniel Bell imaginaron otros sucesores del modo de desarrollo industrial? ¿Qué es fundamentalmente lo que cambia la dimensión informacional con relación al antiguo modo de desarrollo industrial?

Para formalizar el modo de desarrollo informacional, adopté un enfoque muy pragmático de la historia. Identifiqué diferencias radicales con el modo de desarrollo industrial, y la principal diferencia era el cambio de las tecnologías y de las relaciones sociales ligadas a las tecnologías. ¿Cuáles eran las nuevas tecnologías? Las tecnologías de la información, bajo dos formas: la microelectrónica y las telecomunicaciones (de ahí el calificativo de informacional). Más tarde, en la trilogía, hice la diferencia entre ese modo de desarrollo informacional y la estructura social que surge de él: la sociedad red⁸.

A lo largo de mi trabajo, envié mis textos a varios investigadores. Daniel Bell no me respondió. Le mandé mis críticas acerca de su teoría de la sociedad post-industrial, que hablaban de su etnocentrismo americano y su ignorancia del tema de las mujeres (evolución del empleo, feminismo), pero no las tomó en cuenta. También defendía que la edición de 1973 de su libro, habiendo sido publicada antes de la revolución tecnológica de los años setenta, no tomaba en cuenta el rol de las tecnologías en el cambio de modo de desarrollo. De ahí la necesidad de modificar y actualizar su teoría. Pero no modificó nada en la nueva edición de 1999. Pienso que el gran

8 La relación entre modo de desarrollo informacional y sociedad red será explorada en el capítulo 6, que trata de *La era de la información*.

problema de Bell es que él privilegiaba, como lo subrayaba Sartre, los intereses ideológicos del intelectual, la propiedad de sus conceptos. Mi principal crítica hacia Bell es el no haber aceptado transformar su teoría, cuando tuvo treinta años para hacerlo.

Con Touraine era diferente. Touraine se desinteresó profundamente de esta transformación. Él trabajaba sobre los movimientos sociales, las innovaciones culturales, la política. Tuve intercambios regulares con él sobre esos temas, pero dejó de lado el estudio de la transformación del modo de desarrollo industrial.

Entretuve intercambios con David Lyon, así como con Craig Calhoun. Calhoun (1994) me interesaba porque estudió por un lado cuestiones ligadas al lugar de la informática y de las tecnologías en la sociedad y por otro las cuestiones de políticas y de identidad política, dos temas sobre los cuales también trabajé directamente. David Lyon (1988), en mi opinión, es el que mejor comprendió y sobre todo criticó la teoría de la sociedad de la información. Criticó en particular el mito de la sociedad de la información, ya que en el transcurso de los años ochenta asistimos a un número importante de fantasías futuristas que asociaban la sociedad de la información con el mito de la felicidad humana. Los investigadores serios de la teoría social reaccionaron fuertemente para demostrar las tesis de la sociedad de la información. David Lyon, por ejemplo, defendió que la sociedad de la información no excluía las relaciones de explotación o de dominación.

Desde ese punto de vista, siempre fui ambivalente. Compartía las críticas sobre la sociedad de la información presentada como una utopía y, al mismo tiempo, observaba cambios fundamentales en el plano de las tecnologías, la cultura y la sociedad.

De la ciudad informacional al espacio de flujos

Las estrategias de localización de las industrias tecnológicas

Su segundo capítulo se consagra a una exégesis de los trabajos provenientes de la nueva geografía económica que trata de los comportamientos de localización de las empresas High Tech (Hall, Glasmeier, Markusen, Storper, Walker). Usted también se apoya en el marco teórico de los medios innovadores formalizado por Philippe Ayalot. Para resumir, usted subraya que las nuevas industrias de punta despliegan estrategias de localización nuevas basadas en: a) un medio innovador (la presencia de universidades, de centros de investigaciones y la capacidad de transferencia tecnológica), b) la conexión de ese medio con una red o un mercado de escala regional o internacional, y c) la existencia de una buena capacidad de financiamiento vía instrumentos tales como el capital-riesgo y la migración.

Para explicar estos nuevos comportamientos de localización de las industrias, usted se apoya sobre todo en las industrias de punta (microprocesadores, informática). ¿No era demasiado reductor? ¿No podíamos hacer la hipótesis de que, con el advenimiento del modo de desarrollo informacional, un mayor número de sectores respetaría las mismas estrategias de localización?

Es verdad que los factores de producción esenciales para esas empresas son la innovación, la producción de conocimiento y el tratamiento de la información. Son factores claves y por lo tanto el acceso a los recursos de innovación es fundamental, pues se materializa en redes tejidas a escala

mundial que están simultáneamente concentradas en espacios específicos. Esos trabajos que realizamos en Berkeley en el curso de los años ochenta dieron nacimiento a una línea de investigación importante alrededor de la teoría de los *clusters*, formalizada por Porter en 1990. Aun cuando él no citó los trabajos de los investigadores de Berkeley, este concepto de *cluster* se inscribe directamente en el seguimiento de las investigaciones sobre los medios innovadores, estudiados por Philippe Aydalot en 1984-1985.

Usamos esos trabajos principalmente para las industrias de altas tecnologías, ya que en esos sectores el fenómeno era más puro y se manifestó más fuertemente que en las industrias tradicionales. Además, todas las transformaciones técnico-productivas salen de un núcleo para difundirse luego. En un segundo tiempo, en efecto, el sector del automóvil, el sector textil, los servicios y las finanzas conocieron el mismo tipo de fenómeno y una división espacial del trabajo de la misma naturaleza, pero todo comenzó en el sector electrónico. De la misma manera que la revolución industrial comenzó con el sector textil, el surgimiento del modo de desarrollo informacional empezó con la electrónica, la genética, y luego las biotecnologías. Era el fenómeno que observábamos directamente en Silicon Valley en los años ochenta.

También me concentré en el sector de las altas tecnologías porque beneficiaba de una gran cantidad de datos. Disponía de la extraordinaria tesis de un estudiante turco que pasó su doctorado en 1979, antes de que yo llegue a Berkeley. Él regresó a Turquía y nunca lo conocí. Su tesis trataba del rol de la innovación en la implantación comparada de empresas de los sectores electrónico y del automóvil. Mostraba que asistíamos al mismo fenómeno para el sector del automóvil ya al final de los años setenta. Esos estudios habían sido realizados en Berkeley aun antes que Peter Hall y yo lleguemos.

Dicho esto, en *La ciudad informacional* hay un capítulo sobre la industria tecnológica, pero luego hay un capítulo sobre los servicios. Lo que intento mostrar es que los servicios siguen a la tecnología. Este enfoque era nuevo, y esa es mi contribución. Peter Hall y Allen Scott habían hecho trabajos totalmente importantes sobre la implantación de las industrias tecnológicas. De mi lado, mostré que las empresas de servicios tenían la misma lógica espacial y que esas lógicas de localización se difundían al conjunto de la economía.

Uno de los primeros trabajos sobre la ciudad y las comunicaciones, de Richard Meier (1962)⁹, no se sitúa para nada en el mismo contexto. Defiende que las comunicaciones producen la concentración urbana. Diez años más tarde, usted demostró que este fenómeno es más complejo: el auge de las nuevas tecnologías de comunicación, de producción, de conocimiento y de intercambio dan nacimiento a dinámicas geográficas mixtas, entre concentración y desconcentración.

Meier me interesaba mucho por esa razón. La mayoría de los investigadores que estudiaban las tecnologías de comunicaciones sostenían que esas tecnologías provocaban la dispersión de las actividades en el espacio. Él defendía lo contrario, gracias a un modelo matemático, demostrando los procesos de concentración ligada al auge de las comunicaciones.

Opté entonces por un análisis más complejo. En efecto, en teoría, entre más tenemos telecomunicaciones y sistemas de transporte rápidos, más tenemos dispersión. ¿Por qué las empresas y personas se quedarían en la ciudad? Meier defendía lo contrario con muy buenos argumentos. Por lo tanto, me lancé de manera muy agnóstica en ese trabajo. A fuerza de investigaciones empíricas, descubrí que asistimos a un proceso simultáneo de concentración y de dispersión. Concentración y dispersión forman las dos caras de un mismo proceso, caracterizado por la articulación de las diferentes unidades de producción en el espacio de comunicación, un espacio de comunicación que llamé el “espacio de flujos” (*space of flows*).

9 El libro del urbanista Richard L. Meier fue publicado en 1962 en los Estados Unidos. Aplicando las teorías de la comunicación a la comprensión del fenómeno urbano, el autor demuestra que el crecimiento de las redes de comunicaciones siempre se ha visto acompañado de un crecimiento de las ciudades —y viceversa—, y no de una descentralización de las implantaciones humanas. Subraya que las informaciones y las comunicaciones representan la razón de ser de las aglomeraciones urbanas. Las empresas y las personas se concentran ahí para sacar provecho de esta riqueza. Este libro se destaca por la acuidad de esos análisis, y fue publicado unos veinte años antes de la gran revolución informacional descrita por Castells en *La ciudad informacional*. También se destaca por sus tesis que se alejan de los mitos clásicos sobre el fin de las ciudades —más intuitivos que científicos—, los cuales acompañaron todas las grandes innovaciones tecnológicas, del automóvil al teléfono pasando por... el refrigerador.

¿Este descubrimiento viene de su método que siempre apuntó a estudiar cómo un sistema económico funciona en el plano estructural, cómo el capitalismo se reestructura y al final cómo la evolución de los procesos de producción empuja ciertas entidades a concentrarse y a otras a dispersarse?

Sí, pero esta nueva organización no está directamente ligada a la relación de producción capitalista, sino sobre todo al modo de desarrollo informacional. Me refiero en particular a la división internacional del trabajo. Esta división tiene un lugar en función de los diferenciales de costos de mano de obra que resultan de la organización del capitalismo internacional. Paralelamente, sin embargo, la implantación de ciertas actividades también está en función de la innovación y de la relación con ciertos centros universitarios de investigación, concentrados en ciertos países. Esta dimensión-clave no está ligada al capitalismo, sino al conocimiento, que se transforma en un factor de productividad esencial. Mientras que, en el modo de desarrollo industrial, la concentración de las actividades estaba estrechamente correlacionada con el funcionamiento del capitalismo vía economías de aglomeración, en el modo de desarrollo informacional asistimos más a sinergias propias del modo de desarrollo que llaman a la formación de medios de innovación.

El espacio de flujos y el determinismo tecnológico

La segunda tendencia que le permite calificar el surgimiento de una ciudad informacional es el predominio progresivo de un espacio de flujos. En su desarrollo, esta tendencia es relativamente compleja de captar porque ella recubre a la vez dimensiones organizacionales, ligadas a los procesos de producción, y dimensiones espaciales y reticulares, ligadas a la valorización más importante de la conectividad con relación a la contigüidad/proximidad. Empezaré haciéndole una pregunta sencilla: ¿Cómo definir esta noción de espacio de flujos, que contiene dos términos contrastados?

236 En el concepto de espacio de flujos, la selección de los términos es deliberada. Para hacer un poco de epistemología, siempre me inspiré de un ex-

traordinario análisis de Bachelard sobre los conceptos y su fecundidad. Según él, un concepto debe ser riguroso, pero no debe ser completamente cerrado. Usaba una imagen: un concepto fecundo debe ser como las hojas de un árbol, deben temblar con el viento. Siempre intenté encontrar conceptos que sean un poco temblorosos, que obliguen a plantearse preguntas inmediatamente.

Hace largo tiempo que sueño con escribir un libro sobre el espacio de flujos, intentando esclarecer el contenido teórico de ese concepto y reforzando a la vez sus fundamentos empíricos. En *La ciudad informacional* intenté examinar empíricamente cuál era la influencia de la tecnología sobre la implantación de las actividades económicas. En el campo, observaba que las actividades se concentraban y se dispersaban. Deseaba encontrar un concepto claro para calificar esta configuración espacial, proveniente del modelo de implantación de las industrias y de los servicios de punta que al mismo tiempo concentraban algunas de sus actividades, descentralizando otras, estableciendo relaciones entre sus diferentes entidades gracias a los sistemas de comunicación electrónica. Es así que llamé a este conjunto de nuevas configuraciones espaciales el “espacio de flujos”.

El surgimiento de un espacio de flujos traduce, en el plano espacial, el fin de la organización fordista de la producción y de las actividades económicas: la concentración en la fábrica, la internalización de toda la producción en una gran unidad espacialmente concentrada. Aun si hay medios innovadores que generan economías de aglomeración, asistimos al mismo tiempo a la explosión de las actividades. La principal característica de esta nueva organización productiva es la capacidad de conservar la unidad en la distancia gracias a las tecnologías. En consecuencia, hay espacios específicos para los diferentes tipos de actividades económicas. El Silicon Valley es demasiado caro para implantar obreros y fábricas de automóviles, y por eso debe concentrarse en la élite de la industria tecnológica.

En las escalas mundial, regional y metropolitana, asistimos a un creciente proceso de especialización de los lugares en función del tipo de producción. Así como la globalización, la tendencia a la especialización de los espacios es una latente en el sistema capitalista, pero en el pasado las empresas no disponían de las capacidades tecnológicas para hacerlo. El espacio de flujos está entonces directamente ligado al surgimiento de las tecnologías avanzadas de información y de comunicación.

Su análisis en un primer momento es muy abierto: usted dice que la ciudad no desaparece por ello, sino que se organiza alrededor de una dialéctica cada vez más fuerte entre el espacio de flujos y el espacio de lugares. Sin embargo, usted cierra de entrada este enfoque en términos de tensiones, concluyendo que la tendencia fundamental del modo de desarrollo informacional hace que las industrias sean cada vez más dependientes del espacio de flujos, de sus redes, y cada vez menos de los lugares. Sin embargo, ¿No aminoró el rol de las interacciones locales? La economía espacial, y justamente los medios innovadores, mostraron claramente el rol mayor que tienen los medios y los territorios en el desarrollo industrial. ¿No hay ahí una contradicción?

Daré dos respuestas que vienen de la observación empírica.

Primero, hay que comprender que el espacio de flujos está compuesto de puestos, que es un espacio territorializado, pero esos puestos no reciben su sentido funcional sólo porque entretienen relaciones e intercambios con el resto del espacio de flujos. Una fábrica en Malasia y un centro de investigación-desarrollo del Silicon Valley pertenecen al mismo espacio de flujos, porque necesitan el uno del otro y se comunican entre ellos. El espacio en el sentido tradicional del término, el territorio, no desaparece, pero los puestos están en relación dentro del espacio de flujos y no necesariamente en el espacio de lugares. El espacio de flujos es el espacio de comunicación. Se organiza alrededor de la puesta en relación de diferentes puestos, contiene territorios, infraestructuras técnicas, sistemas de información y de comunicación, sistemas de transportes y sistemas de gestión. Personalmente, diferencio lugares y puestos. El espacio de lugares es un espacio diferente, organizado alrededor de la proximidad y de la contigüidad, pero hay puestos que se sitúan en los dos tipos de espacios. Hay puestos que tienen sentido tanto en el espacio de flujos como en el espacio de lugares.

Luego, demostré que hay espacios simbólicos culturales de la dominación. Esos espacios simbólicos son los puntos de anclaje de las redes de comunicación del espacio de flujos. En los años ochenta, esta idea era bastante nueva. La descubrí cuando varios gobiernos del mundo empezaron a invitarme. En la Unión Soviética en particular, la élite disponía de circuitos totalmente diferentes. Cuando era invitado por el Gobierno soviético, nunca veía el sistema de transporte de los rusos. Me esperaban en el avión,

y luego me metían en otro avión. Siempre había una sala particular, pero no veíamos los aeropuertos. Descubrí el espacio de las élites a partir de mis viajes a la Unión Soviética. Esos espacios se mantienen extremadamente específicos en el plano arquitectural, con un diseño abstracto, banalizado, idéntico en Europa, Hong-Kong o los Estados Unidos.

El espacio de flujos no es un espacio virtual, es un espacio de comunicación. Esas comunicaciones tienen lugar entre los nodos, que son puestos articulados entre ellos dentro de este espacio. Es el espacio de flujos en su conjunto, y no un nodo en particular, lo que domina el espacio de lugares. La fábrica de Malasia no domina el espacio de lugares, ya que en el plano de la gestión sigue siendo controlada por el Silicon Valley. Pero la estructura a la cual pertenece la fábrica de Malasia domina el espacio de lugares.

¿Qué responde a las críticas que le reprocharon inclinarse hacia un determinismo tecnológico, dando una importancia preponderante a las tecnologías de comunicación en el proceso de transformación de los territorios? ¿Acepta usted esas críticas?

Acepto esas interpretaciones, pero no las considero como críticas. Pienso que el análisis es válido por dos razones. En primer lugar, en el plano de las relaciones entre tecnologías y organización del espacio de flujos, demuestro que sin ese tipo de nuevas tecnologías el espacio de flujos no podría funcionar. Por lo tanto, las tecnologías son factores necesarios pero no suficientes. Si podemos calificar este argumento de determinismo tecnológico, entonces soy determinista tecnológico. Para mí, la tecnología es fundamental, en el sentido en que ella determina lo que las personas, las empresas o los gobiernos tienen como posibilidades. Nuestra vida personal no está determinada por nuestro teléfono celular, pero un celular transforma nuestra vida, agrega nuevas posibilidades, flexibilidad. Esta nueva organización espacial se deriva indirectamente de las transformaciones tecnológicas. En efecto, es ante todo el resultado del surgimiento del modo de desarrollo informacional y de la reestructuración del capitalismo. Es así que contesto a esta crítica.

La segunda crítica, a la cual contesté (hasta me condujo a modificar mis argumentos en mis siguientes escritos), concierne la asociación automática entre espacio de flujos y espacio de la dominación. Esta complicación viene del hecho de que descubrí que el espacio de flujos es una práctica estructurante de las élites y de los intereses dominantes. Así, originalmente, en

La ciudad informacional el espacio de flujos es un espacio de la dominación pura, de la dominación estructural. No hay puesto en este espacio de flujos para la resistencia frente a la dominación. Opongo el espacio de flujos a los espacios de los lugares, los cuales son fragmentados, segregados y resistentes a la dominación, y por lo tanto al espacio de flujos. Todavía no había introducido en el análisis algo fundamental: la invasión del espacio de flujos por movimientos de contra-dominación. Es lo que llamé luego *the grassrooting of the space of flows*¹⁰ [1999c]: la idea de que el espacio de la comunicación electrónica podía ser un espacio de resistencia y de transformación de los intereses sociales. Acepté esta crítica y transformé mi análisis, en particular en el segundo volumen de *La era de la información*, al que intitulé *El poder de la identidad* [1998a].

Dual City - Global City

En complemento al surgimiento de un espacio de flujos, usted identifica en el plano local el desarrollo de una ciudad dual. Según usted, los principales factores de dualización son triples: el primero está ligado a la reestructuración del capitalismo vía la creciente desconexión entre capital y trabajo en el plano organizacional y espacial, y no a los cambios tecnológicos; el segundo está ligado a la división del sistema industrial en dos mundos disociados (una economía formal fundada en la información y una economía informal fundada en el trabajo); el tercero está ligado a la polarización de los sectores de la nueva economía informacional, localizados en territorios conectados con el espacio de flujos, mientras el resto de la ciudad quedaría marginalizado. ¿Qué diferencia hace usted entre la ciudad dual y los procesos de segregación socio-espacial habituales?

Hay una diferencia real entre la idea de ciudad dual y la segregación socio-espacial. De un lado está la segregación social, los barrios marginales, la ciudad de los mendigos, de los desempleados, de los delincuentes, la sub-sociedad. En los países desarrollados, son espacios muy específicos, mien-

10 Esta frase podría ser traducida como "el surgimiento de los movimientos sociales en el espacio de flujos". Nota de la traductora.

tras que en los países en desarrollo representan la mayoría de los espacios urbanos. De otro lado, la idea de ciudad dual toma en cuenta la desarticulación entre lo global y lo local. La ciudad dual es la ciudad en la cual no sólo ciertos espacios sino también ciertas funciones están separados, en particular las actividades relacionadas con la creación y la apropiación de valores del espacio de flujos. Sin embargo, en la mayor parte de las ciudades, lo que tiene sentido para los habitantes en su vida cotidiana y su trabajo es la calidad de vida en sus barrios, su empleo y la calidad de los servicios urbanos. Lo esencial de su vida cotidiana se organiza en el espacio de lugares.

Es importante notar que usted pone énfasis en las prácticas y no sólo en las estructuras sociales. La ciudad dual no es la ciudad de los burgueses de un lado y la ciudad de los proletarios de otro, como la imaginan las divergencias marxistas clásicas.

Sí, pero no por ello defiendo que no hay diferenciación social del espacio. Decenas de trabajos demuestran que hay desigualdades y segregación urbana, pero hay numerosas categorías intermedias. No existe el barrio rico y el barrio pobre; las formas de segregación son extremadamente diversas: barrios acomodados, de clases medias, pobres o muy pobres, degradados en lo residencial, diferenciados en el plano étnico. El término “dual city” no se justifica en el marco del análisis de la segregación urbana.

Desde mi punto de vista, la única utilidad del concepto de ciudad dual es pensar que en una ciudad dada hay ciertos espacios y ciertas funciones que pertenecen a la estructura y a las dinámicas del espacio de flujos, mientras que la mayoría de los espacios urbanos es organizada alrededor de la dinámica de los lugares. Esta disociación de las funciones de los espacios urbanos se realiza en términos de prácticas sociales, pero también en el plano morfológico. Los puestos conectados al espacio de flujos están marcados simbólicamente en el plano arquitectural y tienen la prioridad en términos de comunicación y de seguridad. El espacio de los barrios de negocios es un espacio centrado en su integración en el mundo. La relación que cada ciudad establece entre su lado global y su lado local se mantiene como la pregunta más fundamental de la gestión de las políticas urbanas actuales. El concepto de “dual city” permite explicar cierto número de debates políticos municipales contemporáneos.

Hoy en día, cuando se visita un barrio pobre como La Pintana en Santiago de Chile, se puede ver cada cincuenta metros un pequeño local con Internet, teléfono y comunicaciones internacionales a buen precio. Con el desarrollo y la democratización de las tecnologías de comunicación y la baja de sus costos, su difusión se generaliza hasta en los barrios pobres. Todo pasa como si el espacio de flujos tocara cada vez a más personas. ¿Todavía podemos hablar de ciudad dual, compartiendo espacios conectados y desconectados?

En el 2001 fue publicada la obra de Stephen Graham y Simon Marvin, *Splintering Urbanism* (2001)¹¹, que muestra cómo las infraestructuras de comunicaciones y de transporte en el mundo, en los países desarrollados y en los países en desarrollo, fragmentan la ciudad, aun cuando las redes de comunicación son en apariencia universales. Este libro es muy importante porque muestra la lógica “dualizante” de las infraestructuras de las comunicaciones y de los transportes, así como grandes redes técnicas urbanas. Por otro lado, sin embargo, diría que es un poco caricatural pensar que hay ciertos espacios que son globales por esencia y otros que son locales por esencia. Por ejemplo, Manhattan no es global y Queens local. Harlem está de alguna manera incluido en Manhattan. Es conveniente razonar en función de los procesos de transformación del espacio. Si Barcelona, por ejemplo, desea lanzarse en una nueva política de marketing urbano en el plano internacional, poniendo de relieve su dimensión global, tendrá que encontrar un espacio disponible. Así, para el Foro 2004, bajo pretexto de manifestaciones culturales y políticas, construyó una inmensa zona de desarrollo privado. Este nuevo espacio transforma el espacio local en función de una dinámica global.

Los puestos del espacio de flujos no están solamente conectados, sino que apuntan más ampliamente a posicionar las ciudades en redes

11 *Splintering Urbanism* (Graham y Marvin, 2001) propone un análisis cruzado de los cambios urbanos y de las transformaciones de la gestión y de las dinámicas de las infraestructuras (agua, telecomunicaciones, transportes) en diferentes países desarrollados o en desarrollo. Los autores buscan demostrar que a un antiguo período de integración por redes generalizadas y públicas (el ideal moderno) le sucede un período de liberalizaciones de los servicios públicos que se traduce en una diferenciación creciente de las redes urbanas, en los planos social y espacial, así como en una fragmentación (*splintering*) del espacio urbano.

globales de creación de valor. En consecuencia, se da prioridad a los aeropuertos, a las comunicaciones, a la localización de ciertas empresas, de bancos, de negocios o de la industria mediática, se desarrollan parques científicos y zonas tecnológicas, o museos para posicionarse en el universo global. Por lo tanto, no me refiero únicamente a espacios conectados, sino a puestos cuya vocación es situarse como un nodo en el espacio global de los flujos.

Esta dualización de la cual usted habla fue descrita, con otras palabras, por Saskia Sassen en su obra *The Global City*, publicada en 1991. En ese libro, la autora describe el surgimiento de ciudades globales de las cuales algunos fragmentos –barrios financieros– estarían fuertemente conectados entre ellos y representarían los lugares centrales de la economía mundial. También muestra, al igual que usted, que esta nueva economía financiera genera su propia segregación con el desarrollo de un sub-proletariado fuertemente polarizado en el plano espacial¹². ¿Qué piensa usted del trabajo de Saskia Sassen? ¿Cuáles son las principales diferencias entre la ciudad informacional que usted describe y la ciudad global? ¿No son las dos caras de una misma realidad?

Saskia Sassen escribió esta obra al mismo tiempo que yo escribía *La ciudad informacional*. Éramos amigos y trabajábamos en estrecha relación. También nos pasábamos textos, así que tuve la oportunidad de leer los capítulos provisionales de *The Global City*. Es por esa razón que yo cito sus trabajos en

12 Saskia Sassen es profesora de sociología en la Universidad de Chicago. Publicó, en 1991, una obra destacada en el campo de los estudios urbanos, titulada *The Global City. New York, London, Tokio*. En ella identifica el nuevo rol estratégico de algunas grandes ciudades globales. Más allá de sus funciones históricas como polos de comercio internacional y de centros bancarios, esas metrópolis conocen cuatro nuevas vías de desarrollo: concentran los barrios generales de la economía mundial, representan los lugares centrales de la finanza, disponen de sitios de producción de productos innovadores y son, a la vez, un mercado importante para esos nuevos productos de punta. La estructura del libro es bastante cercana a la de *La ciudad informacional*. Saskia Sassen presenta en la primera parte la nueva geografía de la globalización a través de los ejemplos de las inversiones internacionales y de la industria de las finanzas, y luego propone un estudio de los efectos de la globalización sobre las metrópolis, en la cual describe las mutaciones de las tres ciudades globales seleccionadas. Finalmente, en la tercera parte, la socióloga subraya los efectos espaciales de este nuevo dato, en particular en términos de polarización social y de desarrollo de un mercado del trabajo informal al margen de la ciudad global.

La ciudad informacional, aunque lo publicamos al mismo tiempo. En mi opinión, su análisis es fundamental. Yo contesto la manera cómo ese trabajo fue recibido y el uso que se le dio. Por ejemplo, ella diferencia las ciudades que pueden ser calificadas de ciudades globales y otras que no lo son.

En efecto, al principio estaban Londres, Nueva York y Tokio. Ella aumentó París simplemente para darle gusto a Francia, según parece.

Exactamente. Las ciudades globales se transforman en una clase particular de ciudades. Ese calificativo fue popularizado y otras ciudades desearon ser etiquetadas como “ciudad global”, con la creación de índices de globalidad que evolucionan año tras año. Está Londres y Nueva York, y luego están las ciudades sub-globales, Fráncfort, por ejemplo. Me parece que esta jerarquía no tiene ningún interés: es el más viejo método de la geografía urbana. El trabajo de Saskia Sassen es bastante más interesante y mucho más innovador que el uso que se le dio.

Para mí, la ciudad global no es una etiqueta sino un proceso. Es el proceso de globalización de ciertas funciones de decisión, y toda ciudad más o menos importante —ciertamente todas las capitales y las grandes metrópolis del mundo—, son en parte globales, porque disponen de bancos, instituciones internacionales y sedes sociales. Me parece que hay una confusión cuando se llama “ciudad global” a un proceso de articulación de ciertos espacios urbanos con el espacio global. Tuve ese debate con Saskia Sassen en varias conferencias y ella está de acuerdo con este argumento. Ella también subraya que Nueva York no es una ciudad global en su conjunto.

También pienso que el trabajo de Saskia Sassen presenta un problema que viene del hecho de que las investigaciones de campo empezaron con las ciudades de Nueva York, Londres y Tokio, y que de hecho se encontró confrontada con grandes espacios de poderes, lugares de concentración de las direcciones estratégicas mundiales. Considero personalmente que el poder no está concentrado en una ciudad o en un lugar, sino que se concentra en el espacio de flujos. El poder no está concentrado en un banco en Nueva York o en los mercados financieros globales, sino en las relaciones internas que entretienen los diferentes actores dentro del espacio de flujos. El poder se asienta en el espacio de flujos, y no en lugares o barrios de negocios: de alguna manera es no-localizado, sistémico y cada vez menos con-

centrado. Luego, hay personas que intentan administrar, que interpretan las señales del sistema, pero según yo, la dominación es a-espacial. Saskia Sassen demuestra que las ciudades globales son más importantes que otras porque son el asiento del poder, pero yo no pienso que haya realmente un asiento del poder.

¿Cómo prosiguió sus trabajos sobre la ciudad informacional? ¿Cómo tuvo lugar su cambio de escala analítica, es decir, el paso de la ciudad informacional a un análisis a profundidad de *La era de la información* y *La sociedad red*?

Cuando empecé a estudiar el impacto de las transformaciones tecnológicas en el Silicon Valley y en la Bahía de San Francisco, me lancé de inmediato en un estudio de las dimensiones urbanas y regionales de esas transformaciones. El conjunto de las ideas que se encuentran en la primera parte de *La ciudad informacional* fue retomado de un informe de investigación, publicado en 1984 en el Institute of Urban and Regional Development de Berkeley. De cierta manera, este informe y *La ciudad informacional* prefiguran el esqueleto de la parte económica de la trilogía. En el mismo momento, en 1982-1983, tomé la decisión de empezar un trabajo sistemático de análisis de la transformación técnico-económica de la sociedad.

Sin embargo, antes de lanzarme en un trabajo colosal sobre las transformaciones tecnológicas del conjunto de la sociedad, deseé poner a prueba mi marco de análisis y mis hipótesis a partir de un objeto de investigación que yo dominaba del todo: lo urbano. *La ciudad informacional* es el prototipo de mis reflexiones más generales sobre la transformación de la sociedad. También deseaba focalizarme sobre los Estados Unidos donde disponía de un gran número de datos, de trabajos empíricos existentes y donde las transformaciones eran mucho más rápidas y visibles que en otros países del mundo. Ese trabajo debía permitirme ampliar luego mi cuestio-

namiento de la ciudad a la sociedad en su conjunto, por un lado, y de los Estados Unidos a diversos contextos nacionales, por otro. Eso es lo que quise hacer en la trilogía.

Críticas y discusiones

Sólo doce años después de la publicación de *La cuestión urbana* en inglés [*The Urban Question*, 1977], la salida de *The Informational City* suscitó la curiosidad de los comentaristas que subrayaban no sólo el abandono del marxismo sino también la dificultad para clasificar los trabajos más recientes de Manuel Castells en un marco teórico preciso. Peter Hall (1990) se gratificó de las distancias tomadas por el autor con relación al marxismo, lo cual le permitía analizar cómo el auge del modo de desarrollo informacional se apoya no sólo en mutaciones de orden tecnológico, sino también en nuevas formas de organización de la producción. Frank Webster, sociólogo inglés y teórico de la sociedad de la información, matizó esa apreciación (1995): vio en *La ciudad informacional* la persistencia de un esquema de análisis de inspiración marxista y sobre todo estructuralista que se traduce en una tendencia molesta al determinismo tecnológico. Según Webster, las transformaciones de la sociedad estudiadas por Castells se fundan ante todo en el cambio de paradigma tecnológico: las tecnologías de la información son los inspiradores de un nuevo modo de desarrollo, la columna vertebral de las transformaciones estructurales de la sociedad. Webster vio ahí las reminiscencias de un marxismo althusseriano que pone énfasis en las fuerzas de producción, y en particular las técnicas, más que en las relaciones sociales de producción.

Webster subrayó, además, que en *La ciudad informacional*, técnica y política son consideradas como variables independientes: el nuevo paradigma tecnológico coincide con una poderosa reestructuración del capitalismo. Pero, ¿cuál es el rol exacto de lo político en esta transformación? Para el geógrafo urbano americano Edward Malecki (1991), en *La ciudad informa-*

cional, los análisis en términos de políticas públicas hacen falta, y el puesto de lo político está poco explicitado. Sin embargo, si lo político se juzga muy poco presente, muchos comentaristas subrayan con interés la asociación casi automática entre tecnologías de la información, flujos y poderes. Mark Goodwin (1991), por su parte, recordó la idea fuerte de Castells: los flujos de poderes se transforman en poder de los flujos, concentrados en el espacio de flujos que domina cada vez más el espacio de lugares, de la vida cotidiana. “Entre más dependen las organizaciones de los flujos y de las redes, menos se ven influenciadas por el contexto social de su localización”, concluye¹³. Para Frank Webster (1995), al principio de los años noventa, los trabajos sobre el espacio de flujos, la desconexión entre flujos y lugares, y el surgimiento de la ciudad dual describieron con acuidad los mecanismos del cambio urbano del final del siglo XX. Éstos deben ser relacionados con los análisis contemporáneos de *La ciudad informacional*, los cuales se esmeraron en comprender los diferentes mecanismos de jerarquización y de segmentación de los espacios urbanos (Sassen, 1989; Davis, 1992).

En conclusión de la obra, la asimilación del espacio de flujos al espacio de la dominación autorizó a Manuel Castells a lanzar un alegato a favor del levantamiento de los Gobiernos y de los movimientos sociales locales en contra de esas fuerzas capitalistas, armadas tecnológicamente, que desestructuran los lugares de la vida cotidiana. Lo técnico y lo económico caracterizan entonces los puntos de partida de la reflexión; la ciudad y el espacio son el punto de llegada, y lo político es la apertura del discurso, en conclusión. Mike Hepworth (1991), en *Urban Studies*, lamentó que esta mirada centrada sobre los movimientos sociales y lo político no fuera el punto de anclaje de *La ciudad informacional*, como *La ciudad y las masas*, lo que habría permitido al sociólogo salir del enfoque estrictamente técnico-económico de la ciudad informacional.

Hepworth no es el único comentarista que lamentó el débil puesto de lo político y de lo urbano en este libro. Ian Miles, en *International Journal of Urban and Regional Research* (1991), anotó que el espacio sólo se transforma en un verdadero objeto de estudio en la segunda parte del libro, después de haber analizado en detalle las condiciones de transformaciones del modo de desarrollo y de re-estructuración del capitalismo. Como están de

13 “The more organizations depend on flows and networks, the less they are influenced by the social context of their location.” (Goodwin, 1991: 150).

acuerdo en lamentar la gran mayoría de los comentaristas, esos vacíos podrían haber sido llenados haciendo variar los contextos, más allá del ejemplo americano. Un enfoque multicultural que integrase diferentes estudios de casos en Europa, Asia y Estados Unidos habría permitido diversificar los análisis en el plano político, anotar diferencias entre contextos metropolitanos y poner de relieve la variedad de las condiciones de despliegue del modo de desarrollo informacional en varios continentes. Manuel Castells reaccionó en parte a estas críticas lanzándose a mediados de los años ochenta en la redacción de la trilogía, lo cual le permitió volver a tratar los movimientos sociales, salir del caso americano y proponer un análisis multicultural de *La era de la información*.

Bibliografía

- Aglietta, Michel (1976). *Régulation et crises du capitalisme*. París: Calmann-Lévy.
- Aydalot, Philippe (dir.) (1986). *Milieus innovateurs en Europe*. París: GREMI.
- Bell, Daniel (1976). *The Coming of Post-Industrial Society*. Nueva York: Basic Books.
- Benko, Georges (1991). *Géographie des technopoles*. París: Masson
- Boyer, Robert (1987). *Technical Change and the Theory of Regulation*. París: CEPREMAP.
- (1995). “Du fordisme canonique à une variété de modes de développement”, en *Théorie de la régulation, l'état des savoir*. Robert Boyer e Yves Saillard (dir.). París: La Découverte.
- Boyer, Robert e Yves Saillard (dir.) (1995). *Théorie de la régulation, l'état des savoir*. París: La Découverte.
- Calhoun, Craig (dir.) (1994). *Social Theory and the Politics of Identity*. Londres: Blackwell.
- Cusset, François (2003). *French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze et Cie et les mutations de la vie intellectuelle aux Etats-Unis*. París: La Découverte.
- Davis, Mike (1992). *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*. Londres: Verso.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1980). *Capitalisme et schizophrénie. Tome 2. Mille plateaux*. París: Editions de Minuit.
- Goodwin, Mark (1991). “Review. Castells, M. *The Informational City*”, en *Sociology*, Vol. 25, N.º 1.
- Graham, Stephen y Simon Marvin (2001). *Splintering Urbanism: Networked Infrastructures, Technological Mobilities and the Urban Condition*. Londres: Routledge.
- Hall, Peter (1990). “Reiventing the City State. Review. Castells, M. *The Informational City*”, en *Times Higher Education Supplement*, 22 de junio.

- Hall, Peter y Manuel Castells (1994). *Technopoles of the World. The Making of 21st Century Industrial Complexes*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Harvey, David (1989). *The Conditions of Postmodernity. An Inquiry into the Origins of Cultural Change*. Nueva York y Londres: Basil Blackwell.
- Hepworth, Mike (1991). "Review. Castells, M. *The Informational City*", en *Urban Studies*, Vol. 28, N.º 3.
- Hsing, Youtien (1999). *Making Capitalism in China: The Taiwan Connection*. Nueva York: Oxford University Press.
- Lash, Scott (1990). *The Sociology of Postmodernism*. Londres: Routledge.
- Lash, Scott y John Urry (1994). *The End of Organized Capitalism*. Cambridge: Polity Press.
- Lipietz, Alain (1986). "New Tendencies in the International Division of Labor", en *Production, Work, Territory. The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*. Allen Scott y Michael Storper (eds.). Londres: Allen & Unwin.
- Lyon, David (1988). *The Information Society: Issues and Illusions*. Cambridge: Polity Press.
- Malecki, Edward J. (1991). "Review. Castells, M. *The Informational City*", en *Urban Geography*, Vol. 12, N.º 1.
- Markusen, Ann, Peter Hall, y Amy Glasmeier (1986). *High Tech America: The What, How, Where and Why of the Sunrise Industries*. Boston: Allen and Unwin.
- Matteaccioli Andrée (2004). *Philippe Aydalot. Pionnier de l'économie territoriale*. París: L'Harmattan.
- Meier, Richard L. (1962). *A Communications Theory of Urban Growth*. Cambridge: M.I.T. Press.
- Miles, Ian (1991). "Review. Castells, M. *The Informational City*", en *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 15, N.º 1.
- Piore, Michael y Charles Sabel (1989). *Les chemins de la prospérité*. París: Hachette.
- Sassen, Saskia (1991). *The Global City. New York, London, Tokio*. Princeton: Princeton University Press.
- Scott, Allen y Michael Storper (dir.) (1986). *Production, Work, Territory. The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*. Londres: Allen & Unwin.
- Storper, Michael y Richard Walker (1989). *The Capitalist Imperative. Territory, Technology and Industrial Growth*. Oxford: Blackwell.
- Webster, Frank (1995). "Information and Urban Change: Manuel Castells", en *Theories of the Information Society*. Londres: Routledge: 193-214.

Capítulo 6

La sociedad red, sus identidades, sus espacios

La era de la información (1997)

Introducción

Manuel Castells necesitó siete años de trabajo para terminar el proyecto que esbozaba en *The Informational City* en 1989 (traducido en 1995 al castellano): comprender las transformaciones sociales a escala mundial, en los planos técnico, económico, cultural y político, en diferentes países y diferentes culturas. Sólo siete años para producir tres volúmenes de 1 500 páginas, reuniendo diversas investigaciones, de la empresa Zara a los movimientos zapatistas, de la URSS de Gorbachov a los movimientos feministas, del uso de Internet a la sexualidad, de la China de los años setenta a los ecologistas. El autor cambió de escala, fue más allá del contexto urbano para interesarse por las redes. Aunque rechaza que su trabajo sea calificado de teoría general, Manuel Castells enuncia un marco de análisis global de la era de la información, era que está atrapada en redes e identidades. Cada monografía está articulada al esquema de análisis, y la imagen impresionista de la tabla de contenidos enmascara una compleja puesta en sistema.

Esta obra tuvo un eco considerable mucho más allá del medio universitario, en el mundo político y económico y en los movimientos sociales. Fue traducida a alrededor de treinta idiomas. No es fácil desmenuzar una obra de esta talla y de este alcance, y el diálogo que viene a continuación trata de las grandes líneas de este trabajo: la economía, las técnicas, los movimientos sociales, el poder, el Estado y el espacio.

Mientras que los trabajos anteriores de Manuel Castells podían ser asimilados a una corriente o medio de investigación, como la economía urbana y regional de Berkeley para *La ciudad informacional* [1995], la trilogía por su lado es casi imposible de ubicar en un ambiente intelectual determinado. Pocos lectores y comentaristas se han aventurado en clasificar *La era de la información* en un campo teórico y disciplinario. Este trabajo puede ser considerado como un análisis de sociología, geopolítica internacional o economía política, y el autor no hace referencia a ningún marco teórico preciso, al tiempo que rechaza ser clasificado: ni marxista, ni estructuralista, ni liberal, ni postmoderno, pero al mismo tiempo economista, politista, urbanista y sociólogo.

Los estudios que han alimentado la redacción de la trilogía son los de un hombre cuya actividad profesional está inserta entre la red y el yo —*the net and the self*—, al igual que el sujeto en la sociedad red [Castells, 1997]. Por un lado, la teoría de Castells es del todo personal, producida individualmente en el transcurso de doce años de investigación a través del mundo. No se parece a ninguna otra, con ingredientes eclécticos y finamente dosificados: la economía, la empresa, el espacio, los movimientos sociales, el poder, los contrapoderes y “el sistema” en tela de fondo. Por otro lado, Castells no es un investigador aislado, trabaja en red, como se puede observar en las largas páginas de agradecimientos que preceden a los tres volúmenes.

Sus análisis, su lectura, por no decir su teoría —un término que emplea cada vez menos— se apoyan en centenas de trabajos llevados a cabo por estudiantes, asistentes, candidatos al doctorado, colegas investigadores en decenas de universidades en Hong-Kong, Tokio, Taiwán, Boston, Nueva York, Santiago, México, La Paz, París, Londres, Madrid, etc. Agradece a colegas encontrados a lo largo de su trayectoria: Alain Touraine, su director de tesis, quien redactó el prefacio de la edición francesa de la trilogía treinta años más tarde; Fernando Cardoso, quien enseñaba a su lado en Nanterre antes de ser electo presidente de Brasil en 1994 y hasta el 2003; Marie Guillemard, una colega de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales; Peter Hall, quien trabajó directamente con Castells a lo largo de los años ochenta en Berkeley; Anthony Giddens de la London School of Economics, teórico de la tercera vía tomada por Tony Blair en 1998. En

el rango de los investigadores citados, también encontramos colegas cercanos y asistentes que apoyaron a Castells en la elaboración de la trilogía: Martin Carnoy de la Universidad de Stanford o Youtien Hsing de Berkeley. *La era de la información* es, entonces, una suma de análisis personales y la producción de un universitario que se ubica en el corazón de la red de investigación internacional.

A partir de *La ciudad informacional* [1995], Castells amplió su análisis de las transformaciones técnico-económicas, de la ciudad a la sociedad en su conjunto, y de los Estados Unidos al mundo entero. Este libro es el primero entre los que son estudiados aquí que ya no habla específicamente de la ciudad, sino que apunta a nada menos que “el estudio de las transformaciones sociales en el mundo”, como lo subraya Castells a continuación. El objeto urbano desaparece y el material de investigación se diluye un tanto en la sociedad mundial.

Al final del primer volumen, Manuel Castells agradece a los médicos que le dieron tiempo y energía frente a la enfermedad para escribir este primer volumen y tal vez los otros. El talento de los médicos permitió, muy afortunadamente, que Manuel Castells se recupere, publique los dos siguientes volúmenes y empiece nuevos trabajos desde el 2000. Al límite entre el contexto científico y el íntimo, no hablamos de la enfermedad en estas entrevistas. Sin embargo, mencionamos que estas tres obras tienen una fuerte dimensión testamentaria: el autor entrega todo, entrega su saber y sus ideas con la ambición de exhaustividad simbólica de los escritos que uno cree ser los últimos. Esta dimensión también explica la envergadura global de *La era de la información*, al final de una vida que corre el riesgo de terminar junto con el milenio. En California, el sociólogo quiso dar testimonio de los cambios ocurridos a finales del siglo: un final entre el gusto por Internet y la economía de la información de un lado, y las inquietudes ante la desestabilización de las grandes instituciones, el debilitamiento de los Estados, la subida de los conflictos nacionalistas, integrismos religiosos y comunitarismos étnicos, de otro.

La trilogía es entonces una obra amplia y global que se articula alrededor de dos temáticas mayores cuya génesis remonta a los trabajos más antiguos del sociólogo.

El análisis de las transformaciones técnico-económicas de la sociedad, en primer lugar, encuentra sus raíces en *La ciudad informacional*, pero también encuentra su inspiración en los primeros trabajos del autor sobre el sistema eco-

nómico y la estructura social. Pienso en particular en el esquema teórico estructuralista de *La cuestión urbana*. La “sociedad red” es para la sociedad lo que el “sistema urbano” era para la ciudad: la estructura social dominante que formatea las condiciones de funcionamiento del sistema. En paralelo, la comprensión de la transformación de la sociedad desde abajo, proveniente de los movimientos sociales, se ancla en las reflexiones sobre los movimientos y las luchas sociales que el autor sigue desde hace más de treinta años: después de los movimientos de barrios de los años setenta, los movimientos gays o culturales de los años ochenta, Castells se interesa en las reivindicaciones identitarias (religiosas, nacionalistas, locales o étnicas). La estructura social por un lado, las prácticas del otro: dos ejes de reflexiones paralelas, y no siempre convergentes, que encontramos desde *La cuestión urbana* hasta la trilogía. El primer volumen de esta obra describe la estructura dominante, la sociedad red; el segundo, por su parte, trata de los movimientos que reaccionan o participan en este nuevo orden mundial, mientras que el tercero, luego, aprehende esos cambios en una vuelta al mundo que lleva al lector de la Rusia post-soviética a Japón, pasando por China y Europa.

* * *

Los tres volúmenes de *La era de la información*¹ empiezan con un capítulo preliminar titulado “La red y el yo”, en el cual el autor devela el esquema de análisis general. Retoma el marco ya enunciado en *La ciudad informacional* [1995], donde las transformaciones que conocen las sociedades mundiales desde finales de los años setenta están ligadas al surgimiento de un nuevo paradigma tecnológico que está ilustrado en el modo de desarrollo informacional, por un lado, y en una profunda reestructuración del capitalismo, por otro. A este esquema inicial, de esencia economista, Castells agrega una segunda línea de análisis: “los cambios sociales son tan espectaculares como las transformaciones técnicas y económicas”, y, paralelamente a la subida de la sociedad red, la de las identidades es presentada como igualmente potente: las sociedades se estructuran cada vez más alrededor de la oposición bipolar

1 Con el fin de preparar esta entrevista, me apoyé en la versión francesa (primera edición) de *L'ère de l'information* [1998c, 1999a, 1999b], así como en las versiones originales de las segundas ediciones de *The Information Age* [2000a, 2004, 2000b].

entre la red y el yo. Después del prólogo, el volumen I se organiza alrededor de siete capítulos. Los cuatros primeros se adentran en una amplia descripción de las mutaciones técnico-económicas de la sociedad:

- La revolución de las tecnologías (vol. I., cap. 1), con un histórico de la revolución informacional: la industria microelectrónica, la creación de Internet, la ingeniería genética.
- La economía informacional y su funcionamiento a escala global (vol. I., cap. 2).
- El desarrollo de la empresa red en los planos organizativo, técnico y cultural (vol. I, cap. 3), que se presenta bajo una forma cada vez menos integrada verticalmente y se organiza según redes horizontales.
- La transformación del trabajo (vol. I, cap. 4), que pasa por una flexibilización y una precarización creciente.

Luego, Manuel Castells aborda los efectos de las tecnologías de la información sobre nuestras culturas y nuestros modos de vida (vol. I., cap. 5), de Gutenberg a McLuhan, el inventor del concepto de pueblo global. También habla de virtualidad real en contraste con la expresión usual “realidad virtual”: nuestras prácticas deben ser entendidas a través de las diversas comunicaciones ofrecidas por la técnica y los *mass media*:

Un sistema en el que la realidad misma (esto es, la existencia material/simbólica de la gente) es capturada por completo, sumergida de lleno en un escenario de imágenes virtuales, en el mundo de hacer creer, en el que las apariencias no están sólo en la pantalla a través de la cual se comunica la experiencia, sino que se convierten en la experiencia [1997: 449].

El capítulo 6 trata de las mutaciones de la organización del espacio. El autor retoma ahí los elementos de definición ya detallados en *La ciudad informacional*, donde el espacio de los flujos² es captado a través de los cambios de comportamiento de localización de las empresas: entre la desconcentración de ciertas actividades en el marco de una nueva división espacial del trabajo y la concentración de actividades estratégicas en los medios de innovación y de los barrios de negocios, pero el estudio

2 En las versiones castellanas de *La ciudad informacional*, Manuel Castells habla de “espacio de flujos”, mientras que en *La era de la información* se dice “espacio de los flujos”. Estos dos conceptos son considerados como equivalentes.

de la relación entre espacios de lugares y de flujos cambia de envergadura para interesarse por la vida cotidiana y por la forma urbana y arquitectónica. Ampliados, los conceptos de espacios de lugares y de flujos no pierden por ello sus relaciones dialécticas:

La tendencia dominante apunta hacia un horizonte de un espacio de los flujos interconectados y a-histórico que pretende imponer su lógica sobre lugares dispersos y segmentados, cada vez menos ligados los unos a los otros, cada vez menos relacionados entre sí y cada vez menos capaces de compartir códigos culturales [1997: 506].

Después del espacio de los flujos, Castells termina el primer volumen con un capítulo que titula con el oxímoron: “El tiempo atemporal” (vol. I, cap. 7). El autor considera ahí, en particular, el desacoplamiento de diferentes secuencias del tiempo social. Con el espacio, la organización del tiempo es desigual entre las diferentes categorías sociales. El sociólogo habla del contraste entre el tiempo cronometrado de los obreros y del trabajo de turno, así como la inmediatez del tiempo de las élites, simbolizada por la flexibilidad y la interferencia de las secuencias entre tiempo de trabajo y tiempo personal. Economía, técnica, comunicación, cultura, espacio y tiempo: tales son los ingredientes de la sociedad red, definida en conclusión del primer tomo.

El poder de la identidad es el volumen que más tuvo cambios entre la primera edición traducida al castellano [1998a] y la segunda publicada en 2003. El sociólogo empieza presentando su marco de análisis de la transformación de la sociedad por las identidades (vol. II, cap. 1):

Por identidad, en lo referente a los actores, entiendo el proceso de construcción del sentido atendiendo a un *atribut culturalo*, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido [1998a: 34].

En la sociedad red, esas identidades fundadoras de sentido son la religión, la nación, la etnia y diversas identidades territoriales que componen las múltiples comunidades culturales de nuestra era. Después de hablar de los fundamentos de la identidad, el libro se organiza alrededor de tres capítulos centrales, proponiendo una clasificación de los tres grandes tipos de movimientos sociales a escala global en función de los objetivos de su acción:

- Los movimientos que se oponen al nuevo orden mundial (vol. II, cap. 2), donde Castells mezcla con audacia los zapatistas mexicanos, las milicias patrióticas americanas, una secta apocalíptica japonesa (Aum Shinrikyo), y, en la edición de 2004, los movimientos alter mundialistas y Al Qaeda, grupos que desafían la mundialización.
- Los movimientos verdes (vol. II, cap. 3), con una tipología del sentido y de las acciones de los grupos ecologistas.
- Los movimientos de cuestionamiento del patriarcado (vol. II, cap. 4), entre los cuales el sociólogo identifica los feministas y los grupos gays y de lesbianas, y trata las transformaciones profundas de la familia y la sexualidad.

Ante el crecimiento del poder de la identidad, el auge de la globalización y de la sociedad red, Castells cuestiona el porvenir del Estado (vol. II, cap. 5). Saliendo de los lugares comunes sobre el fin del Estado-nación, habla al contrario del enfrentamiento entre las naciones, las identidades y sus Estados —el crecimiento de los nacionalismos más o menos periféricos son ejemplo de ello—. Por otro lado, frente a la globalización, el sociólogo plantea ejemplos de puesta en red de Estados —con los tratados y las grandes organizaciones internacionales— o de surgimiento de Estados-redes —cuyo arquetipo es según Castells, la Unión Europea—. Los Estados se encuentran atrapados entre lo global y lo local:

En la última década, los Estados-nación se han transformado de sujetos soberanos en actores estratégicos, ocupándose de sus intereses y de los que se supone que representan [...]. Ostentan una considerable influencia, pero ejercen su poder en una red de interacción con las macro-fuerzas supranacionales y los micro-procesos subnacionales [1998a: 399].

Los Estados son los grandes perdedores de las transformaciones actuales, entre lo alto y lo bajo, y se ven sometidos, además, a la pérdida de legitimidad de los partidos políticos, lo cual conlleva a una profunda crisis de la democracia (vol. II, cap. 6). Esta pintura pesimista del Estado, la democracia y la sociedad civil cierra este largo volumen sobre el cambio social en la sociedad red. El sociólogo acaba de analizar ahí el desafío político del final de este siglo, subrayado por Touraine en su *Lettre à Lionel, Michel, Jacques, Martine, Bernard, Dominique...* (1995):

El gran asunto no es “tomar el poder”: es recrear la sociedad, volver a inventar la política para impedir la lucha ciega entre los mercados muy abiertos y las comunidades muy cerradas y el desgarramiento de las sociedades donde la distancia se acrecienta entre los incluidos y los excluidos, los *in* y los *out* (Touraine, 1995: 42).

Fin de milenio último título de la trilogía, propone una descripción multicultural de la globalización, de los movimientos sociales y de los poderes en todos los continentes. El primer capítulo habla de la crisis y luego del desmantelamiento de la Unión Soviética (vol. III, cap. 1). Luego propone un largo desarrollo acerca del “cuarto mundo” y pone de relieve las relaciones entre capitalismo informacional y exclusión (vol. III., cap. 2). Castells analiza al mismo tiempo el ejemplo del continente africano y el de la pobreza urbana en América del Norte. Para terminar con los excluidos de la sociedad red, el autor aclara una forma de globalización alternativa: la economía criminal —ilustrada por los ejemplos de Rusia y de América Latina (vol. III, cap. 3). Después de los perdedores de la era de la información, Manuel Castells describe los países que ganan, encontrándose en las primeras filas Japón, China, Hong Kong, Taiwán, Singapur y Corea del Sur (vol. III, cap. 4). El autor ve ahí el surgimiento de un nuevo modelo de Estado, el Estado-desarrollista, cuya legitimidad está fundada sólo en la capacidad para administrar el crecimiento y la irradiación económica.

El viaje se termina en Europa (vol. III, cap. 5): Castells concluye con un toque de optimismo y demuestra la pertinencia de una Unión Europea, organizada en Estado-red, en el centro de una red de Estados.

El tercer tomo cierra la trilogía con un capítulo conclusivo titulado “Entender nuestro mundo”, en el cual el sociólogo propone una síntesis de sus avances: subraya el surgimiento de una nueva sociedad red, poco centralizada pero extremadamente jerarquizada, en la cual las grandes batallas por el poder son batallas culturales que apuntan al cambio de los valores de la sociedad. Luego de la revolución tecnológica de principios de los años ochenta, son esas luchas culturales las que fundan las grandes vías de transformación social contemporáneas.

Como ya lo hemos subrayado, el autor se libera en esta obra de diversos marcos teóricos y manipula poco la jerga intelectual. Además, las personas e investigadores citados en esta conversación son pocos. Finalmente, los

eventos históricos y de la actualidad de los que habla Castells son generalmente descritos con precisión en sus respuestas. Estas tres razones justifican que haya menos referencias bibliográficas y menos contextualizaciones en este capítulo.

Por otro lado, desearía subrayar que no escogí desarrollar esta entrevista de manera lineal, de un capítulo a otro de la trilogía. Al contrario, tomé estos tres volúmenes como las partes de una sola obra y me orienté hacia discusiones temáticas, algunas de las cuales son transversales. Después de una presentación del ambiente profesional en el cual se mueve Castells a principios de los años noventa (sec. 1), primero traté el argumento general de *La era de la información*, la organización interna de los tres tomos y la tesis central acerca de una transformación de la sociedad por las redes y las identidades (sec. 2). Luego discutimos acerca de las condiciones en las cuales surge la sociedad red, concebida como la estructura social dominante (sec. 3). Lo que sigue de la conversación habla de las dos grandes transformaciones sociopolíticas identificadas por Castells: los movimientos sociales portadores de identidades (sec. 4), y la transformación del poder, de los Estados y de las naciones (sec. 5). El estudio de esas diversas mutaciones deben permitirnos comprender sus efectos sobre la organización espacial de las sociedades, por lo que hemos escogido terminar con la dialéctica entre el espacio de los lugares y el espacio de los flujos (sec. 6), gracias a un retorno de las redes a la ciudad.

Empecemos, como de costumbre, discutiendo acerca de las condiciones de producción académica y científica de *La era de la información*. Al principio de los años noventa, usted empezó su segunda década en Berkeley. ¿Cuáles fueron sus interacciones con sus colegas de estudios urbanos y de sociología? ¿Cuál fue el apoyo de la comunidad científica y qué red de investigación desarrolló usted, ya que ése es a fin de cuentas su principal método de trabajo?

Muy concretamente, en primer lugar, la idea de una trilogía surgió de manera progresiva. Inicialmente no era una trilogía, ni siquiera era un libro, sino una problemática de investigación que había elaborado alrededor de 1982-1983. Estaba en Madrid y reflexionaba acerca de mi nueva fase de investigación, después de haber terminado *La ciudad y las masas*. En un primer momento, imaginaba seguir con un análisis sociológico del poder local a partir de la política municipal, que pondría en relación la estructura y las prácticas urbanas. Empecé a trabajar sobre ese tema y realicé un estudio muy empírico sobre el primer año de la política municipal democrática en Madrid, el cual fue publicado en español. Era un análisis crítico que me costó muchos amigos en la municipalidad.

También había usado mi año sabático de 1982-1983 para empezar a explorar el tema de las tecnologías de la información, porque sentía que estaba pasando algo importante en ese ámbito. En la primavera de 1983, pasé dos meses y medio como profesor en la Universidad de Hong-Kong, en el Centro de Estudios Urbanos. Hice una monografía que fue publicada

en Hong-Kong y que luego fue la base para un libro. Luego, en el otoño de 1983, entré a Berkeley y volví a impactarme por esta transformación tecnológica. En ese momento, decidí abandonar el proyecto de investigación que tenía sobre las municipalidades y lanzarme en un análisis de las relaciones entre tecnologías, economía y sociedad, partiendo del Silicon Valley.

Luego, muy rápido, tomé dos decisiones estratégicas. La primera fue lanzarme en un terreno que conocía muy bien, lo local y lo regional, y analizar ahí las transformaciones tecnológicas, económicas y culturales que tenían lugar. Disponía del lugar —el Silicon Valley, en el contexto de los Estados Unidos— y de los datos, y empecé directamente escribiendo un *working paper* de unas cien páginas, el cual llevaba el título de *Toward the Informational City* [1984]. En ese documento estaba ya presente toda la problemática de investigación. A partir de ese trabajo, continué con mi vida en el análisis espacial. Finalmente, seis años más tarde, ese trabajo se transformó en *The Informational City*. Cuando la gente me decía: “Usted ya no escribe mucho”, yo les contestaba: “Sí, trabajo mucho, pero no escribo rápido”. Para mí, un libro representa seis, siete años de trabajo: es una iniciativa grande.

Luego, en 1984, tuvo lugar otro evento que me incitó a ampliar mi problemática. El Gobierno socialista español de Felipe González, que acababa de tomar el poder, me contactó diciendo que deseaban estudiar las nuevas tecnologías. Me dijeron: “Conocemos las telecomunicaciones, pero no sabemos cómo se producen nuevas tecnologías, en términos políticos, de parte de un gobierno socialista. ¿Puede ayudarnos a actuar?” Estuve de acuerdo, pero con una única condición: que se tratase de realizar una investigación, no de trabajar en el Gobierno. Entonces me financiaron un programa de investigación, con la única condición de que debía ser rápido: “No podemos esperar tres años para decidir sobre esas cosas”, me decían. Pasé el año 1984-1985 de nuevo en Madrid, con la ayuda de Berkeley, y reuní un equipo muy serio de siete personas pluridisciplinarias (tecnología, sociología, economía, psicología), con el que realizamos en seis meses una gran investigación. Ese trabajo fue publicado en dos volúmenes en España [1986a].

Al final del trabajo, en 1985, para seguir alimentando este procedimiento, tuve la posibilidad de organizar tres seminarios cerrados de alto nivel en Madrid, y pude reunir una capacidad de experticia en una escala enorme de manera inmediata. Estaba en España, aprovechando información

y experticia de nivel mundial, con numerosos contactos en Europa. A partir de ese momento, estuve convencido de una cosa: resulta esencial que el análisis de la relación entre tecnología, economía y sociedad esté verdaderamente anclado en varios contextos. Deseaba hacer trabajo de campo y reunir documentación en muchos países. A partir de ahí, adopté como estrategia aceptar invitaciones que me llevaban de lugares interesantes para continuar la investigación. Para cada invitación negociaba que, a cambio de mi seminario y de la enseñanza, dispondría de asistentes de investigación de la cultura y del idioma del país.

Pensé entonces que la Unión Soviética también sería un lugar privilegiado de investigación, pero no tenía ninguna entrada. En 1983, sin embargo, se organizó un coloquio común del Comité de Investigación para la Sociología del Desarrollo Regional y Urbano –RC 21– y la Academia de Ciencias de Siberia. A partir de ahí, empecé a trabajar regularmente sobre la Unión Soviética, y conocí muchos investigadores muy interesantes. Así, en 1984 empecé a tener muchos contactos y fuentes de información para lanzarme en un análisis multicultural de las relaciones entre tecnología, economía y sociedad. Luego, acepté otras invitaciones y agregué otros países: Bolivia, Taiwán, Corea, China, Indonesia. Al mismo tiempo, cuando estaba en Berkeley, seguía trabajando sistemáticamente sobre el Silicon Valley.

En el plano académico, ¿cuáles eran sus relaciones con el medio de Berkeley?

Había en Berkeley un extraordinario medio de investigación urbana, probablemente el mejor del mundo. Hay una verdadera escuela de Berkeley en estudios urbanos y regionales, mucho más que la escuela francesa de sociología urbana que nunca existió. Sobre todo había estudiantes extraordinarios que estaban a la altura para ayudarme en mis análisis.

El problema de ese medio es que era muy urbano y regional. Además, por otro lado, en el Departamento de Sociología era voluntariamente marginal, porque los profesores se interesaban sobre todo por la teoría. Seguía siendo el mejor departamento de sociología de los Estados Unidos en lo que se refiere a teoría, pero no había una sola persona y por lo tanto ni un sólo estudiante que no trabajara sobre las tecnologías. Por otro lado, los trabajos de geografía basada en la tecnología se orientaban sobre todo hacia un análisis marxista puro y duro.

Hasta en economía internacional había seminarios —que por cierto continúan— así como gente como Martin Carnoy, que usted cita en sus agradecimientos.

Sí, pero toda mi red se construyó fuera de mis departamentos de afiliación. Trabajé más particularmente con dos personas. En primer lugar, Martin Carnoy, de Stanford, sobre la economía de la vivienda y sobre la teoría del Estado³. Carnoy siempre fue un admirador de la moda francesa, por lo que nos divertimos reproduciendo el modelo de los *Deux magots*. Encontramos en el barrio italiano del norte de la ciudad de San Francisco un café simpático y nos veíamos ahí una vez por mes, como si estuviésemos en Saint-Germain-des-Prés en los años cuarenta, con un capuchino, nuestras notas y nuestros libros, a pesar de tener espléndidas oficinas en la Universidad. La otra persona era Stephen Cohen, de Berkeley, quien también estaba en el área de urbanismo (Institute of Urban and Regional Development). En efecto, había creado una pequeña unidad de investigación que se llamaba Berkeley Roundtable on the International Economy (BRIE)⁴. Era el único lugar donde esas preguntas de tecnología y economía eran tratadas, pero no se hablaba sobre la sociedad.

A parte de sus redes de intercambios científicos, ¿con qué apoyo contó, sobre todo en lo financiero?

- 3 Martin Carnoy es profesor en Economía y Ciencias de la Educación en la Universidad de Stanford, en California. Se interesó particularmente por la relación entre la economía y el sistema educativo. Analizó, por ejemplo, la relación entre la calidad de la educación recibida y la posición social de las minorías desfavorecidas en los Estados Unidos. Cercano a Manuel Castells, se interesó más recientemente por la cuestión del trabajo, de la familia y del lazo social en la era de la información (2000). En un contexto de creciente flexibilidad del empleo y de individualización de las relaciones sociales, Carnoy propone el establecimiento de instituciones de integración capaces de regular las nuevas tecnologías más que de verse sometidas a ellas.
- 4 La Berkeley Roundtable on International Economy (BRIE) fue fundada en los años ochenta para comprender la manera en que las economías industrializadas nacionales crean sus ventajas competitivas, así como los efectos de esas diferencias sobre las relaciones políticas y económicas. La especialidad del grupo es la interacción compleja entre las políticas y los mercados en el plano internacional. BRIE es co-dirigida por Stephen Cohen, profesor de Economía Internacional en la Universidad de Berkeley, quien se ha interesado por la nueva economía global, las mutaciones de las economías industriales y las relaciones entre políticas y economía, muy particularmente en Francia.

La investigación empírica y la preparación de esos tres volúmenes se hicieron sin ningún apoyo. Disponía de muchos más financiamientos en Francia, pues tenía grandes proyectos de investigación en muchos campos. Este ejemplo demuestra, en mi opinión, que lo esencial en la investigación no es el financiamiento. En Berkeley, no tenía un centavo y ello me convenía. Tener un proyecto de investigación financiado me hubiera obligado a adoptar una estrategia de mentira, porque ninguna estructura de investigación sería habría financiado un proyecto acerca de las relaciones tecnología-economía-sociedad en todo el mundo. Entonces tuve que hacer un trabajo de artesano con el fin de reunir documentos aquí, contactos allá, acompañar estudiantes que querían trabajar conmigo, etc. Construí entonces mi trabajo entre Berkeley, Stanford y el mundo entero.

La Universidad de Berkeley le dejó una gran libertad de movimiento: usted tomó años sabáticos, aceptó invitaciones, etc. Berkeley le concedía el poder estar poco presente, lo cual era un lujo.

En efecto, la flexibilidad era una ventaja. Sin embargo, en Francia también tenía la posibilidad de viajar. En la Escuela de Altos Estudios, empezaba mi seminario al principio de noviembre y terminaba a principios de junio. Desde principios de junio hasta finales de octubre, si quería, podía ir al extranjero, y eso es lo que hice durante varios años.

La flexibilidad muy importante, pero otras fuentes eran indispensables y únicas en Berkeley. Primeramente, hay que pensar que ahora hay Internet, pero en los años ochenta y al principio de los años noventa necesitábamos grandes bibliotecas que contengan los trabajos de investigación más recientes en todos los dominios. En el campus de Berkeley había un gran número de centros y de institutos de investigación especializados en una serie de dominios y sobre diferentes regiones del mundo, un fondo documental incomparable. En segundo lugar, el nivel de los estudiantes de doctorado era claramente superior.

También está la capacidad de atracción de Berkeley, que capta los mejores estudiantes de los Estados Unidos y de diferentes países del mundo. Desde este punto de vista, Europa, Francia no tienen el mismo prestigio...

Las universidades americanas no perdieron su prestigio y siguen atrayendo a los mejores estudiantes, y los que me rodeaban eran investigadores realmente extraordinarios.

Sus visitas a diferentes universidades, en Asia o en América Latina, le dieron la oportunidad de formar estudiantes ¿Eran relevos que luego le servirían para documentar su trabajo durante una década de escritura de la trilogía?

Construí una red de jóvenes investigadores y de colegas un poco por todo el mundo. No se puede hacer gran cosa en una semana o hasta en un mes de viaje, pero si se tiene una red constante de interacciones y de informaciones *in situ*, se puede realizar investigaciones realmente interesantes. Además, ello me permitía comprender y vivir muy personalmente los problemas de Bolivia, de los barrios de Bangkok, etc. No era sencillamente la recolección de datos: me sentía preocupado por esos países.

En un período de restricción de los financiamientos para la investigación, su experiencia es interesante, ya que fue su red de estudiantes en el mundo entero la que le permitió realizar ese ambicioso proyecto.

Sí. Más ampliamente fue mi red de colegas, pero recordemos finalmente que las mejores investigaciones en ciencias sociales son las investigaciones hechas por estudiantes de doctorado. Después de ello, no hay más que un largo período de decadencia: la producción original de conocimientos gracias a la observación directa se realiza sobre todo en el momento de la tesis. Consideraba mi red de estudiantes como asistentes de investigación, pero tenían poco dinero. La Universidad de Berkeley daba entre 1 000 y 2 000 dólares por semestre para que un estudiante pueda ayudar en la investigación. En consecuencia, esa red no estaba fundada en el dinero, sino en un principio de confianza y de intercambio: los estudiantes hacían las investigaciones que yo les proponía, yo les abría las puertas, financiaba sus misiones y su trabajo de campo, y a cambio yo los citaba, me refería frecuentemente a sus trabajos, redactaba cartas de apoyo para sus candidaturas en universidades, para gestionar becas, ser promovidos o encontrar trabajo. Era una relación de confianza personal e intelectual. Trabajaba, pues, en una red cooperativa, en código abierto, en la que todos tenían un acceso privilegiado a mi trabajo y a mis datos, sin estructura ni jerarquía.

Cuando publicó la primera edición de esta trilogía, *La era de la información* [1997 y 1998], su libro se benefició de un eco fuera de lo común y su influencia se acrecentó ampliamente a escala mundial. ¿Cómo se posicionó usted en tanto que sociólogo? Siempre es difícil darle una identidad intelectual. ¿Cómo definiría usted su posicionamiento intelectual y teórico?

¡No me posiciono y tampoco me identifico! De cierta manera, nunca definí mi identidad intelectual. Pienso que es algo bastante específico en mi trabajo, sobre todo en el contexto americano, porque la gente me percibe como autor, como pensador. Pero yo no me veo como autor. ¡Soy un investigador! Recuerdo que cuando era muy joven, en Francia, fui arrestado por la policía en la calle, como se hacía a menudo en los años sesenta. Me preguntaron “¿Qué hace?”, y yo contesté “Soy investigador”. “¿Investigador de qué?”, insistieron, y yo no pude contestar. “Uy, cierto, ¿investigador de qué?”... Para mí era una pregunta muy existencial. Sin embargo, siempre me definí como investigador, lo que quiere decir, concretamente, que en esta trilogía intenté comprender el mundo, esto es, comprender el mundo con los medios disponibles: no se trataba de definir una teoría, ni de hacer una sociología general de la sociedad o de la sociología urbana o económica.

Además, era mi testamento intelectual de alguna manera, pues pensaba que sería mi última publicación. Quería entregar el conjunto de mis investigaciones, mi mirada sobre ese mundo en completa transformación.

¿Pero tenía referencias y un soporte teórico? Aun cuando es muy legible, este libro no es sólo ilustrativo: hay componentes teóricos.

Claro, uso elementos teóricos. Construí un andamiaje teórico en tan sólo unas páginas al principio de la trilogía, y luego lo retiré cuidadosamente, como cuando se construye un edificio. Por lo general, en las ciencias sociales se ve más el andamiaje. No se sabe para qué sirve todo el edificio que está detrás, lo que se puede construir con ello, pero se ve un bello andamiaje, muy complicado y muy elevado. Personalmente, detesto aquello. Intento producir conocimientos en el sentido estricto del término, soy muy alérgico a esos ejercicios de auto-satisfacción epistemológica.

Personalmente, lo que me interesa es la producción intelectual. Y para mí, la producción intelectual es la producción de conocimientos sobre un determinado objeto. Entonces, ¿hago sociología? Nunca fui puramente sociólogo; me interesé por todo: la economía, las políticas, la cultura. Diría que intentaba comprender los fenómenos de la sociedad con diferentes medios teóricos y metodológicos, por lo tanto con un total eclecticismo. Al principio de mi carrera, me apoyé en el marxismo, pero, aun en esa época, hacía grandes desvíos por fuera de ese marco teórico. En la trilogía, intenté no posicionarme en una escuela o en un pensamiento, sino que intentaba proponer un análisis explicativo de las transformaciones fundamentales del mundo acerca de diferentes dimensiones y diferentes culturas. Esta obra no es un intento de teoría general, sino un intento de análisis general de la sociedad, lo que es totalmente diferente.

Sin embargo, usted siempre conservó algunos ingredientes: el análisis del rol de la técnica, la mirada sobre la estructura social y, por lo tanto, sobre el rol del Estado, la importancia de las mutaciones del capitalismo, etc. Todas esas son herramientas de análisis de las cuales usted se sirve como si fueran una caja de herramientas: el modo de desarrollo, el modo de producción, la sociedad red, la libertad personal, etc.

Es una caja de herramientas que me fue provista a lo largo de mi trayectoria de análisis y de mi recorrido intelectual, y que sigue sirviéndome. Por ejemplo, el concepto de modo de producción todavía me sirve de vez en cuando, pero lo utilizo cada vez menos. Hay tantas formas de capitalismo, tantas diferencias entre los países, que este concepto no me permite explicar nada. El capitalismo informacional no es el capitalismo industrial, las relaciones entre las diferentes instituciones varían, el capitalismo regulado es completamente diferente del capitalismo no regulado.

Dicho esto, sigo usando el concepto de modo de producción porque se debe estar en la capacidad de imaginar otros modos que no sean capitalistas. No espero el advenimiento del socialismo, pero digo simplemente que no hay ningún modo de producción que sea eterno. Por ejemplo, me intereso enormemente en la historia de las *open sources*, los códigos de fuentes abiertos, pero no simplemente por la ecología, sino porque percibo ahí un modo de cooperación diferente, donde el principio fundamental sigue siendo la creatividad, la innovación y el compartir los co-

nocimientos. Imaginemos que lo esencial de la producción de conocimientos, que es el factor de producción principal de nuestra sociedad, se desarrolla alrededor de esta lógica. De hacerlo veríamos surgir un pequeño modo de producción que no se insertaría en el modo de producción capitalista: el modo de producción de las redes de cooperación. Así, el concepto de modo de producción me sirve al menos para poner un punto de interrogación y examinar embriones de organización social que no sean capitalistas.

Para mantenernos en la recepción de *La era de la información*, como usted lo dice, esta obra era su testamento intelectual y finalmente se transformó en un hito importante de su carrera, que prosigue hoy en día. ¿Cómo percibió usted la recepción de su obra?

En primer lugar, diría que la trilogía es para mí no sólo un hito de mi carrera, sino que es la única cosa que produje realmente como innovación intelectual. Aun si soy auto-crítico sobre muchos aspectos y que hay cosas que no me parecen correctas, en lo esencial considero que es lo que quedará de mi producción intelectual. No digo que voy a parar, pero pienso que lo esencial de mi producción intelectual quedará en mi trilogía. Las obras y trabajos anteriores eran ensayos, tentativas, investigaciones parciales, pero esa voluntad de comprender todo el mundo se encarna realmente en la trilogía. Pienso que no se puede escribir un trabajo de esta envergadura y poner en una sola obra todo lo que tenemos, todo lo que conocemos, a menos que lo concibamos como un testamento.

A parte de ello, no tenía ninguna ambición en cuanto al impacto de este libro o en general para toda mi carrera. Me sorprendí en extremo por su impacto en todas las culturas y en todos los medios, más allá del mundo académico. Este libro tuvo un eco en los medios de negocios, en el mundo de los medios de comunicación en general, en los movimientos sociales, y hasta en el mundo político. Muchos presidentes, jefes de empresas y tomadores de decisiones en el mundo entero se reúnen conmigo y me aprietan la mano diciéndome: “¡Ah! Leí su libro”. Claro que no lo leyeron, pero se sienten obligados a decirlo. Un día, un ministro de un Gobierno que no citaré vino a decirme: “Escuche, estoy feliz de conocerlo: tuve que comprar su libro porque en el consejo de los ministros, si no se ha leído a Castells, no se puede hablar”.

Me han preguntado a menudo cuál es la razón de ese impacto. Pienso que es un libro que salió en el momento preciso. No es un libro sobre la tecnología —solo las personas que no lo han leído dicen eso—, sino que es un libro que habla de la transformación multidimensional del mundo. La gente captó esta transformación del mundo, en diferentes medios y en diferentes países. Ese tipo de trabajo fundado en una base empírica, que intentaba comprender todas esas transformaciones e intentaba dar coherencia a todo ello, no existía en las ciencias sociales.

Su obra también es un trabajo de vulgarización. Usted jugó un rol de paso y de traducción entre ciertos análisis académicos de la sociedad y una comprensión accesible del mundo casi legible para todos...

No lo sé. No pienso que sea fácil de leer. Ello depende mucho de la traducción. La traducción francesa, por ejemplo, es muy buena, pero la traducción española es terrible. Hice un pequeño esfuerzo para evitar la jerga, pero pienso que, si se lo puede leer más fácilmente que las obras de gran teoría, es porque hay muchos análisis concretos. Usé sin ningún problema, y como todo el mundo, todo lo que me era útil y todo lo que podía tomar como contribución científica, citando las fuentes, claro.

Para mí, el impacto de la trilogía viene del hecho de que había una percepción de cambios enormes que no se comprendía. Para contestar a esa necesidad de comprensión, sencillamente había estudios muy parciales de la sociedad, de un lado, y grandes vuelos filosóficos, a menudo muy normativos, de otro...

¿Es ello una crítica a los postmodernos?

No solamente. Aun cuando el postmodernismo fue un pensamiento de los más influyentes en las universidades, no eran las masas las que lo leían. No se trata simplemente de los postmodernos, sino de la idea de que las síntesis de comprensión del mundo son estrictamente teóricas o filosóficas, y que los análisis empíricos son parciales y poco numerosos.

Pienso que el impacto de mi trilogía viene del hecho que llenó un vacío y que propuso una interpretación sistemática en el momento en que la gente necesitaba un marco de análisis que les diera lo esencial de las llaves de comprensión. Además, pienso que la segunda ventaja del libro es el multiculturalismo. Por mi lado, por razones históricas personales, fui sensible a un gran número de culturas.

Sociedad red e identidades: dos movimientos y tres volúmenes

La era de la información es el título de la trilogía. *La sociedad red* es el título del primer volumen, pero también es el cuerpo de su teoría. ¿Qué diferencia hace usted entre estas dos nociones?

En primer lugar, una pequeña rectificación: la sociedad red es un concepto clave de mi teoría, pero no es el único. Siempre hubo dos partes: la estructura social por un lado, constituida alrededor de redes y de la dinámica de las redes, y, al mismo tiempo, las prácticas sociales, con la creciente importancia de las identidades sostenedoras de sentido. Son las dos cosas al mismo tiempo: la red y el yo⁵, y mi análisis es sobre las relaciones entre esos dos polos de la práctica social.

La “era de la información” es una expresión, y no un concepto, que me permitió calificar un período histórico marcado por un conjunto de transformaciones multidimensionales que tienen un rasgo común, característico de este período: la revolución tecnológica basada en la información. En ese sentido, la era de la información es el equivalente de la era industrial. Así, el problema es que la expresión “era de la información” deja entredicho que las tecnologías de la información son determinantes del conjunto del proceso, y no es eso lo que pienso. Considero que hay un núcleo tecnoló-

5 “Nuestras sociedades se estructuran cada vez más en torno a una oposición bipolar entre la red y el yo”, nos dice Castells en la introducción de la trilogía [Castells, 1997: 33]. Por un lado, las redes globales modifican permanentemente las conexiones entre individuos y grupos sociales. Frente a la subida de la sociedad red, la de las identidades es presentada como igualmente poderosa, en particular en lo étnico y religioso. Después de la pérdida de legitimidad y de la desorganización de las instituciones, esas identidades se transforman en el principal fundamento del sentido para los individuos.

gico que no determina el conjunto de las transformaciones, pero que las hace posibles. Más que una herramienta, es un componente indispensable de la transformación, de la misma manera que la era industrial no es la expresión directa de la revolución energética, pero sin ésta no se puede explicar el surgimiento de la era industrial.

En cambio, siempre renuncié a la expresión “sociedad de la información”. Ciertamente, hay momentos donde hablo de sociedad de la información en la trilogía, pero fundamentalmente critico las expresiones “sociedad o economía de la información y del conocimiento” por una sencilla razón: la información no es un carácter distintivo. De serlo, ello presupondría que las otras sociedades, como la comunista, no eran sociedades de la información. Pensaba que había que precisar mejor lo que era nuevo en esta estructura social. Demostré, en primer lugar, que las tecnologías de la información, de base micro-electrónica y genética, amplifican el poder del conocimiento y de la información. Es verdad que la información y el conocimiento toman aun más amplitud que en otras sociedades históricamente constituidas, pero, al decir esto, y para salir de la trampa del determinismo tecnológico, debía explicitar las diferentes relaciones de la sociedad con las tecnologías de la información. Honestamente, la respuesta a ese problema la encontré empíricamente. No había pensado en la idea de sociedad red antes: ese análisis salió de mi material empírico.

En efecto, porque hay que subrayar que hasta el final de los años ochenta usted utilizó el concepto de modo de desarrollo informacional, y no el de red.

No utilizaba para nada la noción de red, pero, a pesar de todo, conservé el concepto de modo de desarrollo informacional. Lo conservo en particular para designar el nuevo paradigma tecnológico de la sociedad. En efecto, la dimensión “red” apareció durante la investigación empírica. Mi cuestionamiento era más amplio y trataba sobre esta interacción entre la tecnología, la cultura, la política, la economía y la organización de la sociedad. Pienso que el momento clave de este descubrimiento de la sociedad red fue cuando estudié en profundidad las transformaciones en la empresa y en los procesos de producción.

278 | Intenté estudiar las transformaciones de las relaciones de producción en la empresa y observé claramente la formación de nuevas formas de

organizaciones económicas a través del surgimiento de una empresa-red: no las redes de empresas, sino la empresa red. La vi emerger en varias sociedades, varias culturas, varias formas de organización, y se hizo absolutamente evidente que estaba completamente ligado a la prestación económica. Me di cuenta que el paso a la red explica la transformación de la actividad económica, y que esta transformación no era posible sin las nuevas tecnologías de la información. La transformación de la productividad no provenía de la introducción de la computadora o de Internet en las empresas, sino de que el Internet y las computadoras permitían crear una plataforma tecnológica para el despliegue de la lógica red. Este punto fue absolutamente clave en la formulación de mi teoría.

Luego, a medida que trabajaba sobre otros dominios, encontré el surgimiento de las redes como forma predominante de las prácticas sociales. Ya lo había encontrado en el espacio con *La ciudad informacional* [1995], con respecto a la noción de espacio de los flujos. Para mi gran sorpresa, cuando empecé a estudiar de cerca a la Unión Europea, encontré el Estado en redes. Empezando a trabajar sobre Europa, pensaba que las instituciones eran jaloneadas (introducción del euro, identidades nacionales y comunitarias), y que el conjunto del sistema estaba en crisis. Luego, intentando comprender analíticamente la construcción europea, me dije: “A fin de cuentas, están adaptándose, construyendo una especie de red de instituciones, un Estado en red”. Entonces apliqué ese modelo al estudio de otras situaciones en el mundo, con niveles de desarrollo diferentes, y observé una lógica de fondo que iba en el mismo sentido.

Después de *La sociedad red*, el título del segundo volumen de su trilogía es *El poder de la identidad*. Para hacer una analogía y para presentar el marco global de la obra, al leerla me parece que, mientras *La sociedad red* [1997] es una transposición a la escala global de *La ciudad informacional* [1995], *El poder de la identidad* se ubica en la línea recta de *La ciudad y las masas* [1986b]. ¿En qué medida, a través de esta trilogía, transpuso usted sus trabajos anteriores de la escala urbana a la escala global de la sociedad? ¿Qué le aportaron?

Bien visto, pero desearía hacer algunas precisiones. En primer lugar, mi proyecto era comprender cuál era el mundo nuevo que estaba emergiendo. Para ello, como siempre lo hice, me apoyé en enfoques económicos, pero

también en una interpretación del mundo fundada en la acción social, los movimientos sociales y la política. Tenía la preocupación de lo político y estaba impregnado por la problemática de los movimientos sociales. Sin embargo, en *La ciudad y las masas* la pregunta de la identidad todavía no estaba presente. El único estudio de caso en el cual hablaba de identidad era San Francisco. Cuando empecé a trabajar en la trilogía, de verdad hice una diferencia entre las mutaciones económicas, por un lado, y los movimientos sociales, por otro. Para mí, cada una de esas mutaciones seguía una trayectoria autónoma, sin correspondencia ni relación. Los movimientos sociales se beneficiaban, según yo, de una dinámica totalmente independiente de las mutaciones tecnológicas y económicas.

Los trabajos sobre *El poder de la identidad* representaron una sorpresa. Así como descubrí la red durante mis investigaciones, la cuestión de la identidad no estaba, originalmente, para nada en el campo de mi análisis. Los movimientos sociales que escogí son los que me parecieron tener más impacto sobre el proceso de cambio social. No estudié los sindicatos o, como lo hice en *La ciudad y las masas*, los movimientos propiamente urbanos, porque me parecían secundarios con relación a las mutaciones actuales de la sociedad.

¿Cuál fue la influencia de California sobre el surgimiento de la problemática identitaria en toda su diversidad? ¿La región de San Francisco fue un laboratorio con movimientos comunitarios de esencia étnica, gay y lesbica, feminista, ecologista?

No es la única fuente de mis trabajos, pero es en efecto esencial. Había dos movimientos en California: el movimiento gay, de un lado, y el movimiento ecologista, de otro. Ello fue extremadamente importante, así como las identidades multiculturales. Pero, aparte de California, otros casos me influenciaron. En el momento de la redacción de *El poder de la identidad*, empecé a interesarme por los movimientos anti-globalización de América Latina, como el movimiento zapatista mexicano. Los zapatistas atacaron el 1 de enero de 1994 y me di cuenta que era uno de los movimientos sociales que tenían por objetivo la transformación de la sociedad. Por otro lado, también deseaba tener en cuenta a los movimientos sociales reaccionarios: los momentos nacionalistas y étnicos, y sobre todo las milicias y el movimiento racista americano.

Luego de la presentación de los dos primeros movimientos, entre el surgimiento de la sociedad red y el desarrollo de los movimientos identitarios, ¿cuál era la vocación del tercer volumen, el cual lleva el título más abstracto de *Fin de milenio*?

La idea del tercer volumen fue concentrarse en los procesos concretos de transformación en diferentes países del mundo. Deseaba, por ejemplo, incluir el ejemplo de la Unión Soviética y reunir en un análisis empírico las dos primeras partes —que trataban del análisis de la sociedad red y de las identidades— estudiando las interacciones entre esas dos perspectivas.

Comprendo que usted deseaba concentrarse en las grandes tendencias geopolíticas y socioculturales a escala mundial, así como en las formas de articulación entre estructuras y prácticas sociales, pero, ¿por qué no escogió hacer un tercer volumen que también sea temático? Finalmente, me parece que éste aporta poco en el plano teórico.

Primeramente, considero que la contribución propiamente teórica del tercer volumen es la conclusión general de la trilogía. Sintetizo el conjunto de los elementos, de los trabajos de campo, de los estudios de caso, y el análisis se vuelve teóricamente explícito en la conclusión. Es el logro final del conjunto de la trilogía. En segundo lugar, el análisis, en términos de poderes, sistemas políticos y Estado está presente en la conclusión del segundo volumen, *El poder de la identidad*. Este último no trata únicamente de las identidades y los movimientos sociales, sino también la cuestión de lo político y de las relaciones de poder en la sociedad. Me podría haber detenido ahí, al final del segundo tomo, agregando la conclusión general y no escribiendo el tercero. Si hubiese habido sólo ilustraciones provenientes de diversos ejemplos nacionales, las podría haber integrado en los otros dos volúmenes y evitarme el último, pero deseaba, a través de ese volumen, no sólo ilustrar, sino también verificar la validez de mi esquema teórico. Quería hacer funcionar mi sistema teórico tratando el tema del cambio social en el mundo.

¿No deseaba que se hiciera, en su lugar, el trabajo de paso entre la teoría y el análisis empírico?

No pensaba poder analizar todo, pero quería comunicar un método de análisis fundado en la observación a partir de mi construcción teórica. Quería mostrar que si aplicamos mi ficha de análisis, desarrollada en los dos volúmenes precedentes, se comprenden mejor ciertas realidades en diferentes países y diferentes partes del mundo. También hay que subrayar que el libro no fue construido de manera secuencial, volumen uno, luego dos y luego tres. Hice idas y vueltas constantes: por ejemplo, el capítulo sobre la Unión Soviética, que se encuentra al principio del tercer volumen, fue redactado antes del primer volumen. Para entonces no había elaborado toda la teoría, pero ya había un diálogo entre la problemática de las redes y la de las identidades. De la misma manera, cuando trabajé sobre el tema de la globalización, encontré tres temas fundamentales que hubiese querido poner en el primer capítulo del primer volumen: las desigualdades a escala mundial, la economía criminal como una forma de globalización y la subida del Asia del Pacífico y su entrada en crisis. Esos tres temas, así como el estudio sobre la Unión Soviética, estaban al principio escritos como secciones del primer volumen. Luego, cuando vi el tamaño de esas secciones y el material de los cuales disponía, encontré que esos análisis representaban una demostración concreta de mi teoría y decidí reunirlos en un tercer volumen. Ello me permitía hacer funcionar la máquina analítica de los dos primeros volúmenes.

Por otro lado, era prisionero del formato libro. Al principio, deseaba hacer un sólo volumen, no una trilogía. Mi editor me dijo que con todas las ideas que quería desarrollar en un único volumen íbamos a crear muchos empleos, porque para cada lector del libro habría que contratar una persona para cargarlo. Tuve entonces que hacer tres volúmenes. Una tecnología multi-dimensional, con diferentes elementos autónomos y *links* de hipertextos, me habría permitido no dividir tan nítidamente las cosas en tres volúmenes.

En efecto, me di cuenta que tenía dificultades para extraer la tesis central de la obra.

Las tesis están contenidas en los tres volúmenes y desarrolladas más tarde en otras obras, pero, para mí, el mensaje fundamental del tercer volumen

es por un lado la construcción teórica final, con la conclusión, donde toda la teoría está reunida, y por otro lado la mejor comprensión de la transformación del mundo. El resto del libro descansa sobre la producción de análisis nacionales y regionales diversificados, multiculturales.

Como usted acaba de recordarlo, una de las plusvalías del tercer volumen es el capítulo sobre la caída de la Unión Soviética, con el cual empieza el libro. ¿Cuál es la fecha de sus primeros contactos con la Unión Soviética? ¿Analizó usted la perestroika desde el interior?

Sí, no solamente la perestroika, sino también el funcionamiento del sistema soviético. Por ejemplo, hice investigaciones entre 1989 y 1990 sobre la industria microelectrónica de Moscú. También analicé la informática y la electrónica en esa misma ciudad y en Siberia. La gente era muy abierta, y pude hacer mucho trabajo de campo en el interior del sistema técnico-económico soviético.

En el mismo momento, usted hacía trabajo de campo en el otro extremo, en el Silicon Valley y la región de San Francisco.

Trabajaba sobre San Francisco desde hacía siete años, desde 1983. De forma paralela, hice tres investigaciones con colegas rusos durante esos años: la primera investigación empírica consistió en entrevistar cincuenta parlamentarios del primer parlamento de la perestroika; luego hice investigaciones sobre el sistema de telecomunicaciones soviético y, por fin, una investigación sobre la organización de la industria energética en toda Rusia. En ese marco, trabajé sobre la industria petrolera en Siberia, para lo que entrevisté a obreros e ingenieros.

El surgimiento de la sociedad red

Usted nos dijo anteriormente que su teoría de la sociedad red encuentra su origen en sus investigaciones acerca de las empresas y la nueva organización descentralizada de las firmas. ¿Qué empresas suscitaron su interés en sus organizaciones en redes?

En primer lugar, el ejemplo del Silicon Valley fue fundamental. Verdaderamente es ahí que la empresa red pudo ser observada de la manera más clara. En la práctica, esos cambios organizacionales tuvieron lugar al final de los años ochenta, pero los observé sólo desde los inicios de los años noventa. Trabajé en profundidad sobre Cisco, y hasta propuse la idea del “modelo Cisco”. Fueron ellos los que luego recuperaron mis análisis y retomaron la idea de ese modelo, que había construido observándolos. Estaban muy ocupados haciendo otras cosas y no se daban cuenta de que estaban inventando una nueva forma de organización en red. También había otra empresa informática que era totalmente representativa de ese movimiento: Dell. Diría que Dell estaba tan avanzada como Cisco. También había Nokia, Hewlett Packard e IBM que, en el sector electrónico, innovaban con nuevas formas de organización, aplicando enseguida sus propias tecnologías a sus empresas.

Lo que me interesaba aun más era verificar el despliegue de esos modelos en todo tipo de empresas, en sectores tradicionales. Sobre ese punto, el caso más interesante para mí fue Zara, la empresa de ropa de Galicia, que es una empresa-red pura. Hoy en día Zara se mantiene como uno de los estudios más importantes en la Harvard Business School porque su organización es ejemplar. Zara desarrolló el método, que ya existía en los

años ochenta, de respuesta inmediata a la demanda (*quick reply model*), y revolucionó por completo la moda.

La moda clásica, la moda parisina, realiza una colección que la gente sigue. En nuestra sociedad, sin embargo, la gente crea su moda. Zara decidió apoyarse sobre las innovaciones de moda de los consumidores. No podían hacer entrevistas de consumidores, así que construyeron una red de información interactiva. En primer lugar, descentralizaron enormemente los puntos de venta —siguiendo el método de Benetton y Gap—, con más de 1 200 almacenes en el mundo entero. Luego equiparon a los vendedores con una pequeña computadora que almacena todas las informaciones de cada venta. Al final del día, todo eso se envía a un analista e inmediatamente se comunica al centro de diseño de Zara, que sigue encontrándose en Galicia.

Hice mi pequeña investigación *in situ*. Ahí hay cientos de diseñadores, en un ambiente muy relajado. Es completamente como el Silicon Valley: no se deja de trabajar, pero cada uno es como un artista, en su mesa de dibujo, con su computadora y un café; se conversa, se para, se va a fumar un cigarrillo. Esos diseñadores son alimentados constantemente con miles de datos a partir de los cuales ajustan constantemente el diseño. Luego envían instrucciones a las máquinas láser que cortan los patrones en las fábricas enteramente automatizadas. Durante largo tiempo, las fábricas estuvieron ubicadas únicamente en Galicia y en el norte de Portugal. Luego se implantaron algunas en China. Desde el ensamblaje, la ropa ya está etiquetada y dirigida hacia cajas con destinación a Hong-Kong o New York. El aspecto concreto de esta organización es que, en el *prêt-à-porter*, lo esencial es la velocidad de reacción frente a los gustos cambiantes de los clientes. Benetton había ganado, hace 12-15 años, con un tiempo de retorno de seis meses entre el momento en que el nuevo dibujo es realizado y el momento en que la ropa está en el almacén. Gap le ganó a Benetton reduciendo ese tiempo a dos meses. Hoy en día, Zara lo hace en dos semanas, y pone cada año 12 000 nuevos modelos en almacenes. Lo que quiere decir que la colección de otoño, tradicionalmente presentada en París en el mes de marzo, es presentada por Zara en el mes de julio para el mes de septiembre. De hecho, Zara se apega del todo a las últimas tendencias en cada país, porque el diseño es diferenciado en función de las reacciones del mercado.

Para salir del ejemplo de Zara y del *prêt-à-porter*, se percibe en su descripción de la empresa red que los tiempos de reacción en el medio de la industria se aproximan cada vez más a los de las finanzas. ¿Cuál es el lugar de la organización del trabajo, por un lado, y de las nuevas tecnologías, por otro, en el advenimiento de la empresa red?

Pienso haber descubierto la empresa-red mucho antes de la revolución tecnológica, pero no había hecho la relación con ese modelo de organización. Así, en mi estudio sobre Hong-Kong en 1983-1984, mostré que lo esencial del éxito de la industria de exportación se fundaba en las redes de pequeñas y medianas empresas. En ese caso, sin embargo, no se trataba de redes electrónicas, sino de redes de información: un miembro de la familia de la empresa iba a Roma o a París con una cámara fotográfica y un fax, y espiaba a otras empresas; luego la empresa copiaba los modelos hacia Hong-Kong y los ponía en el mercado en París antes que las empresas francesas. Ya había una capacidad de reacción ligada a la información y a la organización en redes. En ese caso, uno se apoyaba más en la organización y todavía no en la rápida transmisión de la información y la interactividad.

Luego asistimos a una revolución tecnológica que se agregó a esta nueva organización en redes. En consecuencia, pienso que no es la revolución tecnológica la que domina la transformación de la empresa, sino que es la transformación organizacional de la empresa la que se arma tecnológicamente y se difunde en diversos sectores. Recién percibí esa mutación al principio de los años noventa.

Para concluir, desearía sobre todo insistir en dos cosas. Primeramente, encontré la sociedad red, no la imaginé, es decir, la observé empíricamente y luego la teorice. En segundo lugar, la sociedad red no es una organización en redes independiente de la tecnología: es la fusión de una organización en redes muy dinámica que ya existía pero que se generalizó a partir del momento en que la tecnología se difundió.

Se lo critica a menudo acerca de cierto determinismo tecnológico que se ubicaría en trasfondo del conjunto de la trilogía. Efectivamente, usted le da bastante importancia a la tecnología, pero también toma en cuenta el proceso de reestructuración del capitalismo y de las economías nacionales, así como el rol de los movimientos sociales y de

las mutaciones culturales en el surgimiento de esta sociedad red. Como en el mundo de la empresa, ¿cómo articuló las mutaciones tecnológicas con otros tipos de cambios ocurridos en la sociedad? Y, de hecho, ¿con qué ritmo se da la entrada de un país en la sociedad red, en función de esos diferentes tipos de mutaciones?

Es una pregunta importante. En primer lugar, debo subrayar que no traté seriamente el análisis de las fuentes de cambios estructurales, del génesis de la sociedad red; no hice investigaciones sobre ese tema. No conozco a nadie que haya estudiado de qué manera las tres líneas se articularon —transformaciones tecnológicas, capitalistas y culturales— para producir la sociedad red. El tema que más me interesó fue el del funcionamiento de esa sociedad y de sus contradicciones.

Dicho esto, con esta pregunta, usted subraya la necesidad de romper la idea según la cual el mundo entero evolucionaría en el mismo sentido, igualmente sometido a una revolución tecnológica, a una reestructuración global del capitalismo y al surgimiento de movimientos sociales y culturales. Esta hipótesis no es totalmente cierta. Lo es si hablamos de globalización y por lo tanto de un sistema donde todas las sociedades están relacionadas y son interdependientes. Hay una parte de las transformaciones que es común al conjunto del planeta, pero, por otro lado, hay una permeabilidad variable de las instituciones y de las estructuras sociales preexistentes a la transformación de la sociedad y a la apropiación de la innovación.

Desde ese punto de vista, el caso más importante es obviamente la Unión Soviética. Después de haber estudiado en profundidad ese ejemplo, mostré cómo una sociedad científicamente muy avanzada, que disponía de tecnologías y que intentó una reestructuración económica e institucional, con Gorbachov y la perestroika, no fue capaz de incorporar la revolución tecnológica informacional. Es un elemento histórico de una importancia fundamental: una sociedad militarmente y científicamente desarrollada, con los mejores matemáticos del mundo y una concentración de los recursos del Estado en esos dominios, no fue capaz de competir con los Estados Unidos en el plano tecnológico. En 1986, Gorbachov quería salvar la Unión Soviética y el Partido Comunista intentando modernizar la industria y las máquinas-herramientas. Él pensaba: “La tecnología son las máquinas”. Pero la transformación de la industria pasaba justamente por la adopción de una nueva forma de organización y la difusión de la información. Por lo tanto,

había que liberar la economía del Gosplan e intercambiar informaciones libremente. Cuando empecé a trabajar sobre la Unión Soviética a mediados de los años ochenta, un poco antes de la perestroika, todavía era necesario pedir una autorización del responsable político para sacar una fotocopia en la Academia de las Ciencias. No había computadoras personales sino máquinas de escribir, y el télex estaba encerrado en un despacho con el control político correspondiente. Pude entonces demostrar que, sin un mínimo de apertura de la sociedad, no podía haber desarrollo tecnológico.

No quiero decir con ello que si las tecnologías de la información se desarrollan, las sociedades se hacen más libres, porque también se puede utilizar la tecnología para oprimir. Tal es el caso en Singapur o en China, y los Estados Unidos intentan hacerlo en este momento para vigilar la población, pero la eclosión de una sociedad totalmente fundada en la interactividad y las redes de comunicación no es posible sin una liberación de las energías sociales.

Aparte de esos países que transformaron sus estructuras empezando relaciones más o menos contradictorias con las tecnologías de la información, ¿cuáles fueron los diferentes ritmos de desarrollo de esta nueva sociedad red en el mundo capitalista?

Digamos, para empezar, que la mayoría de las sociedades aceptó una situación de subordinación tecnológica. Ese es el caso de España, por ejemplo. Ahí importaron tecnologías, lo que significa que se apoyaron en un movimiento de consumo más que de producción de la tecnología. Francia, desde este punto de vista, es muy diferente de España, ya que observamos una producción tecnológica considerable. De hecho, Francia y el Reino Unido son probablemente los países más desarrollados de Europa desde el punto de vista de las tecnologías de la información, pero en Francia siempre hubo una veleidat por encontrar el “modelo francés” de las tecnologías, haciendo difícil la difusión de la tecnología en estructuras organizacionales flexibles.

El caso más extraordinario es el minitel. El minitel estaba adelantado en relación a todo el mundo, y con esa tecnología Francia pudo haberse lanzado en proyectos interesantes desde los años ochenta, pero se confundió el minitel con la guía telefónica y se privilegió el modelo estático a través del cual se envía mensajes a la población. Cuando los que gestionaron el sistema descubrieron que lo que era verdaderamente usado era la mensa-

jería rosada, ya era demasiado tarde, pues Internet ya se desarrollaba. Con la capacidad tecnológica e industrial de Francia al principio de los años ochenta, un Internet francés se podría haber desarrollado mucho más rápidamente. El problema fue que había un lado burocrático, institucional y nacionalista que desvió y retrasó el desarrollo del minitel, y luego del Internet. Con este ejemplo, vemos que los modelos institucionales y culturales son esenciales para explicar no sólo la diferencia de velocidad en la difusión tecnológica, sino aún más la diferencia de apropiación de las tecnologías.

Para tomar un ejemplo diferente, los Estados Unidos están totalmente atrasados en lo que se refiere a las comunicaciones móviles. En el 2004, en la Unión Europea, la tasa de penetración de los teléfonos móviles en la población llegaba al 85%, mientras que era de 54% en los Estados Unidos. La razón no es que los americanos sean más idiotas que los europeos, pero la estructura industrial del mercado liberalizado de las telecomunicaciones en los Estados Unidos hizo que cada operadora haya querido tomar el mercado de la otra, en vez de construir acuerdos de cooperación para aumentar su mercado global, como fue el caso en Europa. Primeramente, los Estados Unidos no construyeron un mercado unificado, mientras que Europa sí lo hizo. En segundo lugar, el sistema de pago en los Estados Unidos hizo que el que paga sea el que recibe la llamada, por lo que todo el mundo apagaba su teléfono. No entendieron la lógica: una red que está medio cerrada no funciona. Este ejemplo muestra sencillamente que la diferencia de entrada en la sociedad red también se explica por formas específicas de organización de la competencia.

Para quedarnos en la comparación Europa-Estados Unidos, también está claro que la innovación tecnológica fue retrasada en Europa, con excepción del caso de Finlandia. Este retraso tuvo esencialmente tres razones:

- La política universitaria: las universidades americanas siguen siendo los centros de innovación y las universidades europeas siguen siendo centros de reproducción de los conocimientos.
- La ausencia de sistema de capital-riesgo: los empresarios deben emigrar a otro lado para ser capaces de transformar ideas en innovaciones.
- Las políticas de la Unión Europea, y sobre todo del Gobierno francés, que apostaron por los así llamados campeones nacionales y llegaron a subvencionar los gastos de investigación de las grandes empresas, cuando se sabe muy bien que fundamentalmente la innovación no

viene de las grandes empresas, sino de las universidades y de los pequeños empresarios innovadores.

Para usted, tres mutaciones empujan al desarrollo de la sociedad red a partir de los años setenta: las tecnologías, la economía y la cultura. Sobre este último punto, usted habla de los movimientos culturales de finales de los años sesenta. Según usted, éstos tuvieron un peso esencial en la definición y promoción de esta sociedad red: el Movimiento Free Speech en California y el Movimiento de Mayo de 1968 en Francia. Esta hipótesis me dio la impresión de que usted daba demasiada importancia a esos movimientos en su impacto y su onda de choque a escala mundial. Usted transforma a estos movimientos culturales en el detonador, cuando me parece que son sólo un aleteo de mariposas. ¿Puede usted explicarnos este argumento?

En primer lugar, desearía recordar que esos movimientos culturales no son movimientos políticos: no apuntaban al Estado ni en Berkeley, ni en París, ni en Italia en 1969, ni en Japón en 1968. ¿Cuál era el mensaje de esos movimientos culturales? “Hay que cambiar los valores de la sociedad”. Lo que digo es, por un lado, que hay transformaciones importantes de los valores de la sociedad que fueron directamente producidos por esos movimientos: el feminismo, la ecología, la libertad individual. Claro, el movimiento feminista no explica por sí solo la transformación de la condición de las mujeres, que está ligada a una mutación más profunda del mercado del trabajo y del empleo. La crisis de la familia patriarcal tradicional es un elemento esencial de la transformación que yo teorizo a través de la sociedad red. Hay diferentes redes que se substituyen a la familia tradicional nuclear y la crisis, irreversible y fundamental, de esta forma de familia, está directamente ligada a los movimientos sociales.

Otro ejemplo: el movimiento ecologista, que adoptó una serie de nuevos valores que sobrepasan el ambiente para tratar de economía política y de equidad social. Esos valores constituyen hoy en día la matriz de las transformaciones de la relación entre economía, sociedad y cultura. No digo que la ecología es la fuerza política más importante, sino que todo el mundo tuvo que teñirse de verde, hasta los conservadores, y es en eso que la ecología representa una revolución cultural y no una revolución política.

Observamos, entonces, una hegemonía cultural de esas ideas. En lo que se refiere al individualismo y a la libertad personal como valores centrales de la sociedad, quisiera recordar que la idea de la primacía del individuo en la izquierda francesa de los años sesenta –comunista, nacionalista y socialista– era según ellos una construcción burguesa. Había marxistas que hacían análisis muy complicados para mostrar cómo la individualización era una construcción de la burguesía, para sacar al sujeto-ciudadano de la relación de clase.

A propósito de revolución cultural, acerca de la cuestión del individualismo, ¿dice usted que esos movimientos hicieron tomar conciencia a la sociedad en su conjunto de la necesidad de desarrollo de la libertad individual y de la autonomía del actor social?

No, no digo tomar conciencia, pero digo que contribuyeron a la difusión de los valores de individualismo. Hay que recordar que el Movimiento de Mayo de 1968 era explícitamente anarquista.

Pero del anarquismo de 1968 a los valores libertarios del Silicon Valley hay un trecho. ¿Hace usted diferencias entre esos dos movimientos?

Ninguna. No veo ninguna diferencia desde el punto de vista de la transformación de los valores culturales y de la primacía de la libertad individual. En el Silicon Valley, el espíritu y los valores libertarios tuvieron un claro impacto en la revolución tecnológica. La revolución tecnológica fue ante todo una revolución de los valores de la sociedad, porque Internet y lo esencial de esas nuevas tecnologías está fundado en el código abierto. Fueron informáticos, financiados por el ejército, quienes desarrollaron nuevas tecnologías y las pusieron a disposición de todos sin derecho de propiedad. Desde el punto de vista de la relación entre tecnología y cultura, es extremadamente interesante, es una tendencia anarquista y para nada capitalista. Toda la historia de Internet se fundó sobre la noción de libertad de acceso y de apertura del código. Es en ese sentido que la noción de libertad en los Estados Unidos fue capital para el desarrollo de la sociedad red, lo que no era igual en Europa.

Lo mismo para la World Wide Web: fue creada en Ginebra, por un ingeniero del CERN⁶, fuera de su tiempo de trabajo, en la noche de un día domingo. En cuanto la encontró la puso sobre la red. Todos los ingenieros informáticos han trabajado de esa manera. Los famosos *hackers* de los laboratorios del MIT son todas personas que han creado por el placer de crear, y que luego han difundido sus innovaciones para que todo el mundo tenga acceso a ellas. Es lo que hacemos y siempre hemos hecho en la universidad: no ganamos dinero con nuestros artículos, no pedimos propiedad intelectual por ellos, simplemente queremos que nos citen y que todo el mundo progrese.

Esta cultura universitaria fue transformada en tecnología, a la que yo llamo “tecnología de libertad”: libre comunicación, libre innovación, libre difusión. La gran batalla que se libra actualmente es sobre la mercantilización de este espacio de libertad. Otro ejemplo, los dos tercios de los servidores de la World Wide Web son administrados por un programa informático que se llama Apache. Apache fue creado por una comunidad en barrios marginales de San Francisco, que fue una especie de comunidad a la vez *hippie* e informática. De vez en cuando, debían hacer algo de uso comercial para vivir, y así sacaron Apache, creando a la vez un sistema de reparto para todo el mundo. Los dos tercios de la red son entonces administrados por un programa gratuito.

Hay una relación directa entre las características libertarias de la revolución tecnológica y el movimiento cultural de los años sesenta. No porque las personas que crearon Internet hayan sido activistas, sino porque estaban sumergidas en esa cultura, en esas ideologías. Era impensable para un joven en 1985 en San Francisco decir: “Yo voy a vender mi innovación, mi creación”. El único que hizo eso se transformó en el hombre más rico del mundo, Bill Gates, el único, además, unánimemente detestado por todos los innovadores. Al contrario, los grandes innovadores de esta revolución tecnológica escogieron la libertad de creación en la continuidad de los valores libertarios de los años sesenta. No es una afirmación ideológica, sino una reflexión sobre la historia y la difusión de las ideas de libertad.

6 Consejo Europeo para la Investigación Nuclear.

Las identidades y los movimientos sociales

Para continuar con los movimientos sociales y sus roles en la transformación de las ideas y de los valores de la sociedad, orientémonos hacia los tres capítulos centrales de *El poder de la identidad* [1998a]. Usted propone una clasificación de los tres grandes tipos de movimientos sociales contemporáneos: los movimientos de oposición al nuevo orden mundial, las reivindicaciones y acciones ambientales y los movimientos sobre la familia, la sexualidad y el género. Estoy asombrada, pues usted sitúa en la categoría de los movimientos anti-globalización a las milicias patrióticas americanas, Al Qaeda y los grupos alter mundialistas. ¿Deseaba usted ser políticamente incorrecto?

Empecé por observar que las milicias americanas, así como la secta japonesa Aum Shinrikyo, se movilizaban contra las multinacionales, contra el capitalismo de las grandes empresas y contra la globalización. Desde ese momento, la gente gritó “¡Loco!”. Luego, cuando incluí los movimientos de justicia global en esta misma categoría, me hice sermonear por mis estudiantes de Berkeley: “¿Cómo se atreve usted a comparar esos movimientos?” Sin embarbo, después de *La ciudad y las masas* [1986b], siempre pensé que había que definir los movimientos sociales por los objetivos que se fijan ellos mismos. Si uno empieza a interpretar el sentido del movimiento social para decir lo que es inconsciente o consciente, lo que está bien o mal, se pierde lo esencial: la causa, el eslogan, la bandera llevada por esos movimientos sociales. Desde ese punto de vista, todos esos movimientos se posicionan contra la mundialización y contra ese nuevo orden mundial.

Usted construye todo el volumen alrededor de una tipología de las identidades compuesta por tres tipos de identidades. La primera es una identidad de legitimación, proveniente de un poder o de una institución que se despliega en un espacio dado, localizado o en red, y que da nacimiento a la sociedad civil. El segundo tipo son las identidades de resistencia que emergen contra el sistema de valores dominante y crean una organización en comunidades. Finalmente, un tercer tipo de identidad está fundado en la identidad de proyecto, donde uno se sitúa menos en un comportamiento de resistencia que en la propuesta de un contra-proyecto social. Así, el conjunto de su trabajo consiste en observar las dinámicas y la dosificación de cada una de esas identidades: el debilitamiento de las identidades de legitimación de la sociedad civil, la explosión de las identidades de resistencia de las comunidades y su gran pregunta, que es: “¿Vemos emerger identidad de proyecto en la sociedad?” ¿Cómo surgió la noción de identidad en su investigación? ¿Cómo construyó esta tipología?

Construyendo mi reflexión, no había partido del concepto de identidad. Yo buscaba una palabra que simbolizase de la mejor manera el movimiento social que observaba, esa nueva dinámica social. Empecé a reflexionar en términos de identidades, me sumergí en los enfoques teóricos de esta cuestión (el nacionalismo, el comunitarismo), pero lo que funcionaba en un campo no funcionaba en el otro. Con el nacionalismo podía analizar el ejemplo catalán, pero no la crisis del patriarcado, el movimiento ambiental o el movimiento zapatista.

Primero observé que ciertas identidades están constituidas a partir de un proyecto de legitimación por los electos, por las organizaciones dominantes, por el poder. Para ello, sin embargo, es necesario que la gente crea en ello, de lo contrario no se apoya la construcción de la hegemonía. No se necesita solo que la gente construya esta legitimidad, sino que debe haber organizaciones en la sociedad que compartan los mismos valores legitimadores, más allá del Estado. Por lo tanto, la identidad de legitimación explicaba una parte de los valores y de los movimientos sociales, pero no el desarrollo de los movimientos islamistas o cristianos fundamentalistas, que crean identidades comunitarias. El objetivo de esos movimientos es crear una resistencia, una comunidad de resistencia negra, islamista o chechena que apunta a disociarse del resto de la sociedad.

Por fin, otras comunidades apuntan a diferenciarse para intentar luego hacer valer un proyecto de integración. Los ecologistas, por ejemplo, no dicen sencillamente: “¡No toques mi bosque!”, sino que también piden la transformación de las relaciones de producción y la introducción de una compatibilidad económica que tome en cuenta el consumo de los recursos. Es una identidad que se funda en la relación con la naturaleza, pero también es una identidad de proyecto que tiene un objetivo de generalización. Otro ejemplo es el movimiento feminista. Hay mujeres que dicen: “Soy una mujer y no tengo nada que ver con los hombres”, situándose así en una identidad de resistencia. Por otro lado, sin embargo, hay movimientos que defienden la transformación de la familia, que intentan renovar las relaciones hombres-mujeres-niños-niñas en la familia, y estas últimas se sitúan, entonces, en una identidad de proyecto: la reforma de la familia patriarcal y la elaboración de otras reglas de coexistencia familiar.

Para poder interpretar las cosas y comunicarlas claramente, pensaba que era mejor empezar el primer capítulo con una tipología de las identidades con el fin de ser capaz de mostrar luego, en el análisis de los diversos movimientos, cómo esas dimensiones pueden transformarse en herramientas de análisis útiles.

Para entrar realmente en la estructura de la obra, se me hace difícil comprender la diferencia analítica que usted hace entre identidades y movimiento social, en particular la partición entre sus dos primeros capítulos. Al Qaeda es tratado como un movimiento social contra el nuevo orden mundial, y no se lo menciona en la parte concerniente al surgimiento de los fundamentalismos religiosos.

Es una cuestión metodológica que desearía esclarecer: el capítulo de las identidades es sobre un análisis teórico ilustrado por observaciones empíricas más precisas, sin presentar estudios de caso en el sentido fuerte del término. Los capítulos sobre los movimientos sociales son estudios de caso centrados en la cuestión de las identidades, lo cual tiene sus dinámicas específicas. En un primer momento, desé explicar la historia social del fundamentalismo sin describir Al Qaeda. Las investigaciones sobre los movimientos sociales son estudios que construí con un enorme trabajo, asistentes de investigación, documentación, textos, etc. En todos

mis libros, hay constantemente una diferencia entre la interpretación de los datos que obtuve a partir de fuentes secundarias y los estudios de caso que construí.

El primer capítulo es más un marco de contexto y de análisis que le ayudó a leer los estudios de caso profundizados del segundo capítulo. En éste, usted subraya que las tres formas de identidad emergentes son las identidades nacional, religiosa y localista. Así mismo, usted dice que toda identidad está siempre fundada en estas tres identidades primeras. ¿Qué quiere decir con esto?

Habitualmente, cuando se habla de identidad, la respuesta es que cada uno de nosotros está inscrito en un gran número de identidades. Pero, ¿por qué movilizarse por la una o la otra si tenemos tantas identidades diferentes que defender? El problema es que este enfoque no toma en cuenta la existencia de ciertos principios identitarios específicos. Si adherimos a tantas identidades, ello quiere decir que la práctica de construcción del sentido no viene de ninguna de esas identidades en particular. Así, ciertas personas funcionan sin referentes identitarios. En cambio, si uno se moviliza dando un sentido identitario a una práctica social, vemos que una identidad domina y nos empuja a la movilización. Por ejemplo, claro que los miembros de Al Qaeda son a la vez musulmanes, árabes, egipcios, tienen varias identidades particulares fuertes y demás, pero su acción, su movilización, se focaliza en una de esas identidades: el islamismo. Es lo que llamo identidad primaria.

Las identidades frente a la sociedad red

Desearía abordar una cuestión central que es la del surgimiento de la sociedad red y el desarrollo de esas identidades primarias. ¿No estamos asistiendo a una forma de repliegue identitario o comunitario, una especie de reacción, de seguro frente a la subida de una sociedad red globalizada? Me asombro, al leer sus capítulos por estos dos movimientos: la difusión de ciertos valores universales y la contra-tendencia que empuja a los individuos o a los colectivos a volverse a anclar en tradiciones locales, más o menos ficticias por cierto. Universalismo de un lado, regreso a lo tradicional de otro.

Por ejemplo, leyéndolo, tenemos la impresión de que el nacionalismo nunca fue tan fuerte desde que la nación está fragilizada en el plano identitario.

En efecto los nacionalismos se encuentran sanos en todo el mundo, incluyendo Europa: el País Vasco, Cataluña, Quebec, Kurdistán, las naciones oprimidas y Francia, claro, con la oposición a la Unión Europea.

El “no” a la Constitución europea en Francia podría explicarse en parte por un rebrote de nacionalismo...⁷

Sí, pero más ampliamente. Si usted mira el discurso de Nicolas Sarkozy, verá que él defiende cierta tradición política del nacionalismo francés. Su posición es a la vez la de un nacionalismo-proyecto y la de un nacionalismo de resistencia.

Para regresar a la temática central de la relación entre la sociedad red y el poder de la identidad, reconozco que es una pregunta que no estaba planteada al principio en mi problemática. En el plano teórico, como se lo dije, no había partido de las nociones de redes y de identidades. Me había lanzado en el análisis de la relación tecnología-economía-cultura, y encontré las redes. También deseaba estudiar la relación entre el Estado y los movimientos sociales, y puse de relieve la importancia de las identidades. Cuando intentaba comprender el mundo actual, dos dinámicas disociadas me parecían ineluctables, la de las redes y la de las identidades, y me pregunté cuál podía ser la relación entre las dos.

Después de haber analizado esas dinámicas en los dos primeros volúmenes de la trilogía, intenté en el tercero comprender sus efectos sobre la transformación del mundo: el fin de la Unión Soviética, el auge de la economía criminal, el desarrollo del Asia del Pacífico, la construcción europea. En cada uno de esos ejemplos, yo volvía a encontrar la dialéctica entre redes e identidades que se concretizaba de manera diferente, pero no comprendía cómo se articulaban esas dos dinámicas.

Hoy en día, no puedo formular más que hipótesis, porque se necesitarían estudios mucho más detallados para probar realmente que las cosas

⁷ La consulta fue realizada el 6 de mayo de 2005. El 29 de mayo, los resultados del referéndum sobre la Constitución europea daban la mayoría al “no”, con el 54,57% de los sufragios.

funcionan así. Pienso que hay dos niveles de comprensión. El más evidente es que, en una situación en que la red se despliega mundialmente según una lógica programada que se apoya en la exclusión o la inclusión, la exclusión de las redes conlleva oposiciones que no pueden ser oposiciones reivindicativas, sino oposiciones muy radicales contra el sistema y sus valores fundadores. Si aplico esta hipótesis a una serie de movimientos como los zapatistas mexicanos, ese tipo de reivindicaciones radicales contra las redes globales se explica completamente. Los zapatistas, como otros movimientos de oposición contra el nuevo orden mundial, dicen: "Ustedes me excluyen del sistema, pero de todas maneras rechazo ese sistema". No son movimientos reivindicativos, como los movimientos obreros que luchaban contra la explotación y en favor de una más justa repartición de los frutos de su trabajo.

Entiendo, pero me parece que los zapatistas no sólo se oponen al sistema, sino que se dirigen más precisamente a una autoridad designada, el Gobierno mexicano, para intentar obtener satisfacción.

Para nada, los zapatistas querían pedir el apoyo del Estado mexicano contra la red mundial y la integración comercial. Los zapatistas atacaron el 1 de enero de 1994, el primer día de entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Decían explícitamente que no querían que los mercados determinen su vida en lugar del Estado mexicano. Se trataba de una lucha exclusiva contra las redes globales. Esta oposición radical a las redes globales se ilustra en numerosos movimientos. En Japón, la secta Aum Shinrikyo defiende, según modalidades mucho más místicas, que el Japón y sus grandes metrópolis se transformaron en el corazón de la red global, conllevando la desaparición de la identidad japonesa. La secta promueve un retorno al Japón fundamental y tradicional.

Para Al Qaeda, esta oposición también es totalmente evidente...

Sí, es extremadamente claro, aunque Al Qaeda no tenga ambiciones económicas, sino un objetivo cultural. El islamismo es una doctrina cultural. Los islamistas se consideran como humillados porque su cultura no se ubica en el corazón de la sociedad y desean derrocar completamente el sistema. Para concluir, la primera hipótesis que intento ilustrar es que,

aunque ciertas categorías están excluidas de las redes que organizan el conjunto del mundo, de todas formas van a intentar modificar el programa, el *software* de la red, que es el que determina las reglas de funcionamiento, de inclusión y de exclusión.

También desearía abordar una segunda hipótesis que me parece importante. Los Estados-naciones protegieron durante mucho tiempo subconjuntos identitarios de un país o de una cultura, pero progresivamente los Estados se transformaron ellos mismos en globalizadores y los movimientos sociales se sintieron cada vez menos protegidos ante el auge de la globalización. Sin embargo, si las redes determinan y controlan la vida de personas que no pertenecen a esas redes, por un lado, y, por otro, el Estado-nación ya no los protege, entonces se crean las condiciones para la cristalización de identidades de resistencia extraordinarias. Este proceso va a apoyarse en valores nacionales, religiosos y étnicos para atacar las redes globales y los Estados que las abandonaron.

Lo que me asombra en lo que usted subraya es que se puede pensar que las redes globales casi no tienen identidad. En ese caso, se puede levantar contra ellos toda forma de reivindicación identitaria: los islamistas pueden no reconocerse en la red mundial porque no es una red musulmana, los judíos, los países del Sur... En fin, toda identidad particular puede atacar la red diciendo que la red global no es la suya, no representa su propia ley, sus propias reglas.

A pesar de ello, todos sabemos que, aun si McDonald's se ha localizado —hace pastas en Italia y hamburguesas de queso en Francia—, representa la cultura de las redes de dominación. La identidad de las redes globales no es americana, pero se caracteriza por los valores cosmopolitas, ellos mismas llevados por las élites americanas, japonesas, francesas, etc. que viven en la red y navegan en el espacio de los flujos. Esas élites tienen más o menos los mismos valores. Aun si efectivamente las redes globales no son identitarias, descansan en una valorización de la globalidad como identidad universal.

Dicho esto, en los años noventa identifiqué que los movimientos identitarios también construyeron redes. Las oposiciones ya no representan comunidades contra redes, sino redes contra redes.

¿Es lo que usted llama *grassrooting of the the space of flows*⁸?

En efecto, el movimiento antiglobalización se organizó en red, y luego todo tipo de movimientos sociales de contestación del orden mundial se pusieron en red para promover identidades y sistemas de valores alternativos.

¿Destrucción o transformación de la sociedad?

Se percibe, al leer *El poder de la identidad*, una mirada eminentemente crítica con relación a las comunidades y las identidades de resistencia. Veo en su argumentación cierta forma de nostalgia con relación a la sociedad civil vista como más abierta a la negociación, a la democracia. Ello me asombra de usted, ya que en la primera parte de su carrera usted mostró cómo esa vieja sociedad civil de la era industrial estaba formateada y poco abierta a la negociación. Hay cierta ironía en darse cuenta de que la sociedad civil era finalmente más abierta a la negociación que la sociedad actual, estallada en comunidades, entre resistencia y dominación.

Primeramente, desearía subrayar que siempre intenté prohibirme las tomas de posición. Desde el punto de vista de la investigación, toda parcialización es un prejuicio que desde el punto de vista estrictamente científico no es riguroso.

No es simplemente una cuestión de prejuicio, sino de argumentación. ¿De verdad las antiguas sociedades civiles eran más abiertas en sus estructuras políticas que la nueva organización comunitaria, tomando en cuenta sus observaciones empíricas?

Prohibiéndome todo prejuicio, observo que las comunidades identitarias son elementos esenciales de organización del sentido y de la movilización de millones de personas. Hasta movimientos que defienden valores humanos abyectos, como Al Qaeda, golpean el imaginario de millones de jóvenes en el

8 Esta frase podría ser traducida como “el surgimiento de los movimientos sociales en el espacio de los flujos”. *Nota de la traductora.*

mundo. En Barcelona, a finales de septiembre del 2001, unos días después de los atentados del 11 de septiembre, vi a miles de personas corear “¡Bin Laden destruye América!”. De manera paralela, hay que captar bien que una comunidad fundamentalista es una comunidad cerrada sobre ella misma, cuyo principio es rechazar la relación social. Si los valores de esta comunidad son, según ella, los únicos valores aceptables en la sociedad y que más allá se debe vencer o destruir, está claro que se ha llegado al límite de toda sociedad civil.

No digo “Ah, el buen viejo tiempo de la sociedad civil”; simplemente subrayo que con la sociedad civil observábamos la existencia de relaciones sociales, aun si podían ser conflictivas, integradoras o manipuladoras. Constató que la dinámica de refuerzo de la oposición, no a través de los movimientos sociales alternativos, sino a través de una oposición identitaria radical, conlleva a la destrucción de la sociedad: la sociedad civil desaparece y nos acercamos a la violencia pura.

Usted separa voluntariamente el movimiento ambiental de los otros movimientos diciendo que es un movimiento pro-activo, mientras que los otros son movimientos reactivos. No entiendo por qué el movimiento alter-mundialista no es según usted un movimiento pro-activo.

Digamos que la diferencia no es tanto entre movimientos pro-activos y reactivos, sino que la red alter-mundialista es más una alianza de diferentes movimientos más que un movimiento identitario. Su reivindicación se concentra en la ausencia de democracia a escala mundial. Es, por lo tanto, un movimiento con vocación política. La base de este gran movimiento se caracteriza por diversos movimientos sociales, de los cuales la mayor parte son movimientos identitarios: indígenas, ecologistas, el movimiento de las mujeres, los movimientos regionales, etc. En Francia, una de las identidades alter-mundialistas se ancla en el Lorzac con una cierta forma de nacionalismo agrícola francés: la buena gastronomía francesa contra la mala comida global de McDonald's. Es, entonces, una red para una democracia mundial, mientras que, por contraste, Al Qaeda es un verdadero movimiento identitario. Al mismo tiempo, el alter-mundialista tampoco es un movimiento exclusivamente político, porque el proyecto político se mantiene relativamente abstracto. En Porto Alegre, había 5 000 reuniones diferentes organizadas por 600 organizaciones o grupos *ad hoc*, y la vieja izquierda navegaba entre todas ellas.

Si nos quedamos con la metáfora de un movimiento-red, ya que usted estaba en Porto Alegre en enero del 2005, ¿hay personas que buscan programar esa red? Debe haber luchas de influencia para programar la red que, hasta ahora, no tienen *software* de explotación.

Absolutamente no. Es por esta razón que la red se difunde y se hace difícil de controlar o de destruir. Ciertamente, hay personas del *Monde Diplomatique* que intentan simplemente mantener las pasarelas entre los diferentes medios. Luego, claro, siempre están los trotskistas que intentan poner el programa común, pero no hay una real diversidad de proyectos y todo el mundo intentaba encontrar en el foro de Porto Alegre una manera de expresar sus propios proyectos y de obtener la solidaridad de los otros. No imaginan imponer sus programas a los otros, sino que quieren obtener su apoyo.

Cada uno de los cinco movimientos de lucha contra el nuevo orden mundial mezcla diversos tipos de identidades primeras, nacionales, religiosas y locales. Para el movimiento alter-mundialista, ¿la identidad primaria de éste no es el localismo, la valorización de la autonomía de las comunidades locales? ¿Qué piensa de esto?

No del todo. Son en parte sólo movimientos localistas, pero no pienso que ésa sea la característica de la red en su conjunto. Los movimientos identitarios en Bolivia no son locales: son representativos de una cultura étnica, de una tradición cultural. Si hablamos de movimientos religiosos —porque también hay movimientos religiosos entre los alter-mundialistas: el movimiento del milenio es fundamentalmente un movimiento cristiano—, vemos que no son movimientos localizados. Una buena parte de la red alter-mundialista es representada por el movimiento ecologista, que no es local sino internacional.

Lo que me interesa en ese movimiento, y lo que le da su fuerza, es su extrema diversidad y su dimensión universal debido a su intercambio de identidades y de valores de diversos horizontes. En Porto Alegre, 160 000 personas participaron en el foro en enero del 2005. De ellos, 70 000 acampaban en pueblos temporales auto-construidos y totalmente auto-administrados. Todo eso funcionó sin problemas, sin violencia, sin incidentes.

En *El poder de la identidad*, usted trata del fin de la sociedad patriarcal. Leyéndolo, se tiene la impresión de que los antiguos grandes modelos de la sociedad industrial occidental, como el Estado-nación, la familia patriarcal, el modelo industrial, son atacados, debilitados por todos lados, por las redes, por arriba, por abajo, por esas identidades resistentes y esos movimientos sociales. Tal como usted lo presenta en la introducción y en la conclusión, se tiene la impresión de asistir al surgimiento de un nuevo orden mundial, de una sociedad red que suscita resistencias por todos lados, mientras que en paralelo usted demuestra que esas resistencias son en sí mismas extremadamente antitéticas y proponen sistemas de valores que son contradictorios.

Primeramente, hay que subrayar que hay una miríada de movimientos sociales, y esta observación rompe con las tesis sobre la pasividad de las sociedades, las cuales defienden, por ejemplo, que la gente es conformista e individualista. Hasta el individualismo puede ser extremadamente revoltoso: existen movimientos de resistencia identitaria o movimientos puros de rebeldía que no son contruidos alrededor de un contra-programa, de una contra-sociedad.

Luego, en segundo lugar, no hay movimiento social central: la sociedad red, por su dialéctica conflictiva, se caracteriza por la ausencia de movimiento central, por la estructura descentralizada de las redes de poderes. En la sociedad red, los movimientos sociales están estallados, sin posibilidad de paso entre ellos. En ese sentido, se trata de un sistema totalmente diferente con relación a la era industrial, donde el movimiento obrero logró imponer su visión de una sociedad alternativa.

Luego, en tercer lugar, entre los movimientos se percibe contradicciones profundas que se ilustran diferentemente en diversas culturas y diversos países. Por ejemplo, el movimiento islamista fundamentalista no tiene tanto peso dentro de los movimientos feministas.

En efecto, y en ciertos suburbios franceses se asiste a tensiones directas entre dos tipos de movimientos sociales: los movimientos feministas y el resurgimiento del fundamentalismo musulmán.

Es un laboratorio interesante, pero relativamente raro. En los Estados Unidos tenemos más bien, en ciertos Estados, movimientos nacionalistas tradicionalistas que se desarrollan sin que por ello haya confrontación con

movimientos gays o ecologistas. También hay mujeres islamistas radicales que aceptan el Corán, llevan el velo y pueden, en el extremo, ubicarse en la vanguardia de las luchas, incluyendo los atentados suicidas. Digamos que la frontera es un poco más compleja.

Sin embargo, luego de su pregunta, debo decir que es cierto que la explosión de movimientos sociales esencialmente identitarios puede conllevar no sólo a la ausencia de alianzas y de proyectos comunes, sino también a contradicciones profundas entre los diferentes movimientos. La diversidad de los movimientos sociales es interesante, pero es potencialmente contradictoria. Para controlar esas contradicciones, otra manera de actuar es el método del movimiento alter-mundialista, que no se impone como un movimiento central, pero considera simplemente que todo el mundo puede decir y hacer lo que quiere. El único punto de acuerdo es ser capaz de expresar valores alternativos, formas de resistencia que escapan a la represión del sistema político o tecnocrático. El sentido del movimiento es desmarcarse de la mediación política: no pretende tomar el poder, sino apartarse de él, lo que es totalmente distinto.

Los poderes en la sociedad red

Al leer sus análisis sobre el poder en la sociedad red, presentes en los tres volúmenes de la trilogía, así como en publicaciones más recientes [*The theory of the network society*, 2004], se percibe una relación casi sistémica entre la forma de la técnica y la forma del poder. Usted dice, por ejemplo, que la tecnología energética es una tecnología que demandaba la centralización por esencia, una concentración que hizo nacer una sociedad industrial extremadamente jerarquizada y centrada. En cuanto a la red, ella llama a la gestión descentralizada, conmutadores, programadores, y, por lo tanto, a un poder en red. ¿No es este mimetismo entre estructura tecnológica y estructura de poder una lectura demasiado esquemática de su trabajo?

No, para nada. La única cosa que agregaría es que la consecuencia no es decir tal tecnología engendra tal poder: no es la tecnología la que determina el poder, pero este poder no puede ser ejercido sin tal situación tecnológica. Hablando concretamente, si usted intenta aplicar un poder centralizado en una sociedad extremadamente flexible, descentralizada, con una fuerte autonomía y múltiples redes, no funciona. Simplemente, el poder no tiene la capacidad para controlar todas las redes.

Lograba evolucionar bien en sus trabajos más estructuralistas donde el poder estaba fácilmente identificado, mientras que así como lo presenta, el poder en la sociedad red es borroso, no se ve dónde están sus actores, es difícil identificarlos. ¿Lo condujo su toma de distancia con relación al estructuralismo a hacer una lectura más diluida y abstracta de la noción de poder?

Considero la cuestión del poder como primordial, porque es a partir del poder que se estructura la sociedad y no a partir de la tecnología o de la economía. Dicho esto, hay que identificar esas fuentes de poder ¿Cuáles son sus mecanismos? Y solamente después: ¿Cuáles son los actores de ese poder? Los actores del poder no son necesariamente los que piensan serlo. Desde la introducción y en la conclusión de la trilogía, hay un muy largo desarrollo sobre el poder, lo que demuestra que no equivoqué la pregunta. Más que dar una respuesta tan sistemática e inequívoca, procedí por acumulación de análisis empíricos sobre el poder en diferentes dominios de la sociedad: la empresa, la cultura, el Estado.

¿Quiere ello decir que a partir del momento en que usted sale del sistema urbano para interesarse por la sociedad en su conjunto, usted considera que es demasiado amplio para hablar de cuestiones de poder?

No, en lo absoluto. Digo que un análisis del poder en la sociedad debe apoyarse sobre el estudio de los nuevos procesos de poder, en diferentes dominios, para hacer surgir lógicas comunes. Lo que yo sé es que no hay una lógica única para el poder. El poder en el Estado no es el poder en la empresa, el poder de los medios de comunicación no es el poder financiero, el poder financiero no es el poder de la cultura. Así, observamos procesos de dominación esparcidos, mientras que las ciencias sociales siempre han buscado un poder central que podía ser el del capital o el del Estado.

Luego de esta primera aproximación de la metodología y de los campos en diferentes dominios, recientemente intenté ir más lejos⁹ y progresar un poco más sobre “dónde se sitúa el poder en las redes” [2004]. En esta pers-

⁹ Manuel Castells retomó recientemente el marco teórico de *La era de la información en la* introducción de una obra colectiva sobre la sociedad red [2004]. Después de quitar el

pectiva, el primer poder es la programación de las redes, esto es, decir quién va a definir los códigos que incluyen o excluyen ciertos elementos de la red: personas, territorios y valores que no entran en el sistema y son rechazados por el código de la red.

¿Pero no va usted demasiado lejos en la metáfora de la red que estructura el conjunto de sus trabajos? Usted hace a menudo malabares entre la red técnica en sí y el funcionamiento de la sociedad, la economía, los movimientos sociales, el poder, el espacio, donde todo, absolutamente todo se transforma en red.

Es una observación pertinente, pero si la sociedad funciona realmente en redes, los conceptos que nos permiten comprenderla deben estar ligados a la idea de redes.

Ello justifica efectivamente el vocabulario...

Para regresar al poder, el ejercicio del poder en la sociedad red es la programación de las reglas del juego, incluyendo las reglas de acceso. Por ejemplo, el mercado financiero funciona por redes automáticas de computadoras activadas por *traders*. Si esos *traders* han dado las instrucciones y maximizado sus ganancias en función de la relación tiempo-beneficio, el sistema funciona según esa lógica, pero no regulamos la red, dejamos al mercado funcionar y al dólar desmoronarse, y luego los agentes se po-

marco teórico de la mayoría de sus escritos, propuso ahí una síntesis en treinta páginas de sus principales argumentos. Esclareció los diferentes componentes de la sociedad red y estudió muy particularmente su génesis, a la que relaciona con tres tendencias concomitantes: la crisis y la reestructuración del capitalismo, el auge de los movimientos socioculturales que quieren una liberación individual y una autonomía de la persona, y la revolución de las tecnologías de comunicación. Luego, el autor trata las dinámicas de esta sociedad red emergente: la noción de valor, la evolución del trabajo, los medios de comunicación, los poderes, los contra-poderes, el espacio de los flujos y el tiempo. A propósito del poder, el sociólogo fue más lejos en el uso del concepto de red defendiendo que las dos principales fuentes de poder en una sociedad que se organiza en red son las que definen los códigos de acceso y las que permiten bascular de una rama a otra. Programadores y conmutadores son los actores o redes de actores que ejercen el poder en la sociedad contemporánea.

sicionan. Ya no es un mercado, es un autómatas financiero que controla el planeta, los bancos y los agentes. Insisto, no es el mercado, no es la mano invisible: es un autómatas financiero que ejerce su poder sobre el conjunto de la economía mundial. ¿Quién es este autómatas financiero? ¿De quién viene? Es una construcción humana, no una fuerza de la naturaleza, pues se lo construyó...

Sin embargo, a partir del momento en que el poder se diluye y funciona sobre micro-relaciones y entre micro-actores, nadie controla el sistema, no hay ningún individuo que sea responsable por él. Eso es lo que usted parece decir...

El poder financiero no es todo el poder, pero originalmente hay programadores de ese sistema financiero que encontramos en la historia económica y social reciente.

¿Piensa usted en el abandono de la regulación monetaria y del sistema de Bretton-Woods?

Sí, así como en la acción del G8, la OMC y el Fondo Monetario Internacional. Son los programadores que han formateado las redes, aunque luego sean esas redes las que ejercen el poder.

Por otro lado, también utilizo el concepto de los *switchers*, que podríamos traducir por “conmutadores” o “conectores” que, con los programadores, disponen de una importancia esencial. Los conectores son, por ejemplo, actores que hacen la intermediación entre los medios de comunicación y lo político, o entre las finanzas, los medios de comunicación y lo político. Tengo una tesis de una estudiante absolutamente fantástica que detalla la organización de las redes financieras y sus relaciones con los grupos de cine y los medios de comunicación. Ella analiza la lógica financiera y la lógica política de la red a través de la televisión y el cine mundial, que siguen siendo instrumentos extraordinarios de dominación política y de influencia cultural. Las personas que se encuentran en una posición de conexión y de intermediarios, en el límite entre los medios de comunicación, las finanzas y lo político, se hacen esenciales. Sin embargo, una vez más, son mecanismos y no necesariamente personas quienes aseguran la conexión. Es en ese sentido que el

concepto de actor-red de Bruno Latour me interesa¹⁰, porque no es una persona-actor, sino una red, un grupo de intereses, de valores, lo que se constituye como mecanismo de decisión.

Así, identifiqué dos puntos claves: los programadores y los conectores. Luego, en un tercer nivel, vienen los actores. Lo esencial para esos actores es ser ubicados en diferentes esferas de poder.

Del Estado-nación al Estado-red

Para pasar al poder de Estado en particular, el fin de *El poder de la identidad* está consagrado a la crisis del Estado-nación. Usted no habla exactamente del fin del Estado-nación, sino de la creciente desconexión entre nación y poderes que le parecen cada vez menos concentrados. ¿Cuáles son las nuevas configuraciones del poder del Estado?

En la transformación del Estado-nación, el asunto fundamental es la desaparición del Estado soberano. Este análisis se apoya en dos cosas. Primeramente, cuando empecé a interesarme en esas preguntas, leí numerosos trabajos sobre el tema, los cuales mostraban la persistencia de una imagen fuerte del Estado-nación como actor, como institución, la cual estaba anclada y no dispuesta a desaparecer. En segundo lugar, observé que la gestión política cotidiana pasaba por el Estado, y, en tercer lugar, que esos Estados-naciones se ubicaban en redes de interacciones complejas que los volvían cada vez más dependientes de instituciones internacionales o supranacionales, y de redes locales

10 La teoría del actor red fue formalizada por los sociólogos franceses Michel Callon y Bruno Latour, y por el antropólogo británico John Law en los años ochenta. Esta teoría, es más utilizada en la esfera anglosajona que en la francófona (Latour, 2005), pero dispone de características clásicas de los enfoques de Callon y Latour: el complejo análisis de los actantes humanos y no humanos cuyas delimitaciones aparecen cada vez más borrosas, el estudio de las formas de traducción y de aperturas epistemológicas, considerando que el conocimiento resulta de una producción social y no de la exclusividad de un procedimiento propiamente científico. Así mismo, pone de relieve la idea de una puesta en relación de actantes humanos y no humanos dentro de una red compuesta de elementos heterogéneos. Las relaciones entre los actantes y la creación de la red se apoyan sobre operaciones de traducción: división de las representaciones e intereses (problematización) y construcción de objetivos compartidos.

o regionales. De esas observaciones salieron las hipótesis del Estado-red que expuse en el tercer volumen, *Fin de milenio*. Para ello, en ese volumen me apoyé en la construcción de Europa como el arquetipo del Estado-red. En efecto, la Unión Europea es un nuevo tipo de Estado, no es un Estado federal.

Como lo subrayan los analistas de los niveles de gobernanza en Europa, nos situamos en una cierta forma de inter-gubernamentalismo.

Sí, pero es más amplio que eso, ya que las regiones están ellas también comprometidas. Más ampliamente, mi propuesta es que el Estado-nación, como forma típica de Estado, está disolviéndose. Los Estados-naciones son una de las últimas aberraciones de la sociedad red. Todos los Estados-naciones integrados como Francia o Chile están llamados a hacerse más descentralizados y conectados a redes de poderes más amplias y más complejas.

¿Es futurología, o usted observa el comienzo de estas mutaciones?

Pienso que los aparatos de Estado nacionales tienden a reconvertirse en nodos complejos, en el centro de nuevos Estados en redes. En el plano empírico, en Europa por ejemplo, el Estado-nación se mantiene como la entidad soberana que establece luego relaciones con otras instituciones. El poder de esa red de Estado no está en las manos de la Comisión Europea, sino en las manos del Consejo de los Ministros europeos, por tanto en las manos de los Estados-naciones.

Luego, esas redes no se establecen simplemente entre los Estados. Hay otras instituciones internacionales, gobiernos regionales y locales, organizaciones inter-gubernamentales o neo-gubernamentales de diferentes niveles que participan.

A parte del arquetipo de la construcción europea, ¿en qué otros ejemplos piensa?

En América Latina, por ejemplo. Chile es un Estado-nación independiente y autónomo, pero se inscribió en varias redes de cooperación con la Unión Europea, los Estados Unidos y los países de la región del Pacífico en la APEC. La práctica cotidiana del gobierno pasa por la articulación con toda una serie de influencias políticas que desbordan el Estado-nación solo.

El Estado frente a sus naciones

Muchos de sus estudios de caso identifican una subida de los nacionalismos y de las identidades nacionales, cada vez más desconectadas de los Estados. Si el Estado parece disolverse, la Nación en cambio se mantiene como una identidad primaria poderosa. Uno de los enfoques esclarecedores sobre este tema es el de la Unión Soviética, que usted presenta al principio del tercer volumen, *Fin de milenio*. ¿Cómo la caída de un Estado tan poderoso como la Unión Soviética se tradujo en un resurgimiento de los nacionalismos?

Hablando empíricamente, hay que diferenciar tres cosas. En primer lugar, hay una enorme diferencia entre la Unión Soviética y la Federación de Rusia: en la Unión Soviética, el 50% de la población era rusa, mientras que en la nueva Federación, el 82% de la población es rusa. Aun si hay reacciones violentas hacia Chechenia, en teoría es más controlable que antes. Además, se debe recordar que los movimientos nacionalistas en la Unión Soviética fueron salvajemente reprimidos, el sentimiento de identidad nacional era muy limitado y circunscrito a las repúblicas del Báltico. Y son justamente las repúblicas bálticas las que estallaron inmediatamente en el transcurso de la perestroika. También había un movimiento nacionalista fuerte en Georgia, así como tensiones entre Azerbaiján y Armenia.

Luego, hay que notar que la Unión Soviética se construyó de manera artificial con relación a la cuestión de las nacionalidades. La Unión Soviética se apoyaba en el concepto de nuevo pueblo soviético que nunca fue totalmente realizado, a pesar de un proceso de creación de una cultura soviética *ex nihilo*. Pero el efecto perverso es que esta pseudo-identidad nacional, creada por la Unión Soviética, produjo una élite étnica que se volteó luego contra el sistema. Finalmente, el movimiento nacionalista más poderoso contra la Unión Soviética fue el movimiento ruso, que predicaba la identidad rusa, la cultura rusa, la tradición rusa. La cultura histórica tradicional era sin embargo la más sancionada porque se oponía al ideal de la Unión Soviética. Esta última se sostenía en una vocación universalista proletaria y había reprimido todos los sentimientos nacionalistas, religiosos y culturales rusos. Para salir de la ideología comunista, Boris Yeltsin se apoyó no sólo en el concepto de democracia, sino sobre todo en el del nacionalismo ruso. Recuerdo la gran manifestación que condujo

a la ruptura de la Unión Soviética: en Moscú, en marzo de 1991, la gente tenía sólo dos eslóganes: “¡Yeltsin, Yeltsin!” y “¡Rusia, Rusia!”, contra la Unión Soviética y contra Gorbachov, que representaba la ideología del nuevo pueblo soviético. La táctica de Yeltsin fue hacer alianzas para cortar cada república, cada nacionalidad del aparato de Estado soviético, gracias a acuerdos con Ucrania y Bielorrusia.

Desde el punto de vista analítico, entre la incapacidad de la Unión Soviética para entrar en el modo de desarrollo informacional y la incapacidad de un sistema para administrar las identidades nacionales dentro de un Estado extremadamente centralizado y autoritario, se dispone de dos llaves indispensables para explicar lo inexplicable en la Unión Soviética.

Miremos China y Rusia: en China –aparte tal vez del Tíbet–, ¿cómo explica usted que Estados y naciones todavía parecen ser coherentes, puesto que no hay reivindicaciones de orden nacionalista o autonomista? ¿Ello asegura entonces la estabilidad del sistema político chino?

Absolutamente, y es una diferencia fundamental. Sin embargo, en China, el 94% de la población es china, lo que quiere decir que no hay una gran divergencia étnica o nacional. En cambio, hay un muy fuerte nacionalismo chino en la población. Claro, con el Tíbet habrá problemas, porque el 6% de la población china representa una masa popular bastante considerable.

La segunda diferencia es que China, en vez de disolver la identidad tradicional china, como lo hizo la Unión Soviética con la identidad rusa, intentó valorizar la imagen de una civilización que se expandía en todo el mundo, así como promover la idea de una superioridad del pueblo chino. China confortó y afirmó su identidad nacional.

¿Pero por qué, en China, la entrada en la sociedad red no pasa, como en otros lugares, por una subida de las identidades, no necesariamente étnicas, pero fundadas sobre otras bases: contra el Estado o contra la cultura china dominante?

314 | Quisiera recordar que, según mi criterio, la explosión de la identidad proviene de la explosión de la dinámica social. Es más o menos fácil construir

su identidad con relación a un Estado del cual uno se siente excluido. Además, China nunca fue realmente un país muy religioso; se observa una subida de la religión en todo el mundo excepto en tres regiones: Europa occidental, China y Japón. La mayoría de la práctica religiosa en China se manifiesta por el culto de los ancestros, algo muy interiorizado. Contra el Estado, el movimiento de los derechos democráticos chinos es un movimiento absolutamente minoritario, muy ligado al movimiento estudiantil e intelectual.

En cambio, frente a la expresión de la identidad regional, hay un riesgo de subida de identidades alternativas. El Partido Comunista chino tuvo una idea genial: dio mucha autonomía a las grandes regiones con la condición de que la economía sea manejada por el partido comunista regional. Al mismo tiempo, desde el punto de vista fiscal, China es el único Estado que yo conozca que ha dado vuelta a la relación entre fiscalidad central y fiscalidad local y provincial: pasaron de una fiscalidad sobre todo central a una fiscalidad sobre todo local. De manera paralela, tuvieron una idea que me parece genial; dijeron a las regiones: "Pueden reinvertir sus impuestos, pero el Estado central no los cubre. Si ganan, nos depositan el 30%". Esta medida fue un buen negocio para el Gobierno central, dando a la vez recursos a las provincias ricas para estimular su desarrollo. Por otro lado, las provincias muy pobres, en el interior y en el oeste, pudieron organizar la inmigración de sus habitantes a las provincias del interior, mientras estas últimas siguen recibiendo una parte de los beneficios del desarrollo económico. Para concluir, con el fin de evitar las tensiones, China tuvo una política deliberada de descentralización del Estado.

La capacidad para entrar en el modo de desarrollo informacional y la de controlar las identidades, ¿son los dos elementos que permiten pensar una más grande estabilidad a corto plazo del sistema político chino?

Ello permite explicar porqué el sistema soviético se desintegró, mientras que el sistema chino se desarrolló económica y tecnológicamente. Dicho esto, hay tensiones enormes en el interior de China, sobre todo con el campo: no olvidemos que China es todavía un país rural en un 60%, con centenas de millones de habitantes, y que todo esto se va a traducir en un éxodo rural inevitable y en la explosión de las megalópolis. En una escala

tal, frente a una sociedad que se va a urbanizar rápidamente, con un Partido Comunista que ha perdido capacidades para enmarcar, hay riesgo de que este último no pueda controlar todo.

Los Estados enfrentados al desarrollo tecnológico

Al lado de las problemáticas de identidades y de nacionalismos, un segundo paralelo entre Rusia y China es interesante para entender mejor su teoría: se trata de la relación entre Estado, desarrollo tecnológico y sociedad red. ¿Cuáles son las principales diferencias que permiten explicar el fracaso de la Unión Soviética en su entrada al modo de desarrollo informacional y el éxito del socialismo chino en esta operación? ¿Quiere esto decir que el modo de producción estatal, así como la producción capitalista, puede perdurar realizando este cambio de dirección hacia el modo de desarrollo informacional? ¿Qué le inspira esta mirada entre la Unión Soviética y China, más de quince años después de la perestroika?

Es una pregunta clave para comprender la transición de sociedades hacia modos de organización social diferentes. En primer lugar, en cuanto a los quince años de desfase, no es verdad, porque China empezó su decisivo cambio de rumbo hacia un nuevo modelo de organización social y económica ya en 1979. La reunión del comité central del Partido Comunista chino, donde la política de las puertas abiertas fue decidida, tuvo lugar el 13 de diciembre de 1979. En el mismo momento, la Unión Soviética tan sólo tomaba conciencia de su estancamiento. Por lo tanto, sigo pensando que alrededor de la década de 1970-1980, todo el mundo empezó el cambio de rumbo hacia la reestructuración que coincidió —e insisto en que no fue determinado— con la revolución tecnológica.

Ciertas personas dicen que los chinos lo hicieron mejor que los soviéticos porque aprendieron de su fracaso. Eso es parcialmente cierto, ya que, viendo lo que pasaba en la Unión Soviética, los chinos dijeron: “Cuidado; seguimos con el proceso pero reforzamos el control político. La apertura económica, pero no la apertura política”. Entonces, reformularía la pregunta diciendo: “¿Por qué los chinos pudieron mantener el control de la apertura económica y no lo pudo la Unión Soviética?”

Pienso que la diferencia fundamental es que los chinos decidieron desde el inicio integrarse en una economía global —y por lo tanto capitalista— conservando el control político del Partido Comunista. El motivo profundo de esta decisión es que el comunismo chino siempre fue más nacionalista que comunista, un nacionalismo con características socialistas. De hecho, esta noción de ideología nacional comunista no es tan diferente de la del Partido Comunista francés, ya que éste se desarrolló sobre todo durante la resistencia. Es por esta razón que las complejas y defensivas relaciones con Japón y Taiwán son problemas extremadamente serios en China. Además, siempre se han preocupado por la dominación soviética, y esto explica sus muy complicadas relaciones con Rusia.

Por su lado, la Unión Soviética intentó hacer una reestructuración del sistema sin poner en cuestión su funcionamiento estatal, pero esa puesta en cuestión necesaria del sistema estatal se mostró incompatible con la pérdida de control político.

Pero, al contrario, en el caso de China, ¿qué entiende usted por “cuestionamiento del sistema estatal”? El poder de Estado se mantiene omnipresente.

Sí, pero el estatismo chino es un sistema social, no una dictadura política pura y simple. El estatismo supone que la acumulación del poder por medios políticos y militares es el objetivo del sistema en su conjunto. China escogió integrarse en una economía mundial bajo el control de la dirección del Partido Comunista, pero siempre con la muy clara idea de que se debía, por razones políticas, conservar el sistema público, los bancos, las grandes empresas estatales. El objetivo era entonces construir dos sistemas: el sistema interno económicamente estatista, que había que mantenerse por razones de estabilidad social y política, y el sistema externo capitalista. Al principio, hasta intentaron territorializar la propuesta con la idea de disociar pedazos de territorio chino integrados al capitalismo global y suficientemente productivos. Luego, se dieron cuenta de que lo que las empresas extranjeras y los inversores buscaban era sobre todo el acceso al mercado chino.

Sin embargo, aun si abandonaron el proyecto de división territorial entre la China estatal y la China globalizada, no abandonaron la división sectorial. La crisis financiera asiática de 1997, notablemente, tocó muy

poco a China, porque la integración global de la economía china es sólo parcial. Su moneda, por ejemplo, no es directamente convertible, y los flujos financieros están estrictamente controlados. La idea de una globalización financiera complementada con una regulación política, que la izquierda occidental propone a veces, es practicada por los chinos. Y a pesar de todo, los capitales internacionales llegan a China como en todos los países del mundo.

Para contestar a su pregunta, China cambió completamente de un sistema puramente estatal a un sistema capitalista de un nuevo tipo. Para los chinos, el modelo es Singapur: parcialmente leninista y jugando un rol en la escena internacional dentro del capitalismo global.

Con Singapur, usted me lleva a hacer la transición hacia un nuevo concepto ligado al poder —el cual surge en el volumen tres, *Fin de milenio*—, que es el de “Estado desarrollista”, el cual le permitió analizar el surgimiento de los tigres, las economías emergentes asiáticas. Me parece interesante hacer el paralelo con *La ciudad informacional*, pues en esa obra usted muestra que la entrada en el modo de desarrollo informacional pasa por reformas de orden liberal y por un retiro del Estado, es decir, por una reestructuración del capitalismo. Con el concepto de Estado-desarrollista, en cambio, el Estado dispone de un rol primordial para permitir la entrada de un país en la sociedad red. ¿Cuál es el sentido de esta diferencia entre las políticas de los Estados Unidos en el curso de los años ochenta y las de los tigres asiáticos en el curso de los años noventa?

En primer lugar, el concepto de Estado desarrollista (“developmental State”) fue propuesto por Chalmers Johnson, un gran politista americano, especialista sobre Japón, que fue el primero en demostrar cómo el milagro económico japonés, del cual todo el mundo hablaba en los años ochenta, estaba ligado a la capacidad del Estado japonés para organizar esas mutaciones, para controlar las grandes empresas japonesas y para estructurar a partir de un proyecto nacionalista. El Japón vencido abandonaba el militarismo pero se reconstruía como una potencia económica a partir de un proyecto nacionalista, un nacionalismo económico y tecnológico.

Completé este análisis de una manera un poco más teórica. De hecho, Chalmers Johnson¹¹ estaba completamente de acuerdo con mi reformulación de sus conceptos. Para mí, el Estado desarrollista no es simplemente un Estado que organiza el desarrollo, sino un Estado cuya legitimidad política se adscribe a su capacidad de asegurar un desarrollo, es decir, a su capacidad para administrar una estructura productiva perenne. Mi interés por este concepto proviene de mis antiguas investigaciones sobre América Latina. La cuestión de la relación entre desarrollo y democracia es una problemática muy latinoamericana, con, por ejemplo, los trabajos de Cardoso y Faletto¹² en los años sesenta. Mientras que América Latina empezó a estancarse al principio de los años ochenta, asistimos al milagro económico asiático. Entonces, decidí verlo con mis propios ojos e ir al campo. Empecé con el típico caso de Hong-Kong, en 1983, y me pareció que el rol del Estado era esencial en ese desarrollo.

El Estado tiene en Hong-Kong un peso importante mientras que, en los Estados Unidos, el Estado brilla por su *laissez-faire*, por un lado, y su estímulo a la investigación, la innovación y la educación, por otro. Con los países con Estados-desarrollistas tenemos un compromiso mucho más intervencionista en el plano económico.

Sí, pero un compromiso político variable según los países. En Hong-Kong, los puntos claves eran sobre todo la política industrial y el control del suelo, que es enteramente público. Entonces, a partir de Hong-Kong, me interesé por los otros tigres, y mostré que Singapur era el arquetipo de un modelo económico totalmente dirigido por el Estado. También era el caso de Corea, Taiwán, Japón. Mi contribución fue mostrar que también era el caso de Hong-Kong. En todos los casos, la legitimidad política era un problema central, todas esas políticas se sostenían en un proyecto nacionalista. Hasta en Hong-Kong se trataba de una

¹¹ Chalmers Johnson es actualmente presidente del Japan Policy Research Institute en San Francisco. Fue docente de ciencias políticas en diversas universidades de California durante treinta años. Dirigió en Berkeley el Centro de Estudios Chinos y luego el Departamento de Ciencias Políticas. Se hizo conocer por sus trabajos sobre la revolución china y el milagro económico japonés. A partir del ejemplo de Japón, lanzó el concepto de developmental State, "Estado desarrollista", que intentó encontrar en otros países de Asia del sureste. En Japón, este concepto encuentra sus orígenes en un intervencionismo estatal, cuyo principal objetivo es la estimulación del mercado y de lo empresarial (1995).

¹² Para los trabajos de Cardoso y Faletto, ver capítulo 4, nota 3.

especie de nacionalismo colonial promovido por la élite británica local, los últimos verdaderos oficiales del imperio británico.

Entonces, se puede decir que el Pacífico asiático, el gran modelo de desarrollo del nuevo sistema globalizado, es un ejemplo de desarrollo capitalista ligado esencialmente al Estado, en el cual los capitales, las multinacionales y las grandes empresas locales fueron dirigidas por el Estado. Las cosas empezaron a cambiar después de la crisis de 1997, pero antes era el Estado el que dirigió el capital y no el capital el que dirigió el Estado. Ese modelo se realizó en el Pacífico asiático porque tenía Estados fuertes con sociedades civiles débiles. Luego, el desarrollo suscitó el auge de una sociedad civil y una apertura democrática en los años noventa, con excepción de Singapur.

¿Se puede considerar a China como un Estado-desarrollista?

Sí.

Porque usted lo decía con un punto de interrogación en la conclusión de su capítulo sobre China...

Es verdad, pero ahora pienso que eso puede ser afirmado. Cuando lo escribí en 1996-1997, todavía no estaba seguro de que hubiese una voluntad de legitimación política a través del desarrollo, es decir, que desarrollo y nacionalismo podían juntarse en un mismo proyecto político. Hoy en día, aun si las tensiones sociales suben en China, han logrado establecer una sólida legitimidad política por el desarrollo, sobre todo en las grandes ciudades y en la clase media, que no se preocupa tanto de democracia, pero que se torna extremadamente sensible frente al alza del nivel de vida.

Espacio de los lugares, espacio de los flujos

Desearía terminar esta discusión sobre *La era de la información* con un regreso de las redes a la ciudad y a las dinámicas espaciales. Voy entonces a abordar el capítulo 6 del primer volumen (*La sociedad red*), consagrado al espacio de los flujos. El concepto de espacio de los flujos ya está presente en *La ciudad informacional* [1995], pero en una dimensión muy económica, cercana a un análisis de economía regional. Con *La sociedad red* usted agrega dimensiones culturales, societales y arquitecturales. ¿Cómo hizo esta transposición de un análisis de un espacio de los flujos de carácter económico a un espacio de los flujos más englobante, multidimensional y generalizado?

En *La ciudad informacional*, los análisis se apoyan en la observación directa y empírica y sobre los trabajos realizados en Berkeley en el campo de la geografía económica urbana. La gran pregunta de los años ochenta era: ¿Las tecnologías de telecomunicaciones difunden la ciudad y desconcentran las actividades? Yo quería llevar la contraria al mito del fin de la ciudad, y mostré que, en realidad, había procesos de concentración metropolitana extraordinarios.

También mostré que, simultáneamente, al interior de las regiones metropolitanas, asistíamos a un doble movimiento de concentración y dispersión: ciertas funciones centrales estaban reunidas cuando otras funciones estaban descentralizadas. En paralelo, en una escala más amplia, demostré que las tecnologías permitían concentrar ciertas actividades en las grandes regiones metropolitanas, establecer relaciones constantes entre esas grandes redes metropolitanas y organizar la descentralización hacia unidades secundarias de trabajo, en la electrónica y en los servicios. Es lo que llamé el es-

pacio de los flujos, que no trataba de la cultura sino de las actividades propiamente económicas. Este análisis trataba sobre el funcionamiento del sistema económico, caracterizado por el doble movimiento de concentración y descentralización hecho posible por la tecnología, por la conexión constante de los flujos de información y de comunicación.

Desde el inicio, mi idea era tratar el espacio de los flujos, pero también el espacio de los lugares. Hay puestos, lugares, que no tienen sentido como lugares. Tienen un sentido funcional sólo si son parte de una red, si pertenecen al espacio de los flujos. El espacio de los flujos comprende, por ejemplo, la sede de un gran banco en Singapur y las sedes de bancos asociados en París. Además, esos bancos tienen tendencia a concentrarse en barrios de negocios y a mantener relaciones con otros bancos del mismo barrio. Es por esta razón que asistimos a una concentración en los centros de negocios. En contraste, también hay puestos, lugares que siguen teniendo sentido como lugares¹³.

En *La sociedad red*, intenté formalizar un poco más esta teoría del espacio de los flujos y pasar de un análisis empírico, que subrayaba regularidades y que desmontaba mecanismos, a una concepción más teórica del espacio de los flujos, inscrita en la sociedad red. Para ello, amplí el marco de análisis e incorporé elementos culturales, incluyendo las formas arquitecturales.

Publiqué *La ciudad informacional* en 1989, y empecé a teorizar el espacio de los flujos en 1994 para preparar la trilogía. Por lo tanto, me beneficié de cinco años de debates luego de la publicación del primer libro sobre el tema. Una de las críticas que retuve era la de arquitectos y de urbanistas que decían: “En efecto el espacio de los flujos existe, pero de todas maneras la gente sigue apreciando sus lugares”.

La relación frente a frente, de proximidad...

Es verdad, pero no era el tema de *La ciudad informacional*, que trataba de la nueva organización funcional, económica y tecnológica, del espacio. Entonces, como para el resto de mis trabajos sobre la sociedad red, intenté construir una teoría fundada en la observación, intentando integrar todas las formas de organización del espacio.

Vi que la lógica dominante, inscrita en la estructura social y económica, era la lógica del espacio de los flujos. De manera paralela, observé una lógica

¹³ El capítulo 5 propone una discusión más completa de la dialéctica entre espacio de flujos y espacio de lugares, así como un debate sobre el surgimiento de la ciudad dual.

cultural centrada en la primacía de la experiencia, la cual privilegiaba, al contrario, las relaciones con el espacio alrededor, con el espacio localizado. Es lo que llamé el espacio de los lugares. Entonces, el espacio de los lugares no es un lugar, un puesto en el sentido geográfico o material del término –ya que en el espacio de los flujos también existen lugares– sino un espacio donde el sentido primordial está centrado en la valorización de la localidad.

Usted da en particular el ejemplo de Belleville en París, que se mantiene para usted como la quintaesencia del espacio de los lugares...

Sí, aunque en Belleville también había redes de intercambio, provenientes de la inmigración e integradas a la dinámica general de París. No es un islote aislado, pero, durante generaciones, el espacio de Belleville fue un espacio muy fuerte con relación a la experiencia vivida por sus habitantes. Entre otros, este barrio siempre fue un espacio de acogida de la inmigración y de las diferentes culturas inmigradas que coexistieron en él. Aun con la llegada reciente de clases medias, se mantiene como un espacio de fricción cultural que tiene sentido como tal, y no solamente con relación a la organización global de los flujos financieros.

A través de esta noción de espacio de los lugares, se tiene la impresión de que usted defiende la imagen de un lugar de verdad, el lugar de urbanidad, donde hay intercambios y donde la co-presencia tiene sentido: Belleville y sus intercambios, su comercio en las veredas, deambular, hablar, etc. Este espacio de los lugares tendría cierto valor social frente a la ciudad extendida, la ciudad emergente y la disolución de las relaciones sociales.

Estoy de acuerdo, pero no quisiera ir muy lejos en esta lectura, que está teñida de determinismo espacial. Me niego a decir que un espacio organizado de cierta manera implica automáticamente cierto tipo de relación social.

Entiendo. Esto se acerca al culturalismo de la escuela de Chicago que usted criticaba desde *La cuestión urbana*.

Exactamente. Hay que ver que hay barrios en Los Ángeles donde los habitantes mantienen relaciones en un espacio suburbano indiferenciado, y llegan a constituir ahí una vida social local. Se apropian de ese barrio y

comparten equipamientos colectivos. Dicho esto, es verdad que la producción histórica de espacios comunes de sociabilidad tiene tal espesor que la densidad, los espacios públicos, la multifuncionalidad, la capacidad de moverse a pie o con bicicleta, etc. contribuyen a aumentar la densidad de interacción social. Aún más, un espacio históricamente constituido es un espacio en el que hay muchos más signos, significantes, de tal manera que se puede construir una práctica y relaciones sociales.

Mi idea es que hay dos espacios: el espacio de los flujos, que es el espacio dominante, y el espacio de los lugares, que siempre ha sido el espacio de la experiencia humana. El espacio de los lugares se torna significativo como tal, aún si luego es integrado en el espacio de los flujos. Dicho esto, la mayoría de los espacios de lugares no está conectado a los espacios de los flujos.

Para retomar el caso de Belleville, que es en efecto decidor, ¿qué cambió realmente? Era un barrio soporte de prácticas sociales localizadas, estando a la vez inscrito en el espacio de los flujos de la época. Ya había una población inmigrada en Belleville en los años sesenta, la cual funcionaba según una organización económica internacional, con importación-exportación.

Absolutamente. Pero nada ha cambiado, justamente. No es el espacio de vida el que ha cambiado, sino el espacio de los flujos. Hay una continuidad histórica de las relaciones entre espacio y significación social en el espacio de los lugares, pero también hay una discontinuidad histórica que es el espacio de los flujos, ligado por una parte a la situación económica-cultural y, por otra, a la capacidad tecnológica de estar simultáneamente juntos sin estar juntos.

La segunda cosa que cambió es que la dominación de los lugares centrales sobre los lugares subordinados en el plano local, que era la principal forma de dominación, es diferente de la dominación del espacio de los flujos sobre el espacio de los lugares. La lógica del espacio de los flujos es por definición global y metropolitana. Por tanto, sitios del espacio de los flujos pueden estar bien conectados entre ellos, a escala global, y estar completamente desarticulados de los sitios que se encuentran alrededor, es decir, no ser parte del espacio de los lugares. Los nodos de flujos de una región metropolitana están en este caso ampliamente desconectados de los espacios de los lugares.

De forma paralela, muchos espacios de lugares pueden estar excluidos de la lógica fundamental de los espacios de flujos. Esto tiene consecuencias prácticas considerables. Para una municipalidad de una región metropolitana, lo esencial es ser capaz de atraer la creación de factores de riquezas, pero los factores de riqueza dependen de la conexión de esta ciudad con las redes del espacio de los flujos a escala mundial, regional y nacional. En consecuencia, los equipamientos destinados al espacio de los flujos —aeropuertos, interfaces, transportes, hoteles, barrios internacionales— tienen prioridad sobre los equipamientos destinados al espacio de los lugares, de la vida cotidiana.

Ello quiere decir que, cuando usted piensa en el espacio de los flujos, lo que primero le viene a la mente sigue siendo un espacio económico...

No, es un espacio de la dominación.

Pero usted lo describe con objetos connotados económicamente: hoteles, aeropuertos, barrios de negocios...

Son objetos que apuntan a crear valor, riqueza, ya que las formas de dominación esencial se apoyan sobre la inserción en la economía mundial, pero también podemos imaginar que sean espacios simbólicos o espacios de dominación religiosa. Un ejemplo es el espacio de los lugares santos: la Meca o San Pedro en Roma atraen millones de personas y necesitan el mismo tipo de equipamientos. Todo depende del tipo de valorización del espacio que es apuntado. Las municipalidades tienen la obligación de atraer inversores, turismo, de tal manera que luego el ingreso de esta actividad sea redistribuido a los barrios. La gestión urbana toma a cargo las tensiones entre inversiones ligadas al espacio de los flujos y las inversiones consagradas a los equipamientos locales de consumo colectivo.

El otro elemento que aparece como nuevo en este enfoque del espacio de los flujos es la dimensión de las formas urbanas, sobre todo arquitecturales. Antes, sin embargo, aun cuando usted trataba más específicamente temáticas urbanas, usted hablaba muy poco de las cuestiones de arquitectura. ¿De dónde viene esta nueva mirada sobre esta disciplina?

En realidad, siempre fui muy cercano a los arquitectos y estuve muy interesado en las cuestiones de arquitectura, aun cuando tomé ciertas distancias

con relación al formalismo arquitectural. Fui profesor invitado en la Escuela de Arquitectura de Ginebra y en la Escuela de Copenhague. Dicté un buen número de conferencias en las escuelas de arquitectura de París y alimenté profundas relaciones con la arquitectura. De hecho, este primer semestre 2005 recibí un premio de arquitectura importante en Alemania, en Karlsruhe, aun cuando no soy arquitecto. Me dijeron que había influenciado enormemente la arquitectura.

Está claro que usted es un sociólogo frecuentemente citado en las clases de arquitectura, y frecuentemente el único, por cierto.

Durante veinticuatro años, enseñé en el Departamento de Urbanismo de la Universidad de Berkeley. También recibí en los Estados Unidos el premio Kevin Lynch, que es un premio de diseño y de arquitectura. Tuve durante un largo tiempo una relación intelectual personal con la arquitectura. Sin embargo, intento ser relativamente serio: si no sé algo, no escribo al respecto. Me parece que habría sido una impostura para mí el escribir sobre arquitectura.

¿Cómo relaciona su análisis arquitectural con el estudio de la sociedad red y del espacio de los flujos?

Para mí, la arquitectura es una ciencia que da una significación social al espacio. Se trata de una profesión destinada a crear formas espaciales productoras de sentido, un tratamiento significativo del espacio, ya sea una casa, una escalera, un inmueble o una ciudad. En ese sentido, me sentía bastante cercano a los arquitectos italianos y a los debates sobre la arquitectura de la ciudad en Italia. En vez de hacer simplemente investigaciones, intenté construir una teoría más sistemática en el dominio del espacio, y me pareció necesario plantear algunas hipótesis sobre la significación de la arquitectura en el espacio en general, así como en el espacio de los flujos en particular.

Desde el punto de vista de las tendencias arquitecturales, intenté comprender por qué, en el momento del surgimiento del espacio de los flujos, había simultáneamente una explosión de la arquitectura postmoderna. Esta explosión fue marcada por el fin del funcionalismo y del racionalismo en arquitectura, y esta arquitectura moderna representó de cualquier forma un gran movimiento arquitectural. Luego, los arquitectos postmodernos, como todos los postmodernos, tuvieron un impacto muy importante en

los años ochenta y al principio de los años noventa. La arquitectura postmoderna es de cierta manera la arquitectura del fin de la Historia, en la medida en que todos los códigos se rompen, ya no hay estilos o todos se mezclan: arquitectura moderna con neo-clásico, todo pintado de rosado.

¿Piensa usted en Ricardo Bofill?

No, Bofill sí es más diversificado, es un poco diferente. El problema es que evoluciona constantemente, y por tanto es muy difícil de definir. Hablo sobre todo de la arquitectura postmoderna por excelencia, que para mí está representada por Holl, en los Estados Unidos, así como por Porter, Moneo, y de cierta manera por Richard Meier: aun si su trabajo está disfrazado de arquitectura moderna, igual es del todo postmoderna. Sobre todo, diría que la arquitectura postmoderna por excelencia es la de Rem Koolhaas, además de que él lo afirma y lo teoriza. Él hasta fue suficientemente gentil para decir que la suya “es la arquitectura del espacio de los flujos de Castells”.

Este tipo de arquitectura está pasando. Los dos arquitectos que más me interesan en este momento no son para nada postmodernos, el primero es Frank Gehry, barroco puro, barroco tecnológico, y luego Santiago Calatrava, que representa la tecnología al servicio del diseño: su trabajo consiste en transformar las superficies públicas en objetos de arte. Los postmodernos juegan con las formas para mezclarlas en cualquier orden, para hacer monumentos e impresionar a los burgueses, a veces con un gran logro estético. Me gusta lo que hace Koolhaas como arquitecto, pero el postmodernismo es romper el estilo, mientras que Gehry tiene un estilo¹⁴.

14 Cada disciplina desarrolló su propia noción de postmodernidad, aun cuando todas se fundan en una crítica de la modernidad. La arquitectura no se escapa de esta regla, y el postmodernismo nació en esta disciplina de una crítica, de una contestación del movimiento moderno (del cual Le Corbusier, Aalto, Gropius y Mies van der Rohe son los más célebres representantes), y sobre todo de una crítica de la forma, del culto del ángulo recto, de la prohibición del ornamento visto como un crimen (Adolf Loos), del funcionalismo aburrido de las “máquinas para vivir”. Cuatro principales dimensiones dan las bases del movimiento postmoderno en arquitectura: una primera dimensión “regresiva”, por un regreso a los modelos tradicionales, un retorno de la fachada de calle; luego, una dimensión de comunicación que hace al lenguaje del arquitecto más sencillo y accesible; una dimensión histórica —aquella llamada del historicismo—, que quiere ser como una reconciliación con la historia con el pasado, ahí donde el movimiento moderno quería justamente marcar una ruptura; y finalmente

Pero la arquitectura postmoderna, en particular, es muy importante en el espacio de los flujos. Si hay un espacio de los flujos, si hay un espacio de la indiferenciación, y si queremos de todas formas dar un sentido cultural o una significación social a este espacio, se debe marcar de vez en cuando este espacio con monumentos para que sea más diferenciado. Entre más hay un espacio de los flujos constituyéndose alrededor de las grandes regiones metropolitanas, más será necesaria una nueva forma de monumentalidad arquitectural para marcar, simbolizar y diferenciar esos espacios

como cuarta dimensión, la del estilo con un retorno del ornamento y una exageración de éste llegando a veces hasta el humor.

El movimiento postmoderno encuentra su origen "teórico" en arquitectura en el crítico Charles Jencks, autor de la primera obra completa sobre la cuestión (*The Language of Post-Modern Architecture*, en 1977), aun cuando desde 1966, Venturi publicaba *Complexity and Contradiction in Architecture*, primera piedra angular del movimiento. En América, fue precisamente con Robert Venturi y también con Charles Moore que el movimiento tomó forma. En Europa, los protagonistas fueron Aldo Rossi (Italia), Bernard Huet (Francia), Léon Krier (Luxemburgo), Hans Hollein (Austria) y Ricardo Bofill (España). La clasificación de los arquitectos postmodernos evocados aquí por Manuel Castells no refleja la que es generalmente admitida en arquitectura. Rem Koolhaas no es considerado como un arquitecto postmoderno y sus trabajos, desde el edículo hasta la forma urbana, no retoman ninguna dimensión del postmodernismo. En Koolhaas no hay retorno a la historia, a los modelos tradicionales, ni tampoco al uso del ornamento. Las citaciones en su arquitectura no se hacen a los modelos antiguos, sino al movimiento moderno en sí. El caso de Ricardo Bofill es otro, porque, aunque Castells no lo considera como totalmente parte de, igual fue la punta de lanza española del postmodernismo hasta los años noventa, a partir de los cuales Bofill se lanzó en una arquitectura *high-tech* del tipo del aeropuerto de Barcelona (1992) o del teatro de Cataluña (1993). La atención dada a los modelos históricos en esos proyectos, la fachada y la tradición del ornamento hacen de Bofill un representante "modelo" del postmodernismo. En cuanto a Steven Holl (USA), Rafael Moneo (España) y Richard Meier (USA), vuelven a estar ausentes las cuatro dimensiones descritas aquí, y que forman la base del movimiento postmoderno en arquitectura, aun cuando Moneo difunde, desde los años setenta, las ideas de Robert Venturi en España. Descritos justamente por Castells, Frank Gehry y Santiago Calatrava tampoco son postmodernos, aun cuando algunas de las primeras obras de Gehry podrían hacerlo cercano a la estética desarrollada por los miembros del movimiento. Calatrava, a quien se debe las nuevas "catedrales" que son el aeropuerto de Lyon-Satolas (1991) y la Orient Station de Lisboa (1998), entre otros, es un caso aparte, navegando entre el manierismo de Antonio Gaudí y las ciencias del ingeniero. Castells da entonces su propia visión de la arquitectura de ellos, que es la de un sociólogo que lleva, con sus propias herramientas, una mirada sobre otra disciplina. *Nota de Jérôme Chenal, investigador en el Development Planning Unit (DPU), University College, Londres.*

metropolitanos. Cada ciudad quiere desde ese momento disponer de su monumento arquitectural para dar una nueva significación social y simbólica a su espacio.

Mientras más se pone la arquitectura al servicio de la monumentalidad, menos participa en el espacio de los lugares. El frente de mar de Barcelona, por ejemplo, representa un alineamiento de objetos arquitecturales a tal punto que uno tiene la impresión de estar visitando un museo a gran escala, una exposición permanente, y no una parte de ciudad. En el caso de Barcelona, se trata de una opción deliberada. La marca arquitectural se transforma en una forma de afirmación de la identidad metropolitana. En ese sentido, el espacio de los flujos y la competencia entre metrópolis incitan a una nueva monumentalidad.

Por otro lado, esta necesidad de marcar se expandió a las infraestructuras de comunicación del espacio de los flujos: los aeropuertos, los puentes (el viaducto de Millau, por ejemplo), las estaciones de tren (la estación de TGV de Lyon-Saint-Exupéry, de Santiago Calatrava, por ejemplo). Los aeropuertos se obligan a ser monumentos a la par que simbolizan los flujos. El aeropuerto de Barcelona de Ricardo Bofill es un caso particular porque está hecho de espacios transparentes, donde todos los flujos son visibles: la estructura desaparece como si la sociedad fuera totalmente transparente, pero igual sigue habiendo una forma y un estilo. Esos nodos de redes son los nuevos espacios de la monumentalidad.

Según usted, ¿por qué la dominación se lleva a cabo del espacio de los flujos hacia el espacio de los lugares? ¿Por qué no bajo otras formas, o por qué no en sentido contrario?

Claro que es posible, pero mi observación indica que los flujos de las organizaciones económicas y de valorización de los poderes cultural y mediáticos se concentran alrededor de los espacios de flujos. En China, el Gobierno prevé no sólo desarrollar las regiones del oeste y el campo, sino también acelerar la emigración y planificar la concentración en diez grandes súper-regiones metropolitanas, de cincuenta millones de habitantes cada una, hasta el 2020. Eso es quinientos millones de personas en diez grandes regiones metropolitanas.

Sobre la relación entre espacios de flujos y espacio de los lugares, quisiera subrayar que hice un pequeño error empírico, lo cual es grave para

mí, en la primera edición de *La sociedad red*. Acentué demasiado el hecho de que en el espacio de los flujos se concentraba toda la dominación y que en el espacio de los lugares se ubicaban la experiencia y la contra-dominación. Es verdad que, teóricamente, el espacio de los flujos está construido alrededor de valores utilitarios y sobre la relación con el poder económico y cultural, mientras que el espacio de los lugares está fundado en la primacía de la experiencia. Empíricamente, sin embargo, el espacio de los flujos está lleno de relaciones personales, movimientos políticos y contra-culturas que no están ligados a la dominación, sino a la experiencia.

Hablamos de ello a propósito de las identidades. El movimiento altermundialista es un buen ejemplo de ello...

Y muchas otras. Por otro lado, además, hay espacios de lugares fundados en la experiencia que también pueden concentrar poder: los espacios de la élite, los espacios de los clubes, los espacios de los poderes políticos, los palacios, los barrios presidenciales, etc., son los espacios de lugares que tienen sentido.

¿Usted piensa en Washington o Bruselas?

Washington y otras ciudades más son espacios de lugares que tienen una significación cultural, vivida en la práctica cotidiana, que se basa en el poder y la expresión del poder. Por lo tanto, intento salir un poco de los conceptos y de la asimilación, demasiado brutal empíricamente, entre un espacio de los lugares fundado en la experiencia y la práctica y un espacio de los flujos fundado en la utilidad. No se debe asimilar el Internet con la dominación y los barrios con la experiencia, lo cual es un matiz importante con relación a mi primera formulación.

En conclusión, leyendo sus enfoques del tiempo y del espacio —y por lo tanto de las prácticas de la sociedad red—, se tiene el sentimiento de que pocas personas en este planeta participan en la sociedad red. Estar en un aeropuerto, llamando por teléfono a su familia, trabajando al mismo tiempo, hoy en Barcelona y mañana en París, son prácticas de las élites. La gran mayoría de la población no practica el espacio de los flujos: está condicionada por lógicas de tiempo cronometrado, de tiempo constreñido, y se ancla en prácticas

espaciales localizadas. Todavía hay muchos obreros en este mundo, sin mencionar el tiempo de trabajo de los niños y las niñas en India o en China. Esta capacidad de entrar y practicar la sociedad red está desigualmente distribuida socialmente y espacialmente.

En efecto, hay una multiplicidad de prácticas espaciales y temporales, así como contradicciones entre los grupos sociales: para que los *managers* puedan hacer una serie de cosas, se necesita que millones de personas trabajen al servicio de esta economía. Sin embargo, la sociedad red no está construida sólo para algunos, es una estructura social dominante que es común para todos. Toda estructura social tiene su propia lógica y favorece a ciertos grupos más que a otros. Si la sociedad red es la estructura social dominante, ella incorpora por definición a todo el mundo, a la vez que otorga privilegios estructurales ligados a la posición en esas redes.

En la sociedad red, la dominación toma dos formas: por un lado, la subordinación en el interior de una empresa-red o de un Estado y, por otro, la dinámica de inclusión y de exclusión de la red en su conjunto. En la red, la exclusión es la forma extrema de dominación, ya que es la marginalidad. Critiqué frecuentemente la marginalidad en los años sesenta, pero considero que hoy en día la situación ha cambiado: los marginales están dentro de la sociedad, y como no cumplen ninguna función de producción o de consumo, se transforman en excluidos. Así, todo el mundo vive en la sociedad red, o en la exclusión de la sociedad red.

¿Piensa usted que lo propio de la sociedad red sea producir exclusión y marginalidad de manera mucho más poderosa que lo que hacía el capitalismo industrial? A escala global, ¿la sociedad red excluye tanto como integra?

Es realmente la cuestión social de nuestro tiempo. En los años sesenta, en América Latina, observaba que los marginales eran obreros, policías, empleados del Estado que simplemente tenían un problema de vivienda y de acceso a los servicios urbanos, pero aún así pertenecían al mercado de trabajo. La diferencia notable es que la capacidad de creación y de consumo de riquezas está muy concentrada. Ante la ausencia de una voluntad redistributiva que amplíe las posibilidades de integración del sistema, hay una tendencia mucho más poderosa hacia la exclusión. No digo que por natu-

raleza la sociedad red no pueda incluir, pero digo que la estructura y la dinámica de la sociedad red hacen mucho más fácil la exclusión social que cualquier otra estructura política en la historia. La sociedad red puede permitirse enormes zonas de exclusión social a escala del planeta sin trabar su dinámica de producción y de consumo.

Podríamos imaginar una sociedad red con un desarrollo más incluyente, pero en ese momento se percibirían nuevas contradicciones mayores. ¿Hasta qué punto la expansión del modelo productivo actual podría incluir a todo el planeta sin destruir el equilibrio ecológico global? Es políticamente incorrecto, pero refleja bien las contradicciones actuales: ¿Se debe dar el derecho al desarrollo a los países pobres corriendo el riesgo de destruir por completo el planeta? En ese caso, no sería simplemente el capitalismo liberal el que sería excluyente.

Exactamente, también lo es la ecología política cuando propone que los humanos puedan trabajar y consumir menos. En ese sentido, las contradicciones son todavía más violentas, porque no se trata de los debates clásicos sobre la redistribución de las riquezas, sino de las contradicciones entre modelos culturales de producción.

Críticas y discusión

Entre las principales críticas formuladas contra *La era de la información*, la del determinismo tecnológico es la más recurrente. Frank Webster retomó en 1997 (Webster, 1997b) las críticas ya formuladas en 1995 contra *La ciudad informacional*. Son las tecnologías las que en primera instancia fundan la sociedad red, a pesar de las precauciones tomadas por Castells para demostrar cómo las tecnologías son ellas mismas el producto de factores sociales. El comentarador lamenta que Castells relegue las transformaciones sociales a un segundo plano, después de las mutaciones de las tecnologías.

En la misma línea, el urbanista y politista francés Jean-Marc Offner formuló el mismo tipo de crítica con relación a *La sociedad red*. Según él, Castells no trata las propiedades específicas de cada sistema socio-técnico. Castells describe los cambios como si hubiera una única lógica de la red, tanto en el plano espacial como en el organizacional, ya sea una infraestructura, una empresa, flujos financieros o la televisión. Offner propone mirar con más cuidado las prestaciones sociales y espaciales, las propiedades topológicas de las redes, el grado de centralización y el espesor del tejido. Considerando las propiedades de las redes como uniformes, y dejando de lado la apropiación institucional de esos sistemas técnicos, Manuel Castells regresa al determinismo tecnológico que desea evitar.

Por otro lado, la segunda crítica de Frank Webster es sobre el grado de novedad de la era de la información: ¿Asistimos de verdad al surgimiento de una nueva época? Para Webster, Manuel Castells no explica por qué los flujos de información son el factor clave de cambio. Este escollo también proviene de la ausencia de una definición clara de lo que Castells entiende por información: las comunicaciones, las tecnologías de punta, el conoci-

miento. Esta borrosidad no siempre permite comprender lo que es nuevo en la era de la información.

A parte de esta doble crítica de Frank Webster, renovada más recientemente (Webster, 2002), y aun si un número importante de notas de lectura fueron publicadas sobre *La era de la información*, pocos comentaristas se dedicaron a producir críticas sistemáticas de las diferentes dimensiones de la trilogía. Una serie de escritos se dedicó, por ejemplo, a describir y poner de relieve los principales aportes de ese libro (Lyon, 2000; Touraine, 2000).

En este universo de síntesis personales, los comentarios suplementarios de Craig Calhoun (2000) merecen ser mencionados. El sociólogo americano subraya primeramente las originalidades de la obra: la pertinencia del análisis conjunto de la globalización y de las identidades alternativas, el lazo entre mutaciones económicas y culturales, las contradicciones entre Estados y naciones. Luego, Calhoun lamenta las simplificaciones y generalizaciones excesivas y los problemas de coherencia entre la argumentación y las pruebas empíricas. Cita en particular ejemplos que tienen que ver con la relación entre las experiencias, las prácticas sociales y la sociedad red: ¿Por qué el espacio de los flujos está sistemáticamente disociado de la experiencia de la vida cotidiana? ¿La experiencia y la práctica personales no llevan a los individuos a reñirse con las relaciones globales de poder? Por otro lado, ¿por qué las identidades en pleno auge, en los planos nacionalista, religioso, étnico o local, no podrían refundar otras formas de sociedad civil? ¿Por qué Castells opone identidades y sociedad civil dando una visión bastante pesimista del impacto de los movimientos sociales contemporáneos?

Bibliografía

- Calhoun, Craig (2000). "Resisting Globalization or Shaping it?", en *Prometheus*, N.º 3. Disponible en <http://www.prometheus.demon.co.uk/03/>.
- Carnoy, Martin (2000). *Sustaining Flexibility: Work, Family and Community in the Information Age*. Cambridge: Harvard University Press.
- Jencks, Charles A. (1977). *The Language of Post-modern Architecture*. London: Academy editions.
- Johnson, Chalmers (1995). *Japan: Who Governs? The Rise of the Developmental State*. Nueva York: Norton.
- Latour, Bruno (2005). *Re-assembling the Social: An Introduction to the Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Lyon, Davis (2000). "The Net, the Self and the Future", en *Prometheus*, N.º 3. Disponible en <http://www.prometheus.demon.co.uk/03/>.
- Offner, Jean-Marc (2000). "Territorial Deregulation, Local Authorities at Risk from the Technical Networks", en *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 24, N.º 1, marzo.
- Touraine, Alain (1995). *Lettre à Lionel, Michel, Jacques, Martine, Bernard, Dominique... et vous*. París: Fayard.
- (2000). "Global Thinking for the Information Age", en *Prometheus*, N.º 3. Disponible en <http://www.prometheus.demon.co.uk/03/>.
- Venturi, Robert (1966). *Complexity and Contradiction in Architecture*. Nueva York: The Museum of Modern Art.
- Webster, Frank (1997a). "Is This the Information Age? Towards a Critique of Manuel Castells", en *City*, Vol. 8, diciembre.
- (1997b). "Manuel Castells: Analyst of the Information Age", en *City*, vol. 7, mayo.

————— (2002). “Informational Capitalism. Manuel Castells”, en *Theories of the Information Society*. Londres: Routledge.

Epílogo

Ahora que hemos llegado al final de este camino a lo largo de su recorrido científico, ¿cómo recibió estas conversaciones, este retorno al pasado?

Como una reflexión sobre un trabajo de investigación siempre incompleto y sobre las cuestiones tratadas en mi obra que siguen ampliamente abiertas. Estas entrevistas también me dan una medida del camino recorrido por las ciencias sociales en general, con cierto vértigo al volver a contar la cantidad de horas de trabajo –y por tanto de tiempo de vida– que pasé en todo ello. Finalmente, esto me ha hecho pensar aun más de lo que acostumbro acerca del rol del contexto social en la producción intelectual.

¿Esto lo hizo más reflexivo y auto-crítico? ¿Volvió a descubrir sus obras?

Francamente, siempre fui bastante auto-crítico. Reflexivo no tanto, porque la velocidad y la intensidad con las cuales he trabajado me invitan a pasar enseguida al siguiente proyecto. Desde el inicio de mi itinerario intelectual, he pensado que no existe obra definitiva. Entonces, en vez de prevenir la obsolescencia de mis investigaciones, intenté sobrepasarlas en la práctica, yendo más lejos, explorando nuevos campos y produciendo otras obras. Siempre me situé en una perspectiva relativista y evolutiva con relación a la investigación, al trabajo y a la vida en general. Por ejemplo, no renegué del marxismo, como algunos dijeron: lo sobrepasé rápidamente en mi trabajo cuando me di cuenta de su inutilidad para tratar la mayoría de mis

temas de investigación. En cambio, conservé ciertos conceptos que me eran útiles a lo largo de toda mi vida de investigador, como el de modo de producción. Es una visión utilitarista, no religiosa, de la teoría. Así, fui auto-crítico porque sabía —y sé— que toda construcción intelectual es provisoria y está destinada a ser sobrepasada por el movimiento que ella suscita. La única pregunta es saber si una investigación o un procedimiento permiten un sobrepasar fecundo de su contribución o si más bien lleva a vías teóricas sin salida o a errores de observaciones en el plano empírico.

¿Qué pensó acerca del método usado con relación a los ejercicios de entrevistas en los cuales usted ya ha participado?

Sus entrevistas han sido verdaderas sesiones de discusión entre investigadores. En este sentido, no son comparables con los libros de entrevistas en los cuales he participado. Así mismo, el trabajo de preparación analítica de estas entrevistas ha hecho que mis palabras se transformen en un material —el resultado de una observación— al servicio de su análisis. Ello sobrepasa por mucho la simple grabación de mi experiencia intelectual. Usted traza todo un período de la historia de la investigación urbana y su evolución, tanto en el contexto francés como en el contexto americano. Es una obra de epistemología empírica que debe ser leída como tal, más allá de tal o tal detalle picante que hace al texto más legible. Finalmente, a través de sus preguntas y sus observaciones, he descubierto el pensamiento de una joven investigadora urbana y he empezado un diálogo con la nueva generación de investigadores francófonos. Un diálogo que me gustaría seguir.

¿Tiene algún consejo o mensaje que dar a esta nueva generación de investigadores, una problemática que sea importante para usted?

No se fíen nunca de otros resultados que no sean los que ustedes producen o aquellos de los cuales ustedes conocen la metodología. Ustedes tienen que escoger muy temprano si quieren ser intelectuales o investigadores. No es para nada la misma cosa. La reflexión intelectual tiene que ver con el mundo de las ideas. La investigación es la producción de conocimiento por medio de la observación, con las herramientas teóricas y metodológicas que son necesarias para ello. La investigación es mucho

más dura de llevar a cabo, porque no basta con algunos libros y una computadora: se necesitan recursos, un medio de investigación, un marco institucional que no esté construido alrededor de una feudalidad, pero la pasión por descubrir (que es una experiencia íntima y personal) es mucho más gratificante que la publicación en periódicos a la moda. Si usted se siente investigadora, acepte la oscuridad y luche contra la ideología. Y si es verdad que la Sociología es la ciencia que más dificultades tiene para afirmarse como ciencia, también es la más apasionante. Porque, desmitificando el discurso de los poderes establecidos y de los contrapoderes dogmáticos, volvemos a encontrar, más allá, la vida tal como es, es decir nuestra verdad –siempre relativa, recuérdelo...



Post scriptum

La era de la información ha tenido un fuerte eco en el mundo entero. ¿Cómo evolucionó su posición académica, científica e intelectual desde entonces?

Francamente, no pensaba vivir después de mi trilogía. Su impacto fue una sorpresa. Mi estatus intelectual y profesional en todo el mundo no cambió: era y sigo siendo profesor. Ya estaba en una universidad muy prestigiosa en Berkeley. Uno de mis principales problemas hoy en día es rechazar un promedio de seis proposiciones de conferencias, coloquios y seminarios que recibo cada día. Después de la trilogía, recibí ofertas de cátedras en grandes universidades y escogí regresar a Barcelona, a una universidad virtual, de enseñanza a distancia. Ello me permite vivir en el barrio donde hice mi vida; mi mujer adora Barcelona y se está bien aquí. También acepté una cátedra en Los Ángeles, en la University of Southern California, sobre el interesante tema de las comunicaciones, el campo que más me interesa en la actualidad. De forma paralela, acepté una cátedra de profesor invitado en el MIT (Massachusetts Institute of Technology). Distribuyo mi tiempo entre las tres instituciones, pero estoy sobre todo en Barcelona. Escogí la calidad de vida y concentrarme en las cosas que me interesan. Sigo viajando, dando conferencias, pero sólo para actividades que tienen un valor intelectual, donde puedo seguir aprendiendo.

Sus estudios sobre la primera municipalidad democrática en Madrid lo escarmentaron...

Sí, pero también pienso en mi trabajo sobre política tecnológica científica en España para el gobierno de Felipe González. Todas esas experiencias, en España y en otros lugares, me convencieron profundamente de que para un intelectual, un científico o un investigador, la relación con la política es algo complejo. Los líderes políticos sólo escuchan los hechos que quieren escuchar, y sólo usan a los intelectuales para legitimar decisiones que ya fueron tomadas. Yo pienso que la contribución del intelectual al contenido de la política es estrictamente ninguna.

Sin embargo, recientemente usted armó un coloquio de alto nivel para el Gobierno portugués. ¿Qué acepta y qué rechaza usted?

En el caso del que usted habla, apreciaba bastante al presidente de Portugal. Pienso que era un intelectual-presidente, lo que es raro. Al final de su mandato, quería absolutamente dejar una huella con un seminario sobre la transformación tecnológica y la sociedad red. Pienso que hice un muy buen seminario, con personas muy interesantes, pero no creo que hubo un impacto en la sociedad portuguesa. Todavía llevo a cabo algunas actividades en relación con la política en función de las personas que aprecio: participé en una reflexión sobre la sociedad civil mundial para las Naciones Unidas porque aprecio tanto a Kofi Annan como a Fernando H. Cardoso, quien era el responsable de ese proceso. Desde el punto de vista del contenido, sin embargo –un gran informe sobre la sociedad civil global–, se necesitaron exactamente veinte minutos ante la Asamblea General de las Naciones Unidas para decirnos que estábamos completamente locos: “Ya representamos el mundo de los Gobiernos, no necesitamos a la sociedad civil global”, nos dijeron. De todas formas fue simpático encontrarme con mi amigo Fernando Cardoso cada tres meses.

Cuando la trilogía fue traducida al francés, usted tuvo la oportunidad de ir a presentarla en París y dar una serie de conferencias. ¿Cómo fue recibida esta primera publicación en francés desde *Crise du loge-*

ment et mouvements sociaux urbains [1978b]? ¿Qué recuerdo conserva de su regreso a Francia en esa ocasión?

Con toda franqueza, guardo una relación muy profunda con Francia desde el punto de vista personal; es un país que quiero y una cultura que en gran medida es mía. En cuanto a la evolución intelectual francesa, en cambio, no la sigo mucho. Me sorprendió que la trilogía fuera un gran éxito en Francia; pensaba que era un libro demasiado empírico y no lo suficientemente sofisticado en el plano filosófico para que sea del gusto del público intelectual francés. No puedo decir cómo ha evolucionado Francia desde los años ochenta. Voy más o menos una vez por año, pero siempre en viajes cortos y puntuales. Fui en el 2003 para un seminario organizado por Jacques Chirac durante una tarde en el Palacio del Eliseo, en el momento de la guerra en Irak, porque Chirac quería tener el apoyo de intelectuales del mundo entero en su posición contra Bush. Aprecié ese hecho.

Usted también participó en las comisiones de expertos que tuvieron lugar después de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, y adquirió progresivamente la imagen de un geo-politista, me parece.

Escribí sobre la cuestión de la globalización del Estado e hice un pequeño estudio sobre Al Qaeda en la última edición de *El poder de la identidad*, publicada en 2004. Se empezó entonces a hablar de mí como de un especialista de Al Qaeda, aun cuando trabajo sobre todo la relación entre identidad y globalización.

¿Cómo explica, con distancia, que al publicar un libro siempre estuvo puntual para explicar las transformaciones de la sociedad del momento?

Siempre intenté proyectar el porvenir: no predecir el futuro, sino intentar ver las tendencias que parecían desarrollarse y estudiar las innovaciones. Es una actitud que proviene de los restos de ideología revolucionaria, con la voluntad de investigar en la sociedad los embriones de novedades. Por otro lado, también necesitaba un medio de desarrollo, un medio de innovación. Y el hecho de estar en California y en Berkeley, donde todo se funda en la innovación creativa, las transformaciones, la idea de romper los valores

establecidos, me permitió seguir en tiempo real las transformaciones de la sociedad. Por otro lado, en la Universidad de Berkeley pude tomar riesgos y romper la reproducción cultural. El mandarín —que está fundamentalmente en la universidad francesa, en tanto que sistema de organización jerárquico del conocimiento, a partir de algunas cátedras— es absolutamente impensable en Berkeley. No hay mecanismos que permitan controlar el conocimiento, porque el mercado está abierto. Nunca podría haber hecho la trilogía en otro lado que en Berkeley, tanto desde el punto de vista social como del universitario. De hecho, salir de Berkeley me costó mucho, y aun no puedo salir por completo del mundo de las universidades y de la investigación americana. En Barcelona y en Europa aprendo poco; en las grandes universidades americanas aprendo cada día.

Hoy en día, a escala mundial, usted está clasificado entre los diez grandes autores de referencia en ciencias humanas¹. ¿Cómo se sitúa usted en esta élite, con intelectuales como Ulrich Beck, Anthony Giddens o John Urry?

Siendo sincero, no tomo partido. No me considero como un intelectual y aun menos como un teórico. Soy un investigador que intenta hacer análisis lo más rigurosos posibles. De vez en cuando, hago algunas observaciones teóricas sobre la sociedad red para afinar un poco las cosas, pero siempre consideraré mi obra como un conjunto de notas de trabajo. Entre las personas que usted mencionó, Giddens es el más interesante para mí, y en relación a él hago como todo el mundo: aprendo lo que él hace, veo los conceptos que puedo usar. Entre los conceptos que no son míos, me encantan aquellos de los que me puedo servir porque es todo un trabajo que no tengo que hacer.

¿Cuál es su actual agenda de investigación? ¿Qué temas lo ocupan ahora?

El mundo de la comunicación se ubica en el corazón de una transformación tecnológica total. Pienso en particular en la liberación de la capacidad de co-

1 Según el *Social Science Citation Index*, en el período 1999-2005, la clasificación de los cinco sociólogos vivos más citados (sin contar auto-citaciones) era el siguiente: 1-Anthony Giddens, 2-Jurgen Habermas, 3-Robert Putnam, 4-Manuel Castells, 5-Ulrich Beck.

municación, que pasa de redes de infraestructuras fijas a la capacidad de acceso a la red sobre sí misma, individualizada y móvil, que abre nuevas posibilidades. Quisiera estudiar empíricamente el impacto de ello: el hecho de pasar de un individuo que comunica al desarrollo de micro-redes de comunicación, por ejemplo, y por lo tanto a la capacidad de crear micro-comunidades. Con los blogs, los videos digitales personales, la transformación de la radio por el *podcasting*², la televisión y el video bajo pedido, los SMS³, la comunicación móvil, el Wi-Fi, me parece que pasamos de medios de comunicación de masa a medios de comunicación por las masas. Es un cambio total del sistema de comunicación, en el cual las personas producen su propia comunicación, su propia información, y establecen todo un mundo de comunicación horizontal. Estoy montando dispositivos de investigación con estudiantes sobre el tema de la comunicación personalizada. Es por ello que salí de Berkeley para ir a la University of Southern California, porque es la mejor escuela para estudiar las comunicaciones.

En su sentido amplio, la comunicación me parece esencial porque es un nuevo lugar donde se anudan las relaciones de poder. Una línea directora me acompañó sistemáticamente a lo largo de mi carrera: evoluciono con el desplazamiento de los centros de poder, donde el poder se anuda en las sociedades. Es por ello que me intereso hoy en día por las relaciones entre poder, autonomía social y transformaciones tecnológicas dentro del mundo de la comunicación.

Es verdad que esta lectura explica una parte importante de su cambio temático, de la ciudad en sistema a la ciudad de los movimientos sociales, pasando por la ciudad del capital y del Estado, y luego, más tarde, la innovación y la sociedad red.

Absolutamente. Las relaciones de poder siempre me interesaron, pero más precisamente las relaciones del poder contra el Estado. Es mi lado anarquista libertario.

2 El *podcasting* es una contracción de iPod (*walkman* numérico de Apple) y *broadcasting* (los quebequeses hablan de *baladodiffusion*, los suizos de *podiffusion*). El procedimiento consiste en telecargar en un walkman archivos de emisiones de radio o video, para escucharlas posteriormente.

3 Siglas inglesas de Short Message Service. Mensaje de texto enviado por teléfono móvil.
Nota de la traductora.

Bibliografía seleccionada

Esta bibliografía reúne únicamente los trabajos citados a lo largo de las entrevistas. Para una bibliografía general y exhaustiva, referirse a la bibliografía completa de Manuel Castells 1967-2006, en este mismo libro.

- (1968). "Y a-t-il une sociologie urbaine ?", en *Sociologie du travail*, N.º 1.
- (1969a). "Théorie et idéologie en sociologie urbaine", en *Sociologie et Sociétés*, N.º 2.
- (1969b). "Vers une théorie sociologique de la planification urbaine", en *Sociologie du travail*, n.º 4, pp. 130-143.
- (1972). *La question urbaine*. París: François Maspéro.
- (1973). *Luttes urbaines et pouvoir politique*. París: François Maspéro.
- (1974a). *La cuestión urbana*. Madrid y México: Siglo XXI.
- (1974b). *Monopolville. L'entreprise, l'Etat, l'urbain*. París: Mouton. Coautor con Francis Godard.
- (1975a). *La question urbaine*. 2ª edición revisada con nota al final de 1975. París: François Maspéro.
- (1975b). *Luttes urbaines et pouvoir politique*. París: François Maspéro.
- (1975c). "La fonction sociale de la planification urbaine: le cas de la région de Dunkerque", en *Recherches Sociologiques*, N.º 3.
- (1977). *Sociología del espacio industrial*. Madrid: Ayuso.
- (1978a). *City, Class, and Power*. Londres: Mac Millan, y New York: St Martin's Press.

- (1978b). *Crise du logement et mouvement sociaux urbains. Enquête sur la région Parisienne*. París: Mouton. Coautor con Eddy Cherki, Francis Godar y Dominique Mehl.
- (1980). *The Economic Crisis and American Society*. Princeton: Princeton University Press y Oxford: Basil Blackwell Publishers.
- (1983a). "Changer la ville. Eléments pour une théorie sociologique des mouvements sociaux urbains". Doctorado de Estado en ciencias humanas, Universidad de París-V René Descartes-Sorbona.
- (1983b). *The City and the Grassroots. A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- (1984). "Toward the Informational City? High Technology, Economic Change and Spatial Structure: Some Exploratory Hypotheses". Berkeley: University of California at Berkeley, Institute of Urban and Regional Development Working Paper N.º 430.
- (1985a). *High Technology, Space, and Society*. Beverly Hills: Sage.
- (1985b). "Commentary on G. C. Pickvance's 'The Rise and Fall of Urban Movements...'", en *Environment and Planning D: Society and Space*, Vol. 3.
- (1986a). *Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España*, 2 vols. Madrid: Alianza Editorial.
- (1986b). *La ciudad y las masas*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1989). *The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring, and the Urban-Regional Process*. Oxford y Cambridge: Blackwell.
- (1991). *Dual City: Restructuring New York*. New York: Russell Sage. Coautor con John H. Mollenkopf.
- (1994). "L'Ecole française de sociologie urbaine vingt ans après", en *Les Annales de la Recherche Urbaine*, N.º 64.
- (1995). *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1996). *The Information Age: Economy, Society, and Culture*. Oxford, England, y Cambridge: Blackwell.
- Volumen I. *The Rise of the Network Society* (1996, 2ª edición 2000a).
- Volumen II. *The Power of Identity* (1997, 2ª edición 2004).
- Volumen III. *End of Millennium* (1998, 2ª edición 2000b).
- (1997). *La era de la información*. México: Siglo XXI Editores.

- Volumen I. La Sociedad Red.* México: Siglo XXI Editores (1997, 2ª edición 2000a).
- Volumen II. El poder de la identidad.* México: Siglo XXI Editores (1998a, 2ª edición 2003).
- Volumen III: Fin de Milenio.* México: Siglo XXI Editores (1998b, 2ª edición 2000b).
- (1998c). *L'Ere de l'information.* París: Fayard.
- Volume I. La société en réseaux* (1998c).
- Volume II. Le pouvoir de l'identité* (1999a).
- Volume III. Fin de millénaire* (1999b).
- (1998c). "Grassrooting the Space of Flows", en *Urban Geography*, vol. 20, N.º 4, mayo-junio, pp. 294-302.
- (2003). *Conversations with Manuel Castells.* Cambridge: Polity. Coautor con Martin Ince.
- (2004). *The Network Society: A Cross-Cultural Perspective.* London: Edward Elgar. Director.

Bibliografía completa de Manuel Castells (1967-2011)

(En orden cronológico inverso)

I. Libros

I.A. Autor único o principal autor

I.B. Co-autor

I.C. Compilador y co-autor

II. Artículos y capítulos de libros

III. Informes de investigación (solo recientes)

IV. Libros sobre la obra de Manuel Castells

V. Libros no académicos

Las publicaciones se citan en su lengua de publicación original, con indicación de sus traducciones. Esta bibliografía incluye sólo libros y artículos académicos y de investigación, con exclusión de artículos de prensa.

I. Libros (autor único o principal)

I.A. Autor único o principal autor

2009

Comunicación y poder. Alianza Editorial. Traducido al inglés, catalán e italiano.

2006

Mobile Communication and Society: A Global Perspective. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press. Co-autor con Mireia Fernández Ardèvol, Jack Linchuan Qiu y Araba Sey. Traducido al castellano por Ariel (Barcelona) y al italiano.

2005

Globalización, desarrollo y democracia: Chile en el contexto mundial. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

2004-1996

The Information Age: Economy, Society and Culture. Oxford, Inglaterra, y Cambridge, Massachussets: Blackwell Publishers.

Vol. I: *The Rise of the Network Society* (1996) (edición revisada 2000).

Vol. II: *The Power of Identity* (1997) (edición revisada 2004).

Vol. III: *End of Millennium* (1998) (edición revisada 2000).

Traducido al castellano por Alianza Editorial (Madrid): *La sociedad red* (1997/2000), *El poder de la identidad* (1998/2003) y *Fin de Milenio* (1998/2000). Publicado en América Latina por Siglo XXI de México, en 1999.

Traducido al francés (Fayard, París, 1998), al chino (Tonsan, Taipei, 1998, y Academia China de Ciencias Sociales, Pekin, 2000), al portugués (Paz e Terra, Sao Paulo, 1999; Gulbenkian, Lisboa, 2002), al sueco (Daidalus, 1999), al coreano (Hansul), al ruso (Higher School of Economics Press), al japonés (Toshindo), al alemán (Leske&Budrich), al italiano (Bocconi), al persa (Teherán, 2001), al turco, al croata, al búlgaro, al danés, al húngaro, al lituano y al catalán (Ed:UOC). En proceso de traducción a ucraniano, serbio, árabe e indonesio.

2001

The Internet Galaxy (2001). Oxford: Oxford University Press. Traducido al castellano por Plaza & Janes (Barcelona): *La galaxia Internet* (2001); al francés por Fayard Editions (París): *La galaxie Internet* (2002); al catalán por La Rosa dels Vents (Barcelona) (2002); al italiano por Feltrinelli; al alemán por Leske & Budrich; al ruso por U-Factoria; al sueco por Daidalos; al coreano por Hansul; además de al holandés y al ucraniano. Actualmente, en proceso de traducción al polaco, alemán, danés, chino y japonés.

1999

Global Economy, Information Society, Cities and Regions. Tokio: Aoki Shoten. Publicado solo en japonés.

1990

The Shek Kip Mei Syndrome: Economic Development and Public Policy in Hong Kong and Singapore. Londres: Pion. Autor principal.

1989

The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process. Oxford, Inglaterra y Cambridge, Massachusetts: Blackwell Publishers. Traducido al castellano por Alianza Editorial, Madrid, 1995; al chino en 1999; y al coreano en 2001.

1986

Nuevas tecnologías, economía y sociedad en España. 2 volúmenes. Madrid: Alianza Editorial. Autor principal.

1983

The City and the Grassroots. A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements. Berkeley: University of California Press y Londres: Edward Arnold. Traducido al castellano por Alianza Editorial, Madrid, 1986, como *La ciudad y las masas*; parcialmente traducido al coreano; y al japonés por Honsei University Press. Libro premiado con el Premio C. Wright Mills 1983, otorgado por la Sociedad Americana para el Estudio de los Problemas Sociales.

1982

Capital multinacional, Estados nacionales y comunidades locales. México: Siglo XXI.

1981

Crisis urbana y cambio social. Madrid/México: Siglo XXI.

1980

The Economic Crisis and American Society. Princeton: Princeton University Press. Traducido al castellano por Laia (Barcelona); al francés (Presses Universitaires de France); y al chino (Shanghai y Taipei).

1978

City, Class and Power. Londres: MacMillan, y Nueva York: St Martin's Press. Traducido al japonés.

Crise du logement et mouvements sociaux urbains. Enquete sur la region Parisienne. París: Mouton. Parcialmente traducido al italiano. Autor principal.

1975

Sociologie de l'espace industriel. París: Anthropos. Traducido al castellano por Ayuso (Madrid).

1974

Monopolville. L'entreprise, l'état, l'urbain. París: Mouton. Autor principal.

1972

La question urbaine. París: Francois Maspero. Traducido al castellano por Siglo XXI (Madrid y México, 1974, 12 ediciones); al inglés por M.I.T. Press (Cambridge, 1977); además de a alemán, italiano, portugués, griego, polaco y japonés.

1971

Problemas de investigación en Sociología Urbana. Madrid y México: Siglo XXI. Traducido al portugués.

I.B. Co-autor

2007

La transició a la societat xarxa. Barcelona: Ariel-EdiUOC. Con Imma Tubella, Teresa Sancho y Meritxell Roca.

La transición a la sociedad red. Barcelona: Ariel-EdiUOC. Con Imma Tubella, Teresa Sancho y Meritxell Roca.

2006

Mobile Communication and Society. A Global Perspective. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press. Con Mireia Fernandez-Ardèvol, Jack Linchuan Qiu y Araba Sey. Traducido al castellano por Ariel (Barcelona).

2003

La societat xarxa a Catalunya. Barcelona: Random House-Mondadori/Rosa dels Vents/Edicions UOC.

2002

The Information Society and the Welfare State. The Finnish Model. Oxford: Oxford University Press. Con Pekka Himanen. Traducido al castellano por

Alianza Editorial, al catalán por Edicions UOC, además de a finlandés, ruso, a catalán, a japonés, a coreano, a ucraniano e italiano.

1997

Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información. Madrid: Taurus. Con Jordi Borja. Traducido al inglés por Earthscan (Londres) y también al italiano.

1995

The Collapse of Soviet Communism: A View from the Information Society. Berkeley: University of California International Studies Press. Con Emma Kise-lyova. Segunda edición 2003, Figueroa Press, Los Ángeles.

1994

Technopoles of the World. The Making of 21st Century Industrial Complexes. Londres y Nueva York: Routledge. Con Peter Hall. Publicado simultáneamente en castellano por Alianza Editorial, Madrid, como *Las tecnópolis del mundo*. Traducido también al chino y al coreano. Premiado con el Premio Fernández de los Ríos 1996, de la Comunidad Autónoma de Madrid, al mejor libro de ensayo sobre urbanismo.

1993

The New Global Economy in the Information Age. University Park: Pennsylvania State University Press. Con Martin Carnoy, Stephen Cohen y Fernando Henrique Cardoso.

1975

Metodología y epistemología de las ciencias sociales. Madrid: Ayuso. Con E. de Ipola.

Participación y cambio social en la problemática contemporánea. Buenos Aires: Sociedad Interamericana de Planificación. Con M. Kaplan.

1973

La renovation urbaine a París. París: Mouton.

I.C. Compilador y co-autor

2006

The Network Society: From Knowledge to Policy. Washington DC: Center for Transatlantic Relations, The Johns Hopkins University. Coeditado con Gustavo Cardoso. Traducido al portugués por la Gulbenkian Foundation (Lisboa).

2004

The Network Society: A Cross-Cultural Perspective. Londres: Edward Elgar. Traducido al castellano por Alianza Editorial, y también al coreano y al chino.

2002

Muslim Europe or Euro-Islam. Lexington Books. Con Nezar Al Sayyad. Traducido al castellano por Alianza Editorial. También traducido al turco.

1994

Estrategias para la reindustrialización de Asturias. Madrid: Civitas.

1992

Andalucía: Innovación tecnológica y desarrollo económico. Madrid: Espasa-Calpe. Con Peter Hall.

1991

Dual City: Restructuring New York. Nueva York: Russell Sage. Con John Mollenkopf.

La industria de las tecnologías de información: España en el contexto mundial (1985-1990). Madrid: Fundesco.

Las grandes ciudades en la década de los noventa. Madrid: Sistema. Con J. Borja y otros.

1989

The Informal Economy. Studies in Advanced and Less Developed Countries. Baltimore: Johns Hopkins University Press. Con Alejandro Portes.

1986

Territorial Development and Global Restructuring. Londres: Sage. Con Jeffrey Henderson.

1985

High Technology, Space and Society. Beverly Hills: Sage.

1974

Estructura de clase y política urbana en América Latina. Buenos Aires: Sociedad Interamericana de Planificación.

II. Artículos y capítulos de libros

2010

“Globalisation, Networking, Urbanisation: Reflections on the Spatial Dynamics of the Information Age”. En *Urban Studies*, Sage: 2 737-2 745, noviembre.

“Museums in the Information Era: Cultural Connectors of Time and Space”. En *Museum in the Digital Age*. Ross Parry (ed.): 427-434. Nueva York: Routledge.

2008

“The Structure and Dynamics of Global Multimedia Business Networks”. En *International Journal of Communication* Vol. 2: 707-748. Con Amelia Arsenault.

“Switching Power: Rupert Murdoch and the Global Business of Media Politics: A Sociological Analysis”. En *International Sociology* Vol. 23: 488-513, julio. Con Amelia Arsenault.

“The New Public Sphere: Global Civil Society, Communication Networks and Global Governance”. En *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science* Vol. 616 N.º 1: 78-93.

2007

“Communication, Power and Counter-Power in the Network Society”. En *Internacional Journal of Communication* Vol. 1: 238-266.

2006

“Conquering the Minds, Conquering Iraq: The Social Production of Misinformation in the United States. A Case Study”, en *Information, Communication & Society* Vol. 9 N.º 3: 284-308, junio. Con Amelia Arsenault.

2005

“Global Politics and Global Governance”. En *Political Science*, enero.

2004

“Space of Flows, Space of Places: Materials for a Theory of Urbanism in the Information Age”. En *The Cybercities Reader*. Stephen Graham (ed.). Londres: Routledge.

“Estado y sociedad en la democracia chilena”. En *Política Exterior*, N.º 100, julio-agosto.

2003

“La interaccio entre les tecnologies de la informacio i la comunicacio i la societat xarxa: un proces de canvi historic”. En *Coneixement i Societat*, 1: 8-21.

2002

“Estudio empírico de la sociedad de la información. Comparación del empleo en los países del G7 de 1920 a 2000”. En *Revista Internacional del Trabajo* Vol. 121 N.º 1-2: 133-171. Con Yuko Aoyama.

2001

“Urban Sociology in the 21st Century”. En *The Castells Reader on Cities and Social Theory*. Ida Susser (ed.). Oxford: Blackwell.

“Informationalism and the Network Society”. Epílogo de *The Hacker Ethic and the Spirit of Informationalism*, Pekka Himanen. Random House: 155-178.

“Globalization, the Knowledge Society and the Network State: Poulantzas at the Millennium”. En *Global Networks*, 1. Con Martin Carnoy.

2000

“Toward a Sociology of the Network Society”. En *Contemporary Sociology*. Número especial sobre la Sociología en el siglo XXI, septiembre.

“Information Technology and Global Capitalism”. En *On the edge. Living in Global Capitalism*. Will Hutton y Anthony Giddens (eds.). Londres: Jonathan Cape.

“The Culture of Cities in the Information Age”. En *Frontiers of the Mind in the 21st Century*. Washington: Library of Congress.

“Russia in the Information Age”. En *Russia at the Turn of the 20th Century*. Victoria Bonnell and George Breslauer (eds.). Washington: Carnegie Foundation. Con Emma Kiselyova.

“Globalización, estado y sociedad civil: el nuevo contexto histórico de los derechos humanos”. En *Isegoría*, 22: 5-17.

“Russian Federalism and Siberian Regionalism, 1990-2000”. En *City* Vol. 4 N.º 1, ejemplar de verano. Londres. Con Emma Kiselyova.

“Materials for an Exploratory Theory of the Network Society”. En *British Journal of Sociology*, Edición Especial del Milenio, enero.

1999

“Grassrooting the Space of Flows”. En *Urban Geography* Vol. 20, N.º 4: 294-302, mayo-junio.

“The Culture of Cities in the Information Age”. En *Frontiers of the Mind in the 21st Century*. Washington, D. C.: The Library of Congress. Incluido en Ida Susser (ed.) (2001). *The Castells Reader on Cities and Social Theory*. Oxford: Blackwell.

“The Social Implications of Information and Communication Technologies”. En *World Social Sciences Report*: 236-246. París: Unesco.

1998

"Paths and Problems in the Integration of PostCommunist Russia in the Global Economy". En *The Tunnel at the End of the Light: Russia in Transition*. Stephen Cohen et al. Berkeley: University of California, Roundtable on the International Economy Press.

"The Informational City is a Dual City: Can it Be Reversed?" En *Information Technology and Low-Income Communities*. Don Schon et al. (comp.). Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.

"The Real Crisis of Silicon Valley: A Retrospective Perspective". En *Competition and Change. Journal of Global Political Economy* Vol. 2/98.

1997

"Globalization, Flows and Identity: The New Challenges of Design". En *Architectural Practices in the Nineties*. William Saunders (ed.). Princeton: Princeton Architectural Press.

"Sustainable Flexibility: Work, Family and Community in the Information Age". París: OECD. Education Division, Publication Series. Con M. Carnoy.

"Global Flows and Cultural Identity: Globalization and Design Practice". En *Architectural Practices in the Nineties*. William Saunders (ed.). Princeton: Princeton Architectural Press.

1996

"El futuro del Estado del Bienestar en la sociedad informacional". En *Sistema*: 35-53, marzo.

"The Net and the Self: Towards a Critical Theory of the Informational Society". En *Critical Anthropology*, ejemplar de otoño. Número especial sobre las tesis de Manuel Castells, reproducción del debate sobre las mismas en el Congreso de la Sociedad Americana de Antropología, Atlanta, noviembre de 1994.

"Insurgents Against the Global Order: A Comparative Analysis of Chiapas Zapatistas, Japan's AUM and the American Militia". En *Berkeley Journal of Sociology*, mayo. Con Shujiro Yazawa y Emma Kiselyova.

1995

“Les flux, les reseaux et les identites: où sont les sujets dans la societe informationnelle?” En *Penser le sujet*. Francois Dubet y Michel Wieviorka (eds.). París: Fayard.

“Regionale Ungleichheiten im Informationszeitalter”. En *Regiovision: Neue Strategien fur alte Industrieregionen*. Franz Lehner et al. (comps.): 34-46. Munich: Rainer Hammp Verlag.

1994

“L'ecole francaise de sociologie urbaine vingt ans après: retour au futur?” En *Les Annales de la Recherche Urbaine*, edición especial, octubre.

“Hacia la sociedad de la información: estructura del empleo en los países del G-7 de 1920 a 1990”. En *Revista Internacional del Trabajo* Vol. 133, N.º 1: pp. 5-36. Con Yuko Aoyama. Traducido al inglés y al francés.

“Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional”. En *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Varios autores: 13-54. Barcelona: Paidós.

1993

“Sociología de la crisis política rusa”. En *Política Exterior*, mayo.

“European Cities, the Informational Society and the Global Economy”. En *Journal of Economic and Social Geography* Vol lxxxiv N.º 4: 247-257.

1992

“Four Asian Tigers with a Dragon Head: State Intervention and Economic Development in the Asian Pacific Rim”. En *States and Development in the Asian Pacific Rim*. Richard Appelbaum y Jeffrey Henderson (comps.). Londres: Sage.

“Rusia, Año I: el Presidente en su laberinto”. En *Política Exterior*, mayo.

“The World Has Changed: Can Planning Change?” En *Landscape and Urban Planning* N.º 22: 73-78.

1991

“La nueva revolución rusa”. En *Claves*, octubre.

Ciencia, tecnología e industria en España. Madrid: Fundesco. Con M. Gamella.

“Las tecnologías de la información (1985-1990): España en el contexto mundial”. En *Ciencias, tecnología e industria en España*. Varios autores. Madrid: Fundesco.

“Estrategias de desarrollo metropolitano: la articulación entre crecimiento económico y calidad de vida”. En *Las grandes ciudades en la década de los noventa*. Jordi Borja et al. (eds.). Madrid: Sistema.

“Die Zweigeteilte Stadt. Arm und Reich in den Städten Lateinamerikas, der USA und Europas”. En *Die Welt der Stadt*. Tilo Schabert (ed.): 199-216. Munich: Piper.

“Informatisierte Stadt und Soziale Bewegungen”. En *Stadt-Raume*. Martin Wentz (ed.): 137-148. Frankfurt: Campus Verlag.

“Sotsiologuicheskie ocherki”. En *Yezhegodnik: 7-27*. Moscú: Visshie Sotsiologuicheskie Kursi.

“Sotsiologuia modernizatsii y ekonomicheskogo razsvitiia”. En *Kurs Lectsiy: 3-8*. Moscú: Visshie Sotsiologuicheskie Kursi.

“Modernizatsia: ekonomica y sotsialnie structuri”. En *Materiali Kruklogo Stola*. Moscú: Institut Molodiozhi.

1990

“El fin del comunismo”. En *Claves* N.º 1, octubre.

“Estrategias de desarrollo metropolitano: la articulación entre crecimiento económico y calidad de vida”. En *Las grandes ciudades en la década de los noventa* Jordi Borja et al. (eds.). Madrid: Sistema.

“Visokie tejnologuii y obschestvo”. En *Lectsia: Vlianie novij tejnologuiy na raboto y zhaniatost*. Moscú: Institut Molodiozhi

1989

“Nuevas tecnologías y desarrollo regional”. En *Economía y Sociedad* N.º 2: 23-40.

“High Technology and the Changing International Division of Production: Implications for the U.S. Economy”. En *The Newly Industrializing Countries in the World Economy: Challenges for US Policy*. Randall Purcell (comp.): 13-50. Boulder: Lynne Rienner. Con Laura Tyson.

“The New Dependency: Technological Change and Socio-Economic Restructuring in Latin America”. En *Sociological Forum*, edición de otoño. Con Roberto Laserna. Traducido al castellano por David y Goliath. *Revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, Buenos Aires.

“World Underneath: the Origins, Dynamics and Effects of the Informal Economy”. En *The Informal Economy*. Alejandro Portes, Manuel Castells y Lauren Benton (comps.). Baltimore: Johns Hopkins University Press. Con A. Portes. Traducido al castellano por Planeta Sudamericana.

“Social Movements and the Informational City”. En *Hitotsubashi Journal of Social Studies* N.º 21: 197-206. Traducido al japonés en 1989 y al alemán en 1991.

“High Technology and the New International Division of Labor”. En *Labour and Society* N.º 4.

1988

Nuevas tecnologías, economía y sociedad. Lección inaugural del curso académico 1988-1989 en la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid: Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

“The New Industrial Space. Information Technology Manufacturing and Spatial Structure in the United States”. En *America's Market Geography*. George Sternlieb y James W. Hughes (eds.). New Brunswick: Center for Urban Policy Research, Rutgers University.

“High Technology Choices Ahead: Restructuring Interdependence”. En *Growth, Exports and Jobs in a Changing World*. John Sewell y Stuar K. Tucker (comps.): 55-95. Washington, D. C.: Overseas Development Council. Con Laura Tyson.

“Innovation technologique et centralite urbaine”. En *Cahiers de la Recherche Sociologique* Vol. 6 N.º 2: 27-36.

“Crisis urbana y participación popular”. En *Conferencias pronunciadas en la Universidad de San Simón en Cochabamba*. Cochabamba: Colegio de Arquitectos de Cochabamba.

1987

“Competitivita internazionale, innovazione tecnologica e trasferimento di tecnologia en un’economia aperta: l’esperienza della Spagna nelli anni ot-tanta”. En *Crescita e Competitivita: Strategie Nazionali*. P. Bianchi (comp.). Bolonia: Nomisma. Con Javier Nadal.

“Revolución tecnológica y reestructuración económico-política del sis-tema mundial”. En *Impacto de las tecnologías avanzadas sobre el concepto de se-guridad*. Manuel Castells et al. Madrid: Fundación de Estudios sobre la Paz.

“Ocho modelos de desarrollo tecnológico”. En *Nuevo Siglo* N.º 1: 5-13.

1986

“High Technology, World Development and Structural Transformation. En *Alternatives* Vol. XI N.º 3. Nueva York. Traducido al alemán en *Prokla* N.º 2/1988.

“Technological Change, Economic Restructuring and the Spatial Division of Labor”. En *International Economic Restructuring and the Territorial Commu-nity*. Walter Stohr (ed.). Vienna: United Nations Industrial Development Organization.

“The New Urban Crisis”. En *The quality of urban life*. Dieter Friek (comp.). Berlín: De Gruyter.

1985

“Urbanization and Social Change: The New Frontier”. En *The Challenge of Social Change*. Orlando Fals Borda (comp.): 93-106. Londres: Sage.

“El impacto de las nuevas tecnologías sobre los cambios urbanos y regionales”. En *Metrópolis, territorio y crisis*. Varios autores: 37-62. Madrid: H. Blume.

“Estado, cultura y sociedad: las nuevas tendencias históricas”. En *Cultura y sociedad*. Varios autores. Madrid: Ministerio de Cultura.

1984

“Madrid: planeamiento urbano y gestión municipal”. En *Ciudad y territorio*, enero-junio: 13-40.

“Class and Power in American Cities”. En *Contemporary Sociology* Vol. 13 N.º 3: 270-73.

“Participation, Politics and Spatial Innovation: Commentary on Bologna, Orcasitas and SAAL”. En *The Scope of Social Architecture, Columns Vol. 1*. Richard Hatch (ed.). New Jersey Institute of Technology/Van Nostrand.

“After the Crisis?”. En *World Policy Journal*, edición de primavera: 495-516. Con Martin Carnoy.

1983

“Crisis, Planning and the Quality of Life”. En *Environment and Planning D* Vol. 1 N.º 1: 3-21. Publicado en castellano por *Revista Mexicana de Sociología* y en portugués por *Projeto* (Río de Janeiro).

1982

“Squatters and Politics in Latin America”. En Helen Safa (comp.). *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*: 237-260. Nueva Delhi: Oxford University Press.

“Cultural Identity and Urban Structure: The Spatial Organization of San Francisco’s gay community”. En *Urban Affairs Annual Reviews* Vol. 22: 1-20. Beverly Hills: Sage. Con Karen Murphy.

1981

"Local Government, Urban Crisis and Political Change". En *Political Power and Social Theory. A Research Annual* Vol. 2: 1-20. Greenwich.

1979

"Revisar a Engels". En *Argumentos*, julio.

"La intervención administrativa en los centros urbanos de las grandes ciudades". En *Papers* N.º 11: 133-146. Barcelona. Publicado en italiano por *Problemi della Transizione*.

1978

"Urban Social Movements and the Struggle for Democracy: The Citizen Movement in Madrid". En *International Journal of Urban and Regional Research* Vol. 2 N.º 1: 133-146.

"Mouvements sociaux urbains et changement politique". En *Mouvements sociaux d'aujourd'hui*. Alain Touraine (ed.). París: Les Editions Ouvrieres.

1977

"Towards a Political Urban Sociology". En *Captive Cities*: 61-78. Michael Harloe (ed.). Londres: John Wiley.

"Marginalité urbaine et mouvements sociaux au Mexique: Le mouvement des *poseionarios* dans la ville de Monterrey". En *International Journal of Urban and Regional Research* Vol. 1 N.º 2: 145-50.

"Les conditions sociales d'émergence des mouvements sociaux urbains". En *International Journal of Urban and Regional Research* Vol. 1 N.º 1.

"Apuntes para un análisis de clase de la política urbana del Estado mexicano". En *Revista Mexicana de Sociología* N.º 4.

1976

"The Service Economy and the Post Industrial Society". En *International Journal of Health Services* Vol. 6 N.º 4: 596-607.

"The Wild City". En *Kapital-State* N.º 4-5: 1-30, edición de verano. Reimpreso en Joe R. Feagin (ed.). (1979). *The Urban Scene*. New York: Random House.

“Theoretical Proposition for an Experimental Study of Urban Social Movements”. En *Urban Sociology: Critical Essays*. G. C. Pickvance (ed.): 147-173. Londres: Tavistock.

“Crise de l'État, consommation collective and contradictions urbaines”. En *La crise de l'État*. Nicos Poulantzas (comp.). París: Presses Universitaires de France.

“La crise urbaine aux Etats-Unis: vers la barbarie?” En *Les Temps Modernes*: 1 178-1 240, febrero. Traducido al holandés, en forma de libro, en 1978.

1975

“Advanced Capitalism, Collective Consumption and Urban Contradictions”. En *Stress and Contradiction in Modern Capitalism*. Leo Lindberg et al. (eds.): 175-198. Lexington: Heath.

“Urban Sociology and Urban Politics: From a Critique to New Trends of Research”. En *Comparative Urban Research* Vol. III N.º 1. Reproducido en John Walton (ed.) (1976). *The City in Comparative Perspective*. Beverly Hills: Sage.

“La fonction sociale de la planification urbaine: le cas de la region de Dunkerque”. En *Recherches Sociologiques* N.º 3.

“Immigrant Workers and Class Struggle: the Western European Experience”. En *Politics and Society* N.º 1.

1974

“Contraddizione e disuguaglianza nella citta”. En *Il Mulino* N.º 1.

“Consommation collective, interets de classe et processus politique dans le capitalisme avance”. En *Papers. Revista de Sociología*, edición especial: 63-90.

“Remarques sur le pouvoir local”. En *Revue Francaise de Sociologie*, junio.

1973

"Epistemología y ciencias sociales". En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* N.º 1.

"Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile". En *Revista Latinoamericana de estudios urbanos* N.º 7.

"Il rinovo urbano di Parigi". En *Archivio di Studi Urbani e Regionali* N.º 2.

"Tesi sulla questione urbana". En *Archivio di Studi Urbani e Regionali* N.º 1.

"La teoría marxista de las clases sociales y la lucha de clases en América Latina". En *Las clases sociales en América Latina*. Varios autores. México: Siglo XXI.

1972

"Symbolique urbaine et mouvements sociaux". En *Versus. Studi Semiotici*, Milán.

"Luttes de classes et contradictions urbaines". En *Espaces et Sociétés*, octubre. París.

1971

"El mito de la cultura urbana". En *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos* N.º 3: 27-42.

"La sociologie et la question urbaine". En *L'architecture d'aujourd'hui*, septiembre: 91-100.

"La détermination des pratiques sociales en situation de retraite". En *Sociologie du Travail* N.º 3. Con Anne-Marie Guillemard.

"L'urbanisation dependante en Amerique Latine". En *Espaces et Sociétés* N.º 3: 5-23. Traducido al castellano y al italiano.

1970

"Structures sociales et processus d'urbanisation". En *Annales*, agosto: 1 155-1 199. París.

"Reconquete urbaine et renovation-deportation a Paris". En *Sociologie du Travail* N.º 4: 488-514. Co-autor.

“Les nouvelles frontières de la methodologie sociologique”. En *Social Sciences Information* N.º 3: 79-108. Traducido al castellano y al portugués.

“La renovation urbaine aux Etats-Unis”. En *Espaces et Sociétés* N.º 1: 107-137.

1969

“Le centre urbain”. En *Cahiers internationaux de sociologie*, mayo: 83-106.

“Vers une théorie sociologique de la planification urbaine”. En *Sociologie du Travail* N.º 4: 130-143. Traducido al inglés y al castellano.

“Théorie et idéologie en sociologie urbaine”. En *Sociologie et Sociétés* N.º 2: 171-191. Traducido al inglés.

“Entreprise industrielle et developpement urbain”. En *Synopsis*, septiembre: 69-79.

1968

“La mobilité des entreprises industrielles dans la region parisienne”. En *Cahiers de l'Institut d'Amenagement et d'Urbanisme de la Region Parisienne* Vol. 11. Co-autor.

“Y a-t-il une sociologie urbaine?” En *Sociologie du Travail* N.º 1: 72-90. Traducido al inglés.

1967

“Mobilité des entreprises et structure urbaine”. En *Sociologie du Travail* N.º 4: 369-405. Co-autor.

III. Monografías de investigación (1985-2011) (autor o director)

2007

“Information Technology and Organizational Change in the Health Care System of Catalonia”. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.

2006

“De la función de producción agregada a la frontera de posibilidades de producción: productividad, tecnología y crecimiento económico en la era de la información”. Discurso inaugural con la ocasión del nombramiento como miembro de la Real Academia de las Ciencias Económicas y Financieras, 18 de febrero de 2006. Impreso y publicado por la Real Academia de las Ciencias Económicas y Financieras.

2004

The Mobile Communication Society. A Cross-Cultural Analysis of Available Evidence on the Social Uses of Mobile Communication. Los Ángeles: Annenberg Research Network on International Communication. Reporte de investigación, octubre. Con la cooperación de Mireia Fernandez, Jack Qiu y Araba Sey.

2002

La sociedad red en Catalunya. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya, Internet Interdisciplinary Institute. Disponible en www.uoc/in3.edu.

The Finnish Model of Information Society. Helsinki: SITRA. Con Pekka Himanen.

2001

Diffusion and Uses of Internet in Catalonia and in Spain. A Commented Summary of Available Evidence. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya, Documento de trabajo del IN3. Con María Isabel Díaz de Isla.

1999

Russia in the Information Age. Berkeley: University of California, Center for Slavic Studies. Con Emma Kiselyova.

Globalización, identidad y Estado en América Latina. Santiago de Chile: Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo

1998

Russia as a Network Society. Stanford: Stanford University, Center for Slavic Studies.

“Paths and Problems of the Integration of Post-communist Russia into the Global Economy: a Concept Paper”. En *Research Series* Vol. 100: 66-85. Berkeley: University of California.

1996

The Missing Link: Siberian Oil and Gas in the Pacific Economy. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

Sustainable Flexibility: Prospective Study on Work, Family and Society in the Information Age. Berkeley: University of California, Center for Western European Studies.

1994

La reindustrialización de Asturias: problemas, perspectivas y estrategias. Oviedo: Presidencia del Principado de Asturias. Director.

La modernización tecnológica de las empresas industriales de electrónica y telecomunicaciones en Rusia. Madrid: Universidad Autónoma, Instituto de Sociología de Nuevas Tecnologías, Programa de Estudios Rusos. Director.

El proceso de cambio político y social en la Rusia poscomunista. Madrid: Universidad Autónoma, Instituto de Sociología de Nuevas Tecnologías, Programa de Estudios Rusos. Director.

The Feminist City: a Blueprint. Berkeley: University of California, Department of City and Regional Planning.

1993

Paths Toward the Informational Society: the Transformation of Employment Structure in the G-7 Countries, 1920-2005. Berkeley: University of California, Berkeley Roundtable on the International Economy.

1992

“Informe sobre la formación del medio de innovación tecnológica ‘Cartuja 93’”. Sevilla: Sociedad Estatal Expo’92. Director.

Informe-Dictamen sobre el desarrollo sostenible del entorno del Parque Nacional de Doñana. Sevilla: Junta de Andalucía. Coordinador.

1991

“The University as Engine of Development in the New World Economy”. Informe para el Banco Mundial. Washington, D. C.

1990

The Rise of the Dual City: Social Theory and Social Trends. Madrid: Instituto Universitario de Sociología de Nuevas Tecnologías de la Universidad Autónoma de Madrid.

1989

El impacto de las nuevas tecnologías en la economía mundial. Implicaciones para la economía española. Informe para el Ministerio de Economía, Madrid.

The State and Technological Policy. A Comparative Analysis of the U.S. Strategic Defense Initiative, Informatics Policy in Brazil, and Electronic Policy in China. Berkeley: University of California, Berkeley Roundtable on the International Economy. Director.

1988

Economic Modernization and Technology Transfer in the People's Republic of China. Stanford: Stanford University, School of Education, CERAS. Con Martin Carnoy y Patrizio Bianchi.

“Desarrollo tecnológico, cooperación internacional y espacios de innovación”. Informe para la Sociedad Estatal Expo’92. Sevilla.

The Developmental City State in an Open World Economy: the Singapore Experience. Berkeley: University of California, Berkeley Roundtable on the International Economy.

Economic Development and Public Housing in the Asian Pacific Rim: A Comparative Analysis of Hong Kong, Singapore, and Shenzhen Special Economic Zone. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development. Director.

1987

The Real Crisis of Silicon Valley. Santa Cruz: University of California, Silicon Valley Research Group.

1986

Public Housing and Economic Development in Hong Kong. Hong Kong: University of Hong Kong, Centre of Urban Studies and Planning.

“High Technology, Economic Policies and World Development”. Informe para el Comité Internacional para Una Paz Mundial Justa. Nueva York.

1985

“El impacto de las nuevas tecnologías sobre la economía y la sociedad en España”. Informe para la Presidencia del Gobierno. Madrid. Director.

From the Urban Question to the City and the Grassroots. Brighton: University of Sussex. Urban and Regional Studies.

1984

Towards the Informational City? High Technology, Economic Change and Spatial Structure. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

1982

Crisis, Planning and the Quality of Life: Managing the New Historical Relationships Between Space and Society. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

1981

“Housing policy and urban trade unionism: the grands ensembles of Paris”. Documento de trabajo N.º 363. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

Community Participation, Planning and the State in the Metropolitan Areas of Developing Countries. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

1980

“Multinational Capital, National States and Local Communities”. Documento de trabajo N.º 334. Berkeley: University of California, Institute of Urban and Regional Development.

IV. Libros sobre la obra de Manuel Castells

2011

Howards Philip. *Castells and the Media*. Cambridge: Polity Press.

2006

Bell David. *Cyberculture Theorists: Manuel Castells and Donna Haraway*. Londres: Routledge.

Oystein S. Labianca y Sandra Arnols Scham (eds.). *Connectivity in Antiquity: Globalization as a Long-Term Historical Process*. Oxford: Oxbow Books.

Pascual Mayte. *El mundo en que vivimos. Conversaciones con Manuel Castells*. Madrid: Alianza Editorial.

Pfiegler Géraldine. *De la ville aux reseaux. Dialogues avec Manuel Castells*. Lausanne: Les Presses de L'École Polytechnique de Lausanne.

Stalder Felix. *The Network Theory of Manuel Castells*. Cambridge: Polity Press.

2004

Webster Frank y Basil Dimitriou (eds.). *Masters of Modern Social Thought: Manuel Castells*. 3 volúmenes. Londres: Sage.

2003

Calderón Fernando (editor). *¿Es sostenible la globalización en América Latina? Debates con Manuel Castells*. 2 volúmenes. Santiago de Chile y México:

Ince Martin y Manuel Castells (2003). *Conversations with Manuel Castells*. Cambridge: Polity Press. Traducido al portugués, coreano, italiano, japonés y chino.

2001

Cloete Nico y Johan Muller (eds). *The challenge of globalization. South African Debates with Manuel Castells*. Johannesburg: Longman.

Steinbecker Jochen. *Zur theorie des Informationsgesellschaft. En Vergleich der Ansätze von Peter Drucker, Daniel Bell und Manuel Castells*. Opladen; Leske+Budrich.

2000

Susser Ida (ed.). *The Castells Reader on Cities and Social Theory*. Oxford: Blackwell. Traducido al castellano por Alianza Editorial bajo el título *La sociología urbana de Manuel Castells*.

V. Libros no académicos

1973

Luttes Urbaines. París: Maspero. Traducido al castellano, italiano, alemán, portugués y griego.

1975

La lucha de clases en Chile. Buenos Aires: Siglo XXI.

1977

Ciudad, democracia y socialismo. Madrid: Siglo XXI. Traducido al francés y portugués.

1992

La nueva revolución rusa. Madrid: Sistema.

Spain Beyond Myths. Madrid: Alianza Editorial. Con Carlos Alonso Zaldívar. También publicado en español.

España, fin de siglo. Madrid: Alianza Editorial. Con Carlos Alonso Zaldívar.

2003

Guerra y paz en el siglo XXI. Una perspectiva europea. Barcelona: Tusquets.
Compilador con Narcís Serra.

2004

Europa en construcción. Integración, identidades y seguridad. Barcelona: CIDOB.
Compilador con Narcís Serra.

2006

Observatorio Global. Crónicas de principio de siglo. Barcelona: Libros de Vanguardia.

2007

Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?. Barcelona: Alianza. Con Marina Subirats.

Glosario

Las definiciones están ordenadas por orden cronológico de aparición en los trabajos de Manuel Castells.

Sistema urbano (1972): Articulación específica de las instancias de una estructura social al interior de una unidad (espacial) de reproducción de la fuerza de trabajo. El sistema urbano organiza el conjunto de las relaciones entre los elementos de la estructura espacial. Estos últimos comprenden los dos elementos fundamentales del sistema económico (producción y consumo), y el elemento que se deriva de él (intercambio), así como la gestión (como especificación urbana de la instancia política) y el elemento simbólico que expresa la especificación de la ideología a nivel de las formas espaciales.

Definición de G. Pflieger a partir de *La cuestión urbana*, Castells, 1974. El concepto es discutido en el capítulo 2.

Movimiento social urbano (1972): “Un sistema de prácticas que resulta de la articulación de una coyuntura definida, a la vez, por la inserción de los agentes-soportes en la estructura urbana y en la estructura social, y tal que su desarrollo tienda objetivamente hacia la transformación estructural del sistema urbano o hacia una modificación sustancial de la relación de fuerza en la lucha de clases, es decir, en última instancia, en el poder de Estado.”

Tomado de *La cuestión urbana*, Castells, 1974: 444. El concepto es discutido en el capítulo 4. Ver también la definición de “Movimiento social urbano” (1983).

Ciudad monopolio (1974): Ciudad producida por las nuevas relaciones sociales que definen la fase y el estadio actual del capitalismo a escala mundial, caracterizada por la interpenetración y la hegemonía conjuntas de las grandes empresas y del aparato de Estado. Una ciudad monopolio puede ser definida a través de algunos rasgos específicos fundamentales: la socialización extrema de los medios de consumo; la instauración de cadencias de consumo colectivo y, en consecuencia, del funcionamiento minutado del sistema urbano; el recorte funcional del espacio y de la organización urbana centrada sobre los flujos de intercambios; y la intervención omnipresente del aparato de Estado en el conjunto de los procesos de producción, gestión y regulación de los elementos urbanos y de sus contradicciones.

Definición de G. Pflieger a partir de *Monopolville*, Castells y Godard, 1974. El concepto es discutido en el capítulo 3.

Movimiento social urbano (1983): Un movimiento social urbano debe ante todo considerarse a sí mismo como “urbano” o como “ciudadano”. Luego, un movimiento social urbano debe estar fundado localmente y definido territorialmente. Por fin, los movimientos sociales deben movilizarse simultáneamente sobre tres objetivos mayores que son el consumo colectivo, la identidad cultural y la autogestión política. Esos tres temas deben combinarse en la práctica de los movimientos, porque su disociación, o la restricción a uno solo de ellos, lo transformaría en grupos de intereses, y no en movimientos de transformación de la sociedad.

Definición de G. Pflieger a partir de *La ciudad y las masas*, Castells, 1983b. El concepto es discutido en el capítulo 4.

378 | **Ciudad dual (1989):** Mientras que la ciudad dual es un tema clásico de la sociología urbana, se observa una nueva forma de dualización específica-

mente ligada al proceso de re-estructuración del capitalismo y de expansión de la economía informacional. Este dualismo está ligado a un proceso simultáneo de crecimiento y de declive de las industrias y de las empresas, el cual tiene lugar en los puntos nodales de la geografía económica, es decir, en las grandes metrópolis donde están concentrados la mayoría de las actividades y de los empleos ligados a la información. Esta transformación de la organización espacial se caracteriza por un proceso de diferenciación del trabajo entre dos tipos de sectores de la economía que tienden a estar disociados en el plano espacial: una economía formal fundada sobre la información, por un lado, y una economía informal fundada en el trabajo, por otro.

Definición de G. Pflieger a partir de los textos en inglés in *La ciudad informacional*, Castells, 1989, p. 224. El concepto es discutido en el capítulo 5.

Modo de desarrollo informacional o informacionalismo (1989 y 1996): “Los modos de desarrollo son los dispositivos tecnológicos mediante los cuales el trabajo actúa sobre la materia para generar el producto, determinando en definitiva la cuantía y la calidad del excedente. Cada modo de desarrollo se define por el elemento que es fundamental para fomentar la productividad en el proceso de producción. [...] En el modo de desarrollo industrial, la principal fuente de productividad es la introducción de nuevas fuentes de energía y la capacidad de descentralizar su uso durante la producción y los procesos de circulación. En el nuevo modo de desarrollo informacional, la fuente de la productividad estriba en la tecnología de la generación del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos.”

Concepto empleado desde 1989 en *La ciudad informacional*, definido por primera vez en inglés en *The Rise of the Network Society*, Castells, 1996; traducción castellana en Castells, 1997: 46-47. El concepto es discutido en el capítulo 5.

Espacio de los flujos (1989): El espacio de los flujos es el espacio más significativo para el funcionamiento, la prestación y la existencia de las or-

ganizaciones económicas dentro del modo de desarrollo informacional. Resulta de la conjunción de dos procesos conjuntos de centralización y de descentralización de las actividades económicas: por un lado, las decisiones de alto nivel son cada vez más centralizadas en los centros metropolitanos y, por otro lado, las actividades de logística y de producción son cada vez más descentralizadas. Únicamente los flujos de comunicación permiten el funcionamiento de esta organización a la vez centralizado y descentralizado, ya que el *back office* no puede funcionar más que gracias a las instrucciones recibidas de las direcciones centralizadas. No obstante, la gran mayoría de los flujos están orientados y sus direcciones disponen de características sociales específicas y localizadas (por ejemplo, en los barrios de negocios de las metrópolis internacionales, donde se concentran las élites de decisión).

Definición de G. Pflieger a partir de los textos en inglés de *La ciudad informacional*, Castells, 1989. El concepto es discutido en el capítulo 5.

Espacio de los flujos (1996): “El espacio de los flujos es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos. El espacio de los flujos, como la forma material de soporte de los procesos y funciones dominantes en la sociedad informacional, puede describirse (más que definirse) mediante la combinación de al menos tres capas de soportes materiales que, juntas, lo constituyen. La primera capa, el primer soporte material del espacio de los flujos, está formada por un circuito de impulsos electrónicos. El segunda capa la constituyen sus nodos y sus ejes. El espacio de los flujos no carece de lugar, aunque su lógica estructural sí. Se basa en una red electrónica, pero ésta conecta lugares específicos, con características sociales, culturales y funcionales bien definidas. [...] La tercera capa importante del espacio de los flujos hace referencia a la organización espacial de las elites gestoras dominantes que ejercen las funciones directrices en torno a las que ese espacio se articula.”

Definición publicada por primera vez en inglés en *The Rise of the Network Society*, Castells, 1996; traducción francesa citada en Castells 1998b, pp. 489-492. El concepto es discutido en el capítulo 6.

Espacio de lugares (1996): “Un lugar es una localidad cuya forma, función y significado están delimitados por las fronteras de la contigüidad física. La inmensa mayoría de la gente, tanto en las sociedades avanzadas como en las tradicionales, vive en lugares y, por lo tanto, percibe su espacio en virtud de ellos.”

Definición publicada por primera vez en inglés en *The Rise of the Network Society*, Castells, 1996; traducción francesa citada en Castells 1997, p. 501. El concepto es discutido en el capítulo 6.

Sociedad red (1996): “Una red es un conjunto de nodos interconectados. Un nodo es el espacio en el que una curva se intersecta en sí misma. Lo que un nodo es concretamente depende del tipo de redes a la que nos referamos. Son los mercados de la bolsa y sus centros auxiliares de servicios avanzados en la red de los flujos financieros globales. [...] La topología definida por las redes determina que la distancia (o intensidad y frecuencia de la interacción) entre dos puntos (o posiciones sociales) sea más corta (o más frecuente, o más intensa) si ambos son nodos de una red que si no pertenecen a la misma. [...] La inclusión/exclusión de las redes y la arquitectura de las relaciones entre las redes, facilitada por las tecnologías de la información que operan a la velocidad de la luz, configuran los procesos y funciones dominantes en nuestras sociedades. Las redes son estructuras abiertas, capaces de expandirse sin límites, integrando nuevos nodos mientras puedan comunicarse entre sí, es decir, siempre que compartan los mismos códigos de comunicación (por ejemplo, valores o metas de actuación). Una estructura social que se base en las redes es un sistema muy dinámico y abierto, susceptible de innovarse sin amenazar su equilibrio. Las redes son los instrumentos apropiados para una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada; para el trabajo, los trabajadores y las empresas que se basan en la flexibilidad y la adaptabilidad; para una cultura de desconstrucción y reconstrucción incesantes; para una política encaminada al procesamiento inmediato de nuevos valores y opiniones públicas; y para una organización social que pretende superar el espacio y aniquilar el tiempo. No obstante, la morfología de redes también es una fuente de reorganización de las relaciones de poder. Los conmuta-

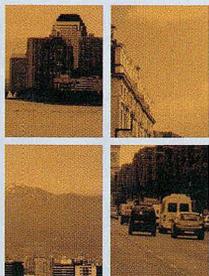
dores que conectan las redes (por ejemplo, el control ejercido por los flujos financieros de los imperios de medios de comunicación que influyen en los procesos políticos) son los instrumentos privilegiados del poder. Por lo tanto, son los conmutadores los que poseen el poder.”

Definición publicada por primera vez en inglés en *The Rise of the Network Society*, Castells, 1996; traducción castellana citada en Castells 1997, pp. 550-551. El concepto es discutido en el capítulo 6.

Identidad (1997): “[En lo referente a los actores sociales,] proceso de construcción del sentido atendiendo a un atributo cultural, o a un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido. Para un individuo determinado o un actor colectivo, puede haber una pluralidad de identidades. No obstante, es una fuente de tensión y contradicción tanto en la representación de uno mismo como en la acción social. [...] Las identidades son fuentes de sentido para los propios actores y son construidas por ellos mismos mediante un proceso de individualización. Aunque las identidades pueden originarse en las instituciones dominantes, sólo se convierten en tales si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización.”

Definición publicada por primera vez en inglés en *The power of Identity*, Castells, 1997; traducción castellana citada en Castells, 1998a, pp. 34-35. El concepto es discutido en el capítulo 6.

Este libro se terminó de
imprimir en mayo de 2011
en la imprenta Crearimagen
Quito, Ecuador



A través de extensas entrevistas que Géraldine Pflieger hiciera a Manuel Castells en el 2004, el presente libro traza un recorrido minucioso por gran parte de la obra de uno de los sociólogos más influyentes de las últimas décadas. De *La cuestión urbana* (1972) a *La era de la información* (1997), esta obra sigue a un actor clave dentro de su medio con el fin de dar testimonio de las transformaciones de la investigación urbana y de las ciencias sociales desde los años sesenta en Europa y en los Estados Unidos. Entre el período fasto de la sociología urbana crítica de los años 1965-75, el fracaso de esta corriente y las desilusiones de los años 1975-80, la reconversión de los años ochenta y los primeros trabajos sobre la ciudad y las tecnologías llevados a cabo en Berkeley, Manuel Castells vuelve a dibujar las grandes tendencias de los estudios urbanos. Describe el rol de las ideologías, de la influencia de los partidos políticos y del Estado en la estructuración de un campo de investigación. Luego explica sus cambios de posturas metodológicas y los respectivos roles del campo y de la teoría. Los diálogos nos permiten así comparar los procesos de fabricación de hechos científicos, entre Francia y Estados Unidos, entre los años setenta y ochenta.

Castells, seducido por la voluntad de volver a visitar sus trabajos, y no su vida —“mi carrera no está terminada”, ha dicho—, nos muestra en este libro el trayecto de un viaje que no solo dibuja los laberintos del recorrido de un investigador y la evolución de un medio de investigación, sino también las transformaciones de una sociedad de la cual siempre fue Castells un analista perspicaz. De la ciudad a las redes: desde los años sesenta hasta nuestros días, ¿cómo han evolucionado la ciudad, la sociedad y el mundo de Castells, tanto en lo concreto como en la teoría? Ciudad en sistema, ciudad del capital, ciudad de los movimientos sociales, ciudades innovadoras-ciudades duales, sociedad red: tales son las etapas del periplo de este “pensador de espacios”.



OLACCHI
Organización Latinoamericana
y del Caribe de Estudios Urbanos

Quito
DISTRITO
METROPOLITANO